EMILIO ARÉVALO CEDEÑO

¡VIVA ARÉVALO CEDEÑO!

EL LIBRO DE MIS LUCHAS

EL PERRO y LA RANA

biografía

¡Viva Arévalo Cedeño!

EL PERRO y LA RANA

2.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024
1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2014
1.ª edición, Seleven, 1979

©Emilio Arévalo Cedeño
© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Edición
Juannybal Reyes

Corrección
Gema Medina

Diagramación
Arturo Mariño

Diseño de portada
Roberto Chávez

Hecho el Depósito de Ley:
ISBN: 978-980-14-5478-6
Depósito legal: DC2024000050

Emilio Arévalo Cedeño

¡Viva Arévalo Cedeño!

El libro de mis luchas

Dedicatoria

A la memoria de mis valientes compañeros —que pasan de quinientos— que durante mis siete invasiones al suelo de la patria, luchando contra la tiranía de Gómez, cayeron muertos al pie de nuestra bandera con la cara hacia Dios maldiciendo a los tiranos de Venezuela.

A la memoria de mi padre, el general Pedro Arévalo Oropeza, que fue digno y que por digno y patriota fue víctima de los gobiernos de Guzmán Blanco, Crespo y Andrade.

A mi hijo, que nació el 16 de junio de 1914, recibiendo un bautismo de sangre, pues ese mismo día los pretorianos del tirano Gómez me derrotaban en Caño del Medio y al hacerle esta dedicatoria es con el deseo de que siempre sea digno y libre como yo.

Caracas, 1936

Prólogo

El libro de mis luchas, de Emilio Arévalo Cedeño, lo llegaron a llamar, en broma, *El libro de mis lochas*, porque el pobre viejo tenía que venderlo personalmente para poder pagar su edición. Es un libro interesante aunque algo recargado de grandilocuencia, al estilo de los políticos de la época. Lo cierto es que el general Emilio Arévalo Cedeño es de los últimos grandes caudillos del siglo XX. Le dio guerra al dictador Juan Vicente Gómez durante todo su mandato y quizás fue el guerrero que más dolores de cabeza le ocasionó a su gobierno.

Emilio Arévalo Cedeño nació en Valle de La Pascua, estado Guárico, el 2 de diciembre de 1882. Su padre, don Pedro Arévalo Oropeza, había sido otro general, soldado de la Federación, que combatió al gobierno de Guzmán Blanco. Hizo estudios de bachillerato, este notable guariqueño, en el Liceo Roscio de Altagracia de Orituco. Pronto abandonó el colegio (cerrado por orden del Ministerio de Educación) y se dedicó a recorrer los llanos. Se hizo comerciante ambulante, socio de una pequeña imprenta en Altagracia de Orituco, y fundó un periodiquillo llamado *Titán*, que sólo tuvo ocho números. Luego puso una bodega que se incendió totalmente. Volvió al comercio de frutos y animales, hasta que se dedicó a dominar plenamente el oficio de telegrafista que ya había practicado en su labor periodística.

En San José de Río Chico fundó otro periódico llamado *Helios*, también de poca duración. En 1905, siendo orador de orden en una fiesta social, lanzó severos ataques contra Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez; esto llegó pronto a la capital y provocó un sonado escándalo. En 1908 lo encontramos en Caracas, cuando ya era pública la traición de Juan Vicente Gómez a su compadre, lo que le impulsó a tomar parte activa en los primeros movimientos contra la que sería la más horrible dictadura de América Latina. Fue testigo de la poblada que se realizó contra el diario *El Constitucional*, fuertemente reprimida por el gobernador del Distrito Federal Pedro María Cárdenas. Cuando la comedia de Gómez se inició el 19 de diciembre de 1908, y casi nadie reaccionó, don Emilio quedó de una pieza contemplando como: "¡Los venezolanos renunciaron a su sexo para convertirse en mujeres! Los venezolanos sintieron placer y orgullo en ser esclavos de Gómez y de su tribu...". En realidad Arévalo Cedeño entra en la guerra contra Gómez como un Michael Kolhas, por el robo de unos caballos que le hicieron los genízaros de Gómez:

> Negarme a entregar los caballos era ir a la cárcel, y como yo sé protestar contra las tiranías con un fusil en la mano, y no he nacido para esclavo sino para ser hombre libre, resolví aceptar el brillante negocio que me proponía el general Moros, pero desde ese momento juré en silencio y por la memoria de mi padre que abandonaría hogar, esposa y todo para irme a la guerra, esperando tan sólo el momento para justificar bien ante la Nación mi aptitud de patriota, la reelección de Gómez por siete años más... El hombre de trabajo se transformaría en guerrero jurando no claudicar jamás de su condición de ciudadano digno, estar siempre de pie con el fusil en la mano ante la afrentosa tiranía y no permanecer ante ella de rodillas ni boca abajo como los esclavos vencidos, como lo estuvieron ante el monstruo de "La Mulera", la mayoría de mis compatriotas, durante los veintisiete años que cubrieron de duelo el hogar venezolano.

La acción más extraordinaria de este guerrero fue la derrota y captura del monstruo Tomás Funes, quien fungía como jefe del

Territorio Federal Amazonas, y que junto con Vicencio Pérez Soto y Eustoquio Gómez, constituían los tres formidables pilares militares del presidente Juan Vicente Gómez. El fusilamiento de Funes por parte de Cedeño puede considerarse una de las más épicas acciones realizadas en el siglo XX, si se toma en cuenta la poderosa fuerza que tenía este hombre para proteger sus multimillonarios intereses en balatá. Funes es tétricamente retratado en la novela *La vorágine*, por José Eustasio Rivera, y parece un prodigio de maldición abortado por lo más abyecto de la selva.

Realmente no había límites muy bien definidos entre Colombia y Venezuela por toda aquella zona cerca del Casanare, y como tal gobernaba la propia ley de la selva. Negociantes del balatá, con pelotones de asesinos a sueldo, se adueñaron de aquel inmenso territorio. La noche del 8 de mayo de 1913, en San Fernando de Atabapo, el coronel Tomás Funes y sus secuaces matan entre muchos otros al general Roberto Pulido, gobernador del Territorio Amazonas, en lo que se llamó "La noche de los machetes".

El abominable criminal de Tomás Funes estableció su reino de terror y dominación sobre los indígenas y colonos de la región en Colombia y Venezuela. El escritor José Eustasio Rivera relata en su obra *La vorágine:*

> Ese bandido debe más de seiscientas muertes. Puros racionales, porque a los indios no se les lleva número. (...) Funes es un sistema, un estado de alma, es la sed de oro, es la envidia sórdida. Muchos son Funes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico.

A principios de enero de 1921, Arévalo, en una audaz y penosa expedición a través del Arauca colombiano, llega a San Fernando de Atabapo y toma la ciudad. Las fuerzas del monstruo Funes retroceden y son derrotadas. Funes es llevado al paredón tras un juicio sumario el 31 de enero de 1921. En un país aterrado por la represión más sanguinaria de todos los tiempos, el desafío de Arévalo Cedeño fue un acontecimiento único en aquellos tiempos: derrotó en varias oportunidades a las fuerzas gomecistas en contiendas como la de

Santa María de Ipire, donde acabó una fuerza diez veces superior a la suya; esta fuerza estaba comandada por el general Manuel Sarmiento, presidente del estado Guárico y quien a la sazón se encontraba en Valle de La Pascua. Luego habría también de triunfar en Guasdualito y llegó a situarse a 190 kilómetros de Maracay, donde estaba el dictador bastante preocupado.

A las fuerzas de Gómez las había vencido en Río Negro, Cenizas, Guasdualito, Campo Alegre, Bruzual, Cuchivero, Lezama, Turén, Acarigua y Araure. Como era telegrafista, desde algunos puestos que tomaba en sus andanzas se burlaba de Gómez enviándole mensajes que lo sacaban de sus casillas. En una oportunidad provocó una desbandada en el ejército gomecista comandado por el general Manuel Padilla al enviar éste un mensaje telegráfico a Gómez diciéndole que había derrotado al faccioso Arévalo Cedeño. Enterado don Emilio de este mensaje, al día siguiente toma el pueblo de Santa Ana y conocedor de la línea sur-este, manipula el aparato, llama con la señal "treintiuno" (distintivo de los telegramas para Gómez) y le escribe: "...De acuerdo con mi telegrama de ayer, tengo la satisfacción de participar a Ud. que he capturado al faccioso y ladrón Arévalo Cedeño, suplicando a Ud. respetuosamente se sirva decirme que hago con él...". Por supuesto que aquello produjo alegría en los cuarteles, hubo celebraciones y brindis, hasta que se supo que todo había sido una escabrosa burla del tenaz guerrillero. En otra oportunidad, cuando el Gobierno de Estados Unidos solicitó a Gómez diera libertad a los presos y convocara al país a elecciones libres, don Emilio tomó la oficina telegráfica de Orituco y transmitió el siguiente mensaje:

> General Juan Vicente Gómez. Maracay. Han llegado noticias a mi campamento de que el Gobierno americano obliga a Ud. a abandonar el poder, libertar a todos nuestros compatriotas encarcelados, abrir las puertas de la Patria a todos los desterrados y convocar al país a elecciones. Patriota como soy, convengo en que Ud. haga lo que se le impone, porque es lo humanitario, lo civilizado y lo republicano; pero debo protestar por la intervención de un poder extranjero en

los asuntos internos de nuestro país. Es decir, que combatí contra Ud. y seguiré combatiendo contra los americanos del Norte, porque la herencia de Bolívar es única, indivisible y no permite intervención. Su compatriota que jamás ha sido su amigo.
E. Arévalo Cedeño.

En todas sus proclamas no dejaba don Emilio de recordar frases del Libertador Simón Bolívar, era su gran inspirador. Arévalo Cedeño pone de manifiesto en su trabajo la persistente cobardía del pueblo venezolano; con frecuencia habla de esclavos, no de venezolanos: casi nadie le quiso acompañar en su lucha, y en varias ocasiones fue traicionado. En sus viajes a Trinidad, Nueva York, Barranquilla, el Arauca y Cartagena, pudo comprobar que los venezolanos allí asilados eran unos charlatanes que le tenían pavor a Gómez, aunque contra él lanzasen toda clase de insultos. Fue un hombre muy solitario en su lucha, Arévalo luchó desoladamente contra Gómez durante casi treinta años.

Yo recuerdo que mi padre una vez le refirió a mi hermano Adolfo que, estando en una laguna cerca de Santa María de Ipire, vio cuando llegó un grupo de hombres a caballo: era Arévalo Cedeño y su gente. Porque la leyenda de sus proezas corría por todos los llanos, y en aquellos parajes era un orgullo verle y conocerle. Mi padre conservaba aquel recuerdo como uno de los más importantes de su vida. Luego en mí quedaron vivas esas imágenes de sus proezas, y poco después de la caída de Pérez Jiménez, estando yo en San Juan de Los Morros, le escuché decir a mi hermano Adolfo que había visto a don Emilio en la Plaza de Los Samanes, esperando un carrito para trasladarse a Valle de La Pascua, donde vivía. Salí en volandas para ver si lo conocía, pero cuando llegué ya se había ido. *El libro de mis luchas,* que yo conservo como un tesoro, es una edición de 1936, elaborado en la Tipografía Americana. Ya en 1923 encontrándose Emilio Arévalo Cedeño en Nueva York, siempre en guerra sin cuartel contra Gómez, decía:

> El petróleo fue una maldición para Venezuela, porque aquella riqueza, así como pasaba a las arcas del tirano, de su familia y de sus favoritos, así también dio fuerzas a la tiranía con el apoyo de los gobiernos de Norte América, Inglaterra, Holanda y Francia y otros más, para que Gómez hiciera la desgracia de nuestra Patria.

Emilio Arévalo hizo más de siete invasiones contra Venezuela y jamás fue capturado. Convencido estaba de que aquellos "revolucionarios" venezolanos asilados en Nueva York nada acabarían haciendo por la libertad de su país:

> El 12 de abril de 1923 tomaba un barco para llegar a Panamá... dejaba mis compatriotas atrofiados por aquel ruido ensordecedor de que nos hablara el magno poeta de Nicaragua, quienes como atrofiados nada harían nunca por la libertad de Venezuela.

En la invasión a Venezuela de 1924, Arévalo Cedeño tomó San Fernando de Atabapo y organizó un gobierno revolucionario en el Territorio Federal Amazonas. En realidad tenía que hacer frente al gobierno colombiano que también le perseguía. Entonces dirigió comunicaciones a los compatriotas en el exterior para que acudieran donde él estaba haciendo aquella tenaz oposición a Gómez, pero nadie se movió. Tendría que confesar desesperado que aquellos haraganes que se daban a la tarea de criticar cuanto él hacía eran también los responsables de los mismos crímenes que cometía Gómez. Y añade en sus memorias:

> Pero esos hombres vendrían después satisfechos al país a recibir los cargos de la República, a coger los dineros de nuestros pueblos, porque Venezuela es una nación en donde la sanción no existe, que sabe olvidar muy pronto, en donde es lo mismo ser bueno que malo, ser honrado que ladrón...

Agobiados por el acoso colombiano y las fuerzas de Gómez, luego de un combate de treinta y seis horas en la Boca del Casiquiare,

con seis cartuchos y sin comida, emprendieron retirada por el Alto Orinoco para alcanzar la frontera con Brasil. Un día cazaron un pequeño mono que sirvió de alimento para veintiocho hombres. En enero de 1925 en una impresionante travesía, llegaron a Santa Rosa de Amanadona para pasar luego al Brasil. Confiesa a sus camaradas, desalentado, que deben solicitar el derecho de asilo a la República del Brasil, para luego emprender la lucha con nuevos bríos. Vuelve en marzo de 1925 a Nueva York en busca de ayuda e invadir otra vez a Venezuela. Se encuentra de nuevo con todas aquellas "momias egipcias", como él llama a los exiliados venezolanos en esta ciudad. Viendo que esta gente se la pasaba bien, y a la vez echando pestes contra el gobierno de Gómez; un día Inocencio Spinetti le dijo:

> Tú estás equivocado, y esos hombres tienen razón, porque ellos no necesitan hacer nada contra Gómez, porque regresarán a la Patria a recibir puestos que los esperan; tú te sacrificas por un deseo de Patria libre, pero ellos se ríen de ti, porque su posición está asegurada sin tener las penalidades que tú sufres.

El general Arévalo continuó su calvario de buscar apoyo económico y moral por Francia, Inglaterra y La Habana. Don Emilio fue un hombre culto e hizo amistad con escritores eminentes como José Vasconcelos, autor de *La raza cósmica*, y José Rafael Pocaterra con quien se carteaba frecuentemente. Luego de recorrer varias islas en las Antillas pasó a México. En mayo de 1927 partió hacia París para entrevistarse con el general Román Delgado Chalbaud. Nada en claro quedó de estos encuentros, hasta que Emilio ingresó otra a vez a Venezuela por el Arauca, con los bolsillos prácticamente vacíos.

Juan Vicente Gómez no perdía tiempo contra sus enemigos y tenía a centenares de estudiantes presos trabajando en las carreteras. Entonces, como un verdadero vengador de injusticias, Emilio se aprestó para un ataque singular. Voló a Palenque donde estos jóvenes, como esclavos, con grillos, cumplían labores en medio del terrible sol llanero. Los espías de Gómez se enteraron de la operación y levantaron poderosos campamentos militares, retirando los

presos a lugares que suponían inaccesibles para un ataque sorpresivo del temible guerrillero. Por lo que buscando mejores oportunidades, el general Arévalo se retiró a Anzoátegui.

Comprobaba en su marcha el pavor que la gente sentía por el tirano Gómez; según él, nadie quería a Gómez pero en cambio pocos se unían a la causa de sacarlo del poder. Entonces Emilio inició otro largo periplo por sabanas y selvas, siempre seguido de cerca por las fuerzas del gobierno. Fuerzas combinadas de cinco estados (Guárico, Apure, Bolívar, Anzoátegui y Monagas) lo perseguían y se disputaban el honor de capturarlo. Repasaron el Orinoco varias veces procurando confundir a sus enemigos. Fueron seguidos por camiones cargados de soldados; quizás por primera vez en el país se realizaba este tipo de operaciones militares.

Aquellos seguidores de Emilio que caían en manos del gobierno eran liquidados en el acto. Así sería la ferocidad con que era perseguido este guerrillero, que dos oficiales se suicidaron para no pasar por la vergüenza de presentarse ante Gómez habiendo sido burlados por las acciones de este guariqueño; ellos fueron el general José Miguel Guevara y el coronel Alfredo Rodríguez López. La jauría lanzada en su contra era cada vez más fiera y numerosa. Con su gente, por alcanzar nuevamente tierras colombianas por el Arauca, padecieron fiebres, mordeduras de las llamadas veinticuatros y tambochas, y llegaron a pasar cuatro días sin comer, cruzando ríos como el Guárico, el Pao, Portuguesa, Guanare, Masparro, Uribante, Sarare, vomitando bilis y sin poder echarse a descansar.

En 1930 pudo Arévalo Cedeño llegar a Santa Marta y de aquí pasar a Trinidad a bordo del vapor *Coronado*, pero el gobernador de esta isla le prohibió su desembarco. La recompensa por su captura llegó a tasarse en un millón de bolívares. De Trinidad lo devolvieron a Venezuela, a Carúpano, donde lo esperaban los esbirros, pero gracias a un amigo pudo pasar a un vapor francés que lo llevó a la República Dominicana. Allí volvió a encontrarse con José Rafael Pocaterra; ya habían matado a Román Delgado Chalbaud, y tanto la invasión del general Rafael Simón Urbina como la sublevación del general José Rafael Gabaldón en Portuguesa habían terminado en

rotundos fracasos. De modo que cundía el más grande desaliento en las fuerzas opositoras a la dictadura. Todos parecían admitir que era imposible derrocar a Gómez.

De la República Dominicana pasó a Panamá. Cruzó nuevamente Colombia, para volver a internarse con sesenta compañeros por el Vichada y aparecer otra vez por la frontera. Entonces se les persiguió con aviones. Según Arévalo Cedeño eran aeroplanos muy fáciles de echar a tierra, totalmente inofensivos. El día 5 de marzo de 1931 emprendió Arévalo su séptima invasión desde la línea de El Cubarro. Produjeron fuertes pérdidas al gobierno, por ejemplo en Mata de Agua, el Bajo Meta, Lezama y en Bolívar, en un hato llamado Las Mercedes. Se retiraron luego por el río Caparo durante veintinueve días de navegación. Cruzaron el Alto Apure, cayeron en el Arauca y pasaron el invierno en Santa Rosa.

El 5 de agosto de 1931 estaban en El Caribe. Totalmente rodeados resistieron a las tropas del coronel Meléndez de Apure y del coronel Sánchez del estado Bolívar. En esta batalla le mataron el caballo a Arévalo y lo salvó milagrosamente uno de sus oficiales, un coriano, Saturnino García. Varios de sus compañeros cayeron en aquella acción, entre ellos su querido amigo Carlos Julio Ponte. Destrozadas sus fuerzas tuvo que huir a Barranquilla, de allí otra vez a Panamá, para pasar luego a Costa Rica. Después se embarcó al Perú con la ayuda económica que le prestó Pocaterra y el doctor José Rafael Wendehake. Llegó a Lima el 18 de diciembre de 1931. Fue recibido por el presidente del Perú, coronel don Luis Miguel Sánchez Cerro. Fue extraordinariamente bien recibido por parlamentarios y ministros e invitado a almorzar a Palacio varias veces. Se le hizo un banquete en el Hotel Biltmore, y el homenaje lo presidió el doctor Víctor Andrés Belaunde, líder del grupo independiente en el Congreso.

Llama sobremanera la atención en todas estas memorias de Emilio, que en una sola ocasión llegase a mencionar al escritor, más tenaz enemigo de Juan Vicente Gómez, don Rufino Blanco Fombona, y que nunca se comunicase directamente con él. Arévalo hace duras críticas a los intelectuales de la época, serviles a Gómez;

dice de Manuel Díaz Rodríguez, senador de la República al servicio del régimen (todos lo eran), que en una fiesta que daban a las concubinas de Gómez tuvo esta frase para una homenajeada: "Bendito sea tu vientre, oh Dionisia, que ha dado aguiluchos y palomas a la sociedad".

Es en Perú donde el general Emilio ataca a cierto grupo que se autodenomina comunista en América Latina. No hay que olvidar que el general Emilio Arévalo fue del grupo de los que en 1926 fundó junto con Carlos León, Gustavo Machado y Salvador de la Plaza, en México, el PRV (Partido Revolucionario Venezolano). A mediados de 1931 Lima era un hervidero de comunistas. Dice el general Arévalo: "He juzgado siempre el comunismo como una gran mentira y como un medio del que se valen los desvergonzados y haraganes para llevar a cabo los criminales propósitos de vivir a costa de los engañados...". Condena también al aprismo por considerarlo servil de Rusia.

El 6 de marzo de 1932 estaba en Lima cuando el presidente de este país sufre un grave atentado que lo mantuvo veintiséis días postrado. Cuando salió de Lima, el gobierno puso a su disposición un avión que lo llevó al puerto de Talara en el norte de Perú. Siguió a Guayaquil donde fue bien recibido. Luego marchó a Ipiales, pasó por Berruecos y más tarde a Santa Marta, donde hizo la proposición: "Todos los niños de nuestras escuelas deben ir en peregrinación cada año para que conozcan de las penas y tormentos que sufrió nuestro Libertador".

A fines de junio de 1932, merodeando por dónde entrarle a Venezuela, se encontraba en Kingston. Pocaterra le enviaba cuanto podía para mantenerlo políticamente activo, y gracias al dinero que recibió pudo ir a visitarle a Halifax, Canadá. De aquí pasó a Jamaica, luego a la República Dominicana donde fue detenido. Por primera vez en su vida era detenido, y esto provocó un escándalo internacional que movilizó a la diplomacia cubana, sobre todo al general don Enrique Loynaz del Castillo, quien fue jefe del Estado Mayor de Máximo Gómez y también del presidente de Perú, Sánchez Cerro. De otro modo, Trujillo, el dictador e íntimo amigo de Gómez lo habría

asesinado. Marchó entonces otra vez a Jamaica para volver de nuevo a Perú, pero el 1 de marzo de 1933 conoció del terrible atentado contra Sánchez Cerro, por medio de un comunista que le segó la vida. Destrozado por la pérdida de este aliado que le había ofrecido recursos para luchar contra el tirano de Venezuela, el general Emilio Arévalo regresa a Jamaica. Pasa a Martinica, luego a Guadalupe, Santa Lucía, Puerto Rico. Asediado por la vil diplomacia de Gómez que le acosa y amenaza, con la ayuda de Pocaterra decide trasladarse a Nueva York, donde llega el 1 de septiembre de 1935.

El 18 de diciembre de 1935 recibe una llamada telefónica de su amigo el doctor Rafael Ernesto López, quien le dice: "Arévalo, se murió Gómez". El entonces presidente constitucional Eleazar López Contreras le da seguridades para que vuelva al país y lo hace, ya no por la selva, escondido tras falsos nombres y bajo el acoso de las fieras de Gómez, destrozado y hambriento. Llega el 15 de enero de 1936 a La Guaira donde abraza a su hijo, a quien no conocía y llevaba quince años sin verlo, y a su esposa. Veintitrés años de lucha.

Luego, para que se vea lo vulgar que era Rómulo Betancourt, éste en su bajeza politiquera le llega a llamar "Centauro de Caricatura". Emilio fue posteriormente senador por el estado Guárico y más tarde gobernador del mismo estado. Murió loco en 1965 en Valle de La Pascua, a la edad de 83 años.

José Sant Roz
Mérida, 17 de julio de 2011

Imagen de Arévalo Cedeño: un hombre honesto

Se borra la niebla en los bosques vecinos cuando el catire Juan Ylarraza, a quien llamaban Indio Blanco, caracolea el alazano frente al hato Verdún aquella mañana del 2 de setiembre de 1921. Ante el pequeño auditorio formado por el tío Gregorito Matute Arreaza, Antonio de Armas Matute, mi padre, y Antonio Figuera, Epifanio, Candelario y yo, con doce años, Ylarraza dejó caer una a una las palabras: "Arévalo Cedeño llegó anoche a Santa María y ya debe estar peleando contra Carreño España. Estén alertas". Luego para el caballo en las patas traseras y desaparece. A poco, sordas, espaciadas, se oyen varias descargas hacia las selvas del Zuata, en la vía del pueblo.

Verdún fue un hato del tío Gregorito que estuvo entre las quebradas Las Marías, El Lindero y el Zuata; un hato de vida pastoril con báquiros, guacamayos y venados domésticos, con paja del Pará, nueva, en aquella época; un hato donde las vacas se acercaban a la majada para que las ordeñasen. A ese Verdún, cuya geografía era idéntica al Verdún galo, llegaban hinchadas las noticias de la guerra, mas la de ese día de setiembre, era cierta: Arévalo Cedeño había derrotado en El Alto del Jobo a las fuerzas del coronel Julián Carreño España que lo perseguían y la fama del héroe llanero crecía unida a otros éxitos de triunfo o resistencia: Río Negro, Sabaneta de Turén, Guasdualito, etcétera. La táctica de Arévalo Cedeño fue ejemplar en este encuentro: escalonó compañías entre matorrales y las gentes

del gobierno caían ignorando de dónde salía el fuego. Allí cayó[1] el coronel Rufo Echezuría remplazándole el tachirense coronel Marcos Porras, quien barre con el enemigo. A éste y al general Fernando Ramírez, quien resistió el primer choque, elogia Arévalo Cedeño con toda justicia. Meses después, recorrimos El Alto del Jobo y hallamos caballos muertos, cananas repletas, fusiles y muchas cruces.

***

Aquel hecho de armas y el aura popular que le seguía fue la primera impresión que tuve de aquel hombre que ya se había alzado dos o tres veces y que iba a continuar en estado de insurgencia por catorce años. Venezuela le era familiar: llanos del Apure al oriente, bosques del Guampiche, del Orinoco, del Delta del Atabapo. La vida del general Emilio Arévalo Cedeño no fue más que un empeño de justicia, un ansia por ver en su patria un régimen de respeto en vez de la voluntad de un hombre. Gobernaba el país el general Juan Vicente Gómez, valiente, frío, desconfiado, montañés doblado en llanero, seguro de sí mismo y quien creía que su destino de dictador lo había signado la altura.

Arévalo Cedeño nace en 1882 en Valle de La Pascua o en Altagracia de Orituco y se forma en el llano. Su ascendencia está nutrida de hechos heroicos. Mucho del Caribe, del oriente del Guárico, del alto llano, está presente en el rostro de este general que improvisa la injusticia y gradúa la violencia. Su madre descendía del general Manuel Cedeño, guariqueño del río Los Aceites, combatiente al lado de Bolívar y Mariño, gobernador militar de Angostura, caído cuando ataca al batallón Valencey en la mañana de Carabobo. Por el Arévalo la tradición es sobria: su padre, el general Pedro Arévalo Oropeza viene de la Federación, es liberal de fin de siglo y se separa de Joaquín Crespo cuando observa que abundan los besamanos. Entre sus hermanos aparece el doctor P. M. Arévalo Cedeño, quien alterna en su función médica con la de formar hombres. En el Colegio Guárico

1 E. Arévalo Cedeño. *El libro de mis luchas*. Caracas, Venezuela, 1936.p. 154.

de Altagracia de Orituco, por años, dicta cátedras cívicas señalando lacras reinantes y en horas difíciles. Otro hermano, Natalio, es autor de un esbozo biográfico de Juan Vicente González, que hizo ya anciano, mas fue, por encima de todo, un humanista. En su casa Miralejos, de Altagracia, le oímos leer a Renan, a Flaubert, a Montesquieu, y comentarlos con la normal ironía de quien conoce temas y hombres. Al fondo del salón, la biblioteca que fue de don Adolfo Machado, de aquel patricio que hurgó en los orígenes de Altagracia, que dejó *Apuntamientos para la historia*, y fue viajero, investigador y hasta edil con preocupación social.

***

Arévalo Cedeño comienza sus actividades en ganadería y así recorre el centro y el oriente del país. Siempre oímos expresarse bien de sus actividades como comerciante. Alrededor de 1914, el general Gómez cerraba como en un puño el monopolio de la ganadería y Arévalo Cedeño choca ante el cerco y como la única razón estaba en los fusiles, se alza en Cazorla. Sus palabras son convincentes:

> Me encontraba en San Juan de Payara con los distinguidos y honrados criadores don Luis Palacios y Manuel Guerrero, a quienes ofrecí los caballos —eran 200—, ya acostumbrado a negociar fácilmente con ellos; y estos amigos tristemente me contestaron: "Emilio: no podemos comprar tus caballos. El general Gómez ha dado orden de que el único comprador sea el general Eulogio Moros, encargado general de La Candelaria y de los bienes gomeros en el estado. El general Moros te pagará los caballos al precio que él quiera, y te dará su valor en ganado cimarrón de La Candelaria al precio que él quiera; luego nos llamará y nos impondrá comprar los caballos al precio que él quiera y recibiendo el precio de ellos en novillos de último tamaño, los cuales nos pagará al precio que él quiera".[2]

2 E. Arévalo Cedeño, ob. cit., pp. 9-10.

Arévalo Cedeño vendió a Moros los caballos, perdiendo, mas reconoce que éste tenía que cumplir las órdenes de Gómez:

> Llegué al hato La Candelaria y fui bien recibido por el general Moros; me atendió muy bien y me dio hospitalidad en su casa. Por todo comprendí que aquel hombre no quería hacerme mal en mi negocio, sino que tenía que cumplir las órdenes que Gómez le transmitía desde Maracay.[3]

El primer alzamiento de Arévalo Cedeño, aparte de la injusticia en la venta de los caballos, debió también estar influido por aquella ilusión de los años 13 y 14, cuando Gómez comienza a canalizar el continuismo, encarcela a los caudillos históricos, hace su Constitución, elimina a la prensa opositora, prepara la Campaña de Coro que sólo llega hasta Maracay y echa por tierra el sueño de una inmensa mayoría de venezolanos que pensó en derribarle. En 1914 se inicia la dictadura de Gómez y la insurgencia de Arévalo Cedeño.

En 1921 Arévalo Cedeño ataca a Funes en su guarida de San Fernando de Atabapo. Éste era nativo de Barlovento e hijo natural de un Guevara, de Anzoátegui, gente de pro y con méritos en las guerras de fin de siglo. El azar lo lleva al Territorio Federal Amazonas, observa los métodos bárbaros que allí aplican, la forma como utiliza el gobernante de turno, esta vez Roberto Pulido, en provecho personal el presupuesto público. Cuando Pulido regresa de una gira a San Carlos, Funes, el 8 de mayo de 1913, seguido de un grupo asalta a Pulido, a quien Balbino Ruiz, de Río Chico, le tumba la cabeza de un machetazo.[4] Esa noche asesinan a 122 personas a las que arrebatan

---

3 E. Arévalo Cedeño, ob. cit., p. 10.

4 Rengifo dice: "Entré por el fondo de la Gobernación cuando estaban atacando a Pulido, a quien del primer tiro le habían atravesado el estómago. De lejos vi que se torcía, pero era muy macho y valiente, se enderezó, agarrando un *winchester* y disparando al azar cinco o seis veces. Balbino Ruiz, de Río Chico, paisano de Funes, entró de lado, le dio un machetazo en la nuca y se fue de frente, muerto". "Relato de Deogracia Rengifo". De Armas Chitty, *Guayana, su tierra y su historia,* Volumen II. Caracas, Venezuela, 1968, p. 76.

sus propiedades. Funes en sus ocho años de gobierno ultimó en el Atabapo alrededor de 420 personas. El objetivo de Funes era el comercio del purguo con Manaos y sus relaciones de comercio con Ciudad Bolívar.

Cuando el general Gómez se entera de lo que le ha pasado a su gobernador del Territorio Amazonas se encuentra atareado con los problemas políticos del momento: el continuismo, y poca atención, y poca atención iba a prestarle a un asalto ocurrido a miles de kilómetros y en un medio donde era corriente el asalto. Nada ordena contra Funes, más bien le deja usufructuar su inmenso dominio. Mandó a Abelardo Gorrochotegui de gobernador, pero Funes era quien disponía, teniendo que regresar aquél. Además, Gómez debió pensar que era prudente apoyar a un enemigo de sus enemigos.

Volvamos a Arévalo Cedeño. Éste parte de Colombia el 31 de diciembre de 1920 y por espacio de un mes más o menos, cruza el Cravo Norte, el Cananare, el Orinoco y llega a San Fernando a finales de enero. Con malicia realiza la incursión subiendo algunos ríos. En la madrugada del 27 de enero ataca a la casa de Funes y ante la porfía de éste en defenderse, hizo petrolizar las puertas del cuartel con miras a incendiarlo. Funes comprendió su situación y pidió tregua, entregándose. Arévalo Cedeño nombró un Consejo de Guerra y el 30 fue fusilado Funes junto con Luciano López, su segundo. Éste ofreció a Arévalo, a costa de su libertad, todo el dinero que tenía en Ciudad Bolívar. Arévalo le respondió que la vindicta pública estaba primero.

Arévalo Cedeño parte hacia el Apure y a mediados del año entabla combate contra el general Benicio Jiménez, un indio tachirense todo nobleza y rectitud. La lucha es desesperada: se lucha en los cuartos, en las cocinas, en las queseras. Generales hubo como Ricardo Arria Ruiz, a quien "una bala le entró por el pecho a la altura del corazón y le salió por el pulmón izquierdo, echaba sangre por la boca y por la nariz".[5] Allí fue herido el capitán José Garbi Sánchez,

5 José Garbi Sánchez, *Alzamientos, cárceles y experiencias*. Caracas, Venezuela, 1977, p. 81.

hombre entero de palabra y de acción. Esta acción de Guasdualito fue una prueba de fuego, tanto para Arévalo Cedeño como para Jiménez y compañeros de ambos grupos combatientes.

Jiménez fue ayudado por el general Sálvano Uzcátegui y los revolucionarios, antes de retirarse, plantearon a Jiménez la entrega de la plaza. Jiménez respondió a Arévalo Cedeño con frases que parecen desprendidas de un texto antiguo: "Recibí su carta de hoy en la cual me pide usted la entrega de la plaza, lo cual no me lo permiten mis condiciones de soldado que sabe cumplir con su deber".

En la retirada unos se van a Colombia y Arévalo Cedeño decide invadir, contando con promesas, los llanos centrales y de oriente. La gravedad del general Gómez —inflamación de la próstata— hace cautos a Manuel Sarmiento y a Luis Godoy, presidentes respectivamente de los estados Guárico y Anzoátegui, quienes perseguían a Arévalo. Éste recorre casi toda la extensión del Guárico y parte de Anzoátegui y al fin regresa al Arauca. Mas ya se habían alzado, siguiendo al caudillo, Franco Lander de Armas y Marcial Azuaje. Lander tomó a Bocas del Pao y Azuaje fue destruido por Benicio Jiménez en Chiquinán y Las Mochilas.

Ardua es la tentativa de Arévalo Cedeño en 1922, año de transición, como 1914, o que se creyó de transición, y que sólo fue de sacrificios aislados. Gómez tuvo la suerte de que sus enemigos jamás se sentaran a discutir, en convivencia, su caída, y por eso los fue liquidando uno a uno. Esta vez Arévalo Cedeño creyó —según nos dijo a mediados de setiembre de 1936 en Santa María de Ipire— que le iban a ayudar. Lo cierto es que todos actúan en forma dispersa, y Gómez era unidad porque tenía hombres valientes que le eran fieles a quienes trató paternalmente. A esto se unía su prestigio de militar ganado con méritos en muchas guerras y su tremenda previsión: aquella virtud de ser cauto, sin tardanza, astuto y desconfiado. Para combatir a Gómez no bastaban valor y audacia que bastante los tuvieron Arévalo Cedeño, Peñaloza, Delgado Chalbaud, Gabaldón, Azuaje, Vargas, Pérez Delgado, Arriaga, Arria, París y otros tantos, sino entendimiento, organización, métodos y logística.

Ahora, Arévalo Cedeño se halla con menos de cien hombres en el hato La Panchita, en el estado Anzoátegui, un sitio al oeste de

Aribí. Gómez ha dispuesto que sean los presidentes de estado los que dirijan las operaciones, y es el general Lino Díaz, presidente de Anzoátegui, quien le persigue. Arévalo ha llegado desde el Arauca a través del Orinoco y del Manapire y se dirige hacia los bosques del Tamanaco, en el Guárico, y el 18 de julio de 1929 es atacado por Díaz en La Panchita. Arévalo se olvida del tiempo y se defiende y a su lado caen sus compañeros. Cuando Álvarez Veitía, Efraín de Armas y Miguel Pacheco le obligan a montar en la grupa del caballo de Álvarez Veitía, ya había quemado setenta cápsulas de su *winchester*. De allí le llevan al hato Las Bombitas del general Sinforoso de Armas, padre de Efraín, y le esconden. Hundido en un morichal, cubierto el rostro con anchas hojas de bora. Arévalo Cedeño tiene en la diestra el revólver por si le descubren. En toda esa zona vecina al Orinoco es perseguido sin tregua por fuerza del general Silverio González, presidente del estado Bolívar. Los soldados husmean y punzan el agua con sus bayonetas. Antes de retirarse, un zambo a caballo dice a sus compañeros, con voz solemne: "Nos iremos, pero ése está aquí, lo que pasa es que no lo vemos porque tiene oraciones".[6]

Luego busca el Orinoco y no puede atravesarlo por la extrema vigilancia de las lanchas del gobierno. Regresa al alto llano y le protegen cerca del Valle de La Pascua y en los bosques del Tamanaco y del Guaribe, Juan Tomás Zamora, su pariente, Mariano Camero, Juan Espinosa, Carlos Camero, Cruz Magín, Vicente María y Miguel Rojas Armas, Alejandro Fonseca. Arévalo Cedeño anda desesperado, de mogote en mogote y de quesera en quesera. En su libro, Arévalo Cedeño tiene frases duras contra los generales Juan Alberto Ramírez y Rodolfo C. Piña, sólo porque habían ordenado perseguirle. Sin duda, fueron explosiones de pasión en 1936, año de encendida política, pues nos consta que tanto Ramírez como Piña intervinieron con bondad en muchos casos de perseguidos políticos. Al fin, con los dólares que le envía el ingeniero Luis Larralde, y en unión de Álvarez Veitía, quien no lo abandonó nunca, cruza de nuevo el Guárico

6 Referido por E. Arévalo Cedeño, en Santa María de Ipire. Setiembre de 1936.

—ya han pasado muchos meses— y ayudado por Manuel Espinosa e Hilario Mesa y Chicho González llega al Arauca. El 10 de marzo de 1930 pisa tierra colombiana.

La última invasión del caudillo fue en tierra apureña y en 1931. Combatió inútilmente en Mata de Agua, El Porvenir, El Viento, Urañón, El Caribe, triunfando en algunos lugares, siendo al fin derrotado y regresando a Colombia. Muerto Gómez, López Contreras conduce el país con cierto signo democrático. Arévalo Cedeño regresa y es el héroe del día, menos de los comunistas, de quienes se expresa mal y ello le resta popularidad. López Contreras obtiene que Arévalo le acepte la presidencia del Guárico, y en su tierra nativa realiza obra útil: construye hospitales, asilos, parques, crea escuelas de artes y oficios, liceos, entre ellos el Roscio, en homenaje al patricio; también el transporte de ganado en camiones para evitar el deterioro en las largas marchas, práctica aún vigente; costea publicaciones, promueve conferencias y por encima de todo, maneja honestamente el tesoro del Guárico. Cuando sale del cargo vende el *Buick* que usaba como presidente porque era suyo y no tenía con qué comer. Un hombre que ha muerto en estos días, el doctor Alberto Lossada Casanova, símbolo de toda nobleza, le ayudó económicamente por mucho tiempo. Una vez, el Gobierno Nacional lo envió al Perú con el carácter de comisionado para adquirir bestias con destino al ejército, y a su regreso, Arévalo Cedeño reintegra al Tesoro Nacional la suma sobrante.

Recordemos algunos hechos ligados a su condición de hombre sobrio. A raíz de dejar la presidencia del Guárico, le fue ofrecida la Aduana de Güiria y rechazó la oferta aduciendo que nada útil a Venezuela iba a hacer en cargo de simple recaudación fiscal. Él entendía que el mejor servicio estaba donde podían construirse obras de orientación social, como hospitales, escuelas; obras de economía agrícola, como caminos de penetración a fin de que los campesinos pudiesen llevar sin angustias sus productos a los mercados; obras de sanidad, como cloacas, acueductos y esto, en un país donde todo estaba por hacer. Más de una vez tuvo altercados con sus antiguos compañeros por negarse a entregarles dinero del tesoro del estado Guárico, siendo presidente. A muchos de ellos

ayudó personalmente y explicó que él no iba a repetir los vicios que había criticado y combatido a través de toda su vida.

Dejó una obra escrita. *El libro de mis luchas* de 1936, que es recuento de angustias, reto y suma de miserias y grandezas. No hizo más que imitar a algunos héroes antiguos, describiendo hechos heroicos y luego dejando ante la posteridad constancia escrita del suceso. No importa que la prosa no sea brillante. El eminente Pbro. Pedro Celestino Perdomo dijo una vez que "el ejemplo era la elocuencia de la verdad viva en el hecho".[7]

A tanto llega la miseria en los años finales, con ocho décadas encima, que el hombre enloquece. Cuando agrava, Rómulo Betancourt, presidente de la República, lo hace internar en el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria. Allí en una cama, tendido, pálido, barbudo, aguzado el perfil caribe, estaba en la más limpia pobreza el hombre que había sido presidente del Guárico, que había manejado sus rentas. Allí, inmóvil, el hombre que recorriera airoso y por siete veces el territorio patrio, seguido por doscientos guerrilleros, dejando a su paso una estela de admiración porque los pueblos aplauden a todo el que encarna una idea de justicia. A medida que la enfermedad avanza, crecen con el delirio las escenas... ¡Pérez Delgá...! ¡Cargue! ¡Ramírez! ¡Porras! ¡Smith!... ¡Parra Pacheco! ¡Arria! Como en una película, la cansada voz heroica hila los sucesos, abre el humo de las descargas, recorre trincheras, es imperiosa y prende trinitarias sobre los pechos.

También, por la mente del general Emilio Arévalo Cedeño, como en la de un buen Quijote, debieron cruzar los molinos que sembrara en la tierra del Guárico, molinos que tanta sed calmaron en algunos lugares que luego negaron el beneficio. Las aspas continúan sacudiéndose porque el sueño y la sobriedad del hombre se edifican con sustancia de tiempo.

J. A. De Armas Chitty
Caracas, julio de 1979

---

7 Pbro. Pedro Celestino Perdomo. *De una conferencia en Santa María de Ipire en setiembre de 1925.*

El libro de mis luchas

Historia de mi vida y de mis luchas.—Narración completa de mis siete invasiones contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.—Relato exacto de mi campaña sobre el Territorio de Atabapo, dominación completa de aquel territorio y de la captura de Tomás Funes.—Lo que fue la Revolución en el interior del país.—Lo que fue la Revolución en el exterior.—La obra destructora de la oposición y el egoísmo de los hombres componentes de ella.—La labor infame de los diplomáticos y cónsules del tirano Gómez en el exterior.—La complicidad de los gobiernos extranjeros con el tirano Gómez.—La vida miserable de los asilados.—El oro corruptor del tirano Gómez, como pago a la labor criminal de gobiernos extranjeros contra los asilados venezolanos. —Los dramas de las fronteras de Casanare, Arauca y Brasil. —Documentos

Introducción

Si la verdad produce el escándalo, que se diga la verdad aunque haya el escándalo
Sócrates

La verdad es lo que es
San Agustín

En este libro, que escribo para satisfacer una necesidad de mi vida, se leerá la verdad en todas sus manifestaciones, sin intención alguna de atacar ni de hacer mal a nadie, sino con el solo deseo de decir la verdad, que *es lo que es*; según nos enseña San Agustín. Los que escriben y hablan para el público están obligados a hacerlo con la verdad y con la sinceridad, pues de lo contrario cometen el gran crimen de suicidar su decoro y su honor, cualidades necesarias que no se puede vivir sin ellas, y que al faltarnos en la vida ya no se nos puede llamar *hombre*.

El deber y la verdad marchan siempre por un estrecho sendero adonde no se puede ir sino de frente, y yo que he ajustado todos los actos de mi vida al deber y a la verdad he marchado siempre por ese estrecho sendero sin temor a nada ni a nadie, porque así llegaré dignamente al puerto de la liberación final que es Dios.

E. Arévalo Cedeño

Capítulo I

La infancia y la juventud de mi vida. —Mis años de trabajo como hijo de las pampas venezolanas

Nací en Valle de La Pascua, importante población llanera del oriente del Guárico, el día 2 de diciembre de 1882, y fue mi padre el general Pedro Arévalo Oropeza, de ascendencia netamente española, hombre recto y de costumbres austeras. De ideas liberales y soldado de la Federación venezolana, no recibió de ella sino decepciones, pues no obstante haber conservado la lealtad al ideal, comprendió que éste había sido bastardeado por la ambición de los hombres, prefiriendo mantenerse alejado de la cosa pública para protestar contra los desmanes e injusticias; no con la impaciencia del opositor sistemático, sino con la dignidad del ciudadano de orden y de trabajo, que aspiraba a la República soñada por los patriotas. Fue mi madre la señora Dionisia Cedeño de Arévalo Oropeza, de ascendientes indígenas, bisnieta de Manuel Cedeño, el "Bravo de los Bravos de Colombia", que selló con su muerte en el inmortal Campo de Carabobo la libertad de Venezuela, y cuya sangre, al correr por mis vasos capilares, me ha dado el valor para ser libre y el orgullo del sacrificio por mi patria; fue santa y buena como todas las buenas madres, y supo corresponder a los nobles esfuerzos de mi padre para levantar y educar una numerosa familia.

Así es que por la parte materna tengo mis raigambres en un viejo tronco de los Tamanacos, que por su bravura y su amor a la tierra supieron siempre castigar al conquistador concupiscente y malo, que al destruir nuestros aborígenes destruía una civilización, y nos dejaba en pago la herencia funesta de molicie y crímenes

que acaba con nuestra América; de ambición, tiranías y mentiras que han acabado con la obra de Bolívar y que han convertido a Venezuela en un campo de ruinas y en un inmenso cementerio.

Mi niñez fue la de todos los niños; sin nada notorio que anotar en ella. A los cuatro años, por un deseo o curiosidad de niño, siguiendo a los otros muchachos, un buen día me fui a la escuela por mi cuenta. Esta acción gustó mucho al viejo maestro del pueblo, el bondadoso don Eugenio Celis, quien se empeñó con mis padres para que me dejaran en la escuela, prometiendo tener paciencia para atender a mis cortos años.

Desde niño me gustó el estudio y a la edad de ocho años entraba en el Colegio Roscio, de Altagracia de Orituco, adonde se había trasladado mi familia. Mis maestros en aquel instituto, los ilustrados bachiller Grafe Calatrava y luego el doctor Camejo Farbós, quienes fueron rectores de él, pusieron todo de su saber, de su conducta y de su bondad para que yo aprendiera y fuera un hombre de vergüenza. ¡Cuánto debo a estos ilustres venezolanos! También debo mucho a los catedráticos de las distintas asignaturas que colaboraron con ellos.

En aquel colegio estudié filosofía y me preparé para el bachillerato hasta que sucedió lo que ha sido costumbre muy venezolana, o mejor dicho de gobernantes venezolanos: el colegio fue eliminado repentinamente por un telegrama del ministro de Instrucción, y quedaba la ciudad servida por escuelitas de primer grado, y atendidas a la vez por maestros muertos de necesidad y casi sin instrucción. Seguí por mi cuenta estudiando el inglés y el francés adquiridos en el colegio, como si algo interno me dijera que un día las tiranías interminables y endémicas de mi patria me aventarían al destierro, y que en el ostracismo, el conocimiento de aquellas lenguas me serviría para hacerlo menos duro.

Al abandonar el colegio, o el colegio abandonarme a mí, me consagré al trabajo, y como hijo de los llanos me dediqué a recorrer nuestras pampas, con esa constancia y esa fe con que el hijo del desierto sabe buscar el sostenimiento de su hogar en lucha abierta contra los elementos y la dureza de la tierra ancha, en donde

según el bello decir de nuestro inimitable Lazo Martí, los nacidos en ella sabemos *soñar a la rebelde sombra de las palmas y bajo el cielo azul claro y abierto*, y en donde tenemos duelo con la muerte a cada instante: burlándonos de ella, y oponiendo a tantos peligros la alegría ingenua de nuestra raza, que en los momentos más angustiosos siempre canta sus coplas a Dios, a la patria, a la libertad y a su morena. La juventud de Venezuela, casi siempre impreparada para las luchas por la vida, tiene en el trabajo la inconstancia del que nada sabe hacer y tiene buen deseo de hacerlo todo por el estímulo de ganarse por sí mismo lo necesario para la existencia y para sostener la posición social que le corresponde.

Eso me ocurrió en mi juventud; y he aquí que de repente, de comerciante ambulante en animales me encuentro convertido en socio de una pequeña tipografía en Altagracia de Orituco, en donde se me ocurrió fundar en compañía de dos jóvenes más, un periodiquito que llevó por nombre *El Titán,* el cual no obstante la pujanza de su nombre y ser el homónimo de las deidades mitológicas, tuvo tanta duración, que apenas salieron ocho números a razón de uno por semana, tiempo suficiente para que mi negocio de tipografía terminara también presionado por la quiebra que sobrevino debido a la falta de trabajo. Enseguida me dediqué al comercio y establecí una bodega con un socio y un pequeño capital de $ 500. A los tres meses de establecido este negocio, la bodega se incendió totalmente, y como en aquellos tiempos no existían compañías de seguros perdimos todo el capital y con esa pérdida nuestras esperanzas de continuar siendo comerciantes. Con una tenacidad inigualada y con mi fe de siempre, me dediqué de nuevo al comercio de frutos y de animales, entre las poblaciones del oriente del Guárico para abandonarlo meses después y satisfacer el deseo que tenía de progresar en el telégrafo, aprendizaje que había comenzado durante mi corta labor periodística. Durante el tiempo de mi actuación como comerciante ambulante recorría las llanuras, los estados Miranda, Anzoátegui, Apure, Aragua y el Distrito Federal. En ese tiempo me tocó radicarme por ocho meses en San José de Río Chico, en donde se despertaron de nuevo mis aficiones por el periodismo, fundando

allí un pequeño semanario que llevó por título *Helios* y que también tuvo la duración que tienen los periódicos de nuestros pueblos.

El año de 1905 fue época de mi estadía en San José de Río Chico, y en esa época tuve ocasión, al ser nombrado orador de orden en una fiesta social, de levantar mi voz de protesta contra la tiranía de Cipriano Castro. Este gesto de valor cívico fue el comienzo de mi protesta pública contra los tiranos Castro y Gómez, comandita de maldiciones que un día negro para la patria se asociaron para acabar con ella completando así la obra comenzada por nuestros tiranuelos pasados, gavilla de salteadores que, armados del sable insolente y corruptor, se apoderaron de este remedo de República, primero en nombre de la bandera Roja, color de sangre, y luego en nombre de la bandera Amarilla, color de miedo. Para destruir y desgobernar un país son cosas bastante eficaces la inconsciencia y la barbarie que han caracterizado a todos los gobernantes venezolanos que desgarraron nuestro iris tricolor para arroparse con sus jirones y cometer toda clase de crímenes y concupiscencias.

Desde 1905 me dediqué al comercio de ganado hasta el año de 1908, encontrándome en Caracas en los días de la caída del tirano Castro, en la cual tomé parte muy activa, pues concurrí a las oficinas de *El Constitucional*, en el momento en que el pueblo de Caracas se proponía destruir dicho diario, que fue, como toda Venezuela lo sabe, escándalo y ludibrio del periodismo nacional.

La policía de Caracas enviada a las oficinas del referido periódico por el troglodita Pedro María Cárdenas, para aquella época gobernador del Distrito Federal, nos recibió a balazos y la sangre generosa del pueblo de Caracas se derramaba al parecer por un ideal de libertad y contra la tiranía de Cipriano Castro, sin saber que con aquella sangre se estaba celebrando el triunfo de Juan Vicente Gómez, que sería por 27 años largos la ruina y la desolación del hogar venezolano, la continuación del servilismo y de la corrupción implantados por Castro, con más refinamiento aún, porque jamás en su decadencia llegó país alguno al grado de ignominia en que vivió la nacionalidad venezolana, durante aquellos lustros de asesinatos y de bárbara dominación.

Y culminó el 19 de diciembre de 1908 la comedia iniciada por Gómez el 13 de aquel mismo mes, día funesto, en que fuimos abaleados en *El Constitucional*. Sí, la comedia culminó en la tragedia que desde ese día comenzaba para Venezuela, y en la cual veríamos el dolor de nuestros hogares, la ruina en todo el territorio de la patria, la desesperación y la muerte en las cárceles tenebrosas y sombrías de la tiranía, el correr de la sangre por nuestras pampas, montañas y ríos, la tristeza de la patria ausente pintada en el rostro de millares de desterrados, la degeneración de un pueblo que vivía del espionaje, de la delación y de la prostitución; y como para coronar esta obra de destrucción y de infamias, el espectro aterrador del miedo, amarillo, descarnado y tembloroso, erguido y teniendo por pedestal las agonías de una nacionalidad en decadencia del horizonte: ¡*Finis* Venezuela!

Los venezolanos quisieron tener miedo a Gómez y a la cuadrilla de malhechores que lo sostenían, y tuvieron ese miedo con jactancia y con desvergüenza. Los venezolanos renunciaron a su sexo para convertirse en mujeres. Los venezolanos sintieron placer y orgullo en ser esclavos de Gómez y de su tribu, que tan sólo podía tiranizar al venezolano de la época inconsciente por el miedo y degenerado por los vicios. Tarde, muy tarde, pero al fin felizmente, la Providencia quiso que Gómez muriera; pero es bueno, es urgente y es salvador que el venezolano de hoy sepa con sinceridad y con patriotismo que es una desgracia tener miedo y que es un mal negocio sostener tiranos, destruir su propia existencia en la vida agonizante del pavor que nos arrebata la razón y nos convierte en miserias humanas.

Desde el momento mismo que conocí el primer gabinete que Juan Vicente Gómez nombrara al iniciar su gobierno comprendí la inmensa desgracia que comenzaba para la patria, y que Castro principiaba a ser justificado en sus crímenes y conculcaciones. En aquel cuadro de hombres, figuras de desconfianza y decepciones para el pueblo venezolano, tan sólo veíamos, a manera de tabla de salvación, al ilustre doctor Muñoz Tébar quien nada podía hacer en el círculo de indignidades en donde le tocaba actuar, y que bien

pronto, abandonando aquel campo de infección, se marchó a su hogar a continuar llevando hasta la muerte su vida de bondades cargada de dignidad y de merecimientos. Sin pensar en aprovechar en ningún puesto público la nueva situación que desgraciadamente se inauguraba para Venezuela, no obstante haber comprobado en el campo de los hechos mi protesta contra el régimen tiránico de Castro, abandoné a Caracas, marchándome a mis llanos, para buscar mi vida protegido por el secreto que tenemos los llaneros, de saber ganarnos el pan de nuestros hogares con el sudor de nuestras frentes y con el sudor de nuestros caballos.

A fines del año 1909 uno de mis hermanos, que servía la oficina telegráfica de Libertad de Orituco, dejó aquel puesto para pasar como segundo operario a la de Altagracia de Orituco, y entonces yo, aprovechando para ser al fin telegrafista por una bondad del jefe de aquel circuito, el meritorio y noble servidor, como también gran técnico del ramo, Ángel González Cabrera, hizo para que yo ocupara la humilde oficina que dejaba mi citado hermano. De allí pasé como segundo operario a la de Ciudad Bolívar, luego, en la misma categoría, a la de Soledad y de Cantaura, separándome de esta última oficina por renuncia debido al estado de mi salud.

A fines del año 1910 fui nombrado como jefe de estación para la oficina de Caicara de Maturín que serví durante un año. En aquella población contraje matrimonio con la señorita Antonia Ledezma Guzmán, de una distinguida familia de Maturín, y a los nueve meses de casado tuve la desgracia de perder mi primera esposa que fue noble, amorosa y buena, y cuya muerte me obligó a abandonar el telégrafo y dedicarme de nuevo a las actividades del comercio de ganado entre los pueblos de Maturín, Guárico y Apure.

Desde el comienzo de su desgobierno Juan Vicente Gómez continuó con mayores actividades y con mayores violencias en el camino de la avaricia y de exacciones que distinguieron sus ambiciones desde que llegó a Caracas, al lado de su compadre Cipriano Castro para que ambos, cual maldición de Satanás, destruyeran la obra de nuestros libertadores; entronizando en Venezuela el

crimen, el pillaje, la corrupción, la mentira y el desorden en todos los actos de nuestra vida nacional.

Los monopolios en todas las industrias, los robos de propiedades y de terrenos, so pretexto de compras hechas con la amenaza del Castillo de La Rotunda y de los grillos de ochenta libras, unas por la cuarta parte de su valor, otras a plazos que nunca se cumplían, y la mayor parte de ellas inspiradas por los áulicos del tirano que conociendo muy bien la codicia de Gómez se aprestaban para halagarlo por este medio; esa era la vida de la nacionalidad venezolana, y muy especialmente de nosotros los hombres de trabajo que caminábamos por donde quiera, de día y de noche, buscando el negocio donde estuviera para salvarnos de la ruina y satisfacer nuestras necesidades, pagar nuestros acreedores y salvar el concepto de hombres de honor y de vergüenza.

Pero aquel pulpo de cien mil tentáculos que se llamaba Juan Vicente Gómez y su numerosa familia de bastardos y bastardas, asesinos y ladrones como él, y con ellos los servidores del régimen, que, como presidentes de estados y empleados de todos los órdenes, también asesinos y ladrones con muy raras excepciones, nos estrangulaban y su insania de avaricia no se detuvo un momento, sino hasta que la muerte, suprema libertadora, y en este caso suprema redentora del pueblo venezolano vino a imponerle el mandato de la ley del perecimiento, y con ese mandato, a decirle tanto a él como a su tribu de bastardos y bastardas que jamás los pueblos perdonan a sus tiranos, que eran mentiras las adulaciones de sus cortesanos, que ellos no eran valientes sino cobardes y asesinos y que la vindicta pública al fin reclamaba el castigo de los culpables, de los que no tuvieron corazón para la piedad, de los que no fueron cristianos, y de los que en medio de sus orgías de sangre y de robo desconocieron hasta la existencia de Dios.

¡Oh, dolor de la Venezuela de ayer! En tu época de miserias morales y de ruinas inconcebibles, en esa Venezuela de Gómez y de los Gómez, los padres delataban a los hijos, los hijos delataban a los padres, los padres vendían a las hijas, los hijos vendían a las madres, los maridos vendían a sus mujeres, y la dilación y la lujuria fueron,

así como el asesinato y el robo, el Gobierno de la República. Venezuela de ayer. Venezuela de Gómez y de los Gómez. La Rotunda, Castillos de San Carlos y de Puerto Cabello, cien cárceles medievales más en todo el territorio de la patria, carreteras regadas con la sangre de estudiantes, de dignos e ilustres venezolanos, grillos, tortol, cadenas, novenarios de palos, y... Eustoquio Gómez, Tomás Funes, Pérez Soto y mil más, "hijos del Averno engendrados en la matriz de la ferocidad". Venezuela de ayer. Venezuela de Gómez y de los Gómez. Vallenilla Lanz, César Zumeta, Díaz Rodríguez, Pedro María Arcaya, Cayama Martínez, Andrés Eloy de la Rosa, y mil más, hijos de la impudicia engendrados en la matriz de la adulación.

Ya no podíamos trabajar. Ya pensábamos los dignos que era necesario empuñar el fusil redentor e irnos a las pampas y a las montañas para defendernos de la barbarie y salvar nuestra vida, nuestros hogares y lo poco que quedaba de nuestros intereses. En mis viajes conduciendo caballos para el estado Apure, el año de 1913 tuve la satisfacción, por un mandato de mis afectos, de contraer matrimonio con la señorita Pepita Zamora Arévalo, mi prima, a la cual desde muy niña profesé un cariño bastante acendrado y quien siempre tuvo para mí la devoción de su ternura de niña, y cuando ya mujer, al saber de mis intenciones de unirme a ella, trocó el afecto de la infancia por el amor más grande, para ser mi esposa, correspondiendo así al gran amor que yo tenía y tengo por ella.

Los cortos días que pasamos juntos, antes de mi primer movimiento armado contra la tiranía, fueron de una felicidad perfecta y en nuestro hogar no conocimos sino la dicha y las esperanzas del amor verdadero; dichas esperanzas sostenidas por el afecto y las bondades de mi esposa, que tuvo la abnegación y la fortaleza de soportar los 22 años de mi ausencia, que supo tolerar las ignominias de la época con la indignidad y la fe de una nobleza sin igual, que tuvo privaciones, miserias y decepciones, sin claudicar jamás de su condición de mujer excepcional, que en medio de tantas tormentas y tristezas supo durante esos largos 22 años, llenos de penas y de dolores, levantar y educar el hijo que le dejara de 11 días de nacidos y que al regresar yo, hoy a mi patria, con la satisfacción del deber

cumplido, me recibe con los brazos abiertos y dignificados por el amor, por la conducta y por su nobleza. Raro ejemplo de mujer, que en medio de la tormenta tuvo la fortaleza de nuestros robles centenarios de las pampas, para resistir firmes y fuertes la tormenta de los chubascos de nuestros llanos.

Ese mismo año de 1913 conduje al estado Apure más de 200 caballos para negociarlos por ganado a los criados de aquel estado, como es costumbre de negocio cada año entre los comerciantes del Guárico y del Apure. Yo tenía el convencimiento de que éste era el último negocio que hacía, desde luego que el monopolio de Gómez nos impedía trabajar y nos amenazaba con la cárcel. Al llegar a San Fernando de Apure con mis caballos, pasé a San Juan de Payara para proponerlos a los criadores con quienes tenía relaciones. Como mis caballos eran magníficos y muy gordos, abrigaba aún la esperanza de venderlos con utilidad. Me encontré en San Juan de Payara con los distinguidos y honrados criadores don Luis Palacios y Manuel Guerrero, a quienes ofrecí los caballos, ya acostumbrado a negociar fácilmente con ellos; y estos amigos tristemente me contestaron:

> Emilio, no podemos comprar tus caballos. El general Gómez ha dado orden de que el único comprador sea el general Eulogio Moros, encargado general de La Candelaria y de los bienes gomeros en el estado. El general Moros te pagará los caballos al precio que él quiera y recibiendo el pago de ellos en novillos de último tamaño, los cuales nos pagará al precio que él quiera.

La resignación y la tristeza con que me hablaron los amigos nombrados me llenó de indignación y comprendí que ya el venezolano estaba perfectamente preparado para resistir, con el fatalismo musulmán, la esclavitud que el tirano Gómez tan fácilmente imponía e impuso a este pueblo que se olvidaba, en su desgracia, era hijo del Cristo Redentor, símbolo de liberación eterna. Busqué compradores para mis caballos por todas partes y todos los criadores me respondieron más o menos lo mismo que los amigos Palacios y Guerrero. ¡Los pobres tenían razón! Si se atravesaban

como competidores del general Moros irían de cabeza al castillo y a la muerte. No había, pues, más remedio que ir a La Candelaria a vender porque sí, mis caballos al general Eulogio Moros, jefe y centro del monopolio gomero en Apure. Mentiras, no iba a vender mis caballos, iba a entregarlos a la rapacidad de Gómez representada por Moros.

Llegué al hato de La Candelaria y fui muy bien recibido por el general Moros; me atendió muy bien y me dio hospitalidad en su casa. Por todo esto comprendí que aquel hombre no quería hacerme mal en mi negocio, sino que tenía que cumplir las órdenes que Gómez le transmitía desde Maracay. A los ocho días de tener mis caballos parados en el hato de La Candelaria, esperando pacientemente la sentencia de Moros, éste me llamó y sacando un sobre del bolsillo de su saco hizo unas anotaciones con un lápiz y secamente me dijo: "A ese precio le pago sus caballos". Yo vi el sobre y encontré marcado el precio de treinta pesos cada uno, y mis caballos me costaban puestos allí a más de sesenta pesos. El general Moros agregó de boca que el valor de los caballos me lo entregaría en toros de La Candelaria, a razón de doce pesos cada uno, y él vendía los toros a seis pesos, a los compradores que ocurrían al hato a negociar con él por dinero. Es decir, que esta proposición que yo aceptaba por obra y gracia del monopolio existente era la ruina y la quiebra de mi negocio.

Negarme a entregar los caballos era ir a la cárcel, y como yo sé protestar contra las tiranías con un fusil en la mano, y no he nacido para esclavo sino para ser hombre libre, resolví aceptar el brillante negocio que me proponía el general Moros, pero desde ese momento juré en silencio y por la memoria de mi padre que abandonaría hogar, esposa y todo para irme a la guerra esperando tan sólo el momento para justificar bien ante la nación mi aptitud de patriota: la reelección de Gómez por siete años más que preparaban en Caracas nuestros intelectuales corrompidos, eternos enemigos de la República de Venezuela. El hombre de trabajo se transformaría en guerrero, jurando no claudicar jamás en su condición de ciudadano digno, estar siempre de pie con el fusil en la mano ante

la afrentosa tiranía y no permanecer ante ella de rodillas ni boca abajo como los esclavos vencidos, como lo estuvieron ante el monstruo de La Mulera la mayoría de mis compatriotas, durante los veintisiete años que cubrieron de duelo el hogar venezolano.

Capítulo II

19 de mayo de 1914. —Mi primera protesta armada contra la tiranía

Mientras esperaba la reunión del Congreso de áulicos que debía efectuarse en Caracas el 19 de abril de 1914 para consumar el crimen de la reelección de Gómez y establecer el septenio, coronación espantosa de aquel gran crimen, continué por algunos días más mi labor de hombre de trabajo, caminando por donde quiera en mis negocios, con una intranquilidad enorme y un nerviosismo espantoso, porque mi corazón de patriota no podía soportar más la ignominia venezolana ni mucho menos la ruina, ni la bancarrota moral a la cual llevaban a la patria de manera feroz e inmisericorde la avaricia y los crímenes de Gómez. Y fue en aquellos días en que entre los vecindarios de El Tesoro y El Caro de la Negra, jurisdicción de Tucupido, población del oriente del Guárico, perdí un burro cargado con la suma de ochenta mil bolívares que traía para Valle de La Pascua para comprar mil novillos en sociedad con mi recordado amigo y protector don Carlos Corbo, rico y honorable comerciante de Caicara de Maturín.

Yo sentía la pérdida de ese dinero, porque ya próximo a lanzar una protesta contra la tiranía, al no aparecer, al lanzarme a la guerra, los detractores de todos los tiempos, los destructores de valores, dirían y propagarían que mi movimiento armado era una artimaña mía; que habiéndome robado tal dinero, quería engañar a los tontos con una comedia ridícula y que mi decantado patriotismo tan sólo era una estrategia burda de ladrón. El día de la pérdida de esa respetable cantidad de dinero, muchos amigos se lanzaron por

todas partes para ayudarme a la búsqueda de aquella suma, cuya pérdida constituía mi deshonra y el fracaso de mis esperanzas de patriota, pues ya quedaba descalificado por la calumnia para luchar por la libertad de mi patria, única preocupación de mi vida.

Siempre he tenido en mi vida de luchas eternas, y tan accidentada como regulada por una moral a toda prueba, una fuerza o protección de lo Alto que me ha favorecido, y que así como me ha fortalecido para ser digno y correcto, así también me ayudó para salvarme del tirano Gómez en mis luchas contra él y su régimen. Esa fuerza o protección me favoreció en la pérdida de aquel dinero, pues al siguiente día de extraviado el burro con la carga, a la una de la noche, apareció el tesoro completo; y digo tesoro porque en aquel dinero estaba mi honor, mi dignidad y resolución de patriota.

Cuando mis amigos celebraban con disparos de revólver la aparición de la suma, y me felicitaban, yo daba gracias a Dios porque ya podía gritar armado con el fusil redentor: "Muera el tirano Gómez", sin que los destructores de valores pudieran tener trabajo por algunos días y porque ya yo enseñaría a los egoístas y a los esclavos de mi patria, que allá en las pampas venezolanas había un llanero que quería desinteresadamente a Venezuela y que sabía sacrificarse por ella.

Encontrado el dinero inmediatamente me fui a la población de El Chaparro y allí compré los mil novillos a mis distinguidos amigos doctor Julio C. de Armas, Juan de Dios Certad, Rafael Escobar Vale y José La Grecca. De estos amigos tan sólo ha muerto La Grecca, encontrándose el doctor Julio C. de Armas, ilustre médico y honorable amigo actualmente en Caracas, y los amigos Certad y Escobar Vale en Caracas y Los Teques respectivamente, hoy cuando esto escribo.

Regresé a Maturín con los mil novillos comprados y me despedí de mi socio y protector don Carlos Corbo, cuya memoria venero, para regresar a mi hogar, abrazar a mi esposa por última vez, besarla silenciosamente para irme a Cazorla a dar el grito de libertad, diciéndole en ese beso, que comenzaba el drama terrible de nuestra separación por veintidós años, que la dejaba de ocho meses de

embarazada, porque quería que nuestro hijo al nacer fuera hijo de un ciudadano libre, de una República libre, y no el manumiso del tirano Gómez, y que abandonaba felicidad y todo en ella que me daba la vida en sus labios, el cielo en su corazón, y mucha fuerza para luchar contra las maldades del mundo, contra la envidia y el egoísmo de la tierra venezolana, porque la patria y el ideal reclamaban el sacrificio de mi vida. Y llegué a Cazorla, pequeña población llanera del sur del Guárico, adonde me condujo el destino para llevar a cabo la realización del ideal de patriota que todos los venezolanos dignos debíamos sostener y hacer triunfar.

A cuatro leguas de aquella población, en donde vivían hombres honrados y de trabajo, y en donde yo contaba con amigos que pensaban como yo por la suerte de Venezuela, se encontraba La Rubiera, poderosa finca ganadera propiedad del doctor Francisco Mier y Terán, en la cual se paseaban los Campos Volantes armados de la tiranía imponiendo el terror a los pacíficos moradores de aquella comarca y cometiendo toda clase de arbitrariedades contra sus personas e intereses.

Llegó el día escogido por mí para retar, en compañía de un puñado de valientes que deseaban sacrificarse conmigo, al tirano y a su cuadrilla de malhechores. A las 8 de la noche del 19 de mayo de 1914 a la cabeza de 40 hombres de a caballo, y en la plaza de Cazorla, di el grito de: ¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano Gómez! Y enseguida de este grito marchamos a galope tendido para castigar con las descargas de nuestros fusiles, en un asalto formidable, a los salteadores del tirano, que, capitaneados por un coronel Julio Robles, se encontraban esa noche en La Rubiera.

A las 12 de la noche dimos el asalto a Robles y sus compañeros, los cuales se pusieron en fuga inmediatamente de una manera vergonzosa poniendo de manifiesto que nunca son valientes los servidores de tiranos, sino miserables esclavos, que en presencia del hombre digno armado en nombre de la libertad y del derecho huyen despavoridos y clamando misericordia. En verdad que comete un gran crimen contra su honor aquel que se entrega por el miedo a los esclavos de tiranos, que viven también del miedo y

de la inconsciencia como los seres que ellos esclavizan. Entre los prisioneros tomados esa noche cayó el doctor Mier y Terán, el acaudalado y poderoso propietario de La Rubiera, persona instruida, de grandes condiciones en el trabajo, de exquisita cultura, y a quien yo trataba como amigo. El doctor Mier y Terán, lleno de terror al verse prisionero, como también su distinguida esposa, me ofrecían esa noche una fuerte suma de dinero que tenían en su casa, la cual constaba de miles de pesos. Yo rechacé la oferta que, propuesta por el miedo, me hacía el distinguido abogado con estas palabras:

> Doctor, ese dinero es la herencia de sus padres aumentada por el fruto de su trabajo; bien sabe usted que yo estoy luchando contra la tiranía y no por el pillaje como lo hacen Gómez y sus secuaces; tan sólo necesito las armas que usted tiene aquí y que le hacen mucho daño.

En el asalto tuve varios heridos, entre ellos mi hermano Luis me acompañaba y los valientes compañeros Natividad Silva y José Sánchez. En la misma noche, y triunfador, me regresé a Cazorla a la cabeza de mis valientes compañeros, que tan orgullosos como yo por haber dado comienzo a nuestro castigo para con los esbirros del tirano, entramos a la población en medio de las felicitaciones de sus habitantes, que enemigos de Gómez como nosotros, nos acompañaban de corazón en nuestra lucha contra la tiranía.

Bien sabía yo que mi movimiento era aislado, y que por consiguiente tenía encima y por donde quiera, la persecución más estrecha. No había, pues, tiempo que perder, y hombre activo como soy, me moví inmediatamente sobre el oriente del Guárico, caminando de día y de noche, para ocupar por sorpresa a Valle de La Pascua, y de allí hacer mi recorrido por todo el estado entrando a todas las poblaciones de sus distritos en nombre de la libertad, de la Constitución y de la Ley. He aquí mi alocución publicada el mismo día de mi primer movimiento contra la tiranía de Gómez:

Alocución

En mi carácter de jefe expedicionario de la revolución nacional, en el estado Guárico, tengo la satisfacción de ofrecer a todos los habitantes de mi jurisdicción, las más amplias garantías para sus personas e intereses como fórmula salvadora ante los desmanes y el latrocinio de Juan Vicente Gómez, el sargentón imbécil que mancha la civilización y que ha amontonado en sus áreas tesoros de iniquidad y de rapiña.

Ante tantas monstruosidades que cometen el asesino Gómez y los suyos, las lamentaciones lacrimosas rayan en puerilidad; donde el plomo no liberta el llanto no alivia.

¡Compatriotas! A la guerra, pues, de lo contrario debemos renunciar al derecho de ser libres, resignarnos a la esclavitud, y por lo consiguiente renunciar a la vida.

Cuartel General en Cazorla, 19 de mayo de 1914

Entré a las poblaciones de La Pascua, Chaguaramas, Libertad, Lezama, Altagracia de Orituco, San Rafael, Barbacoas, El Sombrero y en todas partes los soldados de la tiranía huían cobardemente, poniendo en evidencia la falta de moral en las filas del tirano. Al pasearme impunemente por todo el territorio del estado marché sobre Calabozo, la ciudad capital, y en las puertas de ella encontré la guarnición del estado con la cual sostuve un tiroteo, para luego retirarme con la estrategia de llevarlos al paso del río Orituco en donde tenía yo una buena posición para derrotarlos; pero parece que el jefe de la guarnición adivinó mi proyecto y no quiso aventurarse en una empresa que podía costarle la derrota. En la noche del mismo día marché sobre el sur del Guárico dejando sorprendidos y despistados a todos mis perseguidores que no podían determinar mis rumbos, ya que con mi actividad y sin dormir daba marchas y contramarchas, que sólo resistíamos, porque, soldados voluntarios de una causa justa y noble, teníamos con nosotros la fortaleza del ideal y nuestra voluntad de patriotas.

Pero al fin mi movimiento debía ser destruido, no obstante las incorporaciones de amigos, porque aislados, desarmados y

acosados por todas partes debía llegar el momento de nuestra destrucción, lo que ya presentíamos; pero al ser destruidos no se ahogaría jamás el grito de nuestra protesta, dábamos un ejemplo de virilidad a nuestros hermanos esclavizados, y arrojábamos a la faz siniestra del tirano corrompido y cobarde nuestra palabra de maldición y la saliva de nuestro desprecio. El 16 de junio y al hacer penosamente el paso de Caño del Medio, ya que las pampas estaban todas inundadas, hice alto en aquel sitio para esperar al enemigo y jugar el todo por el todo en una lucha desigual; pero combatir era inevitable, y era necesario para disolverlos en grupos de guerrillas y despistar al enemigo.

Los fuegos comenzaron ya al oscurecer y la fuerza enemiga comandada por el general Francisco J. Sáez y por el coronel Alfredo Acero Galavís, segura de su equipo, de su parque y de la superioridad numérica, me derrotaron; pero no en la desbandada de los que no luchan por ideal, sino fraccionados en guerrillas ya acordadas, a fin de que mis perseguidores no supieran nunca en la guerrilla que yo me encontraba. A los tres días de esta derrota, encontrándome en la costa del caño El Guaca, fatigados por el agua y extenuados por haber pasado tres días sin comer, se me ocurrió mandar cuatro de mis compañeros a Macanillal, casa en donde vivía un señor de nombre Manuel Toro, quien era amigo mío y que se titulaba también revolucionario.

El objeto de enviar a casa de Toro fue el de mandar a buscar alguna comida para mis compañeros y para mí. La casa de Toro quedaba distante a una legua del lugar donde yo me encontraba, y desde el momento que despaché la comisión hacia ella, me monté sobre un árbol y con mi anteojo de campaña escrutaba la llanura, y al cabo de un momento descubrí una fuerza enemiga que venía como a una legua de distancia. Tendí el anteojo hacia la casa de Manuel Toro y vi que mis cuatro compañeros ya regresaban, y que por rumbo contrario salía un hombre vestido de blanco montado sobre un caballo y a velocidad de carrera hacia el lugar por donde venía el enemigo.

La traición comenzaba a aliarse con Gómez y Manuel Toro quiso desde ese momento, renunciando a los sagrados deberes de amistad y compañerismo que tenía para conmigo, ser un buen accionista de ese sindicato que sostuvo la tiranía, y que fue inspirado por la degeneración de nuestra raza y por la especulación vergonzosa de una nacionalidad en decadencia. Inmediatamente comprendí que era Toro el hombre del caballo y que iba hacia el enemigo para delatar el lugar donde me encontraba, salvarse de cualquier sospecha aunque fuera entregando mi vida a los asesinos de la patria, y recibir los dineros con que Gómez acostumbraba pagar servicios propios de miserables y de criminales.

El traidor Toro despachó a mis compañeros con la comida que le pedía, entre ella un queso de 60 libras, y con protestas de amistad y adhesión a mí me recomendaba permanecer en aquel sitio hasta tanto él venía para acompañarme por otros rumbos. Mis cuatro compañeros, hombres honrados y confiados en la lealtad de Toro, regresaron muy satisfechos de éste y se disponían para comer en unión de todos, ya que el hambre nos devoraba. Pero, yo que había adivinado la traición de Toro, porque siempre estoy alerta en la guerra, y en lugar de acostarme, muerto como estaba de fatiga, me había montado en el árbol con mi anteojo en la mano, les dije en tono de orden terminante: "A marchar inmediatamente y a pasar El Guaca enseguida, abandonando bestias y monturas aquí, e irnos río abajo en las embarcaciones del paso".

Mis compañeros me vieron sorprendidos no comprendiendo la magnitud de la orden, y quizás creyendo que yo estaba trastornado; pero, subordinados y confiados en mí, me siguieron hacia el paso con el desgano del que quiere complacer llenando solamente un requisito de cortesía. Llegamos al paso y allí encontramos dos embarcaciones, en las cuales nos metimos apurados y expuestos a naufragar, ya que iban cargadas por demás, y ser de aquellas embarcaciones de nuestros ríos construidas solamente para atravesar y no para navegar en distancias de alguna consideración. Al cuarto de hora de haber salido del puerto oímos las descargas del enemigo que atacaban a nuestros caballos y monturas, seguros de

que era a mí mismo, pues el traidor Toro les había asegurado, como era verdad, que yo estaba en aquel sitio.

El traidor quedaba burlado, y los pretorianos del tirano defraudados en la esperanza de capturarme y fusilarme allí junto con mis valientes compañeros para dar satisfacción al amo, ya que en la posición en que yo me encontraba y rodeado de agua por todas partes, el único medio de salvarnos era la estrategia que yo había inventado, siempre que pudiera encontrar las embarcaciones del paso, como felizmente las encontré, y que estando del otro lado del río, una pobre mujer atendiendo a mis voces de pasarme las embarcaciones, se metió en una y metió en la otra un hijo de ella y vino al lado nuestro a prestarme aquel auxilio, que era nuestra salvación, y que nos ponía de manifiesto que Dios no abandonaba a los patriotas.

Ya salvado de aquel encierro, seguí embarcado a Garcita y de allí a Cabruta, en donde tuve conocimiento de una acción noble llevada a cabo con dos de mis amigos compañeros, que habían caído prisioneros en manos de las fuerzas enemigas, en la derrota que hacía siete días había sufrido yo en Caño del Medio. Los coroneles Rafael Hernández, quien era el segundo jefe de mi fuerza, y el coronel Miguel Higuera, jefe de mi retaguardia, cayeron prisioneros en aquel combate, habiendo sido capturados dentro del agua después de cinco o seis horas de haber terminado los fuegos; y el oficial que los capturó, cobarde, asesino y cruel, se dispuso a asesinarlos, cuando felizmente el coronel Alfredo Acero Galavís, quien era el segundo jefe de la fuerza enemiga, llegó donde estaba el oficial, increpó duramente a éste, salvó la vida de mis dos infortunados compañeros, y noblemente les dio ropa para cambiarse la húmeda que tenían, y un trago de *brandy* a cada uno, para hacerlos entrar en calor y en reacción. Siempre he creído que el asesinato de un prisionero constituye la más alta nota de crueldad y de cobardía, siendo por esto que en todas las órdenes generales que dicté en mis siete invasiones siempre se leía en el artículo cuarto de ellas esta advertencia sublime y hermosa, como eran todas las cosas de

Bolívar, nuestro Libertador, quien único en la nobleza y en el valor, no podía producir sino cosas de noble y de valiente:

> Orden General
> Artículo 4°- Se copian estas palabras de nuestro Libertador: "El militar que ultraja los prisioneros y mancha su espada con la sangre de ellos, no merece el título de guerrero, sino el dictado de cobarde". Esta advertencia del genio de las Américas será cumplida de manera estricta por todos los jefes, oficiales y soldados de las fuerzas de mi mando, y serán castigados severamente los contraventores de ella.

Convencido de que llegaba el momento de la disolución completa de los restos que me quedaban de mi fuerza resolví quedarme solamente con cuatro compañeros, y ordené a los otros huir por distintos parajes, como también iba yo a hacerlo, sin pensar jamás en transarme con la tiranía y ratificando mi resolución de no considerar como fracasos los reveses que sufriera, porque el hombre que lucha por la libertad no debe detenerse en sus luchas hasta tanto no vea satisfechos los deseos de su espíritu con el triunfo de sus ideales; los cuales nunca deben ser bastardeados ni traicionados, cambiando nuestra posición de dignos por la de traidores, ni mucho menos el tesoro de nuestras energías, de nuestros pensamientos, de nuestras torturas morales y de nuestros dolores, por el miserable plato de lentejas que reciben en pago de su traición los que engañan a las multitudes con pretextos de liberación y de desprendimiento, para luego al conquistar una posición mediante el engaño del pueblo, sentarse a disfrutar de ella con cinismo y a reírse de las desgracias del pueblo que engañaron, cual Sanchos impúdicos e inmorales. Se me ocurrió meterme en el lugar en donde la persecución era más activa, y me dirigí a Valle de La Pascua, residencia de mi esposa, burlando a todas las comisiones que activamente me perseguían.

Entré libremente por las calles de La Pascua, sin ser conocido, y de sorpresa llegué a mi hogar en donde encontré a mi esposa con

mi hijo de once días de nacido, el cual había venido al mundo el 16 de junio de 1914, es decir, recibiendo un bautismo de sangre, pues ese mismo día me derrotaban en Caño del Medio y con esa derrota, si es verdad que no se perdían mis esperanzas de ver mi patria libre, también es verdad que se aumentaban los dolores de mi hogar, al cual le dieron la espalda los falsos amigos y hasta familiares, que me consideraban perdido para siempre y que indignamente creían que mi mujer y mi hijo debían también ser condenados al desprecio de ellos, porque se los imponía el miedo que es la enfermedad contagiosa y ridícula de las almas despreciables y viles. Pero se equivocaron, porque así como yo fui firme y fuerte ante el tirano, así también mi mujer y mi hijo supieron ser dignos ante la indiferencia y la cobardía de ellos.

Por donde quiera se me buscaba de manera digna de los servidores del tirano, y en medio de esa persecución, caminando de día y de noche y pasando disfrazado por los lugares del trayecto, llegué a una pequeña aldea cercana al Orinoco y de nombre Santa Clara; allí había una fiesta religiosa y yo me mezclé en ella como uno de los tantos peregrinos, hasta tanto podía verme con el cura que había venido a celebrar la fiesta patronal, y que por una feliz casualidad era un pariente mío. Este cura era el padre Ramón Ortiz Gutiérrez, hoy Canónigo de la Catedral de Calabozo y un sacerdote muy virtuoso y de alma noble.

El padre Ortiz me recibió sorprendido pero muy cariñosamente, y al saber que yo lo que deseaba era que le llevara noticias a mi familia de que aún estaba vivo, se prestó voluntario a ella y me instó para que escribiera, dándome promesa de que mi carta llegaría seguramente a mi casa. Al siguiente día de esto salí para Mapire, y en el trayecto recibí la protección de mi buen amigo Froilán Gómez, propietario de aquellos lugares y hombre que sabía rendir culto a la amistad y a la sinceridad. Este amigo me dio bestias para mí y para mi compañero el leal José Lugo, muy valiente y muy noble. Froilán Gómez me dio un compañero para llevarme a las cercanías de Mapire, en donde yo me vería con el general Zacarías Lira, amigo de él y mío, jefe civil de aquel distrito, en quien ambos teníamos

confianza por ser un hombre de condiciones excepcionales por el honor, la honradez en la amistad y por su valor a toda prueba.

Cuando el general Lira supo de mi llegada a un punto cercano de Mapire, vino con catorce hombres armados, haciendo saber que venía en mi persecución, habiendo convenido antes con nosotros que al aproximarse él al lugar donde yo me encontraba, saldría yo a su encuentro para entregar una correspondencia del presidente del estado, del cual aparecía yo como comisionado. Al encontrarme con Lira, lo saludé delante de sus compañeros, diciéndole que yo era el coronel Manuel García Rodríguez, y que era portador de la correspondencia en cuestión.

Debo hacer constar, en resguardo de la honorabilidad del general Lira, que este noble amigo no traicionaba a su superior, el presidente del estado Anzoátegui, pues Lira nunca fue partidario de Gómez, y sólo había aceptado la jefatura civil de aquel distrito a ruegos de los habitantes de él, para que los salvara de la delación, del reclutamiento y de la cárcel a que estaban expuestos por la gavilla de salteadores, que acostumbraban los gobiernos de los estados a mandar como jefes civiles hasta la más infeliz población para que aterrorizaran y robaran en nombre de Gómez y de la Rehabilitación Nacional.

Si Gómez y sus familiares, y con ellos todos los presidentes de estado y demás servidores del régimen, fueron malos, con raras excepciones, la obra destructora de los jefes civiles no tiene comparación en medio de la gran calamidad nacional que sufrió Venezuela, durante los veintisiete años que estuvo agonizante bajo la bota férrea y ensangrentada del troglodita de La Mulera, "cocodrilo feroz que lloraba lágrimas de sangre el día que no recibía su ración de carne humana". Si la vindicta pública se dispusiera a imponer con la austeridad de sus actos, la sanción sobre todos los servidores de aquel régimen de maldades y exterminio, seguramente que el peso inexorable de su castigo lo impondría de manera inapelable y severa, sobre aquella plaga de hombres sin conciencia, de verdaderos asesinos que mataron, que robaron, que fornicaron, que incendiaron y que, en su locura de servilismo y de inconsciencia en

el mal, cometieron todos los crímenes que condenan los códigos de todas las naciones del mundo.

El general Lira hizo ver a sus compañeros que yo venía en una comisión hacia él, y que también esa comisión era para el jefe civil de Santa Cruz, municipio situado sobre la costa del Orinoco. Aparentemente cumplido mi cometido de comisionado ante el general Lira, y ya habiéndome éste dado una carta en privado para el jefe civil de Santa Cruz, presentándome a él y recomendándome como un comerciante en bestias, que iba para el interior del estado Bolívar a verificar unos cobros de sumas que me debían en La Paragua, salí para aquel municipio, adonde llegué dos días después y en donde me encontré que mi hombre, el jefe civil de allí, era un tipo fácil para engañar debido a su pretensión y estupidez.

Me hospedé en la jefatura civil, en donde pasé la noche y pude timbrar dos hojas de papel con el sello de la jefatura, y escribir una carta para el jefe civil de Moitaco, un tal coronel Bermúdez, y otra para el de La Paragua. Esas dos cartas las firmé con el nombre del jefe civil, y en ellas hacía decir a éste que me recomendaba mucho a la bondad y amistad de ellos, y que yo iba para la frontera de la Guayana Inglesa a verme con el general Juan Fernández Amparam, a la sazón jefe de aquella frontera, y a quien yo hacía aparecer como pariente muy cercano mío, recomendándome como tal el jefe civil en sus dos cartas.

Al día siguiente muy temprano le alquilé la piragua que tenía el jefe civil para hacer el paso del Orinoco, negocio que monopolizaba, al igual de todos los que existían en aquel infeliz municipio. Pasé al otro lado del Orinoco en compañía de José Lugo y con nuestros caballos; marchamos sobre Moitaco, municipio del estado Bolívar, en donde debía encontrarme con la alarma de algunas prisiones que había hecho el jefe civil, de infelices delatados como revolucionarios que habían sido enviados al Castillo como amigos míos; crimen terrible del espionaje y de la delación, que condenaban a la muerte a unos seres inocentes con quienes yo no tenía correspondencia, y a quienes ni siquiera conocía. Espías y delatores. Maldiciones para una nacionalidad en descomposición; aves de rapiña

que viven de la putrefacción que las tiranías inyectan a las sociedades; sombras negras del sigilo, del acecho, de la calumnia y de la cobardía; yo creo que la misma bondad de Dios se resiste a perdonar los pecados de destrucción y ruina que alimentan su alma.

Llegué a Moitaco directamente a la jefatura y allí presenté mi carta de recomendación al coronel Bermúdez, quien no sospechando la jugada que yo le hacía, me recibió muy bien creyendo hacer honor a su colega de Santa Cruz que aparecía recomendándome a aquel otro agente sin escrúpulo de la tiranía, de quien deseaba yo huir velozmente; conocido como era por aquellos lugares, podía ser descubierto en mi disfraz, y cambiarse mi situación de muy bien recibido pariente del general Fernández Amparam, en propietario *ad perpetuam* de un par de grillos de 80 libras, que podía garantizar de antemano, me causarían la muerte en menos de un año, ya que mi organismo debilitado por la campaña y por las privaciones era una ruina fisiológica.

Tomé todas las informaciones del caso para mi viaje a la frontera de la Guayana, con el coronel Bermúdez, y al día siguiente muy de mañana me despedí de él, y salí de Moitaco muy satisfecho de que aquel hombre no tenía ninguna sospecha de mí, y que quedaba plenamente convencido de que yo era lo que le decía la carta de recomendación que felizmente se me ocurrió escribir en Santa Cruz.

A los dos días de marcha llegué a una posesión ganadera llamada Los Hicoteos, y allí fui informado que el jefe de la frontera no era el general Fernández Amparam, sino el coronel Paulino Torres, familia del tirano Gómez, quien me conocía mucho, pues cuando éste tenía el monopolio del ganado en Cúa, más de una vez tuve que pagar tributo a su voracidad y rapiña como agente de Gómez en aquella ciudad. Con esta noticia todos mis planes para fugarme por las fronteras de la Guayana Inglesa vinieron abajo, pues yo contaba que al ser Fernández Amparam el jefe de aquella frontera, yo podía engañarlo, porque él no me conocía personalmente, y cualquier historia que yo inventara para burlarlo tenía la fuerza del desconocimiento de mi persona.

Regresarme otra vez a Moitaco era cosa peligrosa porque ya el famoso coronel Bermúdez entraría en sospechas, cosa muy corriente entre los servidores del tirano, y seguramente que yo sería detenido y enviado a Ciudad Bolívar. Bastante preocupado, pero muy práctico en el conocimiento del territorio venezolano, me regresé de Los Hicoteos y fui a parar a un caserío de indios caribes, en donde compré tres bueyes y tres cargas de casabe; y heme aquí convertido en arriero de bueyes camino del pueblecito de Tapaquire, a la margen del Orinoco, a vender mi casabe. A los dos días llegué a aquel pequeño caserío, en donde había un joven comerciante, muy simpático y muy bueno, de nombre Bartolo Cordoliani, descendiente de corsos, a quien todos los habitantes de allí llamaban cariñosamente Bartolito.

Este sujeto tuvo para mí muchas atenciones, pero aquel muchacho era una fiera como comerciante, y me reventó en mi negocio de casabe, pues me lo pagó con seis pesos de pérdida. A los tres o cuatro días de estar allí, inventé, forjando mil historias, venderle a Bartolito los tres bueyes; y aquel muchacho de poca malicia me los compró sin averiguar nada, y hasta me compró mi revólver sin fijarse que tenía las tres iniciales de mi nombre en un monograma de oro. Entre las historias que contaba a Bartolito para engañarlo, le dije que yo vendía los bueyes porque necesitaba ir a Ciudad Bolívar a tratar un asunto muy interesante con el general David Gimón, presidente del estado Bolívar, y que vendía también el revólver porque me lo había ganado jugando dados hacía pocos días, y no podía ir armado a Ciudad Bolívar. De estas y muchas historias más, lo cierto era que estaba resuelto a irme a Ciudad Bolívar disfrazado, procurando que el asunto que le decía a Bartolito iba a tratar con el general Gimón no se tratara nunca, porque si mi coterráneo el general David Gimón sabía de mi existencia en sus dominios me adjudicaría el mismo par de grillos que tanto me preocupaba y que era la pesadilla de mis noches. También era mentira la historia del revólver, pues yo nunca he jugado dados ni he sido aficionado al licor, porque creo que los jugadores

y los borrachos son sinvergüenzas, y cuando el hombre pierde la vergüenza, pierde también el derecho de vivir en el mundo.

Estaba hacía cinco días a ocho horas de Ciudad Bolívar navegando Orinoco abajo, y mi angustia era muy grande porque no pasaba una embarcación que me sacara de aquel lugar en donde estaba peligrando, pues ya con tantos días de parada, al fin podría llegar alguna persona que me descubriera y causara mi perdición. Al sexto día llegó para mí la protección que me acompañó en mis luchas y que siempre me ha acompañado en mi vida. Los hombres de fe siempre triunfamos de todos los inconvenientes, porque sabemos esperar y tenemos en la espera la resolución de nuestra voluntad y el valor de nuestra fe. A las cinco de la tarde de aquel día llegó a Tapaquire, procedente de Ciudad Bolívar, el honorable comerciante don Jesús María Flores, hombre de un corazón nobilísimo, a quien acompañaban un hijo más o menos de diez años, y dos muchachos de su confianza. Don Jesús María venía en su bote particular, con el propósito de visitar una fundación de ganado que tenía cerca de Tapaquire, y aunque yo no conocía sino de nombre a este meritorio ciudadano, me acerqué a saludarlo, dándome a conocer con él, bajo mi nombre de Manuel García Rodríguez y como comerciante que venía del interior, que me encontraba allí en espera de una ocasión para seguir a Ciudad Bolívar a tratar un asunto muy interesante con el general Gimón.

Yo desconfiaba de todo el mundo y por lo tanto, no obstante la honorabilidad de Flores, también desconfiaba de él, ya que estaba plenamente convencido que mi patria vivía en un estado de degeneración tan grande, que la sinceridad había huido de casi todos los corazones, para ser reemplazada por el miedo, consejero funesto de las traiciones, y arma poderosa con que Satanás regula todos sus dominios, y hace el mal a la humanidad entera. En mi patria todo el mundo tenía miedo, y por consiguiente todo el mundo, con raras excepciones, tenía la conciencia en manos de Satanás.

A las seis de la tarde, hora de la comida y sentados a la mesa, hablamos del movimiento revolucionario en el Guárico, y Flores me preguntó qué sabía yo de Arévalo Cedeño; a lo cual le contesté

con la mayor naturalidad, y dándome ínfulas de que nada quería con revolucionarios: "A ese hombre ya no le rezan, don Jesús María, porque o está muerto o se ha ido para Colombia a morirse de hambre y convencido de su fracaso". Comprendí que a Flores no le había agradado mi respuesta, porque me respondió inmediatamente lo siguiente:

> Eso cree usted, porque quizás su condición de amigo del gobierno le hace ver las cosas bajo un punto de vista de parcialidad; pero las noticias que yo dejé en Ciudad Bolívar son muy distintas, porque además del movimiento de Arévalo Cedeño, que está fuerte en el Guárico, hay movimientos en Carabobo, Apure, Zamora y otros estados.

No contradije la afirmación de Flores; variando la conversación entramos en otros pormenores, sabiendo al final de la comida que mi interlocutor era compadre del general José Manuel Hernández, de quien me habló con una devoción y un entusiasmo tan grandes, que comprendí estaba tratando con uno de aquellos viejos Mocheros que, honrados y patriotas, lo sacrificaron todo por el nacionalismo, seguros de que al seguir al general Hernández, seguían el ideal de una patria grande, regida por instituciones cívicas y republicanas, productos de la honradez del vencedor en Orocopiche, que cobrara con la muerte a Joaquín Crespo, el último Caudillo liberal, en la batalla de El Carmelero, la coacción eleccionaria en su candidatura para la Presidencia de la República; burla sangrienta que anegó en sangre a Venezuela, llevando a nuestro pueblo a la matanza fiera, para luego entronizar la corrupción en el país, que al caer en manos del inservible Andrade, fue empujado al precipicio de nuestra perdición con el asalto de Cipriano Castro al poder, que costaría lágrimas de sangre a la República, y que haría un mito nuestra vida ciudadana.

Y citamos a Crespo como el artífice de aquel gran mal hecho a la República, como en verdad lo fue, pero debemos saber que la vida de nuestra nacionalidad ha sido la de la confusión y el desorden

amparados por la arbitrariedad, por la barbarie y por la falta de patriotismo de todos los hombres, que desde la independencia hasta Gómez, asaltaron el poder, para disponer de la patria como hacienda propia y para desgobernar rodeados de áulicos, serviles, cortesanos y familiares.

Los conservadores con su egoísmo, su despotismo y sus errores, trajeron al poder a los federales, ambiciosos los unos, e impreparados, analfabetos, envalentonados y ladrones los otros, se cobijaron con la bandera amarilla para dar principio a la destrucción de Venezuela, amparando todos sus actos con ese "Dios y Federación", signo de conculcaciones y de crímenes, sacrilegio imperdonable hacia el ser omnipotente, que por virtud de una camarilla de corrompidos, se encontró asociado a la mentira y a la concupiscencia; y que aún subsiste para deshonra y vergüenza nuestra.

Los liberales trajeron a Guzmán Blanco y con él veinte años de dominación que llorará eternamente Venezuela; Guzmán Blanco trajo a Andueza Palacios, Crespo, Andrade, Castro, Gómez y con tan grandes estadistas y tan magníficos patriotas podemos gritar bien duro: "¡Viva el Partido Conservador!" "¡Viva la Federación venezolana!" "¡Viva el Partido Liberal Amarillo!" y ...en verdad que el alma de los pueblos no muere nunca, porque de ser así, con la furia y la tormenta de destrucción de esa trilogía del Averno, no debía existir ni piedra sobre piedra de la República de Venezuela, y ni siquiera el recuerdo en la Historia, de la obra magna de nuestro gran Libertador, que al dejarnos como herencia esa obra y el ejemplo de sus virtudes, tan sólo aró en el mar, porque nosotros sus herederos seríamos ingratos, parricidas y ambiciosos.

Una vez terminada la comida, el señor Flores me invitó a dar un paseo por el caserío, cosa que yo aproveché, para decirle a aquel hombre que ya me inspiraba confianza, quién era yo y ver qué podía hacer por mí en mi viaje a Ciudad Bolívar. Parados frente a la pequeña iglesia del caserío, le dije a él lo siguiente: "Don Jesús María, quiero revelarle a usted un secreto, porque ya estoy convencido de que usted es un hombre serio; honrado y que no pertenece a la corte de aduladores de Gómez"; esta repentina declaración mía

causó extrañeza a Flores, quien me respondió de manera dudosa: "¿Qué le pasa a usted?", a esta pregunta le contesté: "Yo soy Arévalo Cedeño". No era posible convencer a don Jesús María que yo le estaba diciendo verdad, y fue necesario que nos metiéramos dentro de la pequeña iglesia para mostrarle comprobantes que debían convencerle. No me había yo equivocado; aquel digno compatriota, hombre de trabajo, era un patriota y de un corazón nobilísimo. Inmediatamente me dijo:

> Yo me regreso con usted esta noche a Ciudad Bolívar, y allí lo ocultaré en mi almacén, y una vez allá, veremos cómo se prepara su fuga para Trinidad, hablando tan sólo allá con don Juan Sucre, quien es muy honorable y muy buena persona, y quien es protesta viviente contra el régimen actual, como lo soy yo, y como lo son todos los hombres honrados de Venezuela. Regresemos a la casa en donde yo diré que me regreso urgentemente a Ciudad Bolívar, porque me he acordado de que el vapor *Delta* sale mañana para Trinidad, y tengo que hacer un despacho de consideración, que olvidé ordenar al encargado de mi almacén; cuando yo diga esto, me pedirá usted pasaje para Ciudad Bolívar, el cual yo le negaré, para no despertar sospechas, diciéndole que no puedo complacerlo porque la situación en Bolívar está sospechosa contra todos los forasteros, y porque mi bote es una embarcación particular, en la cual no acostumbro nunca cargar pasajeros; luego usted insistirá, suplicándome lo lleve porque usted va a tratar un asunto urgente con el general David Gimón, de quien es un gran amigo.

Así se hizo todo, y a las ocho de la noche nuestro bote abría velas y favorecidos por un viento barinés favorable a nuestra navegación y por la claridad de una luna hermosa y límpida, prometedora de la felicidad que debía acompañarme en mi fuga por el Orinoco, partimos rumbo hacia Ciudad Bolívar adonde debíamos llegar a las tres de la mañana, para ser ocultado en el almacén que tenía establecido el noble amigo Flores en la orilla del soberbio río. Muy de mañana hablé con don Jesús María, y le hice ver lo peligroso que era

para él y para mí mi permanencia oculto en el almacén, desde luego que allí entraban a cada momento trabajadores que podían verme al menor descuido, y que era mejor que yo saliera a la calle, disfrazado, en una forma que no despertara sospechas. Como lo propuse a mi amigo, así lo hice; y a las diez de la mañana estaba yo comiendo en la posada de "El Sapo", rodeado de multitud de personas que allí también comían y conversando con todos de la manera más despreocupada, y sin pensar que allí cerca en el Capitolio estaban los grillos que tanto me preocupaban en los días anteriores.

A las ocho de la noche de ese día me fui al Palacio Episcopal y me le presenté de repente al ilustrísimo monseñor Sixto Sosa, obispo de aquella diócesis para aquel entonces, y hoy obispo de Cumaná. El objeto de ver a monseñor Sosa estaba inspirado por mi gratitud y por el cariño a este sacerdote de la virtud y del bien, que me conocía desde niño, que tanto me ayudó con sus consejos y que durante los veinticuatro años que sirvió en la parroquia de Altagracia de Orituco como cura y vicario de ella, la sirvió para la caridad, dejando al despedirse de allí, el recuerdo de sus bondades, y la estela luminosa de sus virtudes y de su sapiencia como sacerdote del divino redentor.

El obispo no me reconoció al yo saludarlo y creyó que yo era algún muchacho que venía con algún mandado hacia él. Lo dejé estar en la equivocación un rato, para luego decirle: "Monseñor, yo soy Emilio". El tremendo cataclismo de que nos habla el Apocalipsis, al desencadenarse sobre su señoría, no haría tanta impresión en él, como la que hizo mi declaración basada en la confianza que yo tenía en monseñor, quien repuesto enseguida de su sorpresa, me abrazó lleno de afecto y me animó con sus buenos deseos y con sus consejos, prometiéndome avisarle, como lo hizo a mi esposa, que yo estaba sano y salvo y que llegaría felizmente a tierras extranjeras.

La noche siguiente fui a verme con don Juan Sucre, verdadero patricio de la honorabilidad, que bien hace honor a su ascendiente el Gran Mariscal de Ayacucho, cuyo patriotismo ha heredado este meritorio guayanés. Encontré a don Juan muy firme y fuerte en el ideal de una Venezuela, digna, libre y feliz, como siempre la hemos

soñado los patriotas, pero también lo encontré muy desilusionado de nuestros hombres, que ayer nada menos se decían íntegros, y que en aquel momento, como después estaban y estuvieron de rodillas ante Gómez y cometiendo toda clase de crímenes y de infamia. Don Juan Sucre pertenece a ese puñado de hombres honrados que hemos tenido, y que han vivido y han muerto suspirando por una patria que nunca llega y que parece que nunca llegará.

Conversé dos noches con don Juan, y no volví casa de él en los siete días más que estuve en Ciudad Bolívar, por evitar sospechas, ya que su casa estaba vigilada porque se le tomaba en cuenta como no afecto al régimen de Gómez. Durante los nueve días que estuve en Ciudad Bolívar, visité en todas partes, y hasta sapoaras pesqué en la laja que lleva el nombre de este pescado, confundido allí con todos los pescadores, entre los cuales se oía siempre la maldición para Gómez y todos los suyos. Debo tributar un recuerdo de gratitud para el distinguido amigo Luis Beltrán y su familia, a quienes conocí en Ciudad Bolívar y quienes tuvieron bondades infinitas para conmigo. A los nueve días, y en una pequeña curiara, llevando tres indios caribes por marineros, me despachó mi noble amigo don Jesús María Flores rumbo Orinoco abajo, al azar de mi fortuna y dispuesto a luchar contra todo para salvarme de las garras del tirano Gómez.

Llegué a El Rosario, en donde había sólo tres casas, y allí estuve dos días, diciendo que era médico conocedor de yerbas y me puse a ejercer mi profesión, hasta que llegó la goleta *Cleopatra* que pasaba para San Félix y en ella me embarqué para dicho puerto. Es cosa bien rara de no haber sido yo conocido en San Félix. Allí había mucha gente que me conocía, pero no había más remedio sino esperar el vapor *Delta*, que pasaría el día siguiente por la noche y en el cual valiéndome de arbitrios debía embarcarme para Trinidad.

Al desembarcar en San Félix salí para una infeliz posada, en donde de seguro podía estar fuera de la inspección de curiosos; pero al llegar a la puerta de dicha posada, me encontré con un poeta bohemio que conocí en Barlovento, que se llamaba Lope León. Para este hombre no valió mi disfraz, pues me reconoció al momento, y

abriendo los brazos gritó: "¡Emilio!". Le hice una señal de silencio, lo llamé aparte y le dije: "En tus manos está mi salvación o mi perdición; así es que escoge y dime cuál de las dos cosas estás dispuesto a hacer, ya que me has reconocido". Este hombre, aunque bohemio y amigo del ron, me aseguró y cumplió lealmente su palabra de no delatarme y de ayudar a salvarme.

Pensé que yo podía influir en Lope León para hacerle embarcarse conmigo para Trinidad, temiendo, que al quedarse en el puerto después de mi partida, se embriagara y cometiera alguna imprudencia. Los borrachos no pueden jamás regularse por la discreción, y bien sabido es que Baco es un dios de jaranas y francachelas en donde la reserva no tiene culto, así como la piedad jamás tuvo altares en el corazón del tirano Gómez. Le hablé a León de mis deseos de que me acompañara a Trinidad, pagando yo sus gastos de viaje, cosa que era forzada para mí pues sólo contaba con ciento cuarenta pesos más o menos en mi bolsillo. Mi amigo poeta accedió gustoso a mi invitación, y como él vivía en el mundo sin nada que le estorbara, se dispuso enseguida para la marcha.

Me fui al momento donde un tal coronel Rojas, jefe del resguardo de aquel puerto, con atribuciones de todo, y al entrar en su comandancia y saludarlo, ni me contestó; ni siquiera levantó la cabeza. Comprendí que estaba en presencia de uno de los tantos coroneles bárbaros del régimen, que eran coroneles porque estaban en un resguardo o en una jefatura civil para meter miedo atropellando a todo el mundo. Con voz muy respetuosa, para evitar un regaño de aquel animal, le pregunté si había alguna embarcación de las llamadas flecheras, que fuera para la costa de Macuro. No me contestó, pero sí me gruñó que no había flecheras para Macuro. Discretamente tomé asiento en uno de los bancos que se encontraban en aquella miserable comandancia, y me dispuse a engañar a aquel ridículo coronel de todos modos.

Esperé un momento y le supliqué a Rojas que tuviera la bondad de decirme cómo haría yo para ir a Macuro, en donde me esperaba con mucha urgencia un hermano, que se encontraba muy enfermo, y el cual tenía una haciendita de cacao, la cual debía yo

atender. Al fin se movió a compasión Rojas, y me dijo con voz seca: "Váyase a Trinidad mañana en la noche en el *Delta*, y de allí coja un barco velero de los que salen casi todos los días para Macuro, pues de otro modo no puede usted ir allá". El cielo se me abrió, y el coronel que antes me parecía un animal, se me aparecía como un ángel de bondades infinitas para llevarme de la mano a la suspirada tierra inglesa, adonde no llegarían las iras del tirano Gómez. La blanca y bondadosa faz del rey Jorge V se presentó ante mí sonreída e inefable diciéndome que en uno de sus tantos dominios iba a encontrar la protección de mi vida. Buscando no despertar sospecha en el coronel Rojas, le respondí muy humildemente:

> Coronel, para mí es difícil ir a Trinidad porque ese es un país extranjero que yo no conozco, y en donde pasaré trabajos porque allí no tengo persona alguna conocida; así es que prefiero pararme aquí hasta tanto pase un barco o irme por tierra a Macuro.

El coronel, como tocado por un rayo, levantó la cabeza con rabia y me dijo:

> Mire, no moleste más, ya yo le dije lo que debía hacer para irse a Macuro, que debe ser por el agua y por Trinidad, pues no hay comunicación por tierra para Macuro como usted debe saberlo, o es muy idiota.

Ya el hombre estaba perfectamente engañado y no corría yo con la responsabilidad de no satisfacer los deseos de Gómez cayendo en sus manos, pues uno de sus tenientes me enviaba felizmente a la salvación. Esperé un momento más para luego decirle a Rojas: "Coronel, voy a coger su consejo, y le suplico decirme qué requisitos necesito para embarcarme en el *Delta* para Trinidad". Es bien sabido, que para aquella época, a comienzos de la guerra europea no existían los pasaportes, y sólo había ligeros requisitos, de listas de equipajes y permisos de embarque de la jefatura del puerto. El coronel Rojas me contestó que sólo necesitaba una lista de

equipaje cuyo valor era de cinco bolívares. Le pedí inmediatamente dos listas de equipaje, una para mí y otra para Lope León, quien me tenía preocupado durante mi conferencia con el coronel, pues temía que se me hubiera fugado de la posadita, y al entregarse a sus libaciones, rompería la promesa de su lealtad jurada a mi incógnito.

Recibí los dos permisos o listas de equipajes, y salí apresuradamente a alistarme para salir a las ocho de la noche, a bordo del vapor *Delta* rumbo a Trinidad perfectamente despachado por el coronel Rojas, quien jamás sospechó, que perdió una ocasión con mi partida, de ascender a presidente del estado Bolívar, saliendo para siempre de la vida miserable de jefe de resguardo de un orden tan ínfimo como el de San Félix. Esa misma noche me embarcaba con mi compañero, y al montar en el vapor que estaba perfectamente iluminado, pasé para la contaduría a comprar mis pasajes, y al pasar por el salón-comedor me encontré frente a un inmenso retrato de Gómez a caballo, que me dieron ganas de salir corriendo, pues ya yo me consideraba libre de sus garras, pero aquella fotografía me recordó que estaba muy dentro de los dominios del tirano.

Compré mis pasajes sin ningún obstáculo; el mío bajo el nombre de Manuel García Rodríguez, y el de León con su verdadero nombre. Mi compañero gozaba de perfecta inmunidad y también de la protección que Baco prodiga a sus adoradores. El vapor salió a la media hora de llegada y a las doce de la noche estábamos en los Castillos de Guayana, en donde existe siempre una guarnición militar, y que era el punto de zozobra para mí, pues allí había telégrafo, era el baluarte de la tiranía en el Oriente, y podía estar allí el telegrama para mi detención. Por eso, al montar a bordo una oficialidad y hablar con el capitán y el contador aparte, yo creí firmemente que venían por mí y que estaba perdido.

Al fin pasé el susto, pues los militares se despidieron, el vapor descargó algunas provisiones para la guarnición y partimos, llevando yo el corazón pleno de contento, porque ya estaba salvado y porque muy pronto estaría de nuevo de vuelta, de pie y frente al tirano con el fusil en mis manos. A las diez de la mañana del día siguiente de nuestra partida de San Félix, estábamos ya en aguas

inglesas, y la silueta de las costas de la isla de Trinidad, se dibujó ante mis ojos, como una promesa de esperanzas y como la tierra de promisión en donde encontraría recursos y fuerzas para la lucha, ya que allí se encontraban asilados los que yo creía prohombres de nuestra política, porque los había conocido en Venezuela como ministros y grandes jefes, pero que en destierro sólo eran verdaderos desechos, de los que acostumbra el mar cargar sobre su superficie, para luego arrojarlos a las playas, como desechos al fin. Creo, con el trágico inglés Shakespeare, que en la prosperidad, el imbécil y el sabio, el valiente y el cobarde, el ilustrado y el charlatán, se confunden, y que en el destierro o en la desgracia es que se conocen los verdaderos valores de la humanidad.

Con entusiasmo inusitado, a las siete de la noche, puse mis plantas en los muelles de la ciudad de Port of Spain, y mis manos estrecharon en ese mismo momento, las manos de compatriotas desterrados, que venían al muelle, a la llegada de todos los barcos venezolanos, con la esperanza de saber algo bueno de la tierra, de donde no llegaban a las playas extranjeras, sino las notas de adulación de Vallenilla Lanz, Andrés Mata y de casi toda una nacionalidad que de rodillas, y a cada momento, quemaba incienso del servilismo a Gómez, del cual se ocupaban a diario y a toda hora los hogares venezolanos, en donde se le maldecía en silencio, con el rezongo de los esclavos, que en públicos se convertían en las loas de la abyección, y en los discursos y literaturas, de los cuales los venezolanos son maestros, y que no acostumbra ningún país del mundo. Venezuela tiene patente de invención exclusiva para producir obras de adulación, para hacer tiranos, y para tener miedo... Y es necesario que aprendamos a matar tiranos, que aprendamos a derrocar tiranos y a recordar que la raza venezolana dio, a Bolívar y con él, ejemplares de patriotismo y de valores inigualables, que pasearon triunfalmente la libertad por los pueblos de la América, diciendo al mundo, que es verdad que la historia se repite, porque en sus proezas se repetían, si pudiera llamarse historia, la mitología, las proezas de los héroes invencibles mitológicos, que la fantasía de la literatura griega forjó con bellezas incomparables,

para cubrir de gloria la tierra de los dioses y del Olimpo, que al caer en su degeneración, vivió del recuerdo de su pasado, así como nosotros hoy degenerados y abatidos, queremos vivir de las glorias de nuestros libertadores, y de sus proezas en Carabobo, Boyacá, Ayacucho, Junín, Queseras del Medio y mil más; sin pensar que los libertadores se murieron, que no pueden resucitar para libertarnos siempre, y que nos dejaron su grande obra y sus virtudes, para que hagamos más grande aún su obra, y para que imitemos sus virtudes, como sabia y patrióticamente lo han hecho Norteamérica con Washington, y la Argentina con San Martín.

En Trinidad se encontraba una numerosa colonia de asilados que se contaba, y se contó hasta la muerte de Gómez, por miles. En aquellos días los principales asilados eran los generales José Manuel Hernández, Cipriano Castro, Asunción Rodríguez, Pedro José Fernández Amparam, Luciano Mendible, y una nube de generales de segundo orden, de coroneles, comandantes y capitanes tan grande, que era más que suficiente para derrocar a Gómez.

Pero de todo se hablaba y de todo se pensaba, menos de ocuparse de venir al suelo de la patria a pelear la libertad de ella, y a terminar con la ridícula tarea de asilados llorones, que se fueron al destierro para vivir de molicie, anarquía y quietismo. Horacio Ducharne, el Bayardo de la revolución venezolana, aguijoneado por el honor y el patriotismo, no quiso ser catalogado con aquella porción de patria degenerada, y huyó de ella para venirse al suelo venezolano, para caer muerto luchando contra la tiranía, con un beso de la patria en la frente, y salvando su nombre para la historia. Combatió como un león y fue tan noble como valiente. El asesinato de este héroe, llevado a cabo por los sicarios del tirano, que obedecían sus órdenes, será la eterna maldición de ellos.

De aquel conglomerado de hombres nulos que se habían ido al destierro y que se encontraban en Trinidad, como en todas partes, "llorando como mujeres, lo que no pudieron defender como hombres", tenemos que excluir también a Pedro José Fernández Amparam, quien derrotado y herido en un combate en el interior de Guayana, después de curarse y comprendiendo que en Trinidad

nada podía hacer por la patria, se fue a las fronteras de la Guayana Inglesa con el estado Bolívar en donde cayó asesinado por los esbirros de Gómez, en momentos en que se preparaba para invadir. Era valiente, patriota y generoso; es decir pertenecía a la clase de hombres que servían para combatir la tiranía y para honrar a la patria.

Nada puede decirse tampoco contrario a la actitud y a la conducta del general José Manuel Hernández. Este patricio de la dignidad y del patriotismo fue constante y firme contra las tiranías de Venezuela, y nunca supo de claudicaciones; ni de vida regalada a costa de la república. Fue honrado, y así como luchó en los campos de batalla por una patria libre, así también en los campos del civismo nunca faltó su protesta contra los conculcadores y tiranos. Viejo pobre, enfermo y ya moribundo, la patria era su única preocupación, y al caer vencido sólo por la muerte, dejó escrita en su vida de ejemplar patriotismo, la más bella página para el libro de la historia.

Había en Trinidad unos cuantos oficiales y algunos jóvenes, que inspirados en el amor a la patria, deseaban de todo corazón, que algunos de aquellos hombres llamados caudillos, se movieran para venir a Venezuela a luchar contra la tiranía; y visitaban a todos aquellos hombres, sin poder obtener ni una esperanza siquiera, de que sus deseos, de sacrificios fueran tomados en cuenta algún día. Era más fácil secar las aguas del océano, que despertar las fibras del patriotismo y del deber, a aquellos seres petrificados, que pacientemente esperaban en Trinidad como en Nueva York, Europa, Colombia, y en todas partes, que la providencia divina nos acordara el milagro de quitarnos a Gómez de encima, para ellos regresar, inmediatamente a la patria muy campantes y muy orondos, a recibir las prebendas en ministerios, legaciones, presidencias de estados y aduanas, como pago muy justificado a su labor de patriotas, que era el gran vivir de la tranquilidad en sus hogares, y de la anarquía en el campo de la oposición como medio para justificar su aptitud, de verdaderas *madamas* de la revolución venezolana.

Con un interés muy grande, con mi desprendimiento de siempre y con una subordinación hija de mi patriotismo, traté a todos aquellos hombres, les supliqué ayudarme para invadir de nuevo, y no fue posible sacar como conclusión nada grato para mis ideales, y sólo oía de los labios de ellos la palabra burlesca de su indolencia, y la nota más alta de un desprecio por la causa de la república, como también la demostración evidente del miedo pavoroso que le tenían a Gómez.

Un día me fui casa del general Asunción Rodríguez, y le hablé con toda la vehemencia de mi fe de patriota, le rogué su ayuda para caer en las costas del oriente, acompañado de un puñado de valientes que deseaban sacrificarse junto conmigo. Aquel hombre ni siquiera me oyó, y como yo insistiera, me dijo que para ir contra Gómez necesitábamos una cantidad de parque enorme, cañones, ametralladoras y un vapor de segunda. Me levanté y me fui de la presencia del general Rodríguez, profundamente decepcionado, y francamente que pensé irme a la oficina cablegráfica, para dirigir un cable a su majestad el rey de Inglaterra, pidiéndole me prestara su poderosa escuadra para agregársela al arsenal que pedía el general Rodríguez para venir a la patria a cumplir con su deber.

Casi todas las noches visitaba al general José Manuel Hernández, y en una de esas visitas tuvimos un desacuerdo, debido a la intransigencia de él, que no cuadraba con los deseos que yo tenía de irme a la guerra otra vez y enseguida. Esa noche me mostró el general Hernández una carta fechada en Barcelona de España, suscrita por el doctor Leopoldo Baptista, y por el general Arístides Tellería. En ella le decían que si él aceptaba un directorio compuesto por los generales José Ignacio Pulido, Ramón Ayala y él, ellos unidos a todos los demás revolucionarios de representación, entrarían en la revolución, y ayudarían en toda forma. El general Hernández me preguntó mi manera de pensar al respecto y yo, lleno de contento, le contesté que él debía aceptar, porque así tendríamos unión y recursos para ir a la guerra. Al general Hernández no le gustó mi opinión, y me dijo que él no entraba en combinaciones con aquella gente, porque no les tenía confianza, desde luego que él creía, que

ellos no llevaban programa saludable para Venezuela. Discutimos un rato haciéndole yo ver que si no creíamos en la buena fe de los otros compañeros, nunca llegaríamos a un acuerdo, y Gómez saldría ganando de la anarquía revolucionaria. No fue posible entendernos, porque Hernández desconfiaba del patriotismo de los proponentes, y él tendría sus razones, pero como yo lo que deseaba era que fuéramos a la guerra y derrocar a Gómez, que estaba matando, por lo menos dos compatriotas por día, me incomodó la intransigencia del general y estuvimos interrumpidos por unos días.

Me informaron que el general Cipriano Castro tenía mil doscientos fusiles en Barbados y una buena cantidad de municiones; parque éste que él podía dar al que invadiera, ya que por su enfermedad había renunciado a toda actividad contra Gómez. Me fui a verme con el general Castro, y al proponerle el parque, me contestó muy satisfecho, que él me daba esos elementos siempre que yo lo reconociera como jefe de la revolución que organizaba por el Táchira. La proposición me dio ganas de reír porque bien sabía Castro que yo no podía figurar con él, que su estado de salud era un inconveniente hasta para caminar y que su nombre en Venezuela era maldecido por todo el mundo.

Luego que supe que el tal parque ya no existía y que todo era una artimaña de Castro, para continuar siendo interesante en la oposición, pues el Gobierno inglés había descubierto desde hacía tiempo aquellos elementos en la aduana de Barbados, en donde estaban como artículos de ferretería, y bajo el nombre de su hermano Carmelo Castro, y los había decomisado. Castro nunca perdió la costumbre de decir mentiras, costumbre a la cual hizo honor, pues estuvo mintiendo hasta la hora de su muerte.

Quince o veinte días después de mi llegada a Trinidad, llegó allí el doctor Roberto Vargas, quien abandonó a Venezuela para irse también al destierro, a formar parte de aquella constelación de nulidades que fueron los elefantes blancos de la revolución, y de quienes estuvieron pendientes el criterio y las esperanzas del pueblo de Venezuela, por muchos años, que se hicieron muy largos, porque fueron años de crímenes, de sangre, de dolor y de miserias,

que aquellos magníficos asilados jamás sintieron, porque ellos vivían de vidas y dulzuras, y del "dulce hacer nada", de que sarcásticamente hablan los hijos de la tierra de Garibaldi libertador, cuando sancionan con la crítica la vida de los haraganes y parásitos.

La llegada del doctor Vargas produjo un revuelo de animación entre la colonia de asilados, porque se creía que éste era un hombre de acción, y que por consiguiente ya estaría en las costas venezolanas con el fusil al hombro, ratificando en el campo de los hechos su condición de revolucionario auténtico. Pero sucedió, que todos se quedaron con un palmo de narices, porque Vargas iba también de turista al destierro, lleno de miedo, y a vivir como vivían los demás prominentes asilados es decir, charlataneando hasta fastidiar a los extranjeros, y de las "esperanzas nuestras" de que nos habla la salve de la doctrina cristiana.

Yo no podía permanecer impasible ante tanta indolencia y desorden de la oposición, y con unos treinta fusiles que me dio el general José Manuel Hernández, unos cuantos hombres de acción, resueltos a la muerte, y un pequeño bote de nombre *San Antonio*, que me suministró el general Alejandro Ducharne, me dispuse a saltar en las costas de Venezuela a continuar mis luchas de hombre libre, para dar satisfacción al patriotismo mío y de mis compañeros. Pero nuestra expedición fue delatada al Gobierno inglés por Luis Felipe Calvani, cónsul de Venezuela, quien supo de ella por sus numerosos espías, que nos asediaban por todas partes. Calvani, como todos los cónsules y ministros diplomáticos de Gómez, sirvieron a su amo de una manera admirable en la persecución y en el espionaje.

Un guardacostas de la aduana de Trinidad detuvo al bote *San Antonio*, confiscó las armas, acabó con nuestra expedición, y así el Gobierno inglés iniciaba su alianza con Gómez, que sería muy cordial y muy ajustada hasta el mismo día de la muerte del tirano.

Indignado con aquel contratiempo, del cual se rieron, el cónsul Calvani y muchos de los asilados que no querían hacer nada contra Gómez, pero que para justificar su conducta, no querían que nadie hiciera sino que todos fuéramos por parejo charlatanes e indignos;

publiqué mi primera *Carta Abierta* contra Gómez, que se leerá en la sección Documentos, de este libro, y que era, una afirmación más de que mis luchas no terminarían hasta que no desapareciera el régimen de barbarie que destruía a Venezuela. Me acerqué de nuevo al general Hernández, quien, aunque pobre y achacoso, nunca perdía la fe; y al ver mi resolución de irme a las fronteras de Casanare y Arauca para invadir por allá, aunque fuera con fusiles de palo, me animó mucho, me dijo que el doctor Carmelo París en aquellas fronteras tenía unas pocas armas, y lleno de complacencias, me dio una carta para él en donde le decía, entre otras cosas lo siguiente:

> Es conveniente que hombres activos y conocedores de la topografía del terreno, como Arévalo Cedeño en el Guárico, y Lino Esqueda en el Apure, hagan movimientos armados para mantener la protesta siempre en pie mientras conseguimos lo necesario para ir a la guerra; por lo tanto, téngase la bondad de ayudar a Arévalo Cedeño, dándole las armas que pueda para que invada el territorio venezolano, etc., etc., etc.

Además, el general Hernández, reforzó esta orden amistosa, haciéndome el regalo de una famosa pistola de caballería con quinientos tiros, diciéndome al entregármela, con un abrazo de despedida y con voz temblorosa por la emoción, estas palabras que dicen bien alto del patriotismo de aquel gran luchador, que bien sabía yo era de la madera de los que pedían armas para combatir a Gómez y no de los que aspiraban a morir de molicie en el destierro:

> No puedo darle más armas porque no las tengo, ni tengo dinero para comprarlas. Váyase usted, continúe combatiendo la tiranía con su honradez y su patriotismo, y sepa que yo ayer, como usted hoy, combatí tiranos sin armas de precisión, y con sólo machetes y púas de palos.

El 6 de enero de 1915 me embarqué rumbo a Colombia, desembarcando en Barranquilla, en donde también había una poderosa colonia de venezolanos, la cual, con raras excepciones, se podía tratar, porque pensaban igual a los de Trinidad. Me embarqué a los tres días por el río Magdalena, y desembarqué en el puerto de Gamarra, en donde tomé bestias para seguir a la frontera de Arauca, adonde llegué después de mil penalidades, atravesando la montaña del Sarare, sin recursos y a los veintitrés días de marcha, para encontrarme con el doctor Carmelo París, quien se hallaba en el momento de nuestro encuentro, recibiendo una cantidad de ganado en el hato de Mata de Candela, ganados que pertenecían a los hatos del doctor, en Venezuela, y que él estaba asilando precipitadamente, porque ya Gómez había dado principio a la destrucción de las propiedades de aquel ilustre venezolano.

El doctor París me recibió muy bien, y al leer la correspondencia del general Hernández, me ofreció ayudarme en todo lo que pudiera servirme. No podía esperarse otra cosa del doctor Carmelo París, gran patriota, que en aquella frontera gozaba de un gran respeto, y quien al sacrificarlo todo por la revolución, gastó en ella más de quinientos mil bolívares, y no contento con esto, se fue un día al campamento revolucionario a empuñar el fusil contra Gómez, con la misma buena voluntad y patriotismo con que antes lo había hecho contra Castro. Qué diferencia tan grande entre la conducta del doctor París, viejo, rico y hombre cívico, y la de aquellos compatriotas que andaban por Trinidad y por todas partes, llamándose caudillos y exhibiendo la impotencia de la oposición, como también viviendo regaladamente sin pensar en los dolores de Venezuela.

En Arauca se encontraban asilados por centenares, y aunque la mayoría deseaba ir a la guerra contra Gómez, todos esperaban los resultados de los trabajos, que según el decir de la numerosa correspondencia de los caudillos, estaban en preparación y muy adelantados para invadir. Mentiras. Mentiras. Desde un principio, después de mi llegada, procuré que el doctor París me diera las armas que necesitaba para invadir; pero encontré que muchos de los asilados de más significación, trataban de obstaculizarme, e influían con el

doctor París, para que éste no me diera los pocos elementos prometidos y de que disponía.

Ya me preparaba yo para invadir, cuando un día fui llamado por el doctor París a su casa, y allí encontré reunidos a varios de los asilados, que me esperaban para influir conmigo a fin de que yo desistiera en mi propósito; pero yo les manifesté a ellos y al doctor París, que yo había ido a aquella frontera para invadir, y que si el doctor no me daba el puñado de armas que necesitaba, yo me iba de todos modos, porque yo me había salido de Venezuela para combatir la tiranía, y que prefería morir en el suelo de la patria combatiendo a Gómez, antes que llevar en el destierro, una vida de molicie y de negación completa de toda masculinidad revolucionaria. Si es verdad que en Trinidad encontré un campo perdido para la revolución, también lo es que en Arauca existía una desorganización completa, haciendo de las suyas el personalismo, que ha engendrado a los caudillos venezolanos, que ha destrozado por completo la democracia, y que también sirvió para entronizar a Gómez en el poder, llevando la república hacia atrás con su carga de ignominias y con su vida de pueblo bárbaro, que sólo buscó en la matanza fiera la solución de sus problemas nacionales, proscribiendo por completo el civismo, sin saber que fabricaba con sus huesos, el trono de sus tiranos.

Capítulo III

29 de abril de 1915. —Mi segunda protesta armada contra la tiranía

Era necesario que yo venciera todos los obstáculos para invadir por segunda vez. Era necesario que la protesta de los libres se oyera de nuevo en todo el territorio de la república, llevando la esperanza a los hogares venezolanos que se consumían en la desesperación y en la ruina. Era necesario que yo invadiera y debía invadir. Al fin el doctor París, venciendo con su espíritu patriótico la tenacidad de los opositores a mi invasión, me dio una carta para mi distinguido amigo y buen patriota, don Mariano Molina, quien en compañía de su hermano don Felipe, y de su sobrino Felipe Aristeiguieta, también buenos patriotas como él, tenían establecidos en la población colombiana El Viento, situada en las costas del Arauca y fronteriza con Venezuela, importantes negocios mercantiles y de ganados, para que aquel amigo me entregara unos fusiles y unas municiones, y yo armarme y entrar en invasión al territorio venezolano.

Don Mariano Molina, con gran entusiasmo atendió a la solicitud del doctor París, y me entregó cuarenta *maussers* con sus correspondientes cartuchos y además, como cosa espontánea de él, las provisiones que necesité para sostener los hombres que me acompañaban, durante los días que pasará en territorio colombiano, los cuales no fueron más de tres. Es bueno hacer constar que la firma de Molina Hermanos & Comp., compuesta por don Mariano y don Felipe Molina y por Felipe Aristeiguieta, sobrino de éstos, fue siempre atenta a las necesidades de la revolución, contribuyendo con el mismo patriotismo y desinterés del doctor Carmelo París,

para todo aquello que fuera por la liberación de Venezuela, hasta quedar arruinados por el ideal de la patria, como corresponde a los buenos.

¡La suerte estaba echada! Con aquel puñado de fusiles, y con unos cuantos hombres más desarmados, iba yo de nuevo, y conmigo los valientes que me acompañaban, a desfilar por segunda vez al todopoderoso monstruo de Maracay, a quien yo nunca tuve ganas de tenerle miedo, porque aquel badulaque sólo era todopoderoso para los esclavos y yo era y soy un hombre libre.

El 29 de abril invadíamos por la frontera de El Viento, siendo mi segundo jefe el coronel Luis Felipe Hernández, valiente compañero, hombre de carácter y honrado, quien debía acompañarme luchando con bravura hasta caer prisionero después de varios meses de campaña, cuando aislados y sin esperanzas de que más nadie nos acompañará en la república, fue destruido aquel movimiento que puso de manifiesto mis buenos deseos de sacrificarme por la salud de Venezuela.

En aquel año luctuoso para el estado Apure, como lo fue para aquella tierra del trabajo y de la bondad, la sanguinaria dominación del asesino Pérez Soto, la sangre corría por todas partes, y en las márgenes del Apure y del Arauca florecían los claveles rojos del dolor, y las aguas de los caudalosos ríos se tenían con la sangre de las víctimas innumerables de aquel hombre que nació para el mal y que jamás ha vivido para las rectificaciones en el bien. Son tantos los crímenes de Pérez Soto, que a veces nos preguntamos, si tendrá conciencia este hombre, o si todo lo malo que ha hecho fue influenciado por la demencia en hacer triunfar su abominable lema de: "Viva Gómez y adelante".

Mi marcha sobre el río Capanaparo, atravesando el territorio del Apure debía ser rápida como lo fue, para evadirme de las combinaciones del enemigo, quien sabedor de antemano de mi invasión, estaba preparado para destruirme, ya que iba en condiciones muy desventajosas por la escasez de armamento y de cabalgadura. A los cinco días de haber invadido llegamos a las costas del Capanaparo, en donde abandonamos las bestias y nos embarcamos en curiaras

para caer en el Orinoco y aparecer rápidamente en el centro de la República. En el Capanaparo se me incorporó el coronel Manuel Urbano Villegas, institutor y militar, quien puso a mi orden su embarcación y las provisiones que tenía en ella, y pleno de patriotismo y de nobleza, se incorporaba a nuestro pequeño ejército convencido de que sería adversa nuestra suerte, pero que es bello caer por la patria, si caer se llama caer de pie.

Cuatro días después de habernos embarcado en el Capanaparo, ocupamos la población de La Urbana, en donde tomamos algunos fusiles y navegamos Orinoco abajo rápidamente para sorprender a Caicara, que asaltamos derrotando la guarnición que allí se encontraba y atacando el vapor *Apure* que estaba en el puerto, y que se dio a la fuga, llevando a Ciudad Bolívar la noticia de mi aparición en aguas del Orinoco, la cual pasó inmediatamente a Trinidad, dejando pasmados a los asilados de allí que no podían comprender, cómo a los tres meses de haber yo salido de aquella isla y de haber atravesado todo el territorio de Colombia, apareciera en el Orinoco con un movimiento armado y amenazando el centro de la república. El patriotismo tiene secretos que jamás pueden descubrir los que no saben rendir culto al amor a la patria para morir por ella.

Cinco horas después de haber ocupado a Caicara, nos reembarcamos para Cabruta adonde llegamos a las doce de la noche de aquel día, para marchar enseguida a pie sobre Garcita, a dieciséis leguas de distancia, para asaltar una fuerza enemiga que allí se encontraba, al mando del general Profeta Quero. Sin pararnos un momento, a marcha forzada y muertos de fatiga, a la una del siguiente día, dimos el asalto al enemigo que derrotamos completamente, tomándole armas, provisiones y sus tiendas de campaña. El jefe de la fuerza enemiga nunca llegó a concebir la rapidez de mis movimientos, pues en la mesa de la comandancia, encontramos una nota, dirigida a Pérez Soto, que estaba acabada de escribir, pues aún se notaba la frescura de la tinta, y en la cual le decía: "Tengo informes fidedignos de que el faccioso Arévalo Cedeño llegó ayer a Caicara, tomó las armas de esta plaza y se reembarcó para Cabruta. Yo lo espero mañana para destruirlo si se le ocurre venir a ésta". En

verdad que era increíble poder venir desde Caicara hasta Garcita, marchando a pie dieciséis leguas y habiendo navegado en el Orinoco, en sólo quince horas.

Era tan grande el terror que se le tenía a Gómez, terror que se hacía más grande aún por el egoísmo venezolano de no querer sacrificar nada por la patria, que jamás llegó a mi campamento ninguna noticia que me trajeran o transmitieran amigos de la revolución, que me indicaran en dónde se encontraba el enemigo, y en qué condiciones estaba. Puedo decir con toda verdad, que yo luché solo, porque mis compatriotas que no estaban en mi campamento, jamás me ayudaron ni con la dádiva para satisfacer necesidades perentorias de la guerra, ni mucho menos con el aviso salvador y oportuno, que pudiera ponerme en posesión de armas y municiones, dándome a conocer oportunamente, en dónde se encontraba el enemigo, que muchas veces estaba en condiciones de ser destruido, como lo sabía más tarde, cuando tenía que volver al destierro vencido por la superioridad numérica de aquél, por la falta de algún otro movimiento armado que me favoreciera haciendo menos estrechas las combinaciones que caían sobre mí por todas partes, y por la negligencia y cobardía de los revolucionarios urbanos, que en otras épocas fueron tan útiles a los patriotas.

En Garcita tomé bestias, y al remontarnos, inmediatamente marché sobre La Pascua, caminando hasta veinticinco leguas de día y de noche, para sorprender aquella población, adonde llegué el veinte de mayo, ocupando la plaza, después de haber puesto en fuga a la pequeña guarnición que se encontraba, para luego seguir marcha a Tucupido, Zaraza y El Chaparro, población del estado Anzoátegui; viendo con satisfacción cómo corrían los agentes del tirano Gómez, a la sola aproximación de nuestro pequeño ejército, que con la bravura del toro de nuestras pampas apenas hacía veintidós días, había partido de la frontera de Arauca arrollando todos los inconvenientes, para poner en fuga vergonzosa a los pretorianos de Gómez, y que soldados del honor y de la ley traían en las trompetillas de sus fusiles, un mensaje de redención al pueblo venezolano. Aquel puñado de valientes estaban subordinados a mí

por el patriotismo y por el cariño, y junto conmigo habían firmado el pacto de honor de no tener miedo a Gómez y de morir por la patria, a la cual amaban como yo, como se ama a Dios, por encima de todas las cosas.

En El Chaparro supe que en el municipio Pariaguán se encontraba el coronel Manuel Padilla, con una fuerza del gobierno, y con toda la actividad acostumbrada, marché rápidamente a su encuentro, seguro de nuestra victoria, y al siguiente día a las tres de la tarde, no obstante encontrarme gravemente enfermo con un cólico que parecía mortal, atacamos a nuestros enemigos y en una sola carga, enérgica, rápida y sin trepidaciones, como aconseja la táctica a los valientes que luchan por el ideal de los libres, pusimos en fuga y a la desbandada al coronel Padilla y sus huestes que corrían y corrían perseguidos por nosotros, pero perseguidos aún más, por el terror que sienten los culpables cuando en manos de la vindicta pública se ven obligados a reconocer sus crímenes, esperando en confusión el castigo de ellos.

En la noche de ese mismo día marchamos sobre Cantaura; atravesando la Mesa de Guanipa, y a los dos días y dos noches de marchas forzadas ocupamos aquella población, en donde paramos pocas horas para luego seguir a San Joaquín y después a Santa Ana, encontrándome en la oficina telegráfica de este mismo pueblo, un curioso telegrama de Manuel Padilla para Juan Vicente Gómez, que decía: "Tengo la honra de participar a usted que ayer derroté completamente al faccioso Arévalo Cedeño y sigo activamente su persecución. Su leal y adicto amigo, Manuel Padilla". Es verdad que en la vida vivimos de la sorpresa, pero ésta que me daba el bravo coronel Padilla, con este despacho a su benemérito jefe, tocaba los límites llegando hasta el ridículo, y por eso al reírme de tanta adulancia y mentira, me alegré de saber que la táctica del coronel definía sus acostumbradas correras, en victorias fantásticas inspiradas por el miedo a su amo, que se enfurecía cuando sus súbditos eran derrotados por los soldados de la Ley. Telegrafista como soy, y conocedor de la línea del sureste se me ocurrió dar continuación a la burla de Padilla para con Gómez, y agarrando el manipulador, llamé

con la señal de "treintiuno", que era el distintivo de los telegramas para Gómez, a la oficina de Aragua de Barcelona, para transmitirle el siguiente mensaje:

> General Juan Vicente Gómez. Maracay. De acuerdo con mi telegrama de ayer, tengo la satisfacción de participar a usted, que he capturado al faccioso y ladrón Arévalo Cedeño, suplicando a usted respetuosamente se sirva decirme qué hago con él. Muy complacido lo felicita su respetuoso amigo y leal servidor, Manuel Padilla.

Es bien sabido que los aduladores del tirano Gómez, que eran ladrones y asesinos como él, tenían la costumbre de llamar ladrones, cuatreros y bandidos a los hombres libres y honrados, que como yo, jamás convino en suicidar su honor para ser esclavo de aquel miserable, cobarde y criminal, que se llamó Juan Vicente Gómez, a quien endiosó el venezolano corrompido de la época, y quien se burlaba de sus aduladores y cortesanos, con el desprecio que ellos merecían. Después de transmitido este despacho, desmonté los aparatos del telégrafo y marché sobre la población de Santa Rosa en donde supe se encontraba el general Armando Fernández con una fuerza enemiga, y a quien me proponía asaltar esa noche. Nosotros no dormíamos y para comer lo hacíamos marchando y en la mano, pues sólo acostumbrábamos cargar como provisiones: papelón, queso y casabe, a fin de no detenernos a matar ganado para comer carne, ganando así ventajas al enemigo y poderlo asaltar por sorpresa y con seguridades de éxito. Me daba lástima con mis compañeros, que muertos por el sueño, se dormían sobre las bestias y que ya enflaquecidos, pálidos y con los ojos amarillos, parecían espectros.

Llegamos a Santa Rosa a las doce de la noche y no encontrando allí al general Fernández, seguimos marcha para Urica, con el objeto de asaltar la guarnición que allí había; llegamos a aquel pueblo a las nueve de la noche del siguiente día, y después de unos cortos tiros pusimos en fuga a los servidores de Gómez que allí se encontraban, los cuales al huir nos dejaron algunas armas, pero sin municiones. En todos los pueblos donde entré en mis siete invasiones, siempre

encontraba el retrato de Gómez en las jefaturas civiles, colocado en lugar preferente al del Libertador y en la mayoría de ellas no existía el retrato de Bolívar, pero sí era cosa segura encontrar el de Gómez.

El comandante Fabricio Barazalta, jefe de mis espionajes en esta campaña, hombre valiente y muy festivo, tenía por costumbre, al ocupar la jefatura civil, tomar el retrato del tirano para quemarlo con los muchachos del pueblo en la plaza pública; así es que Barazalta estaba acostumbrado a encontrar, primero que todo en las jefaturas, el retrato del tirano. La noche que entramos a Urica, al entrar Barazalta con su espionaje a la jefatura, que estaba muy oscura, vio un retrato muy grande en el salón, y con la cólera más grande del mundo, dijo, creyendo que aquel retrato era el de Gómez: "Aquí está este vagabundo", y le asestó un golpe con la culata de su *winchester*, derribando el retrato, muy satisfecho de haber castigado a Gómez; pero al hacer luz, encontró Barazalta con gran sorpresa, que el retrato destrozado era una oleografía del Libertador, al cual le había asestado él un culatazo y le había destrozado la cara. Muy apenado el comandante corrió hacia mí y me dio la novedad en los términos siguientes:

> Mi general, acabo de tener un percance y le suplico me perdone. Acostumbrado como estoy, de encontrar solamente en las jefaturas civiles el retrato del bandido Gómez, al entrar a oscuras, en la jefatura de aquí, creí que un retrato que estaba en el salón era el del tirano, y con toda gana le asesté un culatazo y lo derribé al suelo; pero al hacer luz muy sorprendido y apenado, encontré que el retrato es el del Libertador.

Convencido de la inocencia de Barazalta, cuyo respeto y culto por Bolívar, así como el de todos los patriotas era, es y será una religión, acepté su excusa y le dije que fuera corriendo a la jefatura, despegara el retrato del marco, lo arrollara y me lo trajera inmediatamente, antes que nadie se diera cuenta del involuntario sacrilegio. Al día siguiente, y al salir de la población, encontrándose toda mi caballería en formación, lista para romper la marcha, y habiendo

como espectadores todo el pueblo, me adelanté en mi caballo, y dirigiéndome a los habitantes de la población les dije de manera arrogante y muy en alta voz estas palabras, a manera de alocución patriótica, y mostrándoles en mis manos el retrato del Libertador, arrollado:

> Me llevo el retrato del padre de la patria, porque los que luchamos por la libertad y por la grandeza de su obra, no podemos permitir que su efigie sagrada para el patriotismo, continúe exhibiéndose en ese antro de crímenes y servilismo que se llama jefatura civil.

Mis compañeros prorrumpieron en vivas al Libertador, y los habitantes de la población aplaudían nuestra acción, que así como era de desagravio a Bolívar, también era la condenación de la conducta de los que, por malos venezolanos, no han querido tener para él el respeto, la admiración y el amor que Venezuela y la América le deben. Quedaba así solucionado este trance de orden patriótico, que al ser descubierto por los agentes de la tiranía, hubieran tenido, Vallenilla Lanz, Andrés Mata y demás apaches de la pluma, motivos para una gran campaña de prensa, condenando, aquel involuntario irrespeto, como un gran crimen cometido por los salteadores, los cuatreros enemigos del orden y del Benemérito Gómez, y para hacer gala de su falso amor por Bolívar, a quien aquellos miserables insultaban a cada paso con sus producciones de desvergüenza y de deshonra para la patria.

Marchamos a ocupar a Areo y luego a Aguasay, activando más mis operaciones para salvarnos de las combinaciones que hacían sobre mí los presidentes de estados con sus fuerzas y a las cuales sabía yo burlar, contramarché sobre la Mesa de Guanipa, y al llegar al vecindario de Mapiricure, se presentó el enemigo comandado otra vez por Manuel Padilla, quien traía una nueva fuerza y venía por la revancha, buscando derrotarme, para dar satisfacción a Gómez.

Ocupamos el Morichal de Temblador y allí nos formamos en batalla para esperar el ataque del enemigo, con la disposición de

vencer o morir, ya que sin municiones como yo estaba, al ser derrotado en aquella pampa infinita, estaba casi seguro de ser prisionero.

El combate principió a las tres de la tarde, y para economizar municiones y poder resistir siquiera tres horas de combate, ordené a mis compañeros hacer fuego con tiros de cacería, es decir, que cuando el enemigo disparara cien tiros en descargas cerradas como lo estaba haciendo, hacerle nosotros tan sólo dos o tres. A las tres horas de combate, o sea a las seis de la tarde, con una formidable carga de a caballo, derrotamos otra vez al famoso coronel Padilla, quien huyendo despavorido por toda la Mesa, nos dejaba prisioneros, armas y bestias; pero desgraciadamente como casi siempre me acontecía cuando luchaba con las tropas del tirano, tampoco cogí municiones en este combate, que era lo que yo siempre deseaba, ya que en mis movimientos, estuve en todo momento pobre de municiones, y sin tener la esperanza de que al fin se conmoviera el corazón de los ricos asilados del exterior, para que enviaran el ansiado barco cargado de parque, que era la salvación de Venezuela, ya que el poder de Gómez no existió nunca, y si se mantuvo en el poder por tantos lustros, fue porque lo que en verdad existía, era la impotencia nuestra, hija del egoísmo y de la mala fe de los que estaban en el destierro de una manera inútil, y que mucho hubiera ganado la revolución, si ellos se hubieran venido a compartir con Gómez, las delicias de una situación muy digna de ellos.

Perdimos varios compañeros en aquella jornada, y entre ellos, el valeroso coronel Francisco Solano Estrada, joven caraqueño de un patriotismo muy grande y de un republicano perfecto. El coronel Estrada era jefe de una "Sagrada Táchira", teniendo por segundo jefe al coronel Patrocinio Quintero, tachirense, tan valiente como patriota, quien al caer muerto Estrada, automáticamente asumió la jefatura del cuerpo, para no ceder, secundado por sus valientes compañeros ni un palmo al enemigo. Fuimos vencedores, pero agotadas nuestras municiones, al extremo de quedar a cinco cartuchos cada uno, era necesario seguir marcha sobre el oriente del Guárico, para buscar el regreso de la frontera convencidos de que Venezuela estaba muerta, y de que no era posible despertar

el entusiasmo de sus compatriotas para que se pusieran de pie en todas partes y derrocáramos al tirano Gómez, a quien todo el mundo odiaba, a quien nadie quería, contra quien todo el mundo protestaba; pero esa protesta era tan sólo en la soledad de los hogares, en las alcobas de sus mujeres, en donde los venezolanos, al acostarse con ellas, les decían muy quedo al oído: "Gómez es un tirano, Gómez es un asesino, debemos alzarnos contra él para salvar a Venezuela". Y al decir esto, el venezolano de ayer degenerado y demente, que sólo era hombre para las mujeres, lleno de asombro veía para todos lados; temiendo que en la soledad y en la oscuridad de su alcoba, en donde sólo se encontraba acostado con su mujer, al hacerle la terrible confesión, se encontrara allí el oído sutil y adivino del espía; que estaba a todas horas y en todas partes, invariablemente atento y que fue el arma poderosa del tirano y su tribu, porque así como mandaba millares de inocentes a las cárceles, a las carreteras y a la muerte, así también conquistó para Gómez el dominio absoluto de la Venezuela de ayer por el miedo, eterno aliado de los tiranos.

Después de marchas y contramarchas, que me veía obligado a hacer para evadir las persecuciones y combinaciones, haciendo uso muchas veces de arbitrios hijos de la necesidad de salvarnos, aparecí en las sabanas de la jurisdicción de La Pascua, en donde debía fraccionar mi pequeño ejército, para quedar yo como cuando mi primera invasión, apenas con siete compañeros, y defenderme huyendo, hasta que pudiera salir del país, mientras el resto de mis amigos ganarían las fronteras del Arauca por donde debían asilarse. En la noche del 1 de agosto, en medio de la pampa, e iluminados por una hermosa luna llena, que se destacaba majestuosa en un claro y azul cielo pampero, a las nueve de la noche, hablé a mis compañeros en estos términos:

> Hemos cumplido con nuestro deber de hombres libres; hemos aparecido en el suelo de la patria por segunda vez con el fusil en la mano, para luchar por la libertad de nuestros hogares; en tres meses de campaña hemos recorrido cuatro estados, y hemos combatido, derrotando siempre a los sicarios del tirano Gómez, que

> acaba con nuestra patria; pero nuestra lucha ha quedado sin colaboración alguna, porque nadie nos ha acompañado en los demás estados, habiendo resultado inútiles nuestros esfuerzos, debido a la indolencia y a la cobardía de nuestros compatriotas. Ha llegado, pues, el momento de que ustedes se salven, ganando la frontera del Arauca. Para que se libren del tirano y puedan mañana concurrir al suelo de la patria otra vez, a luchar por la libertad de ella. Yo veré cómo me salvo con seis compañeros más, hasta tanto puedo ganar las costas de Venezuela y salir al exterior, para venir muy pronto de nuevo a continuar mis luchas por la libertad de Venezuela. Doy a todos ustedes mi abrazo de agradecimiento, y los excito a dejar las armas para ocultarlas, a fin de que mañana las encontremos de nuevo, para continuar nuestra labor.

Mis valientes y nobles compañeros oyeron mis palabras con la devoción de los patriotas y al abrazarme para despedirse de mí, las lágrimas de ellos y las mías se confundieron para correr en señal de duelo por la suerte de la república. Una vez amontonados los pocos fusiles que teníamos, esa misma noche cargamos con ellos unas bestias, y yo con los seis compañeros que había separado, marchamos para un lugar cerca de Las Mercedes, caserío cercano a Chaguaramas, en donde podíamos ocultar las armas, y luego dedicarnos a huir hasta que pasara la actividad de la persecución y ganar las costas venezolanas. Seis días después de haber quedado en esta condición, fuimos rodeados por una fuerza enemiga, al mando del general Francisco J. Sáez, pudiendo yo salvarme con tres compañeros más, bajo un fuego nutrido que el enemigo nos hacía, para obligarnos a rendirnos, o para acabar con nuestras vidas.

Los compañeros que se salvaron junto conmigo fueron los coroneles Luis Felipe Hernández; Manuel Urbano Villegas y el teniente Rafael Amado, joven tachirense de excelentes condiciones y muy valeroso. Dos días caminamos a pie por la sabana hasta llegar a la casa de mi buen amigo Manuel Aurrecochea, quien en unión de sus hijos y demás familiares me prestó su ayuda eficaz para ocultarme en sus sabanas, mientras yo obtenía bestias para remontarnos y

seguir a otros lugares. Aurrecochea y su familia hicieron grandes esfuerzos por salvarnos, lo cual obligó y obligará mi gratitud para los descendientes de aquel buen amigo, que murió víctima de la tiranía, pues perseguido por ella, por haberme prestado auxilio, terminó su vida bajo el rigor de aquella barbarie.

El invierno era riguroso, llovía de día y de noche, estábamos sin con qué cubrirnos y dormíamos en plena pampa, recibiendo el agua toda la noche, la plaga en abundancia suma, y al dormir, teníamos amenazadas nuestras vidas por la serpiente cascabel. En esta situación pasamos doce días, y a las seis de la tarde del último fuimos cercados por la tropa enemiga, al mando del mismo general Francisco J. Sáez, la cual abrió los fuegos sobre nosotros cuatro e intimó la rendición; y como yo jamás pensé caer prisionero en manos de los sicarios de la patria, me negué a rendirme, y haciendo uso de mi *winchester*, así como también lo hicieron mis tres valientes compañeros, apoyados en árboles hicimos fuego sobre el enemigo, hasta que ya prisionero el coronel Luis Felipe Hernández y el teniente Rafael Amado, y retirado el coronel Manuel Urbano Villegas, a quien le ordené salir por un lado contrario al mío, me dispuse a la fuga para salvarme; pero rodeado como estaba por donde quiera de soldados, fui estrechado de tal modo, que hasta me arrebataron de las manos la cobija y me rompieron la manga de mi blusa; no obstante, lo apremiante del caso, con mi fe de siempre, y con la protección de lo Alto, que nunca me faltó, me pude escapar de mis perseguidores, que hacían fuego sobre mí; para penetrar en la montaña y ganar las costas de la quebrada del Perro, que estaba plena de agua; y al llegar a su orilla caminé precipitadamente quebrada abajo, como cincuenta metros y luego dar un salto y caer en el monte, regresándome de nuevo para atrás a fin de que mis perseguidores no pudieran dar con mi rastro. Me bajé por el barranco de la quebrada, me agarré a una raíz y me arrodillé penosamente, quedando en esta posición falsamente oculto, pues se me veían del barranco mis piernas embotadas, debido a mi posición de arrodillado.

Los soldados perseguidores llegaron a la orilla y siguieron mi rastro quebrada abajo, hasta llegar a los cincuenta metros que yo había caminado; se detuvieron porque se les perdió el rastro, no dándose cuenta de mi estrategia. Los soldados al coger el rastro gritaban: "Aquí va". "Aquí va", pero al llegar al final del rastro se regresaron y se pararon en la orilla, cerca de mí, como a dos metros, y no me explico cómo no veían mis piernas, que estaban completamente al descubierto. Esto sucedía a las seis de la tarde y ya caían las sombras de la noche, y con ellas un aguacero torrencial, que hacía mucho ruido en la montaña, y que obligó a mis perseguidores a retirarse desconsolados de no haberme podido capturar para unirse al resto de su tropa.

Entrada la noche salí del barranco de la quebrada, y di principio a una maniobra que debía enloquecer al enemigo al siguiente día. Le busqué paso a la quebrada, y al fin le encontré un vado que me daba al pecho para pasarla del otro lado; de allí marché quebrada arriba como cuarenta o cincuenta metros más, volví a repasar la quebrada y vine de nuevo al punto por donde había pasado la primera vez; la pasé por segunda vez, dejando con esta maniobra descrito un círculo con las huellas de mis botas, y una vez hecho esto, di el salto de dos metros que había dado anteriormente, caí en el monte, y con cuidado para no dejar huellas, seguí mi marcha por él, para salir a la sabana.

Al siguiente día por la mañana, el enemigo sólo encontró un círculo de huellas en la costa empantanada de la quebrada, y no se daba cuenta dónde comenzaban de nuevo mis huellas. Seguí por la sabana toda la noche, protegido por el conocimiento de los rumbos que tenemos los llaneros y a las seis de la mañana llegaba al hato "Morichito", de la propiedad del doctor Miguel Lorenzo Ron Pedrique, pasando por allí sin ser reconocido y marchando por las sabanas rumbo al vecindario Santo Domingo. Durante mi travesía por la pampa vi a lo lejos comisiones a caballo que me buscaban por los caminos, las cuales nunca darían conmigo porque yo huía de las vías de comunicación y marchando por rumbos y a pie, de los cuales estaba yo bien orientado. Llegué al hato "Manantial", propiedad

de la señora Rosario de Cobeña, en donde al verme las mujeres del servicio, se pusieron a llorar, porque al contemplar mi estado lastimoso, consideraron bien triste mi situación. Hacía tres días completos que no comía nada, y las mujeres me dieron una arepa y una totuma de leche, lo cual no pude comer, porque ya mi estómago estaba perdido, y al morder el pan tuve un mareo muy grande y abandoné la comida; en ese momento llegó un muchacho del hato a caballo en un potro de bozal, el cual me dieron las mujeres, aunque la señora doña Rosario de Cobeña, propietaria del hato, no estaba allí, pero ellas conocían muy bien que la señora Cobeña no tomaría a mal la entrega del potro, ya que era para salvarme y ella, como toda la gente de nuestros llanos, tenían cariño por mí y deseaban verme salvado de las garras de la tiranía.

Seguí inmediatamente para el vecindario Santo Domingo y ya cerca, y en la sabana, encontré un peón, que se asustó mucho al verme, pues por todas partes se había regado la noticia de que me habían matado, y creyó que era una aparición y no mi verdadera persona la que estaba delante de él. Repuesto de su susto y seguro como estaba yo de su lealtad, lo mandé al vecindario a decir, con mucha reserva, a mi amigo Gregorio Méndez, que yo me encontraba allí cerca, y que deseaba me viera para que enviara noticias a mi esposa; ya que él era de confianza y casado con una prima mía. Méndez vino inmediatamente y me trajo una media botella de cerveza y unos panes; hablamos y quedamos convenidos de que él iría a La Pascua a hablar con mi esposa y que me hiciera venir a mi buen amigo Juan de Jesús Díaz, persona de bondadosas condiciones en la amistad, para que me diera una bestia y seguir marcha inmediatamente. A poco rato vino el amigo Díaz y con un entusiasmo admirable y que cuadraba para sostener mi fe de siempre, al abrazarme me dijo: "No se aflija, que ante Gómez está Dios y estamos los llaneros para salvarlo". Me sacó de allí inmediatamente y me llevó a un rastrojo a la costa del río Guanipa en donde debía yo esperar un caballo ensillado, y un hombre a caballo, para acompañarme esa noche, a fin de evitar las actividades del enemigo.

Apenas pude tomar unos tragos de la cerveza, la cual me preparó el estómago y contuve la bilis, que fermentada se me venía a la boca. Jamás se ha visto una persecución tan activa como la que yo sufrí en aquellos lugares y en aquellos tiempos. Las comisiones a caballo andaban por todas partes, y Gómez ofrecía, por boca de sus agentes, grandes sumas de dinero por mi captura. No dormía, ni comía, y pronto estaba a caballo, como enseguida tenía que abandonar la cabalgadura para correr a pie e internarme en los montes.

Estando en el rastrojo donde me dejó Juan de Jesús Díaz esperando al hombre con la bestia, con mi vigilancia acostumbrada y aunque muerto de cansancio y de sueño, me puse a observar por el rumbo que tenía a la espalda, y vi que muy cerca venía a galope un piquete de caballería hacia el lugar donde me encontraba. Salí corriendo sobre la costa del río Guanipa y comenzaron a hacerme disparos, los cuales no cesaron sino hasta que cogí el monte del río, que estaba crecido, pero pude pasarlo al otro lado fácilmente, pues aunque de corriente fuerte, nadé siempre río abajo hasta ganar la orilla contraria.

Serían las seis y media de la tarde, y ya estaba oscureciendo, cuando completamente mojado salí al otro lado del río, y seguí marcha a pie, siempre por rumbo, llegando como a las ocho de la noche a un hato en donde sentí mucha gente conversando, lo cual me puso en dudas, pues podía ser gente de mis perseguidores, o peones ganaderos que estaban en vaquería. El hato tenía tres corrales y yo me metí al último de ellos caminando en cuatro pies, mezclado con el ganado, que acostumbraba dormir en los corrales. Mi objeto era oír la conversación y poder definir si eran ganaderos o soldados del tirano. El estado de extenuación en que yo me encontraba y la excitación de mi sistema nervioso habían debilitado mis oídos, al extremo que las voces llegaban a ellos como ruidos indefinidos; y en aquel corral no pude oír nada de lo que hablaban los hombres que estaban en la casa; para aproximarme más a ella, y para saber con la seguridad de mi resolución de quien debía correr, si era que debía hacerlo, me pasé para el segundo corral, más cercano aún a la casa; pero allí tampoco pude oír nada

absolutamente; y entonces, jugando el todo por el todo, me metí en el primer corral, y me pegué contra la cerca que daba con la casa, quedándome los chinchorros de los hombres que hablaban, a tres metros de distancia, y allí, protegido por una oscuridad completa, pude oír lo que decían, sacando en conclusión por los que hablaban, eran peones ganaderos que se encontraban reunidos en vaquería.

Convencido de esto, me erguí de mi posición de cuatro pies en que me encontraba para ser confundido por un becerro, y con voz fuerte dije a los hombres: "Buenas noches, señores"; aquella salutación inesperada y en la oscuridad alarmó a los peones que maliciosos se pusieron de pie, me contestaron y me preguntaron quién era yo y por qué llegaba en esa forma. Ellos sospecharon que era algún desertor de las tropas de Gómez, que acompañado por otros venía a robarlos, como acostumbraban muchas veces. Yo les dije que era un posta del jefe civil de Espino que iba para La Pascua, a llevar noticias de los revolucionarios, que me había perdido debido a que me había sorprendido la noche, y que me dijeran de quién era aquel hato. Ellos me contestaron que el dueño de la casa era don Jesús María Requena, viejo y honorable llanero, quien en aquella circunstancia difícil debía prestarme un servicio de esos que por su magnitud no pueden pagarse nunca. Con una rapidez espantosa, y al oír el nombre del viejo amigo, salté por encima de la palizada, y llamé en alta voz: "don Jesús María". El viejo me contestó de la alcoba con el vocablo muy acostumbrado por los llaneros: "Mande", y salió para el patio; resueltamente yo me le acerqué y lo agarré de la mano para alejarlo del grupo de hombres, que veían la escena con malicia, pero mi viejo amigo, sin desconfianza alguna se dejó llevar por mí. Una vez en el patio, le dije: "don Jesús, yo soy Emilio". Aquel viejo amigo, con la emoción de un cariño intenso, en medio de la oscuridad acercaba su cara a la mía para reconocerme bien, y lleno de afecto me abrazó y me trajo para donde estaba el grupo de hombres, quienes eran personas de confianza, y les dijo con voz reposada y muy quedo:

Muchachos, aquí está Emilio, y debemos estar contentos porque no es verdad que lo hayan matado. Todo lo que esté en mi casa es gente de confianza, y por lo tanto yo estoy seguro de que nadie dirá ni a su mujer lo que pasa aquí esta noche.

Luego me llevó para un chinchorro y como yo venía completamente mojado desde hacía días, hizo sacar ropa seca para vestirme y sentándome, me dijo: "Usted es mucho hombre y no se aflige por nada; ya voy a mandar a buscar un caballo y darle uno de los muchachos remontado para que lo acompañe esta noche un pedazo". Enseguida me trajeron café caliente y al recostarme al chinchorro, mientras venían las bestias, me quedé dormido para ser despertado a la media hora y seguir mi peregrinación, sin dormir y sin comer. Cuando fui a montar a caballo me vinieron vómitos que comprendí eran la borrachera debido a las tantas trasnochadas; pero una vez a caballo, y animado por mi resistencia física y moral, todo me pasó, y junto con el muchacho que me iba a acompañar, salí de aquella casa amiga, confiado que no estaba solo, que la gente honrada estaba conmigo, y que sólo los asesinos, ladrones y bandidos podían ser los servidores de Gómez.

Esa noche atravesé el banco de El Cojo, y al llegar a unas tres casas que se encontraban al salir del banco, sabiendo que en una de ellas vivía mi primo José Ramírez, sigilosamente llamé allá, y mi primo, ya preparado suponiendo que yo podía llegar a su casa cualquier noche, abrió la puerta con cautela, me alargó una mochila de provisiones y después me dijo: "En el potrero tengo un caballo amarrado, anda allá, remóntate en él, devuelve el hombre que te acompaña con la bestia que traes, y sigue marcha inmediatamente, porque todos estos lugares están llenos de comisiones en tu persecución".

Marché al potrero inmediatamente, cambié de bestia y seguí para La Pereña, vecindario que dista a dos leguas de La Pascua, adonde llegué a las cinco y media de la mañana, tocando en la casa de la familia Álvarez, representada por Crisanto Álvarez, hijo mayor de la dueña, y que en ese momento se encontraba en compañía de

sus tres hermanos en el patio de la casa. No puedo hacer referencia de los habitantes de aquella casa sin decir que Crisanto Álvarez y toda su familia son los prototipos de la honradez, de la amistad y de la nobleza, para quienes guardaré siempre la gratitud de mi vida y la amistad que yo sé profesar siempre con sinceridad y muy verdadera.

La familia Álvarez me ocultó allí por dos días, en el monte y en la noche del segundo día, salí con Águedo Álvarez, tío de los hermanos Álvarez, hombre sencillo y de una lealtad grandiosa, con quien hice la travesía por los montes, fuera de todo camino, hasta salir al paso de Manapire, entre La Pascua y Chaguaramas, siguiendo marcha hasta el vecindario El Burro, en donde encontramos una comisión de mis perseguidores, viéndonos obligados a correr muy duro y a entrar en la montaña, para tirar un rumbo por ella y salir sin camino y orientándome por el sol, al camino real que viene de Lezama a Chaguaramas. Esta travesía que yo di con una precisión matemática, la hicimos en quince horas, habiendo pasado una noche en la montaña sin caminar, porque nos hacía falta la orientación de la luz solar.

A las once de la noche, y después de una marcha de catorce leguas a pie caminando dentro del pantano y completamente mojado, llegamos a un potrero de nombre El Placer, y vimos una linterna en el camino, y oímos estas voces: "Si cogemos el bandido de Arévalo Cedeño ya vamos a matarlo". Comprendimos que era una comisión de perseguidores que venían completamente ebrios, probablemente del pueblo de Lezama que nos quedaba a cuatro leguas de distancia.

Favorecidos por la oscuridad nos recostamos a la cerca y dejamos pasar a aquellos borrachos, que hubieran acabado conmigo y con mi compañero si nos agarran en ese momento. Una vez que la comisión pasó, seguimos marcha muy apurados, pasamos el río Orituco y como a la una de la noche nos metimos al monte, para recostarnos un rato, aunque nuestras ropas y cobijas estaban completamente mojadas. Muerto de sueño como estábamos, nos quedamos dormidos hasta las cinco de la mañana y al

despertarnos, mi compañero observó que una serpiente cascabel estaba arrollada a mi lado, y que probablemente había pasado junto conmigo las cuatro horas de mi sueño. Contemplando la inmensidad del peligro que acababa de pasar, encontré que era preferible vivir con las serpientes y con los tigres, antes que ser esclavo de la tribu de asesinos de Maracay, de la cual era cacique Juan Vicente Gómez; que así como había convertido a Venezuela en una gran hacienda y en una gran factoría, así también nos dejaría al levantar su mano sanguinaria de dominación el caos y la desolación, y como coronación de su obra de exterminio, una ruina pavorosa y una desorientación tan grande, que no permitiría nuestra marcha hacia la vida ciudadana que será la salvación de Venezuela y la abolición absoluta de nuestras guerras civiles, señales de crueldades y de barbarie.

Seguimos por la montaña hasta salir a Piloncitos, una casa que era propiedad de un honrado y magnífico ciudadano, de nombre Juan María Urbina, sencillo hombre de campo, en quien yo tenía confianza. Me oculté como a cuatrocientas varas de la casa, y allí mandé a mi compañero Águedo Álvarez, para que fuera a la casa, haciendo que venía de Lezama, adonde había ido a llevar un ganado, y que una vez allá, si Juan María estaba solo, decirle que yo estaba allí cerca y que viniera a verme. Inmediatamente se vino el bueno de Juan María, y al verme flaco, amarillo y agotado, físicamente hablando, pues mi espíritu de rebelde jamás llegó a decaer se le salieron las lágrimas y me abrazó tiernamente.

Yo le manifesté que lo que quería de él, era que fuera a Lezama y se hablara con el padre Díaz Funes, muy querido amigo mío, enemigo acérrimo de la tiranía de Gómez. Juan María Urbina fue inmediatamente a Lezama y regresó a las seis horas, con la noticia de que el padre me esperaba esa noche a las doce, que fuera con el mayor sigilo y que entrara completamente solo a la población. Me dispuse a hacer lo que me decía el cura y esa noche a la hora señalada entraba yo a la casa parroquial, en donde se me dieron ropas secas y me acosté a dormir bajo techo y sin peligro de tener compañía de cascabeles, pero sí pensando que aquel paraíso

tendría bien poca duración, porque mis perseguidores, como buenos agentes del tirano, no economizaban tiempo para buscar de todos modos mi captura o mi muerte.

Estuve oculto en Lezama dos días, mientras preparaba mi salida para Altagracia de Orituco, en donde un noble y honrado amigo mío, había ofrecido espontáneamente a mi hermano Natalio, de ocultarme en su almacén mismo para salvarme, cosa tan grave, que exponía la vida meritoria de aquel buen ciudadano. Me refiero a don Estanislao Campos Díaz, quien jugando su existencia con un desprendimiento único, me recibió en su casa a las doce de la noche de un día del mes de setiembre, para ocultarme por un mes allí, mientras pasaba la actividad de la persecución que Gómez me hacía, la cual era caracterizada por prisiones, registros de casa, sobornos y amenazas por todas partes. Viendo el peligro inminente que corría el señor Campos Díaz al ser yo descubierto en su casa, una vez le dije, que yo estaba dispuesto a irme, porque si me descubrían se perderían sus intereses y su vida. Aquel hombre que había tornado mi salvación como cosa de su existencia misma, me respondió noblemente: "No se preocupe usted por mí ni por mis intereses; bastante está haciendo usted por Venezuela, y es necesario que lo ayudemos".

Mientras los hombres honrados y de representación moral me prodigaban su protección y su ayuda, porque me conocían como hombre honrado y de patriotismo ajustado, como de una moral sincera, los miserables aduladores del tirano, los prostituidos de todas las épocas, los que han acabado con Venezuela, y para los que nunca ha habido sanción en mi patria, los Vallenilla Lanz, Arcayas, Zumetas, Gil Fortoul, y con ellos una mesnada de inconscientes e incapaces de comprender a un hombre como yo, me trataban de cuatrero, de bandido, de ambicioso y de loco, y todo por espíritu de servilismo hacia Gómez, que oía sus adulaciones con el desprecio que ellos merecían, dedicándoles la frase feliz, que aquel animal tuviera un día para Pedro César Dominici, al leer una carta adulona y servil, de este otro miserable apache de la pluma, que también ha vivido siempre de sus indignidades: "A este sinvergüenza, le

faltó tiempo para escribir adulaciones" (palabras textuales de Juan Vicente Gómez).

Viendo que ni el señor Campos Díaz, ni mi hermano Natalio querían que yo abandonara mi escondite y saliera a ganar las costas de Venezuela, porque aún la persecución existía, la vigilancia era mucha, y podía yo caer prisionero; pedí a mi hermano Natalio algún dinero, para tenerlo en mi bolsillo, en caso de que la casa fuera registrada, como era casi probable, y al escaparme yo, podía llevar algún recurso en mi cartera. Mi hermano creyó lo que yo le dije y me trajo ciento cincuenta pesos en monedas de oro, que era la contribución de él y de mis pobres hermanas, mujeres que sufrían, junto con mi anciana madre, las privaciones de una situación pavorosa, pero que abnegadas y buenas, daban sus pequeñas economías para la obra de mi salvación. Una vez que mi hermano me entregó el dinero, con la resolución que siempre tengo para todos mis actos, cuando de mi honor se trata, le dije a él y al señor Campos Díaz, con el dinero en el puño de la mano, lo siguiente:

> Esto era lo que me hacía falta para irme al exterior, y por lo tanto, me voy esta noche de cualquier modo, porque así evito al ser capturado aquí, una muerte ignominiosa para mí, y la perdición de todos ustedes.

Comprendiendo ellos que mi resolución era irrevocable, mi hermano me pidió demorara la salida hasta tanto hablaba con nuestro hermano el doctor Arévalo Cedeño, para que éste completara la obra de mi salvación. A los tres días de esto, y después de despedirme, sigilosamente y a altas horas de la noche, de mi santa y buena madre, que llorosa, anciana y enferma, me daba por última vez su bendición, pues agobiada por los sufrimientos de mis luchas, terminaría muy pronto sus días, sin saber yo en el destierro ni una palabra de su muerte, ya que los agentes del tirano Gómez nunca permitieron que a mis manos llegaran las cartas de mi mujer ni de ninguno de mis familiares, para que así sufriera yo más hondas en mi corazón las penas de los míos; salí acompañado de mi hermano

el doctor, hasta las afueras de la población, en donde me esperaba un socio de él y gran amigo nuestro, a cuya memoria debo tributarle este homenaje: Ascensión Aragort pertenecía a la clase de hombres que tienen el merecimiento para su vida y la alta cualidad de ser leales y honrados para imponerse por el bien a la humanidad.

Al encontrarme con nuestro amigo Aragort, seguí marcha con él solo, y esa noche caminamos veinte leguas, para llegar a las cinco de la mañana a la casa de campo de Aragort, en el municipio Guaribe. Nuestra marcha fue al trote y desafiando las comisiones de persecución que por donde quiera se encontraban, animadas de la oferta de dinero que profusamente ofrecía Gómez por mi captura, la cual fue suspirada y deseada hasta morir, por muchos de los que hoy me abrazan con efusión, para celebrar cual buenos amigos de todos los tiempos, y diciendo haber sido enemigos del tirano, el triunfo de mi constancia, que sostuvo un duelo a muerte contra los indignos de mi patria, para evitar que yo fuera indigno como ellos.

Salimos al siguiente día en la noche de la casa de Aragort, y marchando por caminos muy malos y de serranías a las dos de la tarde del siguiente día llegamos a una pequeña hacienda de un señor cuyo nombre era Rodolfo Armas, hombre festivo y muy simpático, amigo de Aragort, y quien nos recibió muy bien, pero sin saber quién era yo, pues iba como peón de Aragort y disfrazado como tal. Habíamos recorrido una distancia de veintitrés leguas; marcha increíble en tan corto tiempo, y para aquellos caminos tan malos. Al preguntar Armas de dónde habíamos salido y responderle Aragort que de Guaribe, con un humorismo muy marcado dijo: "¿De Guaribe?, o han matado ustedes a alguno, o han robado a alguien, o vienen huyéndole a Gómez, pues de lo contrario no es posible que hayan hecho semejante marcha". Aragort, para evitar que la broma se transformara en sospecha, le dijo a Armas que su viaje tan forzado obedecía a que debía embarcar una madera por el puerto de Píritu, y que si no llegaba a tiempo no encontraría la goleta allí.

Dormimos en la casa de Armas y al siguiente día de madrugada salimos para llegar a las tres de la tarde a la laguna del Hatillo, adonde me desmonté de mi bestia, la entregué a Aragort, cogí una

pequeña maleta que traía en el caballo, me la puse en el hombro, le di un abrazo de despedida, le entregué mi revólver y me fui por la orilla de la laguna a una pequeña casita que se veía a lo lejos, adonde llegaría con historias de cualquier invención, para conseguir una embarcación y salir al pueblo del Hatillo, situado en las costas del mar.

En la casita encontré un pobre hombre, a quien le dije iba al Hatillo a buscar unos remedios para un hermano que tenía muy grave, y que necesitaba me llevara allá. El hombre me cobró un peso por llevarme, y enseguida nos dimos a la vela; pero con tan mal viento, que al día siguiente a las seis de la mañana fue que pudimos arribar al pueblo, adonde llegué directamente a una pequeña pulpería, en donde había mucha gente tomando el trago de la mañana, como es costumbre fatal de nuestro pueblo, que enviciado en el licor, comienza a tomarlo desde temprano, sin saber que envenena su cuerpo como así envenena su alma.

Como en las requisitorias que se daban de mí decían los agentes de Gómez que yo no tomaba aguardiente ni fumaba, como era la verdad, con el fin de despistar las sospechas que podía causar mi aparición repentina en aquel pueblo, entré a la pulpería y pedí un trago de aguardiente doble, el cual al tomarlo, me llevó el mismo diablo, porque, no acostumbrado como estaba a este entrenamiento de los vagos de nuestros pueblos, al momento me sentí mareado, pero consciente de lo que estaba haciendo, pedí también un centavo de tabaco y encendí uno, probando así, que las requisitorias libradas contra mí no tenían efecto, declarándome como abstemio en los vicios del tomar y del fumar.

Me fui de allí a una posadita, y a poco rato llegó el jefe civil del pueblo, un muchacho medio alocado, a quien llamaban coronel La Riva, quien llegó con un gallo en la mano, y me dijo lo acompañara para coger otro en el patio, el cual iba a jugar. Con mucho gusto atendí a la orden del coronel, y como ya le había hecho un servicio le supliqué me dijera cómo podía seguir yo para Puerto Píritu, a lo cual me contestó que saliera con él para llevarme a la oficina de

correos, adonde me recomendaría para que el correo, que en ese momento salía para Puerto Píritu, me sirviera de guía.

Salimos a las ocho de la mañana, caminando por toda la orilla del mar, y teniendo yo por compañero a un hombrecito de Barcelona que era el que transportaba la correspondencia a pie hasta Puerto Píritu, adonde llegamos a las doce del día, muertos de cansancio y fatigados por el sol, ya que el camino era por toda la playa del mar, y nos tocó las horas de alta marea. Entré a Puerto Píritu por toda la calle real con mi maleta en el hombro, sin ser conocido por nadie, y me fui a una pequeña posada, en donde la dueña de ella se negó a venderme comida, dudando por el aspecto de mis vestidos que yo tuviera dinero para pagar; esperé un momento, y luego para despertar la codicia de aquella mujer, saqué un fuerte y le pedí me cambiara aquella moneda; la mujer lo tomó y al regresar con el sencillo, me dijo: "Sí queda algo de comida en la cocina, y voy a ponerle el almuerzo". Aprovechando tanta generosidad, expresada en el deseo de aquella mujer de quedarse con la moneda, le pedí una pieza para descansar, y como ya era hombre rico ante ella, me atendió y me llevó para un cuarto en donde había dos monturas, que denunciaban ser hechas en Zaraza, por su clase de trabajo de talabartería. Comprendí que allí había viajeros de Zaraza, simpática población de nuestros llanos, cuyos habitantes más de una vez me han dado pruebas de su cariño, y en donde me conoce todo el mundo.

Inmediatamente desistí de quedarme en la posada, pues si los propietarios de aquellas monturas regresaban, al verme me conocerían. Le dije a la señora que yo había resuelto ir a una comisión de barcos, para saber qué buque salía para La Guaira; ella me indicó fuera a la consignación del señor Monteverde, quien de seguro tendría buques, como de costumbre. Pero la señora, al ver que yo tomaba de nuevo mi maleta, y me despedía de ella, me dijo que si yo partía de una vez y que por qué no dejaba yo mi maleta e iba a casa de Monteverde a ver si había barcos esa tarde. Yo le respondí que si llevaba mi maleta era porque podía encontrar barcos al momento, y no tenía necesidad de regresar.

En la consignación del señor Monteverde encontré que un bote salía para Margarita, pero para evitar sospechas, yo buscaba pasaje para La Guaira; a lo cual me respondían en la consignación, que no había barcos para esa vía y que lo mejor era que me fuera a Margarita y de allí tomara un barco para La Guaira. Comprendiendo que los empleados de la comisión no sospechaban nada, pues estaban convencidos de mis deseos de ir a La Guaira, adonde yo no pensaba ir jamás, me dirigí a un señor que llamaban Lencho Alfaro, quien estaba cargando un bote de maíz para salir a las seis de la tarde para Pampatar. Alfaro me dio pasaje en su bote y me cobró dos pesos, porque viéndome tan miserable, me dijo que el pasaje valía cinco pesos, pero que como yo era un pobre hombre, me iba a llevar por aquella mínima suma de ocho bolívares. Los margariteños así como son gentes de trabajo, son muy nobles, y cuando se trata de visitar la isla de ellos, ofrecen, no importa a quién, todas las facilidades, que ponen de manifiesto la bondad de aquella gente, que saben honradamente arrancar a las aguas del océano, en lucha constante contra los elementos, el sustento para sus hogares, y que sobre las crestas de las olas enfurecidas por los chubascos, hacen gala de un valor temerario, que comprueba son dignos émulos de los antiguos fenicios que al inventar la navegación hicieron grandes sus pueblos por el comercio y por la temperancia.

Le pedí a Lencho Alfaro me mandara para a bordo enseguida; temía ser descubierto en la consignación, pues allí llegaba mucha gente, que muchos de ellos me conocían, pero que no pudieron reconocerme, porque yo iba muy desfigurado, en mi traje de perfecto hombre arruinado y vulgar. Nos dimos a la vela a las siete de la noche y a los tres días llegamos a Porlamar y me hospedé en la casita de uno de los marineros del bote que a la sazón me la ofreció.

Una vez en Porlamar, me encontré que era muy difícil salir de allí para Trinidad, corriendo el riesgo de ser apresado en aquella ciudad, en donde me conocía tanta gente, y adonde llegaban tantos marinos de las costas del Oriente, en donde también se me conocía mucho. Estuve nueve días en Porlamar, y en uno de ellos fui al Valle del Espíritu Santo, a visitar el Santuario de la Virgen del

Valle, y a oír una misa allí adonde van peregrinos de la isla y de muchas partes, atraídos por la fama de aquel Santuario, en donde la fe católica tiene la base de los milagros de la Virgen del Valle, sublime devoción de la isla y fuerza espiritual de sus habitantes, que con fe absoluta creen en la protección de ella. Estaba en el más grande aprieto de mi vida, porque ya perdía esperanza de poder salir para Trinidad, o para cualquier tierra extranjera; pero, como siempre he dicho, en los momentos más difíciles de mi vida, se me presenta la fuerza o protección de lo Alto, que me alimenta y que me salva, y que nunca me abandonó en mis luchas. Al noveno día de estar en Porlamar me encuentro de manos a boca con un francés de nombre Requens, a quien yo había conocido y traté mucho el año de 1914, cuando mi primer asilo en Trinidad. Traté mucho a este francés, con quien siempre hablaba en su idioma, y quien me tenía bastante deferencia. Aunque yo estaba desconocido, al encontrarse el francés conmigo, comprendí que me había reconocido, pues me clavó la vista y siguió mis pasos hasta el pequeño rancho donde yo me encontraba hospedado.

Completamente desconcertado llegué a la casa, porque creí que aquel hombre, quien no tenía deberes ninguno para conmigo, y que ni siquiera era venezolano, de seguro me delataría, para ganar dinero con su delación, como acostumbraba tanto compatriota nuestro, que millares de veces llevaron el pan a sus hogares, comprado con las monedas que recibieron en pago de su labor criminal, diabólica y despreciable. El francés se me acercó, y hablándome en su idioma, me preguntó: "¿Qué hace usted aquí, señor?" Yo le respondí: "Señor Requens, ya estoy en sus manos, vea a ver qué es lo que usted tiene para mí, si mi salvación o mi muerte". Aquel hombre generoso me preguntó de nuevo: "¿Adónde piensa usted ir?". Le respondí que a Trinidad, pero que tenía nueve días allí y que no encontraba cómo salir para ningún país extranjero. Requens me dijo entonces que él estaba allí empleado en una compañía, y que al día siguiente venía una goleta procedente de Coche, que iba para Trinidad y que era fletada por la compañía; que me fuera al puerto a la llegada de la goleta, y hablara con el sobrecargo de ella, un

joven llamado Goyo Farrera, tratara de comprarle un pasaje para Trinidad, que él estaría allí y me ayudaría con su recomendación para que Farrera me vendiera el pasaje sin ningún obstáculo.

Así lo hice, y al día siguiente estaba yo a bordo de la goleta por favor de aquel noble francés, para el cual guardaré siempre gratitud y cuya conducta la pongo como ejemplo a los degenerados de mi patria, que contribuyeron con sus delaciones a anegar en sangre el suelo de ella entregando inocentes e innumerables víctimas a la ferocidad de Gómez que así como pagaba aquellos servicios, así también sabía despreciar a los que por adulación y por lujo hicieron más destructora su larga permanencia en el dominio de Venezuela.

Más o menos a las veinte horas de navegación, rumbo a Trinidad, y a las cuatro de la mañana, nos azotó un temporal fortísimo, el cual duró hasta las nueve, es decir, cinco horas en que la goleta *Gallarda*, estuvo a punto de perderse, y la cual fue defendida de manera heroica por aquellos bravos margariteños, que, capitán, contramaestre, marineros todos, y también un pasajero, que me había dicho era barbero, contribuyeron, con su pericia, sus conocimientos y su valor a salvarla y a salvarnos.

En aquel temporal, muchas veces creímos que la goleta iba a desaparecer, pues hubo veces que se vio sumergida por las olas, el mar bramaba con una furia espantosa, y era tan grande la oscuridad, que no se veía sino la popa y la proa de la goleta, dentro de la cual, aquellos lobos de mar, buenos margariteños, y como margariteños buenos marinos, corrían de popa a proa, montaban sobre las cuerdas, y con un humorismo propio del que sabe despreciar la muerte con valor, se reían del chubasco y de la bravura del mar. En aquellos momentos, yo me decía, es preferible que muera víctima de las furias del mar, antes que haber caído en manos del tirano Gómez, porque aquí muero por la voluntad de Dios, y allá hubiera muerto de vergüenza en considerar que el que me asesinaba era un bribón y un cobarde, que tan sólo puede disponer de la vida y de los intereses de los venezolanos esclavos, que por esclavos son inconscientes, y que por inconscientes nada quieren ni pueden hacer por su libertad.

Terminado el temporal pudimos ver que estábamos cercanos a una costa en cuyo reconocimiento hubo dudas entre los marinos en el primer momento, pero luego reconocieron que estábamos en la costa de Paria, la cual, como es sabido, presenta dificultades para ser remontada, y después de dos días de estar en ella, resolvió el capitán tomar puerto en un lugar llamado La Pava, con el fin de comprar provisiones, pues la goleta sólo llevaba para cuatro días, y ya estaban agotados. Al desembarcar me dijo el sobrecargo de la goleta, el joven Goyo Farrera, que si yo tenía veinte dólares, se los prestara para pagar las provisiones, y hasta llegar a Trinidad, pues él no llevaba dinero en moneda, sino cheques para el banco de la isla; de muy buenas ganas tiré de la faja que llevaba en la cintura, y al sacar el dinero en plata salieron de ella como ocho onzas españolas de oro que yo tenía, y como el oro es muy escandaloso, Farrera creyó que yo llevaba la faja repleta de onzas españolas, lo cual no cuadraba con la pobreza de mis vestidos, ni con mi equipaje, que tan sólo era una maleta de dril en donde guardaba apenas un chinchorro.

Farrera no pudo resistir al deseo de sus sospechas, e inmediatamente se separó de mí con el dinero que le había prestado, y se puso a hablar en voz baja con sus compañeros. El motivo de la conversación, según supe después, era que el sobrecargo sospechaba que yo era algún tipo que iba a asilarme a Trinidad, huyéndole a Gómez, como varias veces ya había pasado. Estuvieron todos de acuerdo, que lo mejor era dejarme en aquel lugar venezolano, para evitar sospechas sobre la goleta al llegar a Trinidad. Luego me llamaron para averiguar por qué iba yo a Trinidad, y por qué tan mal vestido, con apariencias de muy infeliz, y con tanto dinero. Yo les respondí con aplomo y con cierta indignación, que iba a Trinidad, porque allí tomaría el vapor *Delta* para seguir a Ciudad Bolívar en donde estaba mi familia, y que el gran tesoro se suponía yo llevaba, eran apenas ocho onzas españolas de oro y algunos cuarenta pesos en plata, que había visto Farrera, de los cuales le había facilitado veinte pesos; la manera tan franca como les hablé y la intervención del barbero que iba como pasajero y que se

mostró favorable a mi explicación, los obligó a cambiar de opinión, y convinieron en que siguiera viaje con ellos.

Navegamos catorce días para llegar desde Porlamar a Trinidad, porque los inconvenientes de la tormenta y el remontar de la costa de Paria, sin viento, hicieron muy morosa nuestra navegación; pero al fin mis ojos pudieron ver de nuevo las costas de Trinidad, adonde volvía salvado de las iras de Gómez, y a presenciar de nuevo las desgracias del destierro venezolano, en medio de la anarquía de mis compatriotas, que se encontraban allí, entregados a su trabajo de siempre: a exhibir la impotencia de la oposición, las miserias morales de nuestra nacionalidad, y a afianzar al extranjero oportunista, en la creencia firme que tenía de que Gómez era un todopoderoso amado por toda Venezuela, y de que nosotros, los que nos llamábamos sus enemigos, éramos una cáfila de bochincheros y de perseguidos por la justicia, que no vivíamos en nuestra patria porque no podíamos amoldarnos a la regularidad, al progreso, a la civilización y a la vida de trabajo, con Juan Vicente Gómez, patriarca de Venezuela, hacia las delicias de nuestra patria. Aquellos miserables extranjeros, es decir, todos los gobiernos extranjeros, vivieron de nuestras desgracias, recibían las complacencias de Gómez, muchas veces sus dineros, y por eso hablaban así, porque para ellos nada les importaba Venezuela sangrante y crucificada por la tiranía, sino los grandes beneficios que recibían de ella. Por fortuna para mí o no quería recibir aquellos vejámenes de los pueblos extranjeros, y como también llevaba en mi corazón los dolores de mi patria, no quise permanecer inactivo en tierras de otro, y sí me venía a la mía, en donde tenía derecho a estar, aunque sufriendo mucho con la indolencia de mis compatriotas, pero con un fusil en la mano sintiéndome ciudadano de una patria que yo quería fuera libre.

Capítulo IV

La obra destructora de la oposición y el egoísmo de los hombres componentes de ella. —La vida miserable de los asilados.—Años de 1916, 1917, 1918 y 1919

Terminada mi segunda campaña contra la dictadura, con mi vuelta a Trinidad no fue mi intención al salvarme de Gómez por segunda vez, permanecer inactivo en el destierro, llorando las tristezas de una patria perdida, como lo hacía la mayoría de mis compatriotas, que comían en el destierro el negro pan del ostracismo, que era más negro aún, porque amasado con la intriga y la anarquía de los llamados revolucionarios, se convertía en tósigo mortal que envenenaba la existencia de los opositores a Gómez y que daba seguridades a éste de que su dominio no sería inquietado por ellos, ya que en sus corazones no existía el amor a la patria, pero sí había bastante campo para que allí viviera y prosperara con ese progreso enorme de las obras del mal, la desgracia para la república y el dolor del hogar venezolano.

Pasé en Trinidad algunos días, sin recursos como siempre, para intentar otro movimiento armado contra la tiranía, ya que voluntad ni fuerzas me faltaban, ni me faltaron jamás para regresarme a la patria a cumplir con mi deber. Allí traté de nuevo a todos mis compatriotas, entre los cuales se encontraban hombres dispuestos al sacrificio, aunque muy pobres y muy contados, pues los que podían hacer algo; los que tenían recursos, aquellos no pensaban en Venezuela, y sí se preparaban para educar a sus hijos, planeando viajes a Europa, y ocupándose de la guerra europea, de los problemas del Gobierno inglés, de la caída de los zares de Rusia, con un entusiasmo muy grande, pero dejando tranquilo a Gómez, y olvidando por completo a Venezuela, porque según el querer y la mala fe de

ellos, era a la Providencia Divina a quien estaba encomendada la libertad de Venezuela, que necesariamente tendría que venir con la muerte del hombre sin alma y sin conciencia, que la mano del infierno había arrojado sobre la patria para que acabara con ella.

La oposición venezolana se mantuvo siempre inspirada en el fatalismo de los hijos de Mahoma, y llevaba a todas las tierras donde vivía, la nota tristísima de nuestra degeneración, y la negación completa de que nada habíamos heredado del patriotismo y grandeza de nuestros héroes; como también nos afirmaba en la seguridad de que en la página de la historia de la patria que iba a escribirse, esa oposición tendría el castigo de plumas honradas y sinceras, que dirían al presente y al futuro la triste verdad de que si Gómez acabó con nuestra patria, fue por la impotencia y nulidad de sus opositores, y no por la fuerza de su poder, que nunca existió, porque no podía ser poderoso quien carecía de talento, de valor, de moral, y quien sólo tuvo por colaboradores su miedo y el servilismo de los hombres descalificados de la nación.

¡Qué hombres, Dios mío! ¡Yo no sé por qué maldición del cielo, se salieron de la patria tantas nulidades, que nada bueno iban a hacer por ella, que interrumpían la labor de los patriotas, y que nos hubieran hecho un gran servicio si se hubieran quedado al lado del tirano. Todos los pueblos de nuestra raza han sentido dentro de sus carnes los dientes de hierro de los tiranos; todos los pueblos de nuestra raza han visto como nosotros sus hijos en el destierro; pero esos pueblos nunca, nunca, jamás, tuvieron como desterrados a hombres que carecieran de patriotismo, a hombres que se fueran al destierro para no hacer nada por sus ideales, ni que fueran a servir de base formidable para el sostenimiento de sus tiranos, como aconteció con la sarcásticamente llamada oposición venezolana.

Al mes justo de estar en Trinidad, y con la ayuda del pasaje y de mis gastos de viaje, que me diera generosamente mi malogrado amigo y coterráneo Amparo Camero, salí para Nueva York decepcionado de aquella isla en donde no ardía la llama del patriotismo, pero esperanzado de que en la gran metrópoli del Norte encontraría el beneficio de la ayuda para irme de nuevo a las fronteras,

en donde me esperaban mis compañeros de siempre, confiados en mis actividades revolucionarias y en mi honradez de patriota, para volver por tercera vez al suelo de la patria a ofrecer nuestras vidas por la salud de ella, y decir a Gómez que así como el alma de los pueblos no muere nunca, así también el ideal es la hostia purísima con que comulgan los libres, y los que en su vida de luchadores aspiran a sacar los esclavos de sus ergástulas, para que vengan a sentarse en la sociedad de los dignos respirando los aires saludables de la libertad.

Son en verdad sublimes y magníficas las tres grandes virtudes que la bondad del Cristo Redentor enseñara a la humanidad para su salvación; y si en esas tres virtudes no existiera la esperanza, la vida de los humanos no podría existir, y de caída en caída, de desesperación en desesperación la agonía del vivir destrozaría nuestras almas y haría imposible nuestra mísera existencia. Y fue la esperanza y con ella la fe las que hicieron los grandes del mundo, las que hicieron libres los pueblos de la tierra, las que proclamaron la libertad de los esclavos, las que pueden sostener el equilibrio de las sociedades, y las que pueden salvar las naciones.

En Nueva York, la urbe inmensa con toda la inmensidad de un progreso único y excepcional, encontré en aquel mes de marzo de 1916, a los prohombres de la oposición, especie de sanedrín de todas las intrigas, y verdadero paraíso para la vida de aquellos señores, que metidos en sus apartamentos rumiaban las excelencias de la tranquilidad, y con una paciencia de Job, esperaban y esperaron la vuelta a la patria, en donde verían complacidos que la república agradecida, sabría pagar con creces el valor de sus servicios y esfuerzos magnos y los grandes perjuicios de sus sufrimientos en un destierro que vivieron con la quietud del Mar Muerto, y sin el nerviosismo de los que sufren por el ideal; allí estaban: José Manuel Hernández, José María Ortega Martínez, Régulo Olivares, Arístides Tellería, Roberto Vargas, Francisco Linares Alcántara, Rafael María Carabaño, Ramón Ayala; y con ellos un enjambre de notorios asilados más; y ...alabado sea el Señor Dios de los ejércitos, que al hacer tantos generales, no tuvo la bondad para Venezuela, de poner

en manos de ellos, el sable que podría redimirla de su ignominia y salvarla de tantas desgracias.

Pasados los primeros momentos de impresión en la gran metrópoli del Norte, que visitaba por primera vez, me puse en contacto con aquellos caudillos, y bien pronto comprendí que ellos no habían inventado la pólvora para combatir a Gómez, que no aspiraban al negocio de las penalidades que trae consigo la lucha por la libertad; y que allí vivirían eternamente entre el ruido ensordecedor del progreso neoyorquino, y subiendo a los grandes rascacielos en los confortables ascensores protectores del ácido úrico y de la gota.

Nada, era imposible que yo permaneciera por más tiempo en Nueva York; allí no había esperanza alguna para lo que yo buscaba; yo quería que hiciéramos la guerra a Gómez, y allí se perdía el tiempo para la revolución, pero se aprovechaba para la intriga, la delación y el egoísmo. Es necesario que el venezolano de hoy y de ayer sepa que la oposición usó como arma poderosa para no hacer nada, y para ayudar a Gómez, la delación más inicua contra los planes que se tramaban para derrocar al tirano. Cuando un grupo intentaba algo, aunque fueran mentiras, que la mayor parte de las veces lo fueron, el otro grupo se encargaba de delatar los planes del grupo que pretendía actuar; y así sucesivamente la cadena de infamias era interminable, la desgracia venezolana sin fin y la felicidad de Gómez completa. Debía pues, abandonar a Nueva York para ir a otras partes y tocar en todas las puertas para pedir el puñado de fusiles que me hacía falta para perforar el cuerpo del tirano corrompido.

Los ministros diplomáticos y los cónsules del régimen gomecista hicieron su agosto con los asilados, pues éstos en su empeño de delatarse los unos a los otros, hacían llegar hasta ellos la información precisa de todos los planes, y así la seguridad de que ya los dichos ministros y cónsules, no necesitaban del ejército de espías que mantenían en el exterior, porque ya las respectivas colonias de asilados venezolanos se encargaban de reemplazarlos, prestando aún mejores y más rápidos servicios que ellos.

Una vez se les ocurrió al doctor Alberto Smith y al general Rafael María Carabaño salir para Bogotá a tratar con el Presidente de la República de Colombia, sobre los asuntos venezolanos y a solicitar ayuda para la revolución, haciendo conocer la justicia de ésta; pues bien, después de un largo viaje y el mismo día que llegaron a la capital colombiana, un importante diario capitalino anunciaba la llegada de los dos distinguidos compatriotas, delatando el origen de la visita de ellos, y todo debido a información de un grupo revolucionario de Nueva York. El diario decía que los compatriotas nombrados iban allí a tratar con el Gobierno colombiano para conseguir de éste su apoyo en favor de las gestiones revolucionarias contra Gómez; que aquello lo sabía por información precisa de prominentes revolucionarios que se encontraban en la gran ciudad del Norte, y que, como los visitantes no pertenecían a aquel honorable grupo, no gozando por lo tanto, del favor de la opinión pública, denunciaban sus planes para que no tuvieran el apoyo ni del gobierno ni del pueblo colombiano. Bien comprenderá el lector, que con semejante delación ya el ministro de Gómez en Bogotá, haría lo que faltaba para dar el golpe de gracia a la importante comisión que llevaban los dos compatriotas, y que éstos debían regresarse llenos de indignación y de desconcierto.

A los treinta y cinco días de estar en Nueva York salí para Colombia por vía de Panamá, en donde nada tampoco pude hacer, porque allí como en todas partes en donde había asilados venezolanos había también la misma indiferencia por Venezuela y el mismo egoísmo que siempre caracterizó nuestra oposición contra Gómez. Seguí para Colombia, y al llegar a Cúcuta me encontré en aquella población fronteriza, con diferentes agrupaciones de asilados personalistas, que cada uno perdía el tiempo en elogio a su caudillo, cuya correspondencia mostraba en señal de que aquél estaba en Nueva York ya preparado para invadir, esperando transportar el armamento y las municiones que aquel caudillo tenía, y para lo cual sólo esperaba el vapor ya en negocio. Ni armamento, ni municiones, ni vapor jamás existieron; lo que en verdad existía y existió hasta lo último, fue la mentira, el arma poderosa con que

los beneméritos caudillos pensaban derrocar al tirano y el bálsamo consolador que caía en el alma de los tontos que creían en ellos; no, que no fueron tontos, sino venezolanos enfermos de personalismo, que morían creyendo en aquellos hombres, porque en ellos, o en su triunfo, estaba solucionado el problema de su vivir, conjugando el verbo comer en la primera persona del singular del presente de indicativo, costumbre sempiterna de la empleomanía venezolana. Y es necesario que esa costumbre funesta termine, porque de lo contrario, si el venezolano de hoy continúa marchando por la senda de degradación que prefirió el venezolano de ayer, perderemos la patria, exponiéndola en su debilidad, a ser ultrajada por cualquier poder extranjero, cosa aterradora, desgracia insoportable, cataclismo de dolor, que nos obligaría a renunciar a ser hijos de Bolívar, y que los patriotas no podríamos sobrevivir, porque la muerte sería preferible, o sería necesaria e inaplazable, antes que convenir en la deshonra de nuestra nacionalidad. Venezolano de hoy: piensa, piensa, piensa, que cuando los pueblos van en carrera vertiginosa por el camino de la degradación, están condenados al tacón de la bota férrea del conquistador insolente y dominador.

Los caudillos, el personalismo y la adulación, han sido la trípode de desvergüenza sobre la cual se ha exhibido la desgracia de nuestra patria, nuestra pobre patria, que ya no puede más, que nos pide patriotismo y que con su corazón desgarrado y en medio de su dolor nos pregunta con desesperación: "¿No hay un venezolano que me quiera; no hay uno de mis hijos que renuncie a la ambición, que coloque en su pecho el desprendimiento, para que al fin cesen mis dolores?".

Grupos de castristas, de mochistas, de olivaristas, de rangelistas, y de todos los "istas" habidos y por haber, existían en Cúcuta, y en aquella confusión de personalismo se perdía la esperanza de invadir, y Eustoquio Gómez, mientras tanto, cometía toda clase de asesinatos y robos en el Táchira, que resistió aquella gran calamidad, porque aquellos señores asilados de Cúcuta perdían el tiempo en discutir, pasear y leer las famosas cartas de sus famosos caudillos, sin tener ni siquiera ni una mirada de compasión para

los hermanos tachirenses, que en verdad supieron del dolor y de la destrucción, con la dominación de aquel bárbaro y asesino que no sabía de la piedad y que tuvo corazón sólo para la maldad y para el exterminio.

Tampoco era posible pararme en Cúcuta, y el aguijón de mis ideales me repetía las palabras que tuvieron los bíblicos tiempos para el personaje de la negación que se llamó el judío errante: "Anda, anda". Seguí para Arauca, en donde como anteriormente, busqué la protección para invadir, pero en esta vez, año de 1917, debía encontrar allí más acentuada la persecución del Gobierno conservador de Colombia, contra los enemigos de Gómez, quien pagaba muy bien el servicio de atropellos y persecuciones, como también de asesinatos, que las autoridades colombianas cometían en las personas de los asilados venezolanos para hacer así más fuerte la dominación del tirano, y más dura la vida del exiliado, para quien era un mito la protección del tricolor colombiano, ya que las iras de Juan Vicente Gómez llegaban al territorio de aquella república, para ser aplicadas tanto por las autoridades de Bogotá, como por la fronteriza, con una precisión y una crueldad tan inhumana, que solamente en aquel año fueron asesinados diecisiete compañeros nuestros por la gendarmería colombiana, en nombre de la "Diplomacia" y de la "Cordialidad internacional", como también de los "Tratados vigentes", de que tanto y tan cómicamente hablaban los decretos y telegramas de los señores presidentes y ministros de Colombia, todos al servicio de la tiranía de Venezuela" desconociendo así de manera ingrata los servicios incancelables de nuestro Libertador, que llevó la libertad a aquella república hermana, para que después los que lo sucedieran en el solio presidencial de ella, se rieran de nuestras desgracias, haciendo interminable el dolor de la patria de Bolívar, quien tuvo un corazón muy grande para amar a Colombia, como grande también lo tuvo para amar la libertad y la gloria.

La vindicta revolucionaria reclama la condenación de aquellas autoridades colombianas, que fueron tan perversas como Gómez, y yo de pie y como testigo y perseguido, coloco su dedo vengador sobre

la frente de los que ingratos y por ingratos olvidadizos, renunciaron a Bolívar para caer de rodillas ante Gómez, recibiendo sus dineros ensangrentados en pago del sacrificio de pobres venezolanos, que inocentemente creyeron en la protección de aquella tierra hermana. Acuso a autoridades colombianas y no a colombianos, pues la mayoría de la opinión pública de Colombia nos acompañó, nos alentaba, nos ayudaba en nuestra lucha de liberación patria. En mis siete invasiones, tuve la satisfacción de ver luchando a mi lado y cobijados por la bandera de nuestros ideales, a muchos nobles hijos de aquella tierra, para los cuales tengo mi gratitud y mi afecto, como también la gratitud y el afecto revolucionario.

Las autoridades fronterizas de Arauca no permitieron mi permanencia en aquel territorio, y tuve que irme a Orocué, adonde a los cuatro meses de estar allí, llegó la orden conminatoria de Gómez por boca del Prefecto de Casanare, a decirme que debía ir internado a Santa Rosa de Viterbo, pequeña población de los Andes colombianos, en donde la nieve entumecería mi alma de llanero, y en donde, si hubiera ido, no hubiera podido resistir ni un mes, dado el estado de salud precaria en que me encontraba. En Bogotá se levantó una polvareda por aquella orden pretoriana contra mí. La prensa, partidos políticos, congresantes y sociedades, protestaron y yo me dirigí al señor presidente de la república, don Marco Fidel Suárez diciéndole en telegrama lo siguiente:

> Excelentísimo Señor Presidente de la República. Bogotá. En respuesta a la orden de internación, que para Santa Rosa de Viterbo, con mil pesos de fianza, me impone el Gobierno colombiano, muy respetuosamente me permito decir a usted, que en lugar de cumplirla, prefiero abandonar este país y salir inmediatamente, como salgo, para los Estados Unidos del Norte o para la República de México, donde estoy seguro no llegarán las iras de Juan Vicente Gómez, el tirano de mi patria. Con todo el respeto soy de su Excelencia servidor. E. Arévalo Cedeño.

Fue en aquella época y en aquella situación difícil en que el doctor Enrique Olaya Herrera, redactor de *El Diario Nacional*, y años después presidente de Colombia, al defender mi causa, dijo en brillante artículo, entre otras cosas lo siguiente:

> Sacar al general Arévalo Cedeño de las ardientes y palúdicas llanuras de Casanare, para internarlo a los páramos de Santa Rosa de Viterbo, como lo quiere este bendito Gobierno conservador de Colombia, influenciado por la tiranía de Venezuela, es condenarlo a muerte, y por lo tanto es mejor que lo entregáramos a Gómez para que este crimen sea más ostensible ante el mundo entero.

Pero años más tarde, cuando el doctor Olaya Herrera surgió a la presidencia de Colombia, lo hizo peor contra los asilados venezolanos, persiguiéndonos de todos modos, y poniendo de manifiesto con ello, que el oro corruptor de Gómez entraba tan fácilmente en los bolsillos de los gobernantes, tanto conservadores como liberales, con una facilidad inaudita, y con una satisfacción grandiosa para aquellos, quienes al exhibir sus complicidades con Gómez, renunciaban al desconocimiento del derecho de gentes, para reemplazarlo con la crueldad de perseguidores de hombres que fueron aventados de su patria por dignos y que eran perseguidos en Colombia, por Gobiernos conservadores y liberales, que en su afán de sostener la barbarie dominante de nuestra patria, se olvidaron de que eran hermanos nuestros, y que el sagrado derecho de asilo era respetado desde los antiguos tiempos bíblicos, cuando sabiamente la ley mosaica ordenaba a los pueblos a abrir sus fronteras "a los perseguidos, para que fueran salvados de la ira del más cercano".

Salía de Orocué para Curazao, en donde vería adónde seguirla. Pero salía de Orocué, con la intención de llevar a cabo la realización de un plan que había sido objeto de mi preocupación desde el año de 1914, en que por primera vez me rebelé contra Gómez. Este plan, o proyecto, constituía desde la fecha dicha el complemento de mis empeños de liberación patria, y lo conservaba en una

reserva absoluta, ya que tenía buena intención de llevarlo a cabo, y si era descubierto todo se vendría abajo, y no podría yo ver el coronamiento feliz de una empresa que inspiraban la vindicta pública y el patriotismo. Mi plan era la liberación del Territorio Federal Amazonas y la captura de Tomás Funes. Yo no podía permanecer de brazos cruzados ante los grandes crímenes que se cometieron en aquella rica región venezolana, ni ante el sufrir de los habitantes de ella, esclavizados y condenados a muerte por la ferocidad de aquel hombre, que sintiéndose ya grande, inquietó su almohada con alucinaciones presidenciales, ya que el poder en Venezuela fue privilegio para analfabetos, asesinos y ladrones.

Llegué a Curazao a principios del año de 1919. El mismo cuadro, las mismas miserias del asilado venezolano; miserias morales y miserias materiales y por encima de todo esto, la visión de la patria, lejos, muy lejos, en una lontananza entenebrecida por la duda y por el desaliento, por el hambre y por la desconfianza, por la desesperación, por una desesperación muy grande, muy intensa, que llevó a la tumba a muchos compatriotas, que fuera del hogar al cerrar sus ojos para siempre derramaron las lágrimas del triste recuerdo por la patria ausente, y porque vieron que al caer vencidos, el ideal quedaba en manos bastardas que no sabrían sostenerlo, y que ida al azar y sin rumbo fijo al abismo adonde también iría la República de Venezuela. Allí estuve cuatro meses, y de allí no podía seguir porque no tenía recursos para ello. Por fin un amigo me ayudó para ir a Puerto Rico a fin de ponerme más cerca del doctor José María Ortega Martínez, quien estaba en Nueva York preparando trabajos para un movimiento contra Gómez, en el cual, según se decía, contaba con la colaboración de varios jefes de la oposición.

Al llegar a Puerto Rico me dirigí al referido doctor, y le comuniqué que tenía un plan que podía asegurarnos la posesión de un territorio, de donde Gómez no podía desalojarnos nunca, en donde podríamos encontrar recursos para comprar armamentos, teniendo también una vía fácil y segura para la introducción de ellos. Me refería al Territorio Federal Amazonas, pero me reservé decir al doctor Ortega Martínez cuál era ese territorio, porque

como la liberación de él constituía la obsesión de mi vida, temía consignar en una correspondencia detalles que pudieran descubrir mis proyectos y quedar burladas mis aspiraciones. El doctor Ortega Martínez me respondió que me entendiera con el general Rafael María Carabaño, quien era el representante de la revolución en Curazao, a fin de que él al entenderse conmigo y conocer el proyecto, una vez organizada por completo la revolución, prestarme la ayuda necesaria para llevarlo a cabo, en la seguridad de que era cosa de importancia, desde luego que yo proponía.

Me regresé a Curazao a fines del año de 1919 en donde encontré al general Carabaño, de quien era amigo, y con quien entré a tratar el asunto con un interés muy grande por parte mía, pues desde un principio quise convencerlo para que se me ayudara en tan noble empresa que era su realización de humanidad y de patriotismo. Tuvimos muchas conferencias al respecto, pero el general Carabaño nunca creyó que la liberación del Territorio Federal Amazonas, y la captura de Tomás Funes era cosa que podría llevarse a cabo felizmente y con un pesimismo que rayaba en desprecio, me objetó el plan con tanta desconfianza, que en verdad me exasperó bastante la actitud de aquel ilustre y buen patriota, que murió heroicamente por la causa de la república y me pesó haberme venido a Curazao, y más aún haberle comunicado mi plan, porque había yo denunciado una cosa que era sagrada para mí, sin haber obtenido nada más que el desprecio y la duda como correspondencia a mis buenas intenciones para realizar una obra que era salvadora para la revolución y de importancia máxima para la causa de la sanción y de la república.

También se encontraba en Curazao en aquella época el general Francisco Linares Alcántara, a quien me liga una franca amistad personal, para quien tuve la misma franqueza que para el general Carabaño, diciéndole de mi proyecto sobre Funes. El general Alcántara creyó en la realización feliz de mi empresa y lamentó de veras que yo no encontrara recursos para llevarla a cabo, prometiéndome, que como él iba para Europa llamado por el doctor Ortega Martínez para la compra de los elementos de guerra que servirían para la

revolución, haría todo empeño por convencer al doctor del éxito favorable de la empresa, para que el doctor me diera los recursos necesarios y llevarla a cabo.

Me tocó hacer el viaje junto con el general Alcántara para Puerto Rico, adonde él iba para tomar el vapor que lo llevaría a España. Una vez allí, a los tres días, partía el general Alcántara, y al acompañarlo a bordo noté que Simón Barceló, conocido servidor de Gómez, iba en el mismo vapor para Europa y como antiguo amigo del general Alcántara, se abrazó con él, yo me separé de ellos para evitar estar en contacto con aquel hombre, pero luego Alcántara se me acercó y me propuso presentarme a Barceló, lo cual no le acepté negándome a ello, porque nada iba a ganar y sí iba a perder entrando en relaciones con semejante clase de persona. Luego el general Alcántara me contestó que Barceló era incapaz de denunciarlo a él porque le debía servicios de importancia, demostrados en cargos de representación que había servido al lado de él. Los sucesos que sobrevinieron después, en los cuales se perdieron los elementos comprados en Holanda, pusieron de manifiesto que yo tenía razón, puesto que Barceló, según se dijo después, había contribuido a la pérdida de aquellos elementos, que al haber venido a Venezuela hubieran sido la desaparición de Gómez.

Busqué por todas partes y nadie me ayudaba para dar solución feliz a mi empresa, y yo desesperanzado, porque creía ya mi proyecto descubierto hablé con mi amigo el coronel Ramón Ayala, yerno del doctor Ortega Martínez, y a quien le di a conocer mis planes, los cuales le agradaron bastante y me ofreció ayudarme, con lo que él pudiera, a fin de que tan grande obra se realizara felizmente por el bien de la patria y de la revolución. Pero el coronel Ayala no podía disponer de suma alguna de consideración, y tan sólo pudo generosamente y con patriotismo ayudarme para mi viaje a Colombia, adonde yo quería irme de incógnito, pues allá en la frontera no me faltarían a mí los compañeros de siempre, los buenos patriotas, los unos que me ayudarían con sus contribuciones, aunque pequeñas pero sinceras, y los otros con su brazo robusto para sostener en alto la bandera de nuestros ideales. Ayala me dio quinientos dólares, y

aquella suma fue la única contribución que conseguí de los asilados, para irme a realizar la empresa magna, que casi toda Venezuela creía imposible, para la cual necesitaba mucho dinero pero que yo iba a llevar a feliz término sin recursos, y contando solamente con mi patriotismo y con el de los valientes que me acompañaron con entusiasmo, con valor y con lealtad, que en ningún momento de nuestras luchas fueron quebrantados. Los valientes saben de los milagros que hace el desprendimiento inspirado por la gran virtud del patriotismo.

Óiganlo bien todos los venezolanos: para la liberación del Territorio Federal Amazonas tan sólo tuve como contribución en dinero de los asilados venezolanos, la pequeña suma de quinientos dólares que me dio mi amigo el coronel Ramón Ayala, quien no podía darme más, porque carecía de recursos, y quien al darme esa suma, me puso en camino para irme al lugar adonde la abnegación sabía hacer, lo que siempre era de beneficio para la causa de Venezuela: las fronteras de Casanare y Arauca.

Me fui de Puerto Rico rumbo otra vez a Colombia, completamente de incógnito, porque el Gobierno colombiano no me dejaría entrar a aquella república. Después de varios días de viaje llegué a la hacienda "Monte Cristo", en el Departamento de Cundinamarca, y allí tuve la felicidad muy grande de conocer, para ser desde aquel momento su amigo, a la honorable familia Chávez Pinzón, de la cual era jefe el señor don Enrique Chávez, patriarca de la bondad, de la cultura y de la honradez, quien en unión de sus hijos los doctores Luis y Diógenes Chávez Pinzón sería, desde entonces, un protector de mi causa y un gran amigo de Venezuela.

De la hacienda Monte Cristo, enclavada en las estribaciones de los Andes colombianos, me desprendí para caer en la llanura y buscar rumbo a las fronteras, adonde llegué de manera oculta, a los treinta y cinco días de viaje sin parada, después de mi desembarco en las costas colombianas. Era el mes de noviembre de 1920, e inmediatamente después de mi llegada, procedimos a la organización en las sabanas de Arauca, escogiendo un lugar a las costas del río Cravo Norte, llamado El Picure, en donde debíamos pasar

las más grandes penalidades, para organizarnos sin recursos, ya donde irían los asesinos de Pérez Soto disfrazados de revolucionarios, para atentar contra mi vida, y destruir nuestro movimiento, en territorio mismo de la República de Colombia. En el campamento de El Picure vimos y sufrimos de todo lo malo para la revolución: traiciones, asesinatos, delaciones y necesidades que teníamos que salvar con sólo nuestra fuerza de patriotas. Había allí alrededor de doscientos hombres, que unidos por el ideal y los sufrimientos, tan sólo aspiraban al sacrificio por la patria y por la seguridad del mañana de sus hijos, a los cuales aspiraban dejarles como herencia, una Venezuela libertada, sin caudillos, sin personalismo y regida por instituciones cívicas y republicanas. Allí se encontraban los generales Fermín Toro, Ricardo Arria Ruiz, Asisclo Ramírez, Pedro Cachutt, y los coroneles Luis Felipe Hernández, Francisco Teodoro Rodríguez, Napoleón Manuitt, Polidoro Cuervo, Elías Aponte Hernández, Antonio José Delgado Gómez, Pedro I. Montilla, llegando últimamente a incorporarse el general Pedro Pérez Delgado y otros oficiales de menor graduación, y que representan una fuerza poderosa para aquella organización. El mejor elogio que se puede hacer de aquellos valientes compañeros, es que eran hombres de honor, hombres patriotas y hombres que sabían renunciar a la vida para consagrarla por la libertad de Venezuela.

Mis compañeros creían que nuestra campaña sería sobre el estado Apure, puesto que yo nada les había dicho del gran proyecto que abrigaba hacía años, de llevar a cabo la liberación del Territorio Federal Amazonas y la captura de Tomás Funes. Pero cuatro días antes de mover el campamento convoqué una junta de oficiales, en la cual debía exponer a ellos el objetivo militar que nos tocaría llevar a cabo. En aquel objetivo estaba comprometida la suerte de aquel puñado de valientes, estaba expuesto mi crédito de militar, y con ese crédito la pérdida de mi nombre, en caso de que aquel objetivo no fuera alcanzado con éxito feliz.

Era necesario hablar con franqueza a mis compañeros, y decirles la verdad de los peligros a que nos exponíamos si nuestra empresa llegaba a fracasar. Les hablé con la verdad y con la

resolución como lo acostumbro siempre en todos los actos de mi vida, y más aún cuando se trata de cosas graves en que está en juego el honor y con él la existencia moral de nuestra personalidad: aquellos compañeros supieron interpretar muy bien sus deseos de patriota, porque ellos eran también patriotas como yo, y por eso al hablarles de nuestra marcha sobre Río Negro, para libertar el Territorio Federal Amazonas y para castigar a Funes, nadie pronunció una palabra de objeción a tan magna obra, y todos prorrumpieron en un grito inspirado por el patriotismo y por el valor: "Liberación de Río Negro"; y desde aquel momento el espíritu de la libertad descendió sobre nuestras cabezas para inspirarnos en la fortaleza y en la más perfecta unión, a fin de que nuestra obra no sufriera el fracaso que deseaban los egoístas, para que así, después de largos años de dolor, Río Negro fuera libre. Es fácil llevar a cabo empresas de honor con hombres de honor, así como también es fácil conducir al éxito feliz el triunfo de nuestros ideales, cuando tenemos por colaboradores a hombres como los que yo tuve para llevar a cabo la liberación del Territorio Federal Amazonas.

Capítulo V

Mi campaña sobre Río Negro. —Liberación del Territorio Federal Amazonas. —Captura de Tomás Funes. —Mi campaña sobre Caicara, Cabruta y Apure. —Combate de Las Cenizas, Guasdualito. —Retirada hacia el bajo Meta

Y fue a las doce de la noche del 31 de diciembre de 1920, la hora de nuestra partida desde la confluencia del Casanare y el Cravo Norte, hacia el caudaloso Meta que debía recibirnos a los tres días de nuestra navegación por el Casanare, con toda la pujanza de sus chubascos y con sus vientos de verano, inconstantes como la vida de sus guahíbos. La pequeña aldea de Cravo Norte, tesoro de bondades para el proscrito venezolano, nos despedía con sus abrazos de año nuevo, y con sus votos por la felicidad de la empresa libertadora que íbamos a realizar en nombre de la civilización y del altruismo, ya que íbamos a libertar esclavos, como delegados de la vindicta pública, que reclamaba desde hacía ocho años la sanción sobre la cabeza de Tomás Funes, encarnación del mal; quien al derramar sangre de hermanos sentía una complacencia infinita que tocaba los límites de la demencia y que exhibía en toda su magnitud las teorías de Lombroso, el sabio profesor italiano que supo profundizar tanto en el alma atormentada de los que desgraciadamente nacen para el crimen y para desgracia de la humanidad.

Tomás Funes

Cuatrocientos veinte compatriotas sacrificados por este monstruo del Averno, que en connivencia con Juan Vicente Gómez llevó la ruina y la desolación al Territorio Federal Amazonas. Funes fue capturado después de un combate de 28 horas, en la ciudad de San Fernando de Atabapo, juzgado en Consejo de Guerra y fusilado el día 30 de enero de 1921 a las 9 de la mañana, en la plaza pública de aquella ciudad, en presencia de todo el ejército vencedor y de todos los habitantes de la población que con gran alborozo pedían la cabeza del tirano.

¡1921! Año nuevo, esperanzas nuevas, alegrías que pasan y... andar, andar. Nuestros clarines de guerra saludaron el advenimiento del nuevo año, y llenos de fe partimos al cumplimiento de nuestro deber, y a llevar la libertad a los que sufrían, para que se oyera de nuevo en Río Negro la música alegre de los banibas y varés, señal de la alegría de aquellas tribus, que libres al fin, podían cantar las excelencias de su Dios que fue y era símbolo de libertad para su pueblo. Éramos ciento noventitrés hombres, que digo bien, porque debían ser hombres, los que casi desarmados, sin municiones, sin provisiones, sin medios de transporte adecuados, se aventuraban en un navegar por lo menos de treinta días, por aguas que la mayor parte no conocíamos, y que nos proponíamos llevar a cabo una empresa temeraria, que al momento de iniciarla, ya tenía la crítica de los amigos que no iban a ella, y que por no ir, al sentirse descalificados como hombres, tenían para nosotros la crítica inconforme de la impotencia y del miedo. Para ellos éramos locos, para ellos yo era, además de loco ambicioso; pero para nosotros éramos legión, pero

invencible legión, que al desprenderse de la confluencia del Casanare y Cravo Norte, ya había dictado la sentencia de Funes y proclamado a todos los vientos, que los cuatrocientos veinte hermanos sacrificados por aquel monstruo, al fin recibirían la sanción de la justicia y de la moral ofendidas.

Para conocer bien los dramas sangrientos de Río Negro, y todo lo que allí pasó durante la dominación de Tomás Funes, que fue el imperio del terror y de la sangre, es necesario ir a aquella tierra hermosa de nuestra patria que nació con la maldición para los crímenes, para el abandono y para perder las esperanzas de ser tierra de progreso y joyero de enseñanzas para la ciencia venezolana. Y es necesario, para el bien de Río Negro y para la grandeza de Venezuela, que el venezolano de hoy, con patriotismo y con amor, influya con el Gobierno Nacional, para que éste, con interés y buenas intenciones de patria, dedique toda su atención al Territorio Federal Amazonas, para que allí vayan la inmigración, la instrucción, la higiene y el progreso, en sus manifestaciones más esenciales y urgentes, a fin de que aquella rica y hermosa región venezolana, fronteriza con la República del Brasil, sea para la patria el tesoro de sus riquezas y para la ciencia el campo más hermoso de sus investigaciones, como para el hombre de trabajo el granero de su prosperidad.

En embarcaciones de todos los tipos, y casi inservibles para tan larga navegación, por su mal estado y por su vejez, porque no teníamos dinero para conseguir las buenas; desde la celosa canoa guahibera hasta la mitua de los sálibas, desde la vieja piragua orinoqueña, hasta la balsa de los cuibas del Ariporo, desde el bongo de los mapoyos del Parguaza hasta la falca rionegrera; pero todo esto muy malo y muchas de aquellas embarcaciones inservibles, dentro de las cuales podíamos navegar sacándoles agua constantemente, pues de lo contrario el naufragio era cosa inaplazable y con él la pérdida de vidas útiles a la patria y nuestras escasas provisiones. Ésa era nuestra famosa flotilla, barcas de las esperanzas, que nos llevarían a San Fernando de Atabapo en nombre de la ley y de la civilización.

A los tres días de navegación por el Casanare llegamos a la desembocadura de este río sobre el Meta, padre de los ríos colombianos, y allí encontramos dos botes grandes que traían provisiones para Orocué, y aquellas buenas gentes nos dieron unos sacos de harina y de frijoles, como también algunas otras provisiones, que fueron nuestra salvación para hacer la navegación del Meta en siete días hasta la desembocadura de este río en el Orinoco, el soberbio Orinoco, cuyas bellezas describiera la pluma de Julio Verne, consagrando una obra entera a su nombre, y al cual debo gratitud, porque su corriente majestuosa y bienhechora más de una vez me ha salvado de Gómez, llevándome a las aguas del océano para protegerme con los colores de pabellones extranjeros contra las iras de aquel tirano, que lloraba de rabia cuando no podía estrangular a los libres.

En el Meta nos esperaban sus vientos de verano contrarios durante el día a nuestra navegación, y por lo tanto teníamos que esperar la noche para nuestra marcha, corriendo el peligro de sus raudales, rosarios de rocas, que durante la época del bajante de este río, estaban en la superficie en acecho para destruir embarcaciones, y sepultar entre sus aguas a los que buscando en el trabajo la vida de sus hogares, con afán y constancia, hacían la navegación de aquella fuente de riqueza colombiana, que tiene por guardias de honor las tribus salvajes de los guahíbos y piapocos que renuentes a la civilización, y llevando una vida de nómadas, son una amenaza constante para los viajeros que se aventuran por el majestuoso Meta. Una noche, una de las embarcaciones del cuerpo "Arauca" comandado por el general Asisclo Ramírez, chocó con una de aquellas rocas, fue destrozada completamente, nuestros compañeros cayeron al agua, perdiendo armas y todo, lo cual constituía una gran desgracia para nuestra pobre expedición. Pero en lugar de entristecernos el contratiempo, nos alegramos de que los compañeros náufragos se hubieran salvado, y seguimos con menos armas pero con más entusiasmo y esperanza. Los hijos de la libertad llevan siempre escrito en su divisa este lema de honor: "Adelante, y siempre adelante".

Tomás Funes

He aquí el último retrato del famoso y sanguinario Funes, en los últimos años de su dominación en el infortunado Territorio Federal Amazonas.

Antes de llegar al Orinoco se me incorporaron el general Marcial Azuaje y los coroneles Joaquín Palencia y Cornelio Oliveros. Desde aquel momento pasó el coronel Palencia a ocupar el puesto de jefe del espionaje, ya que el valor y los conocimientos que tenía del Orinoco y del Río Negro, tan valiente y abnegado compatriota eran una garantía para la expedición. Llegamos al Orinoco, en donde nuestros pechos se ensancharon más porque ya nos aproximábamos a nuestro objetivo militar: Funes y siempre Funes; a la misma llegada a Puerto Carreño en la desembocadura del Meta, el jefe de los espionajes capturó una piragua de Funes en donde venían el tesorero del Territorio don Ramiro Quejeiro y un tal coronel Pacheco, jefe civil de Atures, quienes conducían trescientos setenta quintales de balatá, que Funes mandaba para Ciudad Bolívar, y los cuales al ser decomisados por la revolución, dicté un decreto cuyo artículo segundo decía así:

> Artículo segundo: se comisiona al ciudadano general Alfredo Franco para la venta de estos trescientos setenta quintales de

balatá, y comprar con su producto armas y municiones, para organizar otras expediciones revolucionarias por las fronteras de Casanare y Arauca, y para enviar provisiones al ejército de mi mando.

De cómo correspondió Alfredo Franco a aquella confianza y a las necesidades de la revolución, pueden decirlo todos mis compañeros y todos los pueblos de la frontera. Alfredo Franco dispuso de aquel gran valor, y más tarde, después del combate de Periquera, se presentó a mi campamento amparado por las mentiras, para luego traicionarnos y venirse burlando la revolución para casa de Gómez, satisfecho de haber causado tan grave mal a la causa más sagrada de América: la revolución venezolana.

General Víctor M. Aldana

Valeroso militar, de gran autoridad moral por su honradez y por la firmeza en sus ideales. Era un general de verdad. Hombre de honor que al abandonar las faenas de las armas iba a buscar en el trabajo el sustento para su vida. Murió asesinado por Tomás Funes el año de 1913.

Desde Puerto Carreño comenzaba nuestra verdadera campaña de penalidades y de sigilo para remontar el Orinoco, tramontar los

grandes raudales de Cosme, Atures, Garcita, Zamuro, Maipures, Vichada, y muchos más, que la naturaleza ha colocado a manera de corona imperial sobre las aguas del monarca de los ríos venezolanos; enormes murallas, de caprichosas formas, niágaras de ruidos ensordecedores, barreras infranqueables, porque la desidia de gobernantes venezolanos, nada quieren para el progreso de esta tierra, porque nada más fácil que destruir aquellos obstáculos para nuestro comercio y para nuestra vida nacional, ya que con su destrucción tendríamos la libre comunicación con el Brasil, llevando por la gran arteria nuestros negocios a la república vecina y trayendo de allá lo de conveniencia para nosotros, obteniendo un beneficio mutuo, aplicando a nuestra América el hermoso pensamiento del gran Víctor Hugo, de que a los ríos fronteras deben suceder los ríos arterias, para que por ellos pueda circular libremente el comercio, que es base de la grandeza de las naciones.

Hacer el recuento de nuestra marcha hasta San Fernando de Atabapo y decir todo lo que sufrimos, y a todos los peligros a que estuvimos expuestos, sería cosa interminable y nunca estaríamos satisfechos en describir tanto y tanto de fatigas, indiferencias por parte de los que no quisieron ni querían acompañarnos, el egoísmo venezolano en negarnos la protección para nuestra obra de redención, de nuestros peligros en los raudales, de nuestras enfermedades; de la plaga y de los reptiles, y por encima de todo esto, de la falta de patriotismo de los compatriotas del trayecto, que jamás llegaron a decirme nada que pudiera halagarnos sobre la posición y estado de Funes; al contrario, se nos desalentaba haciéndonos ver que aquel todopoderoso criminal, a quien ellos tenían tanto miedo y adulaban tanto, era un hombre sobrenatural por el valor, por la estrategia y por las fuerzas de que disponía para ser invencible.

Doctor Baldomero Benítez

Distinguido médico y muy culto caballero, asesinado por Funes el día 9 de mayo de 1913, en su misma clínica de la población de San Fernando de Atabapo.

Nuestra campaña sobre Río Negro fue dura y bastante dura. Veintisiete noches consecutivas sin dormir, hambre, mucha hambre, recorriendo los unos sesenta kilómetros a pie por rumbos desconocidos hasta llegar a algún paso del Orinoco, para tomarlo en nuestras embarcaciones y pasarlo al otro lado para que siguieran su marcha hasta el otro raudal, arrastrando otros nuestras deshechas embarcaciones por encima de los raudales, la amenaza del enemigo a cada instante por las costas del Meta, enfermos los más por las largas noches sin dormir y por la falta de alimentos, cuatro días seguidos sin comer, fiebres, úlceras y aquello no era ejército, era más bien un hospital de enfermos hambrientos, que remaban de día y de noche, porque el patriotismo hace milagros, y porque todos sin excepción llevábamos a Venezuela dentro del pecho, y queríamos la liberación de Río Negro.

Pero en medio de tanto sufrir, ninguno supo del desaliento, ninguno profirió la menor queja; todos tenían el convencimiento de que íbamos al triunfo feliz del ideal perseguido, y no faltó jamás la nota alegre del carácter venezolano que sabe reírse en medio de los

dolores y que en tiempos pasados inspirado por el patriotismo, que es el dios de los fuertes para el bien, supo sufrir por otros pueblos dando la libertad a ellos.

A los veintisiete días contados después de nuestra partida, del campamento de El Picure, y azotados por un chubasco fortísimo del norte y por rayos y truenos a cada instante, llegamos a la confluencia de los tres grandes ríos, Orinoco, Atabapo y Guaviare, y allí en aquel lugar de cita que se habían dado los tres soberbios monarcas de las aguas venezolanas, para unirse y marchar juntos hasta el océano, allí estaba San Fernando de Atabapo, y dentro de ella, con sus pretorianos y sus crímenes estaba Tomás Funes, quien tranquilo dormía, su sueño de exterminio, oyendo las descargas eléctricas como las salutaciones que le dirigía Satanás, su inspirador sublime, sin sospechar que a pocos pasos, sigilosamente y después de haberle atrapado los numerosos espionajes que mantenía en los puntos estratégicos, para dormir tranquilo en su feudo sombrío, venían los señalados por el destino para imponer sobre su cabeza la sanción que la vindicta pública, desde hacía ocho años, reclamaba para él, y para los que junto con él no conocieron que tanto rodar por la pendiente de los crímenes, al fin se llega al abismo de la perdición. Salud, césar emperador tropical; los que te van a castigar te saludan.

La estrategia militar me indicaba que debía remontar dos horas más el Orinoco, para desembarcar en la pica de Titi, y aparecer atacando a San Fernando como viniendo de la bifurcación del Orinoco, porque no era de militar, aunque favorecidos por la oscuridad de la noche y por la tormenta, desembarcar por el puerto de la población y dar el asalto de frente como fue el error imperdonable y desgraciado del general Delgado Chalbaud, cuando la fracasada expedición del vapor *Falke* desembarcó en el mismo puerto de Cumaná para atacar a la ciudad, revelando muy a las claras, que si en verdad Delgado Chalbaud era valiente e intrépido, también era verdad que desconocía por completo las cosas de la guerra y la táctica militar.

Manuel María Baldó
Distinguido joven, hermano de la esposa del gobernador Roberto Pulido, a quien Funes asesinó la noche del 8 de mayo de 1913. Baldó fue asesinado la misma noche junto con su cuñado el nombrado gobernador Roberto Pulido.

Remontamos el Orinoco dos horas más, como dejo dicho, sigilosamente, a boga sorda y muy nerviosamente, por temor de que algún ruido llegara a oídos de nuestros enemigos, y llegamos a la intrincada pica de Tití donde desembarcamos, para marchar cuarenta minutos en la espesura, salir al poblado y dar comienzo al ataque, de acuerdo con las instrucciones que había yo comunicado a todos los jefes que me acompañaban, quienes subordinados y comprensivos cumplieron a cabalidad con mis órdenes. Eran las cuatro de la mañana del día 27 de enero de 1921, hora solemne en que se dio principio al proceso de castigo que los libres y patriotas iban a imponer al hombre sin corazón que acabó con aquella rica región venezolana, que asesinó a cuatrocientos veinte hermanos y que en su locura de crímenes no pensó en que la justicia del cielo debía delegar a alguien para que se cumplieran sus juicios inexorables.

Miguel Coronado Ramírez Román
Comerciante rico, muy activo y padre de familia honorable. Asesinado por Funes el 22 de mayo de 1913.

Funes se defendía con bravura desde su cuartel en donde estaba acorralado por nosotros; hacía un fuego nutrido sobre mi ejército, confiado en la gran cantidad de parque de que disponía. Nosotros apenas con unos cinco mil litros, debíamos economizar nuestras municiones, pegarnos a la pared del cuartel y disponernos al sitio de una manera rigurosa. Al siguiente día y a las veintiocho horas de lucha, ordené petrolizar todas las puertas y los alares del cuartel, desde el cual el fuego nos hacía un daño terrible. Estaba resuelto a incendiar la posición y destruir al monstruo en medio del fuego de ella, antes de retirarme con la vergüenza y con el fracaso. Comprendiendo Funes lo difícil de su situación y que estaba irremisiblemente perdido, ordenó salir a un parlamentario, para anunciarme que estaba rendido y deseaba entregarse, pero que necesitaba ser protegido al salir por temor a las iras populares, que invariablemente despiertan furiosas e incontenibles a la caída de los tiranos. En aquel momento fue que vino a acordarse Funes de que es mal negocio ser malo, y que lo bueno y lo práctico

es ser bueno. Inmediatamente ordené una comisión para ir al cuartel y recibir a Funes como prisionero y desarmar la guarnición que lo acompañaba, comisión compuesta del general Fermín Toro, quien era mi jefe de Estado Mayor, el coronel Luis Felipe Hernández, quien era mi segundo jefe, del general Marcial Azuaje, quien era jefe del cuerpo "Anzoátegui" y varios ayudantes que los acompañaban.

Pedro Varela
Hombre de trabajo, culto caballero y fuerte empresario del balatá. Asesinado por Funes el día 24 de mayo de 1913.

Nuestras pérdidas fueron de alguna consideración, contando entre los heridos al general Asisclo Ramírez y al coronel Napoleón Manuitt, jefes de los cuerpos "Arauca" y "Horacio Ducharne", respectivamente. En aquella jornada que fue bastante gloriosa para nuestros soldados, todos mis compañeros supieron cumplir con su deber, como buenos, y quiero tributar un recuerdo de gratitud y de cariño a mis queridos amigos, hermanos por la abnegación y el valor de los patriotas, entre los cuales se distinguieron los generales Fermín Toro, Ricardo Arria Ruiz, Asisclo Ramírez, coroneles Luis Felipe Hernández, Napoleón Manuitt, Francisco Teodoro Rodríguez, Joaquín Palencia, Cornelio Oliveros, Lino Luzardo, Julio Delgado y todos a quienes la patria y yo debemos la realización de un hecho de armas, que tuvo por consecuencia feliz que la

impunidad de los grandes crímenes cometidos en aquel Territorio, no sirviera para estimular a los sucesores de Funes, a continuar por la senda de éste, sembrando por doquiera el terror y la desolación. Aquel mismo día, 28 de enero de 1921, dirigí a la fuerza de mi mando la siguiente:

Alocución
Al pueblo venezolano.
A los habitantes del Territorio Federal Amazonas.
A mis compañeros de armas.
¡Compatriotas!
El empuje formidable de las armas libertadoras han hecho efectiva la redención de este Territorio, y ha servido noblemente a la causa de la humanidad en nombre de la vindicta pública, de la moral y de la justicia. Un cuantioso parque tomado al enemigo y la captura del entronizado Funes, han sido el resultado feliz de esta operación salvadora para la libertad.

Enrique Delepiani
Una figura bastante simpática y querida en Ciudad Bolívar, de donde era nativo. Comerciante rico y hombre de una honorabilidad probada y de una bondad exquisita. Fue asesinado por Funes la noche del 8 de mayo de 1913.

Desde las sabanas del Arauca colombiano hacen hoy veintiocho días, nos desprendimos con una fe y un valor a toda prueba para venir a

consumar la liberación de Río Negro, trayendo la libertad y con ella la alegría a nuestros infelices hermanos que gemían encadenados por la tiranía de Tomás Funes, quien en su delirio de horrores, llegó a realizar sin conciencia alguna la destrucción de esta rica región venezolana.
Compatriotas:
A vuestro valor, a vuestra fe y a vuestros sufrimientos se debe la liberación de Río Negro. Os doy mi abrazo de hermano, y con ese abrazo mis felicitaciones por la proeza que acabáis de realizar, como también las expresiones de mi gratitud por la subordinación y disciplina con que habéis sabido cumplir todas mis órdenes. Somos patriotas y debemos ser subordinados, somos patriotas y debemos ser valientes y sufridos. En nombre del jefe supremo de la Revolución Constitucionalista, doctor José María Ortega Martínez, presento a vosotros sus más expresivas felicitaciones y su agradecimiento sincero.

Compatriotas:
Nada ni nadie nos detendrá en nuestra labor de liberación patria, y ya estaremos en el centro de la república, pidiendo cuenta a Juan Vicente Gómez y a la cuadrilla de malhechores que lo rodean, de sus crímenes y robos que son las características de su escandaloso desgobierno.
La revolución venezolana, que es la causa más santa de América, y que nosotros representamos en este Territorio y en las fronteras de Casanare y Arauca, lleva inscrito en su bandera de combate este lema que significa la redención de Venezuela: "República o muerte, reacción firme y sin miedo contra nuestro funesto pasado, sanción para los enemigos de la patria"; y nosotros sabremos sostenerlo con toda la pureza de nuestro patriotismo, y con toda la lealtad de nuestro honor de ciudadanos libres de una patria libre.
Compatriotas:
Siempre tendréis en mí al compañero de todos los tiempos, que vosotros habéis acompañado con tanta abnegación y lealtad, y podéis estar seguros de que yo jamás bastardearé el ideal porque luchamos y lucharemos hasta tanto nuestra patria no sea libre, y hayamos impuesto la sanción sobre la cabeza de Gómez, asesino y malo.

Germán Trujillo
Culto y distinguido caballero como también comerciante muy honorable. Asesinado por Funes la noche del 8 de mayo de 1913.

Compatriotas:
Al abrazaros en este triunfo grandioso de nuestras armas libertadoras, lo hago lleno de satisfacción, porque hemos llevado a cabo una obra que es grata para la causa de la humanidad: la libertad del Territorio Federal Amazonas y la captura de Tomás Funes, cosas que se creían imposibles, pero que nosotros hemos realizado de manera feliz, a pesar de tantas penalidades, porque el espíritu de la patria está con nosotros y no nos abandonará jamás.
Como pago de esta jornada tenemos la gratitud de todos los habitantes de esta tierra, sufrida y arruinada, pero muy rica y agradecida; tenemos la gratitud de Venezuela que sabrá considerar nuestro desprendimiento, nuestro patriotismo y nuestra abnegación, como también la grandeza de nuestra obra; y tenemos el derecho bastante hermoso de poder escribir en nuestras divisas este lema glorioso: "Libertadores de Río Negro".
Cuartel General en San Fernando de Atabapo, 28 de enero de 1921.
El Comandante en Jefe del Ejército,

E. Arévalo Cedeño

Dominado por completo todo el Territorio Federal Amazonas, las filas de la revolución progresaron con la incorporación de valiosos elementos, y fue mi empeño una vez organizada la fuerza, el organizar el Territorio con un gobierno civil, y de llevar a todos los lugares de aquella tierra el convencimiento y con él la confianza de que a la situación de exterminio y de sangre, impuesta por Tomás Funes a aquel Territorio, sucedía con mi presencia allí al frente de la revolución, una situación de verdaderas garantías para las personas e intereses de todos los habitantes de Río Negro; y al efecto convoqué a todos los elementos de San Fernando de Atabapo, para que eligieran un gobernador del Territorio, del seno mismo de ellos y que fuera una seguridad para el bien de aquella región; y enseguida reuní un Consejo de Oficiales, que a manera de Tribunal de Guerra en Campaña, conociera de la causa de Tomás Funes y Luciano López, responsables directos de los grandes crímenes que allí se habían cometido, durante los ocho años de sanguinaria dominación de Funes quien había hecho de Río Negro un feudo particular, separándolo prácticamente del territorio y de la república, haciéndose dueño de vidas y haciendas y sacrificando innumerables compatriotas, como quien pensara dominar a Río Negro convirtiéndolo en un campo sembrado de cadáveres y en la tierra del terror y de ruina.

Heriberto Maggi.

Caballero muy culto y comerciante de bastante dinero y gran crédito. Asesinado por Funes la noche del 10 de mayo de 1913. La noche de su muerte, fue asesinado también un hermanito sordo que lo acompañaba en su almacén. Le encontraron en su caja más de $60.000, que Funes distribuyó entre sus secuaces.

Muy bien había sabido escoger para ocupar las fronteras de la patria, sus colaboradores, el tirano Juan Vicente Gómez: Eustoquio Gómez, jefe de las fronteras con Colombia por el estado Táchira; Vincencio Pérez Soto, jefe de las fronteras de Colombia por el estado Apure, y Tomás Funes, jefe de la frontera con el Brasil por el Territorio Federal Amazonas. En una carta de Pérez Soto para Funes, que apareció entre numerosa correspondencia que ocupamos a éste, le decía Pérez Soto lo siguiente:

> Desde que supe de las energías desplegadas por usted en ese Territorio; desde aquí le tendí mi mano de amigo; y ahora estrecho con más efusión su mano, porque veo que usted piensa como yo, con respecto a nuestro benemérito jefe el general Juan Vicente Gómez. Eustoquio, usted y yo, somos los tres avanzados que tiene nuestro Benemérito Jefe para acabar con los malos hijos de la patria. Continúe usted allá con los mismos éxitos con que ha dado principio a su obra de paz en ese Territorio, que yo continúo aquí también con éxito feliz; y actualmente me ocupo no en persecución, sino en cacería de los revolucionarios.

Palabras terribles, lenguaje del Averno, verdadera exposición de almas encallecidas en el crimen, y que sólo podía ser vocabulario digno de tenientes del tirano Gómez, quienes como Eustoquio, Pérez Soto y Funes nacieron para destruir la patria en connivencia con aquel montañés que como bárbaro y cruel, al venir al centro de la república y verse dueño de ella por una maldición no sé de quién sobre Venezuela, no pudo perdonar la existencia de una patria que nunca quiso conocer, que nunca sintió y que jamás podía amar, porque era imposible que el amor patrio pudiera residir en el corazón de quien si tuvo corazón fue para destruir y para corromper.

Durante mi permanencia en Río Negro, me ocupé también de acabar con la esclavitud que allí existía; teniendo todos los poderosos del Territorio a su servicio, cantidades de doscientos y trescientos indios, que con el nombre de personales, los empleaban en los trabajos de balatá y de goma; dándoles solamente la comida y un

miserable vestido que ponerse, como también haciéndoles pagar cuentas imaginarias, de miles de pesos, que según les decían sus dominadores o amos, eran sumas que debían sus padres y abuelos, y que ellos estaban obligados a pagar. Esta práctica inmoral e inhumana, estaba apoyada siempre por las autoridades, más inmorales aún, de aquella tierra infeliz, y existió allí hasta que yo y mis valientes compañeros llegamos a Río Negro en nombre de la civilización y de la ley, para acabar con ella e imponer los beneficios grandiosos de la libertad que jamás conocieron los habitantes de Río Negro. Fue y ha sido tan grande la gratitud hacia mí de todas nuestras tribus indígenas, pues las de Río Negro se encargaron de hacerles saber a las otras tribus de otras regiones mi buen comportamiento para con ellas, que tengo la satisfacción de decir a todos mis compatriotas, que durante mis luchas contra la tiranía de Gómez, tuvo como aliados para salvarme, a nuestros indios, que tienen un alma noble para la gratitud y que saben decir siempre la verdad a los que, como yo, los han tratado con bondad y con cariño de hermanos.

Jesús Capecchi

Personalidad muy honrada y muy culta y comerciante que gozaba de una respetable fortuna. Asesinado por Funes la noche del 8 de mayo de 1913.

Yo ostentaré siempre como el más bello blasón de mi vida haber luchado por la libertad y haber sido honrado, para así con autoridad moral ponerme en contacto con nuestro pueblo con la verdad y con el corazón; por eso detesto a los falsos apóstoles, a los *leaders* de la ambición, que con la mentira y con el engaño se acercan a nuestro pobre pueblo; para explotarlo en nombre de falsos ideales, y una vez conseguido su objetivo, se convierten en los peores enemigos de él, para atarlo más y más al poste de sus desgracias, llevando en su alma el dolor de la desconfianza y perdidas las esperanzas, de que jamás encontrará algún ser desprendido y bueno que lo salve y que lo redima.

El 30 de enero de 1921, a las nueve de la mañana, terminó sus deliberaciones la junta de jefes y oficiales, convocada y presidida por mí, en mi carácter de comandante en jefe de la revolución en el Territorio Federal Amazonas, para conocer de la causa de Tomás Funes y Luciano López; y todos, unánimemente, estuvimos de acuerdo en que la pena de muerte debía ser impuesta a los dos grandes culpables de los horrorosos crímenes cometidos durante ocho años, por aquellos hombres sin conciencia y sin ley. Fue el defensor de Funes y López, el coronel Eliseo Henríquez, quien había servido, hasta la caída de Funes, como su secretario general y quien, no pudiendo negar la lista de los cuatrocientos veinte compatriotas sacrificados por Tomás Funes y por Luciano López, y conviniendo en que aquello era una verdad tangible e inmortal, tan sólo se limitó a suplicar el perdón de los dos reos, en nombre de su amistad personal con ellos, y la gratitud que les debía.

El coronel Eliseo Henríquez se incorporó a la revolución al momento de nuestra partida del Territorio, y a mi lado combatió valientemente en Cenizas y Periquera; haciendo honor a Coro, su tierra natal, que tan bravos soldados ha dado para la república, y que como bravos son también leales y sufridos. San Fernando de Atabapo estaba de plácemes; nadie allí quería a Funes, y todo el mundo, sin excepción, pedía su muerte a gritos, como la única manera de asegurar la existencia de aquel Territorio; y como la única forma de sancionar la enormidad de crímenes que aquella sociedad presenció, y que dejó en ella una tristeza profunda, una perfecta demencia, al extremo que cuando yo veía los habitantes de Río Negro caminar con las cabezas

bajas, los brazos caídos, el andar incierto y la voz silenciada por el miedo a Funes, me parecían espectros. El habitante de Río Negro era un ente que no deliberaba; ya había perdido las esperanzas de salir de aquella situación de horror; jamás se ha visto gente más atemorizada, desorientada ni desconsolada; llegaron hasta desconfiar de la protección de Dios, y en medio de su esclavitud y de su desgracia, sólo aspiraban a que Funes les concediera el sacratísimo derecho de respirar, la pobre vida, la miserable existencia de un pueblo, que esperaba sólo en la Providencia Divina, para que le quitara a Funes de encima; así como toda Venezuela degenerada y corrompida por el miedo y por la adulación, esperó a que el Dios de justicia y de bondad se acordara al fin de sus dolores y los libertara de Juan Vicente Gómez, que a manera de una inmensa mole de acero de un millón de kilómetros cuadrados, aplastaba a toda nuestra pobre patria, que vive aún y que parece vivirá siempre del recuerdo de su pasado, como vivieron los antiguos griegos hijos de la degeneración y de los vicios.

Antonio Espinoza

Alberto Espinoza

Federico Espinoza

Juan B. Espinoza

He aquí los cuatro hermanos Espinoza, asesinados por Tomás Funes la noche del 8 de mayo de 1913, la misma noche que sacrificó 64 compatriotas. Crimen horrendo que dio principio a la masacre de 420 venezolanos que aquel monstruo asesinó durante sus ocho años de dominación cruel y sanguinaria. Los hermanos Espinoza eran de una distinguida familia de Ciudad Bolívar, hombres muy apreciados y comerciantes ricos y de bastante solvencia moral.

A las diez de la mañana, y ya designados por mí, los entonces capitanes, y hoy coroneles Elías Aponte Hernández y Marcos Porras, el primero para mandar la parada general de las fuerzas en la plaza pública, y el segundo para dirigir el pelotón ejecutor, se procedió en presencia de todo el elemento de la ciudad y de todos los componentes del Ejército, a la ejecución de Tomás Funes y Luciano López, quienes fueron fusilados previas todas las formalidades del solemne acto militar que se cumplía, de acuerdo con la sentencia dictada por la representación de la fuerza a mi mando. Funes fue ejecutado primero, y cuando el pelotón fue a buscar a Luciano López para dar completo cumplimiento a la sentencia, aquél me mandó a ofrecer una fuerte suma de dinero que tenía en Ciudad Bolívar, si yo levantaba la sentencia dictada contra él; yo le respondí que aunque de sentimientos cristianos y enemigo de derramar sangre, yo no podía dar satisfacción a la vindicta pública con aquel dinero que él me ofrecía. Ejecutada la sentencia, todo el pueblo de San Fernando que presenció la ejecución de ella, gritaba con un entusiasmo inusitado: "Viva la libertad, viva Río Negro libre, viva el general Arévalo Cedeño". Aquel acto, realizado a plena luz meridiana, como se llevan a cabo los actos de la justicia, del honor y de la libertad, revistió una solemnidad grandiosa, y tuvo la imponencia que dictan a todos sus mandatos la moral y el patriotismo.

Sebastián González Perdomo
Militar y escritor distinguido, quien fue cómplice de Funes en los primeros años de la dominación de aquél; y que después fue asesinado por él el día 4 de junio de 1919.

Me dirigí en aquel solemne momento a todos los elementos cívicos allí presentes, y que eran todos los habitantes de San Fernando. Mis palabras fueron las siguientes:

> Hermanos del Atabapo: Queda sellado definitivamente el proceso que desde hacía ocho años reclamaba la vindicta pública, con el castigo de los dos criminales cuyos cuerpos veis ahí. Nadie, absolutamente nadie, puede comprobarnos que hemos ejecutado a hombres dignos de vivir en el seno de la sociedad, sino a dos grandes criminales, que cometiendo todos los crímenes que condenan la ley y la moral, acabaron con esta rica región venezolana. Desde hoy en adelante reina la más completa libertad en el Territorio Federal Amazonas, y el sable que tengo en mis manos, como también los sables y fusiles que portan mis valientes compañeros, son los sables y fusiles libertadores de Río Negro y no los sables y fusiles opresores de esta tierra, que ya no puede más con su desgracia ni con su dolor. Anteanoche, antes de desembarcar para atacar la ciudad, y contemplar el Atabapo, el Orinoco y el Guaviare, me parecieron los tres soberbios ríos, torrentes de lágrimas derramadas por este Territorio, en recuerdo perenne por los cuatrocientos veinte hermanos

sacrificados por Funes, y al poner mis plantas en la intrincada pica de Tití, llegaron a mis oídos los himnos del dolor que entonaban los miedosos espíritus de los sacrificados en la histórica pica. No quiero verlos de rodilla, sino como ciudadanos libres de una patria libre, y pido a ustedes me digan con entera libertad lo que quieren, lo que desean, lo que aspiran, que yo en nombre de la revolución venezolana, fuerza poderosa contra la tiranía de Gómez y que es causa de libertad y de justicia, sabré corresponder a las necesidades de ustedes como patriota, como buen venezolano y como hermano.

Enseguida se leerá el acta de la sentencia contra Funes y López:

Revolución Constitucionalista:
En San Fernando de Atabapo, capital del Territorio Federal Amazonas, a los treinta días del mes de enero de 1921; por convocatoria del Jefe de las Fuerzas Expedicionarias de la Revolución Constitucionalista de las fronteras de Casanare y Arauca, quien en primer lugar firma esta Acta, se reunieron los suscritos: clases directoras de la misma Fuerza, con el objeto de deliberar sobre la pena que debe imponerse a Tomás Funes y Luciano López, responsables directos de los grandes crímenes que se han cometido desde hace ocho años en este Territorio, se procedió a la votación, obteniéndose como resultado, que todos, unánimemente manifestaron estar de acuerdo, en que a los dos criminales ya nombrados, debe imponérseles la pena de muerte, una hora después de terminada esta última sesión de deliberación, en presencia de toda la Fuerza y de todo el elemento cívico de la ciudad.
Terminado este acto, se procedió enseguida a practicar la ejecución de los ya nombrados Funes y López, los cuales fueron ejecutados por un pelotón de la Fuerza al mando del capitán Marcos Porras, y bajo la inmediata inspección del instructor general de las Fuerzas, capitán Elías Aponte Hernández, previos nombramientos recaídos en ellos de orden del comandante en jefe de las Fuerzas, general Emilio Arévalo Cedeño. Los suscritos ponemos

de manifiesto, de la manera más formal, que somos los responsables directos de este acto de justicia, llevado a cabo a nombre de la Revolución Constitucionalista que representamos en este Territorio, en nombre de la vindicta pública que clamaba por el castigo de los tristemente célebres culpables, y en nombre de la libertad del Territorio Federal Amazonas, que gemía bajo el peso aterrador de la tiranía de Funes. Así lo hacemos constar solemnemente y lo firmamos satisfechos de que hemos consumado un acto de alta moralidad pública.

El Comandante en Jefe de las Fuerzas: E. Arévalo Cedeño.—El Jefe del Estado Mayor General Fermín Toro.—El Segundo Jefe: Luis F. Hernández.—El Subjefe de Estado Mayor Asisclo Ramírez.—El Jefe del cuerpo "Pío Gil": R. Arria Ruiz.—El Jefe del cuerpo "Horacio Ducharne": Napoleón Manuitt.—El Jefe del cuerpo "Simón Bolívar": Cornelio Oliveros.—El Jefe del cuerpo "Aragua": Francisco Teodoro Rodríguez.—El Jefe del cuerpo "Anzoátegui": Marcial Azuaje C. —El Jefe del cuerpo de espionajes "Centauros de Páez": Joaquín Palencia.—El Instructor General de las Fuerzas Elías Aponte Hernández.—El Jefe del Parque Polidoro Cuervo.—El Jefe del cuerpo de ayudantes J. A. Delgado Gómez. —El Comisario de Guerra Lino Luzardo, Pedro Cachutt, Isaías Bello, Francisco Meleán Rojas, F. Ballesteros Silva, Pedro Luzardo, Alejandro Pacheco, Bernardo S. Valiente, Marcos Porras, Augusto Riobueno Ruiz, Elías Meza, R. A. Mijares, Miguel Mirabal, Julio Delgado, Manuel Mirabal Yanabe, Carlos A. Rubio, Cincinato Larralde, Ángel Domingo Ojeda, Sixto Perico, Benjamín Colmenares.

Señora Tomasa de Malavé

Fue asesinada en Maipures por no querer decir dónde se encontraba su marido. El asesinato de esta señora causó horror hasta en los más empedernidos criminales con quienes contaba Funes para destruir vidas. El gran asesino Avispa, que fue uno de los más refinados, cuando le dieron la orden de matar a la señora de Malavé le dijo a Funes lo siguiente: "Coronel, mándeme a matar todos los hombres que quiera, pero por Dios, no me mande a matar esta mujer". Funes le ratificó la orden y le dijo que si no mataba a la señora de Malavé, inmediatamente, lo mataba a él.

José Manuel Ramírez Román

Honrado comerciante que gozaba de una fortuna de consideración. Asesinado por Funes el día 16 de mayo de 1914.

Cuatro días después de llevar a cabo el cumplimiento de la sentencia contra Funes y López, vino al comando mi querido amigo y compañero el doctor y general Ricardo Arria Ruiz, jefe del cuerpo "Pío Gil", uno de los servidores más meritorios de la revolución y de una gran autoridad moral; el objeto de la visita ese día del doctor Arria, fue invitarme al Comando del cuerpo a su orden, para tratar un asunto de interés. Yo consideré la invitación del doctor Arria como un obsequio, que él y sus compañeros querían hacerme, como era costumbre en la franca camaradería de nuestras campañas, en las cuales siempre reinó la más perfecta unión y la más gran cordialidad. A las cuatro de la tarde pasé, acompañado de mis ayudantes, al cuartel del doctor Arria Ruiz, y allí encontré reunidos a todos los jefes de cuerpos, al jefe del parque, al auditor de Guerra y al comisario de Guerra; diciéndome mi amigo el doctor Arria, que faltaban allí el general Asisclo Ramírez, jefe del cuerpo "Arauca", y el coronel Napoleón Manuitt, jefe del cuerpo "Horacio Ducharne", porque estaban heridos en el hospital, pero que él representaba al coronel Manuitt, y el general Fermín Toro, mi jefe de Estado Mayor, distinguido amigo, valeroso y noble compañero mío, quien también se encontraba allí, representaba al general Asisclo Ramírez. Comprendí que de algo de interés se trataba, cuando todos los componentes principales de la Fuerza se encontraban en aquella reunión, y de seguida le dije al doctor Arria, que estaba a la orden de él y de los amigos, para oír lo que ellos deseaban exponerme. El doctor Arria me dijo, más o menos lo siguiente:

> En vista de que la liberación de Río Negro y la captura de Funes, ambas cosas de gran importancia para Venezuela y para la revolución, y las cuales ha realizado usted tan brillantemente con la colaboración muy decidida y muy patriótica de todos nosotros y de la Fuerza en general, sin haber recibido ninguna ayuda del exterior, pues usted llegó a la frontera sin un centavo, y sólo ha tenido ayuda, aunque muy poca, de los amigos de Arauca, y la nuestra, hemos resuelto en proponer a usted, que asuma la jefatura suprema de la revolución, y que le hable al país en un documento público a tal

respecto, siendo usted y con usted nosotros, suficientes garantías para asumir la responsabilidad de la liberación de Venezuela, de la tiranía de Gómez, ya que es bien conocida su actuación de patriota y la nuestra.

Aunque el doctor José María Ortega Martínez no me había dado ni un centavo para venir a la frontera y realizar mi campaña sobre Río Negro, pues como digo atrás, para aquella obra grandiosa sólo tuve como dádiva la de mi buen amigo el coronel Ramón Ayala, quien pudo ayudarme con quinientos dólares, los que sólo me alcanzaron para llegar a Bogotá; pero como el referido doctor Ortega Martínez había sido reconocido por un gran grupo de asilados prominentes, como jefe de la revolución, que se preparaba en París, la cual no se llevó a cabo por la anarquía revolucionaria y por la delación de los espías de Gómez, y que costó bastante dinero al doctor Ortega Martínez, tanto de él como de algunos revolucionarios que contribuyeron, y del honorable extranjero, muy amigo de Venezuela, don Eduardo Georgetti, millonario de Puerto Rico, quien contribuyó con treinta mil libras esterlinas; con mi desprendimiento y patriotismo acostumbrados, reconocí la jefatura del doctor Ortega Martínez, porque lo consideré meritorio, y porque como yo luchaba por ideales y no por ambiciones personales, no fue nunca mi intención poner obstáculos a la unión revolucionaria. En tal virtud, y lleno de agradecimiento, respondí al doctor Arria y demás amigos y compañeros lo siguiente:

Agradezco bastante a ustedes la demostración de cariño y de confianza que me hacen, al excitarme para que asuma la jefatura suprema de la revolución, ya que la liberación de Río Negro y la captura de Funes las hemos llevado a cabo, con sólo nuestros propios esfuerzos, habiendo yo regresado a las fronteras sin un centavo del exterior, como siempre me ha acontecido; pero no debemos, por ningún caso, romper la unión revolucionaria, porque nos va a pasar como a la Libertadora donde mil gallos cantaban, dominados por la ambición, y vino la anarquía y Castro venció

aquella revolución formidable y poderosa. El Jefe de la Revolución Constitucionalista, es el doctor José María Ortega Martínez, quien actualmente se encuentra en unión de los demás jefes revolucionarios quizás en aguas venezolanas con el parque y demás elementos de guerra, con que debemos combatir a Gómez; sostengamos, pues, la unión revolucionaria, y probemos que si supimos coger a Funes y libertar a Río Negro, también sabemos hacer todo lo bueno por la causa de la patria.

Miguel Aguilera Marín

Joven comerciante de magníficas cualidades y quien regentaba un buen negocio mercantil de su propiedad. Asesinado por Funes la noche del 8 de mayo de 1913.

A estas palabras mías contestó el coronel Luis Felipe Hernández, mi querido buen amigo y compañero, quien era el segundo jefe de la Fuerza, y quien había asistido conmigo a la reunión, de esta manera: "Esa gente no viene nunca, ni vendrán jamás; ya le dimos el palo a Funes; póngase usted al frente de todo, le damos el palo a Pérez Soto en el Apure, el tercero se lo damos a Gómez". Tenía razón el valeroso coronel Hernández, aquella gente no venía nunca, ni vendría jamás; pero yo debía conservar mi actitud de hombre leal a la revolución, aunque aquellos hombres no vinieran nunca, como en verdad no vinieron jamás. Lo que sabían aquellos hombres era derrochar los dineros sagrados de la revolución en torpezas y francachelas, destrozándose por el egoísmo

y la ambición, mientras Venezuela estaba sangrante y crucificada reclamando en su agonía la protección de sus hijos, quienes malvados los otros con Gómez en el país, y malvados los otros con el egoísmo y la ambición en el exterior, no podían oír los clamores de la pobre patria en desgracia. Terminó, pues, la reunión mía con mis queridos amigos y compañeros, quedándose en pie la figura del doctor José María Ortega Martínez, a quien reconozco muchos méritos y patriotismo, como jefe supremo de la Revolución Constitucionalista. El doctor Ortega Martínez fue víctima de intrigas y de egoísmos, por parte de muchos de aquellos revolucionarios que echaron por tierra todos sus planes.

Señora Mercedes de Pulido
Bella mujer, distinguida dama, esposa del general Roberto Pulido, gobernador del Territorio Federal Amazonas, asesinado por Funes la noche del 18 de mayo de 1913. La distinguida señora Pulido fue llevada a Maipures, allí la violaron las tropas de Funes y después, por orden de Manuel González, el segundo jefe de aquél, fue asesinada.

Ya con un ejército como de seiscientos hombres, y como mi intención no fue nunca quedarme en Río Negro y ser otro Funes, pues mi patriotismo y amor por Venezuela regulan muy bien mi vida de luchador, a los veinticinco días después de libertado Río Negro, salimos de San Fernando de Atabapo, Orinoco abajo, dispuestos a castigar a Pérez Soto y a terminar con su sanguinaria dominación en el Apure; pero... Venezuela tenía que sufrir la desgracia de Gómez

por veintisiete años: era una sentencia de lo Alto, y debía cumplirse; al llegar a Maipure recibí correspondencia que me traía el general Carlos Infante, en donde me anunciaban la venida del doctor Roberto Vargas, quien decía venía como jefe de la Circunscripción Militar del Centro, y como mi ejército pertenecía a su jurisdicción, debía yo subordinarme a él. Vargas venía como enviado especialmente por la mala suerte de la patria, a trabajar con toda su ineptitud y ambición, para destruir la obra que acabábamos de realizar, y que seguramente hubiera derrocado a Gómez, si aquel hombre funesto no se atraviesa en el camino de nosotros los patriotas.

Yo me alegré de la venida del doctor Vargas porque creí que éste podría hacer mucho por la revolución, y seguí marcha hasta llegar a Puerto Carreño, para esperar a Vargas, quien llegó a los diez días de estar yo allí, y quien aunque no me presentó credenciales de ninguna naturaleza, expedidas bien por el doctor José María Ortega Martínez, como jefe de la revolución, o bien por el doctor Baptista, como jefe de Estado Mayor General de ella, lo reconocí muy contento en el alto carácter que traía, pues yo no creí que podía mentirnos, e hice que toda la fuerza lo reconociera. Con el doctor Vargas llegó también el doctor Carmelo París, quien también había creído con su patriotismo, que Vargas venía perfectamente autorizado por el Comando supremo de la revolución. Más tarde, cuando me tocó, después de esta campaña, abandonar el país, me encontré en Nueva York con los doctores Ortega Martínez y Baptista, y al darles las gracias por la broma que me habían echado al mandar a Vargas allá, me contestaron de una manera categórica y formal, que ellos no habían dado ningún nombramiento a Vargas, porque cuando él salió de Nueva York, Ortega Martínez estaba en París, y Baptista en Cúcuta, y que al verse Vargas con Baptista en Cúcuta, ya la revolución de París estaba fracasada, y allí supo Vargas mi gran triunfo de Río Negro, y se fue para la frontera de Arauca procurando aprovecharlo, llamándose jefe de la Circunscripción Militar del Centro.

En verdad que es bastante doloroso para los patriotas recordar nuestras desgracias revolucionarias; mentira, digo mal, nuestras

infamias revolucionarias; así como también es bastante doloroso recordar los males que por nuestra causa hiciera Gómez a la patria.

El doctor Vargas llegó a Puerto Carreño con el general Pedro Pérez Delgado, quien había organizado en la sabana del Arauca ochenta hombres, y patrióticamente se había puesto a la orden de él; y allí encontró Vargas un ejército bien equipado, con una oficialidad de primera, compuesto de valerosos voluntarios, y que todos subordinados a mí, por el afecto, por la disciplina y por la confianza, hubieran cambiado la suerte de Venezuela, si el contratiempo de la llegada del doctor Vargas no destruye por completo aquella fuerza, que después de tantos desastres causados por Vargas, tuve yo que rehacer, viniendo al centro de la república para acercarme a Caracas, probando que si hubiera continuado solo, al frente de mi ejército de Río Negro, Gómez hubiera desaparecido y Venezuela dejado de sufrir.

Vargas asumió la jefatura de la seudo-circunscripción; el doctor París, la jefatura de Estado Mayor de ella, y yo, asumí la jefatura de la División Río Negro, que así se llamó mi Fuerza desde aquella desgraciada organización con que Vargas dio principio a sus funestos trabajos, para demostrarnos que jamás combatiría porque ése no era su negocio, pues su único empeño fue destruir la revolución.

Salimos de Puerto Carreño, Orinoco abajo, hacia Caicara, y allí llegamos a los seis días de navegación, para detenernos en aquella plaza ocho días sin hacer nada y dando tiempo a las tropas de Gómez para que se acomodaran bien y prepararan toda clase de combinaciones sobre nosotros. El descontento de la fuerza toda era general, dada la actitud de Vargas, su carácter agresivo y díscolo, sus planes de impertinencia, su odio contra muchos servidores, su cobarde actitud para con el enemigo; trayendo como consecuencia todos estos desastres, la separación de muchos compañeros, que hasta en número de treinta se fueron de las fuerzas, sabiendo la desgracia que le sobrevendría a ella y a mí. La mayoría de los jefes y oficiales me propusieron varias veces despedir a Vargas, y en Caicara, tuvimos el doctor Carmelo París y yo que intervenir de manera muy urgente para evitar un desastre en la persona de Vargas.

Al fin salimos de Caicara para Cabruta en donde permanecimos dos días, y en donde se pudo poner en evidencia el descontento de toda la fuerza, que sólo pudo ser contenido por la autoridad que yo ejercía sobre ella, pues ya era imposible soportar las locuras del doctor Vargas, como también el temor de avanzar de allí porque su miedo a Gómez era cosa que toda la fuerza no desconocía. En Cabruta y en compañía del doctor París, llamé a todos los oficiales de confianza y les prometí, que como el doctor Vargas disponía retroceder sobre las fronteras, al llegar a ellas yo les aseguraba despediría a Vargas, y vendría sobre el centro con ellos a continuar en nuestras luchas por la libertad. Esa tarde los oficiales se comprometieron solemnemente a seguir subordinados, para evitar que Gómez se aprovechara del descontento de la revolución por la actitud de aquel hombre, contraria por completo a los ideales revolucionarios. En Caicara ya había pasado más o menos lo mismo, pero con la circunstancia muy agravante de que el coronel Francisco Teodoro Rodríguez, jefe del cuerpo "Aragua", me dio un papel antes de embarcarnos, en donde me decía de su resolución de separarse con su cuerpo, pero que antes debía castigar a Vargas, y me decía también en el papel estas palabras de subordinación a mí: "Una vez que yo castigue a Vargas me pongo a sus órdenes para que usted me castigue a mí, pues ya es imposible tolerar más lo que hace el doctor Vargas con nosotros". En aquel mismo momento llamé al doctor París y al doctor Arria Ruiz, les dije lo del papel del coronel Rodríguez y se los mostré, invitándolos a hablar con Rodríguez junto conmigo y hacerlo desistir de su empeño.

En esa condición estaba nuestra fuerza, cuando salimos de Cabruta para remontar el Capanaparo, habiendo permanecido nueve días en el hato de San Pablo en la costa de aquel río. Yo no me explico cómo las fuerzas de Gómez no acabaron con nosotros en aquellas demoras de ocho y nueve días en lugares que no tenían posiciones estratégicas. Parecía que andábamos en fiesta y no haciendo la guerra. El lector debe comprender cuánta sería mi contrariedad y sufrimiento moral, en ver que todos mis esfuerzos se perdían, nada más que por haber sido yo subordinado, a fin de que no se creyera que por nuestro triunfo de Río Negro, yo estaba en condiciones de

poner obstáculos a la revolución. Pero hago constar al lector, que yo fui subordinado, como es un deber militar, deber que no reconoce aplazamiento, porque yo creí realmente que Vargas venía efectivamente nombrado por el comando supremo de la revolución.

A una legua de distancia de San Pablo, está situado el hato de Las Cenizas, y allí se encontraba el enemigo comandado por el doctor Febres Cordero y el general Tovar Díaz; pero nosotros no sabíamos nada porque al doctor Vargas no se le ocurría nunca mandar espionajes, porque él no pensaba que el enemigo podía algún día, o alguna vez, encontrarse con nosotros. Al ponernos en marcha de San Pablo, pasando el río Capanaparo, supimos que el enemigo estaba en Las Cenizas ocupando las posiciones de aquel hato. A este aviso Vargas no dio ninguna demostración que definiera lo que debíamos hacer, y en tan difícil momento, ya la vanguardia al mando del doctor Ricardo Arria Ruiz y del coronel Luis Felipe Hernández, estaba al frente del enemigo. Yo corrí inmediatamente hacia la vanguardia para disponernos a resistir al ataque del enemigo, colocando al doctor Arria y al coronel Hernández en batalla haciendo centro, y llegando pocos momentos después el general Pedro Pérez Delgado y el coronel Francisco Teodoro Rodríguez con sus respectivos cuerpos, ordené al general Pérez Delgado ocupar el ala izquierda, y al coronel Rodríguez ocupar el ala derecha. Mandé inmediatamente al paso del río casa del doctor Vargas, a decirle del estado de la situación, y que enviara sus órdenes; aquél me mandó decir que ya él vendría pero como el enemigo se movilizaba para atacarnos e hizo los primeros disparos, me vi precisado a ordenar un ataque simultáneo, que puso en confusión al enemigo, yéndose en retirada precipitada y poniendo de manifiesto el miedo pavoroso que los soldados del tirano Gómez tenían a los soldados libertadores de Río Negro. En ese momento llegó al fin el doctor Vargas, quien no quiso por ningún caso que yo continuara la persecución, diciéndome que aquello no era todo el enemigo, que debíamos tener prudencia, y quedarnos acampados allí, porque ya iba a entrar la noche. El enemigo comandado por el doctor Febres Cordero y por el general Tovar Díaz, marchó toda la noche en vergonzosa desorganización, dejando bestias y heridos

en las casas del trayecto, pero entrando tranquilo a San Fernando de Apure a los seis días de marcha, sin ser inquietado por nosotros, que hubiéramos podido entrar detrás de él y ocupar la ciudad de San Fernando, porque la derrota era completa y el pánico enorme; pero el doctor Vargas, quien nunca podrá explicar su conducta para con la revolución, ordenó marcháramos por rumbo contrario buscando hacia la población de La Trinidad, en el Alto Apure.

Yo dejo a todos mis compañeros de aquella jornada, desde el doctor Carmelo París hasta el último soldado, que digan si en este relato mi pluma se ha equivocado, y si no es verdad que Las Cenizas son una desilusión en nuestra inmensa y desgraciada labor revolucionaria, y una vergüenza más en nuestra actitud de opositores a Gómez, y que digan si esa desilusión y vergüenza se deben o no al doctor Roberto Vargas.

Después de varios días de marcha sobre el Alto Apure, y sin llevar objetivo militar ninguno, llegamos a un lugar cercano a Periquera o Guasdualito, y allí supimos, que en aquella plaza había sólo setenta hombres pertenecientes al batallón Guaicaipuro, acantonado en San Fernando de Apure. Vargas resolvió marchar sobre Guasdualito para atacarlos y destruirlos, ya que nuestra superioridad numérica nos ponía en condiciones de hacerlo fácilmente; pero a tres leguas de la plaza, y en la noche, supimos había llegado una fuerza más de alguna consideración procedente del Táchira. No se detuvo el doctor Vargas en averiguar la gravedad de la situación, y dispuso continuar la marcha hacia la plaza, ya que él no iba a combatir, ni combatiría jamás. Cuando Vargas me daba sus órdenes para yo transmitirlas a las dos brigadas de mi división, la brigada Páez al mando del doctor Arria Ruiz, y la brigada Cedeño al mando del general Asisclo Ramírez, y el cuerpo de tiradores al mando del coronel Burguillos, recuerdo que el doctor Arria Ruiz me dijo estas palabras: "Yo voy a combatir, general, porque usted me lo ordena, pero ésta es la última infamia que el doctor Vargas comete con nosotros"; yo respondí a tan valeroso y noble amigo lo siguiente: "Yo le ordeno a usted combatir, porque estoy subordinado y debo ser subordinado". A las ocho de la mañana del día 21 de junio de 1921

llegamos a El Chinquero, como a un cuarto de legua del centro de Guasdualito, en donde estaba el enemigo comandado por el general Benicio Giménez, quien tenía a sus órdenes muchos jefes y oficiales de significación. Su fuerza constaba del Batallón Rubio, del medio Batallón Guaicaipuro, y de otra pequeña fuerza más y estaba muy bien atrincherado en su cuartel y otras posiciones.

Jacinto Gavini
Comerciante de alto crédito y de capital; muy distinguido y honrado. Fue asesinado por Funes el día 12 de mayo de 1913.

A las nueve de la mañana se dio comienzo al combate, atacando simultáneamente y por distintos puntos con las brigadas Páez, Cedeño y Aramendi, esta última al mando del general Pedro Pérez Delgado, y con el cuerpo "Bravos de la Frontera" al mando del general Pedro Fuentes. Desde aquel momento el combate fue muy encarnizado, las cargas eran formidables, las bajas muchas, y el doctor Roberto Vargas brillaba por su ausencia, pues no apareció ni una sola vez en la línea de fuego, quedándose durante las treinta y tres horas del combate en El Chinquero, tomando yo la dirección completa de todas las operaciones, para ver caer a mi lado a mis valientes y queridos compañeros, que muertos y heridos

derramaron allí su sangre con exceso de valor y honor, cayendo esa sangre generosa sobre la cabeza de Roberto Vargas, quien jamás pudo ni podrá justificarse de aquel atentado contra la revolución y contra la labor de patriotismo y de desinterés nuestro.

Debo hacer justicia al doctor Carmelo París, y al general Francisco Parra Pacheco, a quienes el doctor Vargas había retenido con él en El Chinquero, y quienes por valor y por honor vinieron una vez a verme durante el combate, y estuvieron siempre atentos en el poblado a las necesidades de aquella lucha que fue feroz y encarnizada; porque si en verdad nuestras cargas eran fuertes y simultáneas, también es verdad que el enemigo se defendía y se defendió con bravura hasta el último momento.

El combate de Guasdualito fue bastante encarnizado, y durante treinta y tres horas consecutivas de fuego, pude observar muy bien la bravura de nuestros soldados, que caían muertos o heridos con la palabra santa del ideal en los labios. En medio de aquella terrible carnicería tuve también mi gran tristeza, porque sentí las desgracias de la patria, víctima infeliz de nuestras guerras civiles, señales de crueldad y de barbarie; y todo aquel cuadro doloroso de sangre, y de exterminio de vidas hermanas, todo, repito, por el empeño de compatriotas extraviados que renunciando al amor de Venezuela, se dieron a la tarea bastante criminal de sostener a Juan Vicente Gómez y a su familia de bastardos, que serán eterno baldón de la América joven y eterna desgracia de la tierra heroica y sufrida de nuestro único Bolívar.

Allí vi caer, con todo el dolor de mi alma, a mis queridos compañeros, héroes del deber y del patriotismo: heridos, a los generales Ricardo Arria Ruiz, de nobleza sin igual, Pedro Fuentes, los coroneles Julio Delgado, José León, Pedro Pabón y Manuel Montilla; y muertos: a los coroneles Lino Luzardo Agüero y un gran número más de oficiales de menor graduación, como también más de cien soldados nuestros, que como nuestros, eran de la revolución, y por lo tanto, legión poderosa, porque soldados conscientes y voluntarios de una causa libre, eran ciudadanos libres.

Consigno aquí, como lo llevo en mi corazón mi reconocimiento para el general Fermín Toro, jefe de Estado Mayor, a los generales Fernando Ramírez, Ricardo Arria Ruiz, Asisclo Ramírez, Pedro Pérez Delgado, Marcial Azuaje, Pedro Fuentes, y a los coroneles Luis Felipe Hernández, Francisco Teodoro Rodríguez, Ballesteros, Julio Delgado, Elías Aponte Hernández, Pedro Ignacio Montilla, Antonio José Delgado Gómez, Marcos Porras, José Antonio Cadevilla y todos los oficiales y soldados que combatieron en Guasdualito con el mismo valor que combatieron en todas partes, con su lealtad y su abnegación por la revolución venezolana, que era en verdad la redención de la patria.

Pido excusas a los compañeros, que nobles y buenos todos, como muy valientes, dejo de nombrar en esta página, porque son tantos, que la lista se haría interminable; pero sepan todos ellos que la revolución les debe mucho y que yo les debo mucho más. Fatigados ya de aquella lucha tan obstinada, ordené una carga general a las treinta y tres horas justas del combate pero en mi orden, estaba la recomendación especial para todos los jefes de cuerpos que esa carga no debía terminar sino con la conquista de los atrincheramientos del enemigo, y por consiguiente, con la destrucción de él. La carga fue dada con una bravura sin igual, y el enemigo izó una bandera blanca, en señal de paz. Inmediatamente ordené parar los fuegos, y como estábamos aproximados a las trincheras del enemigo, que eran sus cuarteles, esperé que aquél manifestara lo que deseaba. Un ayudante del general Benicio Giménez, comandante en jefe de las fuerzas enemigas nos habló desde los muros del cuartel, diciendo que el general Giménez deseaba parlamentar con el doctor Roberto Vargas.

El general Giménez creía que el doctor Vargas estaba allí, y yo le hice saber por medio de un ayudante mío que mandaba a avisar al doctor Vargas de sus deseos. Yo debía ocultar, como lo oculté, la posición de Vargas, quien se encontraba en El Chinquero, pues el enemigo no debía comprender lo que pasaba en las filas revolucionarias con aquel hombre, y era necesario que el general Giménez lo creyera en posesión moral de su cargo. Mandé inmediatamente a

casa del doctor Vargas, y le notifiqué la conveniencia de que viniera inmediatamente a parlamentar con el jefe enemigo. El doctor Vargas no quiso venir a entenderse con el general Giménez, y delegó su representación en el general Francisco Parra Pacheco, ilustre y meritorio servidor, cuyo patriotismo debe servir de estímulo a los venezolanos, como el del general Juan Pablo Peñaloza, quien anciano como el general Parra, dio la más alta nota de patriotismo y dignidad para combatir a Gómez, y para probarnos que las grandes causas necesitan de grandes sacrificios. Horacio Ducharne, Juan Pablo Peñaloza, Francisco Parra Pacheco y Lino Esqueda son cuatro héroes, que no debe jamás olvidar el venezolano de hoy, porque así como dieron su juventud, así también, supieron dar con abnegación y con valor su senectud por Venezuela libre y contra los tiranos.

El general Parra Pacheco, al tratar con el general Giménez, encontró que éste estaba herido y junto con él los coroneles Paredes Pulgar, y otros oficiales. Convinieron en una tregua para desocupar la plaza con todos sus heridos y con todos sus honores, al general Giménez. Eso fue lo que hizo saber el general Parra Pacheco. Pero a esa misma hora, las seis de la tarde del día 22 de junio de 1921, el doctor Vargas dijo era conveniente retirarnos de la plaza, para venir al siguiente día a recibirla. Aquella disposición era fatal, pero para evitar discordias, se aceptó y marchamos a una legua de allí, en donde pernoctamos en un lugar llamado Vara de María. Nosotros creíamos que al siguiente día muy de mañana volveríamos a la plaza como era natural, pero resultó que Vargas ordenó la marcha hacia Las Angosturas, adonde llegamos a las doce de aquel día, abandonando nuestro triunfo, y con él exponiendo la revolución a una vergüenza.

Edmundo A. Briceño
Comerciante de gran crédito y de capital, como también honorable padre de familia. Asesinado el día 18 de mayo de 1913.

La indignación de toda la fuerza era unánime, y yo tuve que evitar un atentado contra Vargas, el cual fue increpado por varios oficiales, que se contuvieron porque la autoridad moral del doctor Carmelo París y la mía, los obligaron a permanecer tranquilos, para evitar más males a nuestra causa. Vargas fue despedido para irse a Colombia por la vía de Arauquita, y yo no pudiendo aceptar que el general Giménez creyera que las torpezas de Vargas podrían afectar mi moral y la de la fuerza, contramarché de nuevo sobre Guasdualito a reclamar el cumplimiento de lo pactado con el general Benicio Giménez, a quien como contendor debo el elogio, como también para su compañero el coronel Paredes Pulgar, y demás subordinados de él, que fueron valientes, que fueron sufridos y que fueron nobles en aquella jornada, que vio correr la sangre de nuestros hermanos, en nuestras malditas luchas intestinas, a las cuales debemos renunciar, poniendo como empeño no sostener tiranos, sino a gobernantes civilizados, patriotas y honrados que se sienten en el solio presidencial de la República de Venezuela, en nombre de la Constitución y de la ley. A continuación se leerá una carta del general Benicio Giménez, para Eustoquio Gómez, en la cual en uno de sus párrafos le trata a Eustoquio sobre el asunto del doctor Vargas:

Guasdualito, julio 7 de 1921
Señor General Eustoquio Gómez
San Cristóbal.
Estimado General y amigo:
Tengo el gusto de saludarlo muy atentamente deseando se encuentre bien.
Ayer recibí su atenta correspondencia fechada en San Antonio el 27 de junio próximo pasado, y mucho nos hemos contentado saber de usted. Conforme le he dicho en mis anteriores, en esta plaza encontramos al coronel Paredes Pulgar con cincuenta hombres y varios oficiales. La fuerza del Táchira y la que encontramos aquí, tomaron en conjunto parte activa en el combate. Nos acompañaron también el general Jesús Antonio Ramírez que se encontraba en ésta, y el coronel Ramón E. Peña, que acababa de llegar a encargarse de la jefatura civil del distrito.
Por mi correspondencia anterior, que a la fecha habrá recibido, estará en cuenta de la mayor parte de los detalles del combate.
Como un deber de estricta justicia me permito llevar a su conocimiento que el coronel Fabricio Zambrano ha estado siempre a la altura de sus deberes, los cuales llena debidamente el día del combate.
Los ayudantes, oficiales, clases y soldados, todos cumplieron debidamente sus deberes y me complazco en avisarle, que ni un momento faltó entusiasmo en las fuerzas tachirenses, por lo cual me congratulo con usted.
Los nombres del general Juan Vicente Gómez, y el de usted, fueron victoreados constantemente.
El enemigo en el punto "Angosturas" desconoció al doctor Roberto Vargas, y éste tomó vía de Arauquita, y los otros tomaron otra vía.
El enemigo está perseguido por fuerzas del Guárico al mando del general Sarmiento, por fuerzas de aquí del estado al mando del doctor Cordero, presidente y por parte de las fuerzas del general Pérez Soto.

Estamos en pleno invierno, y esto hace retardar las operaciones que se practican para la completa destrucción de los facciosos.
Me permito adjuntarle la correspondencia que nos dirigió el enemigo durante el combate, y después de él.
También le incluyo lista de los muertos y heridos que tuvo el Batallón Táchira.
El coronel Paredes también tuvo muertos y heridos en su cuerpo.
Como se nos ha principiado a enfermar la gente, usted se servirá enviarnos quinina siempre que se presente oportunidad.
El coronel Paredes le retribuye su atento saludo. El coronel Zambrano lo saluda.
Su subalterno y amigo que lo estima,

Benicio A. Giménez

Llegué a las puertas de Guasdualito con mi fuerza a las cinco de la tarde del día 24 de junio, sitiamos la plaza por toda esa noche, y a la mañana siguiente, me dirigí al general Benicio Giménez por carta que decía así:

Guasdualito, 25 de junio de 1936
Señor General Benicio Giménez
Ciudad.
Estimado General y amigo:
Estoy aquí de nuevo, al frente de mis fuerzas, para reclamar a usted la plaza, cuya entrega nos ofreciera en la persona de nuestro comisionado el general Francisco Parra Pacheco, y la cual ha defendido usted, con sus compañeros de armas, de manera tan brillante y heroica.
Creo que usted no se negará a cumplir su promesa, ya que esa negativa traería como consecuencia el reanudar de nuestro ataque, cosa que sería muy dolorosa, porque se derramaría más sangre inútil sin una necesidad, ya que nuestra condición

de vencedores en nuestro primer combate, nos asegura la victoria completa.
Ruego a usted contestarme y con mis saludos al coronel Paredes Pulgar, con toda consideración y estima me suscribo su amigo y compatriota que lo saluda.

E. Arévalo Cedeño

Pero todo estaba ya consumado: la actitud incalificable del doctor Vargas, habiéndonos hecho retirar hasta Las Angosturas y perder tres días, dio motivos para que el enemigo recibiera el refuerzo de trescientos hombres, que al mando del general Sálvano de Jesús Uzcátegui, habían entrado a la plaza el día 24 por la mañana; el general Giménez se sintió demasiado fuerte, estaba salvado de la derrota y por eso me contestó enseguida con la carta siguiente:

Guasdualito, junio 25 de 1921
Señor General E. Arévalo Cedeño
Ciudad.
Estimado General y amigo:
Recibí su carta de hoy en la cual me pide usted la entrega de la plaza, lo cual no me lo permiten mis condiciones de soldado que sabe cumplir con su deber. Espero, pues, tranquilo un nuevo ataque que usted ejecutará a esta plaza, donde están los mismos soldados animados del mismo espíritu que tuvimos con usted en combate anterior.
El coronel Paredes retribuye a usted el saludo, como también mis demás compañeros de armas lo saludan.
Lo saluda su amigo y compatriota,

Benicio A. Giménez

Niño Roberto Pulido

Hijo del general Roberto Pulido, gobernador del Territorio Federal Amazonas, asesinado por Funes la noche del 18 de mayo de 1913. El niño Pulido junto con un hermanito, cuyo retrato no se ha podido obtener, fueron asesinados en Maipures, después del asesinato llevado a cabo en la persona de su madre, la señora Mercedes de Pulido.

Por la carta anterior del general Giménez verá el lector, si fue conmigo no con quien, combatió aquel jefe en Guasdualito, si fui yo quien a la cabeza de la fuerza revolucionaria salvé el honor de ella en aquella jornada, y cuál fue en verdad la conducta del doctor Roberto Vargas.

Conociendo que el enemigo estaba reforzado, escaso ya de municiones como estábamos, y temiendo ataques por retaguardia de las otras fuerzas enemigas que operaban contra nosotros en el estado, resolví contramarchar de nuevo, rumbo a la población fronteriza de Elorza, y en el trayecto se incorporó con doce hombres más, el general Alfredo Franco, quien venía a disculparse del asunto del balatá, diciendo que el rendiría cuenta después, y que venía a incorporarse a la revolución, en cuya fuerza se hizo una reorganización, quedando el doctor Carmelo París reconocido por mí como jefe de la Circunscripción Militar del Centro, el general Parra Pacheco como

jefe de Estado Mayor de ella, y yo como Jefe de la fuerza toda. Le respondí al general Franco, que eso del balatá ya estaba perdido, y que como él venía a las filas revolucionarias, había cancelado, y que lo interesante era que nos armáramos de patriotismo para continuar luchando contra la tiranía.

Llegamos al quinto día de marcha a Elorza y de allí pasamos a la laguna de El Término, dejando de guarnición en Elorza al coronel Roque Puerta, con orden terminante de defender el paso del río Arauca, que era lo esencial para reorganizarnos, reponiéndonos un poco de los desastres de la lucha. Antes de salir de Elorza, reunimos un Consejo de jefes y oficiales, para ponerlo en cuenta de los nuevos planes que nos tocaba llevar a cabo para salvar la revolución en la frontera. Recuerdo que en mis palabras a ellos les dije más o menos lo siguiente: "Es esencial evitar que el enemigo pase el río Arauca por ninguna parte, pues de lo contrario seremos destruidos. Dejo oficiales de honor defendiendo esos pasos que son posiciones inaccesibles y fácil defender; así es, que si el enemigo pasa para este lado del Arauca, es cosa segura que nos han traicionado". Todos los amigos allí presentes juraron y recuerdo que el general Alfredo Franco invocó el nombre del Gran Mariscal de Ayacucho al hacer su juramento.

Parece que cuando yo hablaba en aquella reunión de amigos, estaba presintiendo la traición de que seríamos víctima. Sucesos dolorosos a decir, que deberíamos callar para evitar el continuar atormentándonos con la descomposición de nuestra pobre nacionalidad, pero que tenemos que relatar por una imposición muy ajustada de la verdad histórica.

Marchamos a El Término, y allí permanecimos dos días para luego pasar al hato Santa Elena, a seis leguas de Elorza, posición que nos presentaba mejores ventajas que la primera; y yendo en marcha, el general Alfredo Franco me pidió permiso para ir a Elorza, adonde como dejo dicho había dejado de guarnición al coronel Roque Puerta. Nada sospeché del permiso que me pedía Franco, y lo dejé ir en compañía del capitán ayudante Carlos Rubio y de dos oficiales más. Por la tarde llegamos a Santa Elena y allí nos acampamos, bajo

un aguacero torrencial, pues el invierno estaba en toda su plenitud, todos los ríos muy crecidos, y nos llovía de día y de noche.

Al siguiente día, el doctor Carmelo París me dijo que quería ir a Elorza para asunto urgente, que le diera dos o tres oficiales para acompañarlo y que él regresaría enseguida. Encontré muy buena la ida del doctor, porque su presencia allí sería de gran utilidad, aunque por momento, pues la guarnición que teníamos allá se reanimaría con nuestras noticias, y el doctor París, al regresar, traería las verdaderas noticias del enemigo. Pero la noche de ese día tuvimos una gran sorpresa. A medianoche y con un temporal de agua, rayos y truenos se presentó de regreso el doctor, para decirme que sin pérdida de tiempo levantara mi campamento, porque había algo muy grave que estaba pasando en Elorza. Le pregunté qué eran esas cosas graves, y el doctor me llamó aparte, y me contó que Alfredo Franco se había pasado al enemigo de acuerdo con el coronel Roque Puerta, a quien le había hecho creer que yo me había asilado con toda la fuerza por El Término, y que todo había terminado, haciendo que el general Pedro Pérez Delgado también se entregara junto con él al doctor Febres Cordero, que fue con quien Franco había pactado desde días anteriores su entrega. Me dijo el doctor París que él se había salvado de casualidad, pues Franco le insinuó se entregara también y que por salvarse de la deshonra, había tenido que inventar la especie de que yo podía pactar también con Febres Cordero, y entusiasmó a Franco para que me escribiera una carta ofreciéndome garantías para mí y para toda la fuerza en nombre del doctor Febres Cordero, carta que me trajo el capitán Carlos Rubio, quien acompañaba al doctor París.

La carta de Franco para mí decía que él estaba autorizado por el doctor Febres Cordero para ofrecerme garantías, para mí y para mis compañeros, las cuales yo debía aceptar porque él suponía que yo estaría cansado de tanto luchar, y que ya la revolución estaba perdida. Inmediatamente respondí a aquel miserable que nos traicionaba tan escandalosamente, y que nos exponía a ser destruidos al momento, pues ya había entregado el paso del Arauca a Febres Cordero, que ocupaba con sus fuerzas Elorza, en carta que decía así:

Santa Elena, julio 4 de 1921
Señor Alfredo Franco
Elorza.

El capitán Carlos Rubio ha puesto en mis manos su carta donde me avisa su traición a la revolución, y de una manera bastante inicua se atreve usted a ofrecerme garantías para mí y para mis valientes compañeros en nombre del doctor Hernán Febres Cordero, el agente de la tiranía de Juan Vicente Gómez en el estado Apure. También el doctor Carmelo París, a quien usted no pudo convencer para hacerlo cometer el acto indigno que usted ha cometido, porque él es muy honorable y muy patriota, me ha relatado los demás pormenores de esa traición, por la cual ha entregado usted al enemigo las armas sagradas de la revolución unos cuantos infelices compañeros y el paso del río Arauca, que causaría nuestra destrucción si no estuviera yo al frente de mis valientes compañeros.

Esas garantías las aceptan los traidores como usted; pero nunca, nunca, jamás los hombres de honor como yo ni como los patriotas que me acompañan.

Al luchador como yo se le caza como venado alzado en las pampas o como tigre en la montaña, o muriendo luchando contra la tiranía; pero no cayendo de rodillas como los esclavos vencidos, como lo acaban de hacer usted y los que con usted nos han traicionado.

E. Arévalo Cedeño

Inmediatamente después de conocido el desgraciado suceso comuniqué mis órdenes a los jefes de cuerpos para marchar sobre el Capanaparo en la mañana y buscar el bajo Meta. Toda la fuerza estaba llena de indignación, y con un patriotismo y un cariño muy grande, al oír mi exposición sobre la defección de Franco y la pérdida de nuestras armas prorrumpieron en vivas a la revolución y me ratificaron la seguridad de que caerían muertos conmigo antes que claudicar entregándose a la tiranía. Antes de marchar rumbo al río Capanaparo, dicté la Orden General, que luego se siguió dictando en mis cuatro invasiones subsiguientes:

Comandancia en Jefe de los Ejércitos de la Revolución Constitucionalista en el Territorio Federal Amazonas, y en las fronteras de Casanare y Arauca.
Orden General:
Artículo 1°—Ordeno a todos los servidores de la Revolución Constitucionalista, bajo mis indemiadas órdenes la captura de Roberto Vargas y Alfredo Franco, para que respondan ante un Consejo de Guerra, de su conducta cobarde y traidora para con la revolución.
Artículo 2°—Esta Orden General será publicada de manera profusa, a fin de que sea conocida por todos los servidores de la revolución y le den su más estricto cumplimiento.
Artículo 3°—Nombro Jefe de día de hoy para mañana al ciudadano comandante Amenodoro Sandoval.
Cuartel General en Santa Elena, 6 de julio de 1921
El Comandante en Jefe,

E. Arévalo Cedeño

Describir nuestra marcha hacia el bajo Meta, con cuatrocientos hombres de caballería, cuyos caballos estaban casi agotados, medio desnudos, sin cobijas para resistir los inviernos que de día y de noche nos castigaban, teniendo que pasar sin embarcaciones, y en pobres balsas los grandes ríos el Capanaparo, el Venado, Furiepe y Sinaruco, sin comida y con el enemigo detrás con fuerzas numerosas, es cosa muy difícil, y por lo tanto me limito a decir, que los catorce días de marcha para llegar al río Meta, fue cosa que la hizo nuestro buen deseo por la revolución venezolana y nuestro patriotismo que nos fortalecía y que jamás nos abandonó.

Con nuestra llegada al soberbio Meta, se nos presentó el gran inconveniente del paso de aquel río de dos kilómetros de ancho, no contando para ello sino con dos pequeñas embarcaciones, que tomarían seis días para transportarnos al otro lado, y pasar nuestras bestias. Mandé al otro lado una comisión acaso de amigos asilados en Colombia, para que todos me mandaran sus embarcaciones, dándoles a conocer la gravedad de la situación, pues el enemigo

debía venir detrás de nosotros. Tengo la ventaja de que en los teatros donde me ha tocado actuar como militar o como hombre de trabajo, siempre he obtenido la amistad de todos los que he tratado, porque yo creo que ajustando los actos de mi ida al cumplimiento del deber, y al buen comportamiento, tendré el aprecio, la protección y la bondad de los que al tratarlos ya son mis amigos. Por eso aquellos amigos del otro lado del Meta, no obstante estar en territorio colombiano, vinieron presurosos con una gran cantidad de embarcaciones y procedieron, vista la gravedad de la situación, a acelerar el paso de nuestra fuerza, poniendo así en salvo los restos del ejército glorioso que llevó la libertad a Río Negro, y que víctima de las cobardías, traiciones y egoísmos de los que creímos compañeros, se retiraba sobre la frontera a reorganizarse para volar inmediatamente al centro de la república, probando que la fuerza del ideal es invencible, y que sólo Dios podría acabar con nosotros; pero como las causas buenas tienen la protección de Dios, nunca sería posible la destrucción de los patriotas.

Yo no iba a asimilarme. Iba tan sólo a apoyar el asilo de algunos compañeros, que, cansados y desalentados, irían a ocultar en el asilo colombiano, la tristeza y el convencimiento de que nuestra causa sufría más por las infamias de los revolucionarios, antes que por el poder de Gómez, que no existió, y que si se sintió fue por la impotencia y la maldad de los venezolanos. En tres días pasamos el Meta; y a los doce días de estar en territorio colombiano y haber puesto en salvo a los amigos que iban al asilo, di principio a mi organización seguido de noventa y tres compañeros más, que fueron los que se resolvieron a morirse conmigo, pasando por cuarta vez la frontera en una invasión que podemos llamar una calaverada patriótica, porque en verdad están locos los que luchan desprendidamente por su patria; pero bendita locura la que se manifiesta en altísimos de romper cadenas, libertar esclavos y combatir tiranos.

Capítulo VI

Mi cuarta invasión contra la tiranía. —Combates de Santa María de Ipire, Guasdualito, Lezama, Sabaneta de Turén, Acarigua y Elorza. —Recorrida por los estados Apure, Guárico, Anzoátegui, Miranda, Cojedes, Portuguesa y Zamora. —En las cercanías de Maracay y Caracas

Cuando pasamos el río Capanaparo, rumbo al bajo Meta, y en mi pensamiento de no ir al asilo, quise conocer quiénes de mis compañeros, patriotas como yo, se atreverían a regresarse conmigo enseguida, después de dejar en territorio colombiano a los compañeros, que por motivos de salud y de fatiga, como de decepciones, no quisieran acompañarme en mi cuarta invasión contra la tiranía. Al efecto, y con mi costumbre de no insinuar a nadie para que cumpla con su deber, porque debemos saber que el cumplimiento del deber jamás nos debe ser impuesto por otro, reuní a varios oficiales principales de la fuerza y les manifesté que yo iba a Colombia, pero que regresaba inmediatamente en armas, aunque fuera con un solo compañero, pues a Gómez no le faltaría nunca voluntad para matarme, cosa que yo prefería antes que ir a morir a tierras extrañas, ocultando la vergüenza de una derrota que no había sufrido; que la bandera de la revolución quedaba siempre en mis manos, muy robustas para sostenerla, y que el que tuviera a bien acompañarme en aquella mi cuarta calaverada patriótica, bien sabía que yo era el compañero de siempre y que su casa era el campamento revolucionario.

Comprendí que mi exposición había gustado a unos pocos oficiales, pero que a otros, debido al estado de salud en que se encontraban, debía haberles causado tristeza, porque no podían acompañarme y sentían que fuéramos al sacrificio sin la compañía de ellos. El general Fernando Ramírez me manifestó que él estaba dispuesto a caer por la revolución donde yo cayera, y luego después de la reunión así también

noblemente me lo manifestaron los coroneles Rufo Echezuría, José Antonio Cadevilla, Amenodoro Sandoval, Ricardo Gil, Augusto Riobueno, Elías Aponte Hernández, Antonio José Delgado Gómez, Eduardo D'Suze, Ulpiano García, Francisco Melián Rojas, y otros más, oficiales de menor graduación y soldados, quienes inspirados todos por el amor a la patria, se desprendían otra vez desde el Meta, bajo mis órdenes, viniendo a las cercanías de la guarida del tirano, para hacerle recordar que no existe el desaliento en los que profesamos el culto a la libertad, y que para defender un ideal existe la fortaleza de la virtud y del desprendimiento, cosas incompatibles con la vida de los servidores de tiranos.

El 7 de agosto, después de muchos trabajos y contratiempos, y habiendo dejado en territorio colombiano al doctor Carmelo París, generales Parra Pacheco, Fermín Toro, Asísclo Ramírez, Marcial Azuaje, Pedro Cachutt; a los coroneles Francisco Teodoro Rodríguez, Lamuño y muchos oficiales más, que con más de doscientos cincuenta números de tropa no podían acompañarnos, estábamos nosotros ya embarcados en el Meta de partida hacia los peligros que nos esperaban y que nosotros no tomábamos en cuenta, porque Venezuela necesitaba nuestra protesta contra la tiranía. En el momento de la partida, nuestros compañeros que se quedaban, tuvieron para nosotros sus mejores votos, y presenciamos una escena que pone de manifiesto la grandeza del patriotismo. El general Francisco Parra Pacheco, anciano de setenta y ocho años, enfermo con una disentería, por lo tanto ya próximo a la muerte, tomó puesto en una de las embarcaciones y dijo que él iba de cualquier modo en la expedición, porque ése era su deber y así se lo imponía su condición de enemigo de la tiranía.

Regreso y entrada de Calabozo de las tropas que persiguieron a Arévalo Cedeño, y que fueron derrotadas por los revolucionarios en el combate de Santa María de Ipire. Derrota completa que pone en evidencia la falta de moral de las tropas de Gómez, pues allí combatieron los revolucionarios en proporción de uno contra diez, como siempre acontecía cada vez que la revolución combatía con sus perseguidores. (La presente fotografía nos la envía un distinguido amigo, con la leyenda que copiamos).

Tuvimos que trabajar mucho convenciendo a aquel viejo héroe que renunciaba a la vida por la patria, haciendo contraste con la juventud corrompida venezolana, que disipaba la de ellos en francachelas y en adulaciones a Gómez, no pensando que el futuro condenador sería la sanción formidable contra su conducta de hijos espurios de Venezuela. Al fin convencimos al general Parra Pacheco para que se quedara, dándole seguridades de que al mejorarse lo veríamos de nuevo en nuestro campamento.

Era, como dejo dicho, el siete de agosto, y en esa fecha inmortal fue la gran batalla de Boyacá, en donde el genio de nuestro Libertador, al sellar la libertad de la Nueva Granada, aseguraba la de la Gran Colombia, y preparaba la gran ofrenda a la causa de la humanidad, de la libertad de cinco naciones, obra de portento, que hablará eternamente a los siglos de aquel genio, que al nacer en Venezuela, nos legó la inmensidad de su gloria, para que los demás pueblos de la tierra aún nos consideren, no obstante la barbarie de nuestros gobernantes hasta producirnos un Juan Vicente Gómez, y

nuestra vida de constante abandono por la república y de perpetua adulación a los de arriba, que han traído la desorientación en la vida venezolana. Aprovechando la fecha histórica, al momento de partir dirigí a mis noventitrés compañeros estas palabras:

> ¡Compañeros de armas!
> Precisamente hoy conmemoramos el aniversario de la batalla de Boyacá, en donde el patriotismo y el genio de Bolívar afirmaron la libertad de la Nueva Granada y echaron las bases para la fundación de la Gran Colombia.
> Nosotros damos a la Patria nuestra contribución en este día glorioso; y la damos de manera hermosa y solemne es decir, en la forma que debe agradar a los héroes de nuestra emancipación que lucharon en Boyacá por el altísimo ideal de patria libre; vamos de nuevo a luchar contra la barbarie reinante en Venezuela, la patria de nuestro gran Bolívar que perece bajo la bota férrea y ensangrentada de Juan Vicente Gómez, el asesino de La Mulera.
> ¡Compatriotas!
> Un abrazo muy estrecho en este día de glorias para América, y que los manes de Bolívar y de todos los héroes de nuestra magna Epopeya, nos inspiren y nos protejan en nuestras luchas por la libertad y contra la tiranía.
> ¡Viva la revolución!
> ¡Muera el tirano Gómez!
> El Porvenir (Costa del Meta), 7 de agosto de 1921
>
> E. Arévalo Cedeño

A los tres días de navegación entrábamos de nuevo al Orinoco, para seguir hacia abajo las aguas de nuestro hermoso río, que había sido y era teatro de nuestras luchas contra la opresión. Debíamos navegar de día y de noche para ganar la boca de Arauquita y entrar a las sabanas inundadas del bajo Apure, para evitar ser destruido por los vapores enemigos que constantemente navegaban por aquellas aguas, con el deseo de destruirnos en ellas, y que al fin el Orinoco

sepultara en su seno para siempre nuestros cadáveres y con ellos, la temeridad de nuestra labor revolucionaria.

Atravesamos todo el bajo Apure inundado para caer al río Apure y asaltar la población de Arichuna, en donde pusimos en fuga la guarnición que ahí se encontraba, dando comienzo felizmente a las operaciones militares de nuestra cuarta invasión armada al territorio de la patria. Ya los valientes compañeros que me secundaban con tanta bravura, despertaban el entusiasmo por nuevas victorias, y llenos de fe pasamos al estado Guárico, navegando por sus sabanas, muy hondas, con una rapidez extraordinaria para llegar a Cazorla, la pequeña población que conoció de mi primera protesta armada contra la tiranía, y que después de siete años de constante luchar, me recibía en su seno llena de contento, viviendo algunas horas de libertad, con la presencia allí de los libres, que no más de ciento, eran formidable legión que se aventuraba a todos los peligros, en su deseo de protestar contra la iniquidad reinante en Venezuela.

De Cazorla seguimos para llegar a las Tigras, donde dejamos nuestras embarcaciones, para seguir por la sabana a pie hasta llegar a Faltriqueras; consiguiendo con la maniobra de abandonar nuestros medios de navegación, hacer imposible la persecución del enemigo, que también venía embarcado por la sabana y que tuvo que regresarse, por el temor de ser destruido en tierra. En Faltriqueras cogimos bestias, y ya remontados marchamos sobre el río Manapire, que estaba completamente en estado de inundación, y que nos quitaría dos días con dos noches para pasar. Esta empresa fue tan laboriosa, que teníamos que saltar nadando de árbol en árbol por la inundación, en más de doscientos metros, para llegar al cauce del río, pasarlo, y seguir al municipio Espino poniendo en fuga a los enemigos que estaban allí, y corrían, llevando por todas partes la noticia de que el faccioso Arévalo Cedeño estaba de nuevo en el centro, desafiando el poder de Gómez, y exponiendo a sus iras, a sus tenientes, quienes al correr despertaban la furia de aquél, que no aceptaba que sus esclavos pudieran ser atemorizados por los soldados de la Ley.

La suerte estaba echada. Dejábamos atrás nuestras naves quemadas, porque la inmensidad de inundación nos cortaba la retirada; en veinte y dos días, desde el bajo Meta hasta Las Tigras, habíamos recorrido embarcados más de quinientas millas; y ahora en el centro debíamos luchar hasta esperar que bajaran las aguas, para poder ganar las fronteras, en caso de que no fuéramos destruidos, y que en la destrucción no cayéramos muertos o prisioneros. Estábamos forzados a combatir por seis meses en el centro, y a morir o vencer. Importantes fuerzas de caballería enemigas se aproximaban a nosotros, y las combinaciones, numerosas con espionajes por todas partes, me acechaban en todos mis movimientos; y era necesario que yo ganara la primera victoria, para dominar la situación y poder marchar y contramarchar por todas partes, burlando a todos los enemigos, que ansiosos se disputaban mi destrucción y captura, para corresponder a los ofrecimientos que Gómez muy ingenuamente hacía por mi cabeza.

Llegó el momento esperado por mí, y tocó al coronel Julián Carreño España, quien a la cabeza de una numerosa fuerza enemiga, y acompañado de numerosos jefes, se lanzó sobre mí, con la seguridad de destruirnos, ya que lo favorecía la superioridad numérica y su buena dotación de armamento; pero el coronel Carreño España se equivocó, porque cada uno de mis compañeros, hombres libres, podían combatir con cincuenta esclavos del tirano Gómez y vencerlos con seguridad matemática. Me encontraba con mis fuerzas en Santa María de Ipire, población del oriente del Guárico, a la aproximación del enemigo y abandoné aquella plaza, para ocupar a un cuarto de legua las posiciones de la quebrada de Santa Lucía. Allí me dispuse estrafalariamente a esperar al enemigo, quien seguro de su triunfo atacó en carga formidable y arrolladora. Antes de romper los fuegos arengué a mis compañeros en estos términos:

> El enemigo es muy superior a nosotros en número, pero ellos son esclavos, nosotros hombres libres y tenemos que vencerlo. Uno de nosotros puede combatir con cincuenta de ellos y los vence, porque

ellos son soldados del tirano Gómez, y nosotros somos soldados de la libertad; de esta acción depende la suerte de la revolución y nuestra existencia, y si la perdemos, perderemos la revolución y nuestras vidas. Por lo tanto doy a vosotros esta consigna que debéis cumplir dando la vida en el cumplimiento de ella: "Vencer o morir".

A las nueve de la mañana comenzó el combate, y después de una carga nuestra, de una hora de fuego sin parar, carga verdaderamente formidable y en la cual se hizo lujo, de valor por parte de nuestros soldados, derrotamos completamente al enemigo, el cual, en vergonzosa desbandada corrió por el banco de La Araña, llevando en su carrera y en su desorden el desconcierto a las fuerzas del general Manuel Sarmiento, presidente del estado Guárico, quien a la sazón se encontraba en Valle de La Pascua. ¡Santa María de Ipire! Siempre me han querido tus habitantes, y en los momentos en que yo me preparaba para combatir en aquel memorable 2 de setiembre, tú nos animaste con el entusiasmo de tus aplausos, y al triunfo fue tan grande tu contento, que aquel triunfo fue para ti.

En aquella jornada todos mis compañeros se portaron con el heroísmo de siempre; pero debo hacer mención especial del general Fernando Ramírez, el león del Apure, quien resistió al principio todo el choque del enemigo, lo contuvo y lo cargó para dar tiempo a que todos entráramos en acción; el coronel Marcos Porras, valiente oficial tachirense, muralla del valor y de la subordinación, quien al caer muerto el coronel Rufo Echezuría, heroico jefe del cuerpo "Pío Gil", asumió la jefatura de aquel cuerpo en su carácter de segundo jefe de él, y dio una carga arrolladora sobre el enemigo obligándolo a la desbandada por el ala izquierda; los coroneles Amenodoro Sandoval y Eduardo D'Suze, primero y segundo jefe del cuerpo de espionajes, dos héroes que en su carga cayeron por el centro al corazón mismo del enemigo destruyéndolo por completo; los coroneles Ricardo Gil Garmendia, José A. Cadeville, Antonio José Delgado Gómez, Elías Aponte Hernández y el capitán Smitter Russián, que con el Comando y no obstante estar enfermo el coronel Aponte Hernández, combatieron con su valor acostumbrado; y así

los demás compañeros, que todos supieron honrar con su heroísmo al ideal, salvar la revolución, y cumplir mis órdenes de manera tan admirable y valiente.

Debíamos aprovechar sin pérdida aquel triunfo, marchando rápidamente en persecución del enemigo, y caer también sobre el general Sarmiento para destruirlo. Nunca supimos del cansancio, así como tampoco del desaliento; la actividad era la fuerza de nuestras operaciones; y al siguiente día en la noche, después de veintidós leguas de marcha sin parar ocupamos a Valle de La Pascua, población que había abandonado precipitadamente el general Manuel Sarmiento, y en donde encontré a mi esposa y a mi hijo ya de siete años, y a los cuales desde aquel día dejé de ver por quince años más, ya que en mis tres invasiones subsiguientes, no me fue dado entrar a Valle de La Pascua. Me detuve allí dos días esperando ser atacado por el enemigo; y comprendiendo que ya aquél me respetaba, marché rápidamente sobre Tucupido y Zaraza en busca de otro cuerpo enemigo para destruirlo.

En todas mis siete invasiones, tenía la satisfacción de observar, que la opinión pública me acompañaba en mis luchas, recibiendo en todas partes los agasajos del cariño y del afecto revolucionario. Nadie quería a Gómez, todo el mundo odiaba a Gómez, pero también es verdad que todo el mundo temía a Gómez; pues aquellos agasajos y voces de aliento, no tenían la contribución práctica de que todos los pueblos se movieran contra la tiranía, como era un deber sacratísimo; y la mayor parte de las veces aquellos agasajos eran tributados por las mujeres y por los curas de los pueblos por donde pasaba, quienes me demostraban su afecto por la revolución en forma bastante ostensible y manifiesta. Hubo sacerdotes, como los de Santa María de Ipire, La Pascua, Tucupido, Aragua de Barcelona, Lezama, Sabaneta de Turén y otros, que sus manifestaciones en favor de la revolución fueron tan marcadas por su nobleza, que hago justicia al consignarlas aquí.

A mi entrada a Zaraza, querida y culta población de mis llanos, tuve una satisfacción muy grande. Distinguidas damas de aquella sociedad arrojaban flores a nuestro paso, como un aplauso y un

estímulo por nuestro triunfo de Santa María de Ipire, y por nuestra constancia en el patriotismo y en el cumplimiento del deber. Pero eran damas las que aquellas flores nos dirigían, mientras los hombres, los jóvenes, esperanzas de la patria, permanecían viviendo la tristeza del esclavo, y no venían a engrosar nuestras filas, como se los imponía el deber; prefiriendo vengarse de Gómez, maldiciéndolo muy en silencio en sus tertulias domésticas, y repitiendo los cuentos inventados para ridiculizar a Gómez, como la más alta nota de la agudeza e ingenio, sin darse cuenta, que aquellas ridículas anécdotas eran el grito de impotencia de un pueblo, que no quiso ser masculino, para adorar a la bestia con delirio y con locura. Como una condenación al venezolano esclavo de ayer, y como una demostración de mi gratitud hacia las damas que nos tributaban sus alentadores aplausos, desde mi caballo les dirigí las siguientes palabras:

> Yo acepto esas flores que a mí y a mis valientes compañeros nos arrojan mis bellas amiguitas las zarazeñas, no porque halagan mi vanidad ni la vanidad de los valientes que me acompañan, porque los que luchamos por la causa de la libertad no podemos ser vanidosos; somos ciudadanos conscientes de nuestros deberes y de nuestros derechos. Acepto esas flores muy complacido, en mi nombre y en el de mis valientes compañeros, porque vienen de manos femeninas, las únicas en que creo hoy para la liberación de Venezuela; y para corresponder a esas flores que nos arrojan mis bellas amiguitas las zarazeñas, me voy a permitir darles un consejo: no se casen con los jóvenes de aquí, porque así como los códigos de todas las naciones civilizadas del mundo prohíben el matrimonio de los lázaros, tuberculosos y de todos los que poseen enfermedades contagiosas, así también el código altísimo de la moral revolucionaria, prohíbe el matrimonio de los esclavos, porque los esclavos no pueden dar como hijos ciudadanos libres a la patria, sino manumisos al tirano Gómez.

Estas palabras fueron recibidas con aplausos y demostraciones de entusiasmo por parte de las distinguidas damas, que nos acompañaban con su patriotismo y con sus oraciones en nuestro luchar, en medio de un abandono y de una pobreza tan grande, que si el patriotismo no hubiera estado con nosotros, no hubiéramos podido resistir ni un día a tanta indiferencia y a tantas decepciones. Como se comprenderá muy bien, aquellas palabras mías, como mi lenguaje de siempre como revolucionario, eran en verdad de admonición, pero sin la intención de ofender a mis compatriotas, sino como palabras de crítica amistosa que sirvieran de estímulo y de acicate para despertarles el patriotismo que los horrores de la tiranía le habían matado.

En Zaraza supe que una fuerza enemiga al mando del general Fernando Márquez Fuenmayor, a quien acompañaban varios jefes más, se encontraba en Guasdualito, a veinte leguas de allí; marché precipitadamente sobre aquel punto. Y el 15 de setiembre, a los trece días del combate de Santa María, los asaltamos por la noche y fueron destruidos completamente, cayendo prisionero el subjefe de Estado Mayor, todo el cuerpo de ayudantes; tres jefes de cuerpo, el proveedor y otros oficiales; más de doscientos caballos con sus monturas, armas y algunas provisiones. En aquella jornada se distinguió el general Fernando Ramírez, quien dio el asalto con su cuerpo apoyado por las demás fuerzas. Yo dispuse el asalto en una forma de seguridades completas para que la destrucción del enemigo fuera efectiva. Los soldados de la libertad y de la ley castigaban de nuevo a los sicarios del despotismo, quienes no tenían valor, ni moral, porque les faltaba la inspiración del amor patrio que hace héroes y ennoblece.

Con los triunfos de Santa María de Ipire y de Guasdualito, nos colocamos en una posición ventajosa sobre el enemigo, al cual le infundieron respeto nuestras fuerzas; ya podíamos maniobrar con más amplitud, nuestra fuerza adquirió una moral más levantada, tan levantada que nuestros soldados se creían invencibles, y el enemigo que estaba por todas partes, buscaba la manera de evadir encuentros con nosotros; porque no tenían confianza en sus soldados, y sí creía

en la superioridad nuestra. Si en aquella época, en Venezuela se me ayuda con dos pequeños movimientos más, hubiéramos dominado por completo la situación, nuestros compatriotas hubieran despertado al deseo de colaborar para su liberación, y con el odio que se tenía a Gómez, otra hubiera sido la suerte de la república. Pero estábamos solos, nadie se movía, pues esperaban que nosotros solos derrocáramos a Gómez, sin parque, acosados de enemigos por todas partes, sin llegar a mi campamento jamás un aviso de mis compatriotas que se decían revolucionarios, de cómo estaba el enemigo, y hasta ocultando las bestias en que podía remontarme, para luego ofrecérselas muy voluntariamente a mis perseguidores por miedo, por miedo y por miedo. A Gómez y a sus servidores les temía todo el mundo porque él y ellos actuaban en nombre del terror y la barbarie. A mí y a nosotros los hombres de la revolución, nadie nos temía y todo se nos negaba, porque yo y mis compañeros veníamos, o actuábamos en nombre de la libertad y de la civilización.

Después del triunfo de Guasdualito marché sobre Zuata, en donde dio comienzo una epidemia de gripe en mis fuerzas, la cual me dio a mí también con caracteres bastante agravantes, durante treinta y tres días, en los cuales me vi varias veces de muerte, como lo explicaré más adelante. Marchamos sobre Mapire, a la margen del Orinoco, porque supe que el vapor *Amparo* venía con fuerzas para aquel puerto; y mi operación resultó tan feliz, que una hora después de nuestra llegada a Mapire, se presentó el referido vapor, al cual yo le hice una estratagema ocultándole toda la fuerza y dejándolo llegar al puerto, en donde lo atacamos, saliendo en derrota y no habiendo sido capturado por la imprudencia de un oficial nuestro, pero de todos modos, el vapor se fue derrotado y no pudo cumplir las órdenes que traía, debido a nuestra actividad y a nuestra buena disposición para desbaratar las combinaciones que el enemigo nos hacía.

Contramarchamos sobre Zuata de nuevo, para buscar rumbo al centro y marchamos sobre el oriente del Guárico. En el trayecto, presencié con dolor, la muerte de varios de mis compañeros atacados de gripe, y en un lugar llamado Tres Matas, estuve yo de muerte un día, y me salvé milagrosamente para continuar marcha

castigado todos los días por la fiebre y tan mal del pecho, que parecía estaba tuberculoso. Lo más agravante para la gripe que nos consumía era el invierno riguroso de aquella época; no pudiendo explicarnos cómo pudimos quedar vivos de aquella gran desgracia que nos sobrevino como para dar satisfacción a Gómez con nuestra destrucción.

Pero así como Gómez no podía con nosotros, así tampoco la gripe podía destruirnos, ya que era necesario que nuestra protesta no faltara y que se salvara nuestro movimiento.

Ocho días después de haber salido de Zuata, entramos a Valle de La Pascua de nuevo, siguiendo inmediatamente hacia Altagracia de Orituco, importante población guariqueña que ocupé sin resistencia, porque el enemigo la había abandonado. Estaba en el centro de la república y nadie podía negarnos esta gran verdad, quiere decir, que si después de tantos inconvenientes, de traiciones, de lo que nos hizo el doctor Vargas, sin parque y de la colaboración de la gripe con Gómez, nos encontrábamos a cuarenta y cinco leguas del tirano; que si yo vengo al centro después de mi campaña de Río Negro, directamente, sin haberme encontrado con Vargas, hubiéramos llevado a cabo el triunfo de la revolución, porque, repito, Gómez como poder no existió nunca, lo que existió fue la colaboración que las torpezas revolucionarias tuvieron para con él. Yo siempre creí que Gómez era para los venezolanos el enano de la taberna, que al infundirle pavor a nuestro pueblo, éste una vez dominado no quiso deliberar sobre su libertad, y sólo pensó en los tormentos que usaba el tirano para acabar con él.

Sabiendo que el doctor Luis Godoy, presidente del estado Anzoátegui, venía sobre mí con una fuerza de consideración, me moví de Altagracia con la intención de batirlo; pero aquello fue difícil, porque Godoy no quería encontrarse con nosotros. Marché sobre el oriente de la república pasando por Guaribe, El Valle, Guanape y llegué a Onoto, habiendo pasado la noche anterior una crisis espantosa con la gripe que me consumía. Aquella noche la temperatura me bajó, y fue tanto el estado de gravedad, que mis compañeros esperaban mi muerte para disolverse. Pero Dios

estaba con nosotros y aquel movimiento debía salvarse, dejando bien puesto el nombre de la revolución y nuestro desinterés y sacrificio por servirla.

Calculando que el doctor Godoy iría sobre Aragua de Barcelona, hice desde Onoto una marcha forzada llegando en un día a Aragua, ciudad que ocupé dos horas antes que Godoy pudiera ocuparla, y una vez en posesión de la plaza, mandé a los coroneles Sandoval y Eduardo D'Suze al encuentro de Godoy, cuya vanguardia le tirotearon; pero ya entrada la noche Godoy pudo escaparse para Barcelona, dejando en nuestro poder catorce prisioneros, las máquinas del telégrafo y alguna correspondencia. Al día siguiente muy de mañana seguí la persecución de Godoy, pero éste entró a Barcelona en donde se atrincheró, encontrando también allí refuerzo de tropa.

Como yo no podía atacarlo en Barcelona, porque no tenía municiones suficientes para ella, marché hacia la población de El Carito, para de allí seguir a Clarines y entrar al estado Miranda por la vía de Barlovento, ocupando la población de El Guapo, en donde pocos días más tarde se suicidó el general José Miguel Guevara, quien teniendo una fuerza de Gómez había huido a nuestra aproximación; por lo cual Gómez lo increpó duramente, y Guevara creyéndose perdido se dio un balazo, prefiriendo suicidarse antes que verse deshonrado ante el amo. Los pobres esclavos prefieren quitarse la vida, antes que considerar que si deliberan un minuto siquiera dejan de ser esclavos, son libres, y por lo consiguiente dignificados para el servicio de la humanidad.

De El Guapo busqué a Altagracia y al llegar a Batatal se me incorporó mi hermano el coronel Luis Arévalo Cedeño, con cincuenta hombres también de a caballo, así como era toda mi fuerza; y aquellos hombres eran casi todos juventud decente de San Francisco de Macaira. Al siguiente día se me incorporó también el coronel Santos Rengifo, con treinta y cuatro hombres de caballería, todos oficiales, quienes de antemano estaban de acuerdo con el coronel Rengifo para irse con él a mi campamento. Tanto mi hermano Luis como el coronel Rengifo prestaron colaboración eficaz al movimiento

desde el día de su incorporación, tomando parte muy activa en los combates de Lezama, Sabaneta de Turén, Acarigua y Elorza que se sucedieron después.

Entramos de nuevo a Altagracia de Orituco y marchamos sobre Lezama en donde encontramos atrincherado al general Manuel Sarmiento, presidente del estado Guárico, con quien sostuvimos un tiroteo por toda una noche; y al amanecer hice llamada a Sarmiento para hacerlo venir a las posiciones de Altagracia, en donde seguramente lo derrotaríamos; estuve cinco días esperando el ataque de Sarmiento, pero aquél no abandonó sus atrincheramientos para venirme a atacar, sino para retroceder perdiendo yo la ocasión de haberme puesto en algunas armas, porque aunque el general Sarmiento quien yo sabía combatía, también tenía yo seguridad de que su fuerza estaba desmoralizada y no combatiría en campo raso.

Marché entonces rumbo a Calabozo, y al aproximarme al sexto día a aquella ciudad, el enemigo se encontraba en ella muy bien atrincherado, estando comandado por los coroneles Rodríguez López e Irazábal Rolando, quienes permanecieron en sus trincheras hasta que yo tomé rumbo al estado Cojedes, habiendo pasado por La Puerta de Mapurite a ciento noventa kilómetros de Caracas; a cien kilómetros de Maracay, la guarida del tirano Gómez, de su ejército y de sus cortesanos; pero nadie se movía; todo el mundo contemplaba nuestra lucha con espanto y no podían concebir cómo me acercaba yo a la guarida de la fiera. Para ellos esclavos, eso era cosa sobrenatural, porque ellos querían tener miedo y podían hacer de su miedo lo que les daba la gana; para nosotros, hombres libres, aquello era cosa muy sencilla y natural; nosotros éramos ciudadanos dignos y como la dignidad es la madre augusta del valor, éramos valientes y muy convencidos de nuestros deberes para con la patria y de nuestros derechos de venezolanos conscientes.

A mi llegada a La Puerta de Mapurite tuve por segunda vez la noticia que supe cuando me encontraba en Libertad de Orituco, hacía un mes, de que el Gobierno americano pedía a Gómez la libertad de los presos, convocar el país a elecciones y abrir las puertas de la

patria a los desterrados. La primera vez que recibí aquella noticia, al entrar a Libertad de Orituco, tomé los aparatos de la oficina telegráfica y dirigí a Juan Vicente Gómez el siguiente despacho, que yo mismo transmití a la oficina de Altagracia de Orituco:

> General Juan Vicente Gómez, Maracay. Han llegado noticias a mi campamento de que el Gobierno americano obliga a usted a abandonar el poder, libertar a todos nuestros compatriotas encarcelados, abrir las puertas de la patria a todos los desterrados y convocar al país a elecciones. Patriota como soy, convengo en que usted haga lo que se le impone, porque es lo humanitario, lo civilizado y lo republicano; pero debo protestar por la intervención de un poder extranjero en los asuntos internos de nuestro país. Es decir, que combatí contra usted y seguiré combatiendo contra los americanos del Norte, porque la herencia de Bolívar es única, indivisible y no permite intervención. Su compatriota que jamás ha sido su amigo.
>
> E. Arévalo Cedeño

Recuerdo mucho que el operario a quien le transmití ese despacho, no encontraba cómo manifestar su estupor por estar trabajando conmigo, y en su confusión, cuando fue a darme el "bien", que es la palabra de recibo en el telégrafo, en lugar de transmitirme esa palabra, lo que me transmitía eran signos repetidos de admiración. Al saber por segunda vez la noticia en La Puerta, me dispuse para lanzar mi protesta por la prensa al entrar a una población donde hubiera medios para ello, como lo hice al llegar a Acarigua, en donde encontré la misma noticia y ya con la seguridad de que era muy verdadera.

Mi paso al estado Cojedes destruía por completo todas las combinaciones que me hacían las numerosas fuerzas del enemigo que operaban contra mí, con la gran rabia de Gómez, que no podía tolerar que nosotros no fuéramos destruidos, que ya yo no estuviera prisionero, y como prisionero, ejecutado. La característica de Gómez era la maldad, y aquel hombre, o para mejor decir, aquella

fiera, no estaba jamás contento si había algún enemigo de él que estuviera en pie. En aquella invasión me tocó entrar a sesenta y nueve poblaciones de ocho estados, y en las que tenían oficinas telegráficas, encontraba telegramas fulminantes para sus militares esclavos, que eran mis perseguidores, como también para los particulares a quienes atemorizaba con amenazas si aquéllos se dejaban quitar las bestias para remontarme.

El paso del río Pao para llegar a Cojedes era una empresa de gran trabajo y allí pasé dos días para atravesar el mencionado río, corriendo el riesgo de ser destruido durante el paso, porque mi fuerza estaba dividida en ambas márgenes, y si el enemigo se presentaba encontraría que nuestra inferioridad numérica lo animaría para atacarnos de firme, y destruir la mitad de mi gente, ya que carecíamos de parque para resistir mucho tiempo.

Al fin atravesamos el Pao felizmente, y su paso era un triunfo para nosotros porque ganábamos tiempo en nuestras operaciones sobre el occidente de la república, para ganar las fronteras en retirada magnífica, que yo recomiendo a nuestros militares analizar. Aquella retirada desde Altagracia de Orituco en cincuenta y dos días de marcha, con cuatrocientos hombres de caballería, mal a caballo, sin municiones y con un enemigo numeroso y constante por todas partes, y solo, completamente solo en el territorio de la república, viniendo al corazón de ella, creo que merece tomarse en cuenta, para sacar en conclusión, que los milagros del patriotismo son de una trascendencia tan grande, que llegan hasta lo imposible. Para complemento de tantas penalidades iba yo gravemente enfermo, al extremo que los médicos del trayecto decían que estaba completamente tuberculoso, y también iban enfermos más de doscientos de mis compañeros que habían sido víctimas de la gripe; pero así vencimos en todas partes, y en aquella retirada memorable, bajo un invierno muy copioso y por las sabanas inundadas, no perdimos ni un hombre, ni una bestia dejada al enemigo, porque marchamos con el aplomo de confiados y de vencedores.

Teníamos encima de nosotros a las fuerzas de los estados Anzoátegui, Guárico, Cojedes, Portuguesa, Zamora y Apure; pero en honor

a la verdad y en deshonor de mis perseguidores, debo decir que todo aquel gran séquito de presidentes de estado y de generales que andaban detrás de nosotros, tenían mucho miedo, y aunque deseosos de complacer a su amo el tirano Gómez, el instinto de conservación los obligaba a ser prudentes para evitar la derrota, que era la pérdida de la confianza y de los favores del hombre de Maracay, lo cual constituiría la desgracia de ellos.

Al pasar a Cojedes marchamos apresuradamente a ocupar El Baúl, para poner otro obstáculo al enemigo con el paso del río Portuguesa. Ocupamos a El Baúl felizmente y seguí marcha sobre la población de Sabaneta de Turén para pasar el estado Portuguesa. Dos leguas antes de llegar a aquella población y en el corazón de la montaña, nos encontramos con el enemigo al mando del general Vicente Hernández, el cual había ofrecido momentos antes de salir de Sabaneta, que salía a mi encuentro con la seguridad de derrotarme y de hacerme prisionero, pero estuvo el referido general Hernández en desgracia con su afirmación; pues en una sola carga que le dieron los cuerpos del general Fernando Ramírez, de los coroneles Sandoval y D'Suze y de mi hermano Luis, todas sus ilusiones vinieron a tierra, y hasta él mismo también vino porque por el flanco izquierdo por donde atacó mi hermano venía el general Hernández, viéndose tan acosado que tuvo que echarse a tierra, dejar su mula e internarse a pie en la montaña para poder salvarse. Entramos vencedores a Sabaneta de Turén, cuya población nos recibió entusiasmada y en donde puse en libertad unos cuantos presos políticos, que estaban allí por sospechas revolucionarias, según el decir de los agentes de la tiranía, pero que no eran otra cosa sino inocentes compatriotas que iban a la carretera a trabajar, para llenar más de dinero al monstruoso sindicato de la expoliación que se llamó Juan Vicente Gómez & C°.

Nuestra actividad era asombrosa, casi ni comíamos, y al hacerlo lo hacíamos marchando, porque al saber del enemigo salíamos a su encuentro para abrirnos paso, tener siempre nuestra moral levantada, y aumentar más el temor que nos tenía aquél. Seguimos, pues, inmediatamente para Acarigua, capital del estado Portuguesa, y al siguiente día, y después de marcha muy forzada, llegamos a la puerta

de aquella ciudad, en donde encontramos una fuerza enemiga al mando de un coronel Peña, coriano, y de un coronel Rangel, tachirense. Estos caballeros salieron a mi encuentro, haciendo la misma promesa que antes había hecho el general Hernández al salir de Sabaneta de Turén; pero por desgracia para ellos vinieron a colocarse en una pequeña llanura que hay al entrar a Acarigua, en donde el cuerpo nuestro "Centauros de Páez", al mando de los coroneles Amenodoro Sandoval y Eduardo D'Suze, le dieron una carga fulminadora, cayendo prisionero el coronel Peña y corriendo Rangel hacia la población de Araure, hasta donde lo persiguió mi hermano Luis que ocupó aquella plaza al mismo tiempo que entrábamos vencedores a Acarigua, la patriota y simpática Acarigua, que nos recibió con demostraciones de júbilo, al extremo que todavía se oían los disparos en las calles, y los habitantes de aquella población salían a fuera sin temor para felicitarnos, y una de las señoritas me entregó un ramo de flores, diciéndome estas palabras: "Viva la revolución y que Dios los proteja para que sigan luchando por nuestra libertad"; el ejemplo y el valor de aquella joven y bella muchacha me hizo ver el alma de Venezuela encadenada, me felicité por mi actitud y mentalmente repetí este pensamiento de nuestro Libertador: "El que abandona todo por ser útil a su patria, no pierde nada y gana cuanto le consagra".

Como digo atrás, en Acarigua supe también que el Gobierno americano hacía a Gómez las imposiciones de que ya he hablado, las cuales resultaron falsas, pero se decían con tanta insistencia y con demostraciones de tanta verdad, que la generalidad las creyó, y que yo rechazaba en nombre del patriotismo y de la dignidad de la república, publicando allí la siguiente:

Alocución
¡Al pueblo de Venezuela! ¡Al pueblo portugueseño!
¡A mis compañeros de armas!
Un deber de sinceridad para con vosotros me obliga a daros cuenta de la labor revolucionaria en los estados en donde le ha tocado actuar a la fuerza que milita bajo mis órdenes, y que de victoria en

victoria, ha sabido castigar a los ladrones infames que, usurpándose el nombre de gobierno con el salteador Gómez a la cabeza, han acabado con nuestra infeliz Venezuela.
Hemos triunfado en todas partes, y los campos inmortales de Río Negro, Cenizas, Guasdualito, Campo Alegre, Bruzual, Santa María de Ipire, Guasdualito, Cuchivero, Lezama, Turén, Acarigua y Araure, son testigos de como es el empuje de nuestros valerosos soldados que, inspirados en el santo amor a la patria, vienen a romper el yugo de la más afrentosa de todas las tiranías.

Compañeros de armas:
El Gobierno americano obliga al salvaje Gómez a la entrega del poder, pero nosotros no cargaremos con la vergüenza de que una potencia extranjera nos haya quitado de encima al déspota maldito; no, nosotros estuvimos, estamos y estaremos de pie contra la dictadura cuya espantosa caída es un hecho verdadero en estos momentos, y contra cualquier poder extraño que venga a arrebatarnos la herencia sagrada de nuestros Libertadores; quedándonos la satisfacción de que nuestros fusiles libertadores saludan hoy con sus potentes descargas el advenimiento de la república.
No hemos estado de rodillas un momento, no somos esclavos, no somos abyectos, no somos canallas; hemos sido en medio de la espantosa dictadura, ciudadanos libres de una república que queremos libre, hombres de honor, hombres dignos, que sostuvimos con robusta mano la gloriosa bandera de nuestro gran Libertador.
Habitantes de Acarigua y de Araure:
La nueva situación trae un acervo de esperanzas para nuestro engrandecimiento patrio, garantías para todos, olvido de nuestros errores, perdón para los que ciegos por el servilismo han cometido toda clase de ultrajes a la patria, prosperidad en las industrias, libertad de prensa y de elecciones, y nuestra Venezuela feliz, sin grillos, sin cadenas, sin robos, sin adulaciones, y sin déspota tan soez como el despreciable Juan Vicente Gómez.

Aprovechemos esta nueva situación, y unidos en una verdadera confraternidad entremos de lleno a laborar por la grandeza de nuestra amada Venezuela.

¡Compatriotas!

Yo, el último de los venezolanos, pero entusiasta como el que más por la causa de la libertad, os felicito en el resurgimiento de la república y en nuestra vida de garantías.

Araure, 26 de noviembre de 1921

E. Arévalo Cedeño

La publicación de esta alocución, impresa en los talleres tipográficos de nuestro inteligente y celebrado actor Teófilo Leal, costó muy cara al distinguido compatriota, gloria del teatro nacional; porque, al abandonar nosotros la plaza, y entrar a ella el enemigo, fue encarcelado y enviado a Puerto Cabello. Era necesario sostener el terror en el alma venezolana para que Gómez se mantuviera en el poder. Hubo compatriota que por el solo hecho de decir que había visto un periódico revolucionario, estuvo en el Castillo ocho años, con un par de grillos de setenta libras. Por supuesto, el venezolano que sabía lo que había pasado a los otros que habían intentado siquiera decir que Gómez estaba viejo no quería ni que nombraran al tirano en su casa, no quería ni pensar en que existía, pero sí aceptaba pacientemente su dominación y sus crímenes, porque como el esclavo no delibera, no hay peor yerro que la inconsciencia del esclavo.

Acarigua hizo galas de su fervor revolucionario. Se nos atendió de todos modos y se nos ayudó en todo lo que aquellos compatriotas pudieron; y por una exigencia especial del comercio acepté esperar los vestidos que habían mandado hacer para toda la fuerza, no obstante estar en toda la carretera muy cerca de Maracay, y con numerosas tropas en mi persecución. Salimos de Acarigua rumbo a la Aparición, municipio de aquel distrito, adonde entramos por la tarde, después de poner en fuga a una pequeña guarnición que allí había; ocupando quinientas carretas pertenecientes a la

familia Gómez, que con quinientas mulas tenían trabajando en la sección de carretera entre Acarigua y la Aparición, es decir, apenas cincuenta kilómetros de carretera. En una nota escrita que encontramos en la oficina de la carretera, pudimos ver, que la distribución de aquellas carretas, que ganaban a veinticinco bolívares por día principiaban por sesenta que eran del viejo Juan Vicente Gómez, sesenta de Dionisia Bello, cincuenta de José Vicente Gómez, y así sucesivamente la distribución de ellas, hasta el último de aquella bárbara familia de bastardos y ladrones, raza de víboras, que fue para Venezuela la reunión de las siete plagas de Egipto con los ciclones terribles de los mares antillanos. Me dijeron en aquella pequeña población que en todas las secciones de carreteras, estaban las carretas de la familia Gómez, y que hasta el papelón y el queso que vendían a los trabajadores, a los pobres presos, que sufrían las torturas de aquel trabajo forzado de la tiranía, eran también de la bastarda familia. Aquella gente estaba loca de sangre y de robos y por lo tanto asesinaba y robaba.

Marchamos sobre Arismendi al día siguiente de haber ocupado la Aparición, y a los tres días de marcha en las inmediaciones de aquella población, sorprendimos a una pequeña caballería enemiga, la derrotarnos completamente, y obtuvimos el gran triunfo de quitarle trescientos caballos y digo gran triunfo, porque aquellos caballos tenían la alta significación de ser nuestros salvadores, ya que nuestras bestias estaban casi agotadas y necesitábamos de remontarnos urgentemente, para ganar las costas del Apure, pasar aquel gran río y entrar de lleno a la pampa abierta de aquel estado, lo cual constituía la salvación de nuestra cuarta calaverada patriótica, que ya estaba próxima a finalizar con admirable coronación.

Un día decía yo a mis valientes compañeros que aquella retirada la iba yo conduciendo, como si llevara en mis manos por entre mil peligros una compotera de cristal, y que la colaboraran más y más conmigo, con el patriotismo de siempre de ellos, y con la disciplina y cariño que tenían por mí para que aquella compotera de cristal, que era el honor de la revolución de las fronteras de

Casanare y Arauca, no se rompiera en mis manos. Mis compañeros, que no encuentro cómo elogiar, porque fueron tan valientes como abnegados, supieron secundarme de una manera tan heroica como juiciosa, que hasta los que acostumbraban antes tomar aguardiente, renunciaron el trago, a fin de llenar a cabalidad los grandes deberes que tenían contraídos para con la patria. En honor a la verdad, yo debo decir que mis subalternos de las fronteras fueron verdaderos patriotas, hombres rudos pero que sabían interpretar muy bien el ideal de una nueva Venezuela, es decir, verdaderos revolucionarios del tipo de aquellos que acompañaron a Páez, porque los que me acompañaban a mí, eran sufridos hasta la exageración, eran desinteresados con verdadera abnegación, y tan valientes que tocaban los límites de la temeridad.

Llegué muy enfermo a Arismendi, y mi enfermedad era bien extraña, porque según me dijo el médico, un distinguido doctor valenciano que allí se encontraba, aquello era una manifestación de la gripe en forma que él no conocía. El pecho se me había hinchado exteriormente hacia el lado de la tetilla izquierda y escupía la sangre con bastante abundancia. El doctor en referencia, quien era bastante revolucionario, me auscultó muy bien los pulmones, y me dijo que él no encontraba nada de particular en ellos, y que aquella inflamación externa del pecho debía ser una reacción de la congestión que tenía en los bronquios. Yo di orden de pasar el río Guanare esa misma tarde, para dormir esa noche del otro lado, donde había un vecindario muy grande, y yo podía pasar la noche allí acampado con la protección de aquel gran río y así, aplicarme la medicación que aconsejó el doctor, que fue de fomentos muy calientes sobre el pecho. La fiebre toda la noche fue muy alta, pero a las cinco de la mañana moví mi campamento rumbo hacia el paso de El Samán sobre el río Apure, el cual debíamos tomar a toda costa, si era que el enemigo estaba allí, porque aquel paso nos daba la entrada al estado Apure y la conquista felizmente de las fronteras. La compotera de cristal no debía romperse, porque allí estaba el honor de la revolución, y nosotros éramos revolucionarios, y como revolucionarios patriotas.

Cinco días más de marcha, y al fin el cuerpo de espionajes "Centauros de Páez", ocupó el paso de El Samán sobre el río Apure, felizmente, dos horas antes de mi llegada con el resto de la fuerza; pero el coronel Sandoval, jefe de aquel cuerpo, encontró que allí no había enemigo, pero que aquel al abandonar el paso se había llevado las embarcaciones, y que para conseguir otras era necesario pasar el Apure a nado y cogerlas del otro lado.

Poco rato después llegué yo y el coronel Sandoval me dio las novedades de que no había embarcaciones en el paso. Yo conocía muy bien la resolución y el valor de todos mis compañeros, como también sus deseos de sacrificarse por nuestra causa, y aunque con fiebre, me desmonté de mi caballo y le dije al coronel: "Bueno, vamos a coger las embarcaciones del otro lado, y yo voy con ustedes"; el coronel Sandoval y todos los del cuerpo "Centauros de Páez", que eran llaneros de pura cepa, me dijeron: "No, usted no va, porque nosotros le garantizamos que cogemos las embarcaciones ya"; en ese momento el coronel Sandoval y su segundo jefe el coronel D'Suze escogieron catorce hombres del cuerpo, y se tiraron al agua a nado, con la mano sobre el anca de sus caballos, para realizar una proeza, que nos iba a decir que la toma de las Flecheras por Páez se repetía de nuevo, pero más magnificada, aún, porque las Flecheras estaban en el medio del río, cuando Páez ordenó tomarlas, y los llaneros de 1921, patriotas como los de nuestra cresta de emancipación, iban atravesar todo el Apure para coger las embarcaciones que constituían la salvación de la compotera de cristal de nuestro patriotismo y de nuestro honor.

Aunque dominado por la fiebre, yo no pude resistir a la sugestión de presenciar aquel acto heroico de valor, y enfoqué mi anteojo de campaña sobre mis compañeros que tan heroicamente desafiaban la muerte. Mil metros de nado, y aquellas aguas del Apure plagadas de caimanes hambrientos. Aquello era una proeza. Aquello era un acto del heroísmo. Y vieron nuestros ojos el magnífico espectáculo real, verdadero y más magnífico que la toma de las Flecheras, hazaña grandiosa que fue una de las tantas que en el expediente de su vida de héroe, junto con la de Las Queseras del

Medio, encontró la inmortalidad sobrenaturales, en la glorificación de Páez.

Una hora larga de nado, y con ella la terrible disyuntiva de la voracidad de los caimanes. Ésa era mi angustia y la de todos mis compañeros, siguiendo aquel espectáculo, en que catorce de los nuestros con sus manos sobre las ancas de sus nobles caballos pasaron el Apure, en mil metros de nado, y arrogantemente hacían pie del otro lado, poniendo en fuga a la policía de El Samán, que llena de estupor al presenciar tan magna hazaña, corrió abandonando las embarcaciones a nuestros héroes, que pocos momentos después regresaban, satisfechos de haber cumplido la consigna que les había dado para salvar nuestro ejército, y entonando nuestras coplas llaneras que son el canto a la bravura y el sufrimiento del hijo de la pampa que sabe del recuerdo de sus gloriosos antepasados, imitando sus virtudes en el trabajo, y que así como tiene el culto al patriotismo, tiene la nobleza del sacrificio de su vida para el reclamo de las causas justas.

Regresaban contentos nuestros compañeros con las embarcaciones, y se procedió a verificar el paso del río con actividad y orden; y al día siguiente por la tarde, cuando más de la mitad de la fuerza estaba ya del otro lado, se presentaron dos vapores enemigos cargados de tropa, los cuales al vernos ocupando las dos márgenes del río, retrocedieron precipitadamente, para desembarcar más abajo, a una legua de distancia y disponerse a atacarnos. Yo activé el paso del río, y una vez terminado marché a la pampa abierta al sitio de Mucuritas, a media legua de nuestro desembarcadero; para formarnos allí en batalla y esperar el ataque del enemigo. Eran las seis de la tarde, y había una luna llena majestuosa. Evocando el recuerdo de la jornada gloriosa, que hacía un siglo había llevado a cabo allí, en aquel mismo sitio, nuestro Páez inmortal, le hablé a mis compañeros diciéndoles lo siguiente:

> Aquí venció Páez a las tropas del Rey de España ya hace un siglo; y las venció por la causa santa de la libertad de Venezuela. Aquí venceremos nosotros hoy a las tropas mercenarias de Gómez, y las

venceremos por la causa santa también de la liberación de nuestra patria. No hay más consigna, sino que agregar una victoria más a la lista de honor de nuestros triunfos, para tener como recompensa la satisfacción de saber que hemos cumplido con nuestro deber.

Organizados en batalla y firmes estuvimos allí, en el campo inmortal de Mucuritas, esperando el enemigo para vencerlo en nombre de Bolívar y de Páez y para la salud de la patria. Hasta las ocho de la noche estuvimos esperando el enemigo, pero aquel no quiso venir. Habíamos conquistado el Apure, nuestros numerosos enemigos quedaron todos burlados, el tirano Gómez muerto de rabia y desesperación porque en aquella vez tampoco pudo capturarme; y delante de nosotros la llanura inmensa teniendo para nosotros las fronteras de Colombia, en donde ahora sí podíamos entrar libremente, porque íbamos dignificados por nuestros sufrimientos, por nuestros triunfos, y por haber servido a la patria con el amor que deben servirla los que en verdad sabemos quererla.

En seis días más estábamos frente Elorza, allí en aquel paso del Arauca, en donde se había consumado hacía pocos meses la traición de los que fueron nuestros compañeros, quienes ahora avergonzados verían que lo único que queda en pie en el mundo siempre es la verdad, que como la suprema expresión de Dios sabe protegernos en nuestras luchas por el ideal, así como también sabe imponer la sanción sobre la cabeza de los traidores y de los egoístas.

Pasamos pronto el río Arauca, fuimos recibidos solemnemente en Elorza. Todo el mundo allí estaba contento, y al marchar poco después para internarnos en el Arauca, fuerzas enemigas se presentaron al paso, hicieron algunos disparos; nosotros contestamos de la margen donde ya estábamos, llenos de contento porque habíamos salvado nuestra fuerza, habiendo conquistado para ella el derecho de asilo de una manera honrosa y gallarda. No íbamos a Colombia a ocultar vergüenza de derrotas; íbamos, al caer en brazos de los compañeros que ansiosamente nos esperaban, a contar proezas, a relatar las cosas increíbles de una campaña que batió el récord de lo magnífico y de lo heroico; íbamos a tomar un

ligero descanso para volver de nuevo a la lucha, llevando inscrito en nuestra bandera nuestro lema de siempre: ¡Vivir para luchar por la libertad y por la causa de la República!

Capítulo VII

De nuevo en el destierro.—Lo que fue la revolución en el interior del país.—Lo que fue la revolución en el exterior.—La labor infame de los diplomáticos y cónsules del tirano Gómez en el exterior.—Años de 1922 y 1923

El 16 de diciembre de 1921 hacía mi entrada a las sabanas de Arauca, a la cabeza de mis valientes compañeros, apenas a quince cartuchos cada uno, desnudos, enfermos y mal a caballo. Ése era el balance de nuestra campaña del año de 1921, la cual tuvo como coronación gloriosa, la memorable retirada en cincuenta y dos días, desde Altagracia de Orituco hasta el Arauca colombiano, por entre los fuegos del enemigo, mil penalidades, enfermedad mortal que consumió nuestras fuerzas, que dejaba mi salud tan empobrecida, que yo era una ruina fisiológica, y que nos arrebató a más de treinta compañeros, que murieron con la tristeza de no haber caído víctimas del plomo de la tiranía, antes que por la fatalidad del flagelo terrible que acababa con nosotros, y que un día me hiciera exclamar lleno de desesperación lo siguiente: "Parece mentira que Dios se haya aliado a Gómez para acabar con los patriotas".

En las sabanas de Arauca encontré al doctor Carmelo París y a los demás amigos que había dejado a salvo en territorio colombiano, cuando en el mes de agosto de aquel año, me desprendí para dar comienzo a la campaña que acababa de terminar poniendo muy en alto el nombre de la patria y el de la revolución. Aquellos buenos amigos y compañeros nos recibieron con entusiasmo indescriptible; y el doctor París recibió las armas de la revolución, las cuales debía guardar, poniéndolas en manos de compatriotas honrados, que supieran ocultarlas y salvarlas para el día, muy próximo, en que de nuevo volveríamos a invadir inspirados por nuestro patriotismo

y por nuestra incansable tenacidad, para luchar por la patria que anhelábamos ver libre y respetada por siempre.

Me ocupé de colocar en los diferentes hatos de aquella importante región ganadera de Colombia, en donde todos sus habitantes son mis amigos, y en donde, más de una vez, he recibido el apoyo necesario para seguir adelante en mis luchas con invariable entusiasmo y decisión, y en donde encontré siempre el apoyo de patriotas como Isidro Núñez, digno maracaibero y otros, a todos mis compañeros, que debían trabajar para ganar el pan, mientras yo, al reponer mi salud, seguía al exterior, con un mundo de ilusiones, a solicitar de los venezolanos pudientes lo que pudieran darme, para dar satisfacción a los anhelos de libertad y de justicia del pueblo venezolano, que vio por muchos años una luz de orientación para llegar a la tierra de promisión de sus libertades, en aquella oposición que fue nula, sirviendo sólo para afianzar a Gómez. Cumplido aquel deber para con mis valientes compañeros, por prescripción facultativa, y con la ayuda del doctor París, salí para la pequeña población de El Banco situada en la estribación de los Andes colombianos. Allá iba acompañado del noble amigo y valiente revolucionario, idealista perfecto, el general don Cándido de Armas, y de dos ordenanzas de mi confianza, José Armas y Gregorio Pérez, a recuperar mi salud, respirando el aire helado del Nevado del Cocuy, gigante enorme de la cordillera andina colombiana, coronado de nieves perpetuas, que ha hablado a los siglos de la majestad de la obra del Creador, de la cual es maravilla de bellezas y trabajo perfecto de sugestión por la omnipotencia de su grandeza. Dos meses estuve en El Banco; mi salud mejoró notablemente y quedaba desvirtuada la creencia de que yo estaba tuberculoso, y de que mis actividades contra Gómez habían terminado, por la voluntad de la peste blanca que habría hecho lo que no pudieron hacer los servidores del tirano.

De aquella campaña me quedó el perfecto conocimiento de que en el interior del país jamás se pondrían en armas contra la tiranía de Gómez, porque nuestros compatriotas, esclavos atemorizados, todo lo esperaban del esfuerzo del exterior, renunciando

por completo a sus derechos de hombres libres sin pensar en que, como dijo nuestro Libertador: "No hay poder humano que sea capaz de sojuzgar a un pueblo que quiere ser libre y que merece serlo"; y olvidando que la Independencia, la Federación, el Legalismo, y todos los movimientos armados que han derrocado dictaduras en Venezuela, jamás obtuvieron ni esperaron ayuda del exterior, porque como nuestro pueblo en aquellas épocas no estaba degenerado, se iba a la manigua, es decir, a nuestras pampas y montañas, pero todos a una voz, a luchar contra los conculcadores de derechos, por su libertad y por la seguridad de sus hogares.

No me cansaré nunca de repetir, con un dolor muy grande de patriota, que durante la tiranía de Gómez, a quien el venezolano odiaba a muerte, pero a quien también temía hasta morir de miedo, mis compatriotas no existían para la protesta por el derecho y por la libertad; sólo tenían voluntad para maldecir el tirano en silencio y para adular hasta tocar los límites de lo inexistente en el vocabulario de la cortesanía, que tan caro ha costado a la república, y que es deber de patriotismo y de seguridad acabar para siempre en Venezuela.

Recorrimos sólos sesenta y nueve poblaciones de ocho estados de la república; en todas ellas pudimos ver que sus habitantes simpatizaban con nuestro ideal, y que eran revolucionarios de corazón; pero nadie nos proporcionaba ni un revólver siquiera, nos escondían las bestias, para darlas voluntarias después al enemigo; hubo poblaciones en donde no era posible obtener nada en dinero ni para satisfacer las más urgentes necesidades de los valientes que me acompañaban; jamás llegó a mi campamento ninguna noticia de dónde se encontraba el enemigo, y lo que es más grave aún había amigos míos muy queridos que para salvarse de las sospechas con los agentes de la tiranía, se prestaban voluntarios para servir de prácticos al enemigo asegurando a aquél, que los servicios de ellos y su pericia como conocedores del terreno era una seguridad para capturarme. La revolución no existía en el interior del país; Venezuela estaba muerta, Venezuela vivía la tranquilidad imperturbable del Mar Muerto, teniendo en el fondo las aguas cenagosas

de nuestra corrupción, y en la superficie de ellas la barca del tirano y de toda su familia pintada con la sangre de nuestros diez mil compatriotas asesinados por ellos, y navegando viento en popa y a toda vela, cargada con todas nuestras riquezas nacionales, producto del asesinato y del pillaje.

En noviembre de aquel año, encontrándome en Altagracia de Orituco, y ya para dar principio a mi retirada sobre la frontera, llegó a mi campamento un buen amigo y antiguo condiscípulo mío. Aquel amigo me manifestó que venía en comisión de algunos comerciantes y personas pudientes de Caracas, a decirme que me sostuviera a todo trance, que no me dejara destruir y que esperara que ellos iban a reunir un dinero para enviármelo. Lleno de indignación le respondí al amigo comisionado lo siguiente:

> Mira, a ti te creo todo lo que me dices porque sé que eres mi amigo de la infancia y mi compañero de bancos del Colegio; pero te encargo decir a los mentirosos que te han escogido como instrumento de sus mentiras, que dónde existen fábricas de armas y de municiones aquí en el país para yo comprarlas; que si yo voy a tirarle a Gómez billetes de banco o bolívares en lugar de plomo que es lo que debo tirarle; y que por qué no me mandaron ese dinero que me ofrecen, al exterior, en donde bastante lo necesitaba para comprar elementos y en donde muchos de ellos jamás pude ver, huyéndome como se le huye a un leproso, por terror a los ministros diplomáticos y cónsules del tirano Gómez.

El amigo portador de la comisión me dio la razón, y con sus ojos en lágrimas me dijo:

> Tienes razón, Emilio, este país está perdido; sálvate, defiéndete, y si caes muerto aquí en esta tierra, luchando por la libertad de ella, yo te envidio porque no has sido esclavo como nosotros, y porque mueres como hombre libre y cumpliendo con tu deber.

Ya restablecido, salí de la pequeña población de El Banco y en veinte y tres días de marcha, atravesando los páramos de los Andes colombianos, llegué a las costas, muy de incógnito, porque el Gobierno colombiano me perseguía atrozmente para entregarme a Gómez, atendiendo a solicitud muy urgente del tirano, que era objeto de todas las complacencias de los gobiernos extranjeros, que jamás se dolieron de la desgracia venezolana, porque de ella sacaron partido para sus pueblos, como también para muchos de los personajes que integraban aquellos gobiernos, para quienes el oro de nuestra patria fue bendiciones del cielo que recibían en pago de servicios de ruindades y de complicidad.

Me encontraba en Cartagena en el mes de marzo de 1922, y no podía tomar un vapor porque no tenía pasaporte. Era pues imposible salir y había que inventar algo para irme de Colombia, ya que era peligroso permanecer allí, pues al ser descubierto, sería entregado a Gómez inmediatamente, ya que eran muy marcadas las actividades de los Gobiernos colombianos para complacer las exigencias de Gómez, cuya existencia en el poder, podemos decir se debe a ellos, como también a los de otros países, que nos expulsaban, nos internaban, nos confinaban y nos encarcelaban de una manera inhumana por el solo hecho de ser patriotas y de ser enemigos de la tiranía a la cual consideraban como el Gobierno legítimo de la República de Venezuela. Deshonra eterna será para los Gobiernos conservadores y liberales de Colombia, la tarea innoble de entregar asilados, a la cual se dedicaron durante los largos y sombríos días de la tiranía venezolana. Yo creo firmemente, que la diplomacia es el gran mal de los pueblos, y que el día que sean eliminados esos señores diplomáticos, que juegan la suerte de los pueblos danzando y tomando té, entre los cuales se pueden seleccionar muy pocos que saben llenar a cabalidad su alta misión ese día, repito, los pueblos serán felices porque no existirán tiranos y porque el espectro aterrador de las guerras internacionales y de las guerras civiles, dejará de ser el enviado de Marte para destruir los pueblos y para entronizar la ruina y la destrucción.

Me valí de arbitrios y me hice reconocer como ciudadano costarricense, por el cónsul de aquella república en Cartagena, el interrogatorio fue largo y yo supe contestarlo con pruebas convincentes de que yo había nacido en Puerto Limón, y de que era sobrino del padre Villanea, sacerdote muy virtuoso, a quien había conocido en Arauca y a quien le debía muchos favores. El padre Villanea es costarricense, y sirve en el Vicariato Apostólico de Arauca. Yo hice uso del nombre del sacerdote amigo, como podía haberlo hecho de otra persona cualquiera que fuera costarricense, ya que en ello no iba ningún compromiso para él, y sí era un medio para yo obtener de manera honesta mi pasaporte para salir de Colombia rumbo a la República de Panamá. En Panamá me encontré en la ciudad de Colón, con el ilustre compatriota, doctor Pedro José Jugo Delgado, notable médico venezolano, patriota sin igual, cuya amistad desde que lo conocí, sería una protección y un aliento para mis ideales de luchador por la libertad. Aquel generoso amigo, quien en unión del apreciable compatriota Luis Felipe Navas y otros más tenía allí una organización que se llamó Partido Republicano Venezolano, me recibió muy bien y me ofreció su colaboración para todo aquello que fuera por el bien de Venezuela. Había llegado sin dinero alguno, pero el doctor Jugo Delgado me ayudó para mis necesidades, y me prestó sus cuidados profesionales con los métodos modernos de la ciencia, para mejorar mi salud, y me puso en contacto con los compatriotas que allí existían. Desde allí dirigí a los representativos revolucionarios que se encontraban en Nueva York, la siguiente carta:

Panamá, 11 de setiembre de 1922

Señores Doctores J. M. Ortega Martínez, Leopoldo Baptista, Francisco H. Rivero, Generales Arístides Tellería, Régulo L. Olivares, R. M. Carabaño, F. Linares Alcántara, Asunción Rodríguez

Nueva York

Después de una larga y feliz campaña contra la dictadura de oprobios imperante en nuestra patria, y después de una injusta persecución que me hiciera el Gobierno de Colombia presidido por el

señor general Jorge Holgin, y que tuvo como base las iniquidades de los doctores Diego Bautista Urbaneja y Domingo Antonio Coronil, agentes del dictador Gómez en la ciudad de Bogotá; después de todo esto, acabo de llegar a esta ciudad en viaje para los Estados Unidos, lleno el corazón de patrióticas esperanzas por la salvación de Venezuela, que nos pide a grito su libertad.

Y es con tal fin que me dirijo a ustedes, distinguidos compatriotas, para reclamarles en nombre de nuestro pueblo esclavizado, que acabo de dejar esperanzado en nuestros esfuerzos, que, apartando ambiciones personales, pongamos los corazones en nuestra patria escarnecida, y unidos con la lealtad de los hombres desinteresados y patriotas, vayamos a acabar con aquella situación inmoral y vergonzante que reina en Venezuela, para ruina de ella, oprobio nuestro y afrenta de la humanidad entera.

Me dirijo a vosotros, con la autoridad moral que me dan mis largos años de lucha contra la tiranía de Gómez, mi desprendimiento y las pruebas que he dado de que nada aspiro para mí y que sólo lucho por la realidad de la república y por la libertad de Venezuela.

Me dirijo a vosotros, no con ínfulas de caudillo sino como el compatriota que no desmaya un momento por el triunfo de sus ideales, como venezolano entusiasta y lleno de fe, que a toda hora está dispuesto a ocupar su puesto de soldado bajo el símbolo augusto de nuestra nacionalidad para combatir la monstruosa tiranía de Juan Vicente Gómez.

Hoy como ayer soy el mismo soldado del 19 de mayo de 1914, el mismo del 29 de abril de 1915, el mismo del 27 de enero de 1921, llevando a cabo la liberación del Territorio Federal Amazonas; y el mismo 7 de agosto de 1921; sin miras de ambiciones personales, y que después de la conducta incalificable del doctor Roberto Vargas y de Alfredo Franco, hecho conocido ya de propios y de extraños; sin desalentarme un momento, marché a las cercanías de la capital de la república, paseando nuestras banderas triunfantes por el territorio de ocho estados, probando así que son ninguna las bases de esa dictadura feroz, y palpado las desgracias de nuestros pueblos que me recibían con demostraciones de gratitud, derramando

lágrimas de dolor y de esperanzas. Soy el mismo hombre dispuesto a la lucha, sin egoísmos ni ambición, lleno de fe siempre en el triunfo de nuestra causa y prometiendo a ustedes que sólo tengo mi vida para ofrecerla por la salud de mi patria.

Aquí estoy, pues, deseoso de saber que ya entre ustedes no existen rivalidades de ninguna especie y que adoptando la divisa de: "La patria por encima de todo", marchemos a salvar a Venezuela, salvando también nuestro decoro, y nuestro buen nombre de enemigos de las tiranías.

No he venido a cruzarme de brazos ante los dolores de nuestra patria. No, vengo erguido con más entusiasmo que ayer y con la diestra alzada para dejarla caer sobre el déspota y sus aduladores. Vengo a reclamar de ustedes una caridad para Venezuela: unión sincera y efectiva; un verdadero patriotismo, para no continuar avergonzándonos ante los extraños y ser acreedores al desprecio de nuestro pueblo.

Por mi parte, continuaré probando que soy patriota, y ofrezco a ustedes que, como siempre, no seré motivo de anarquía, sino el compatriota dispuesto a todo por la patria y para la patria; mi puesto es aquel que se me señale y en él sabré cumplir mi deber como bueno.

Tengamos presente que Venezuela nos reclama en sus largos años de dolor, y que si no nos desprendemos de ese fatal egoísmo que ha sido el mantenimiento de Gómez en el poder, Venezuela entera nos calificará de traidores y nos maldecirá eternamente.

Confiando en el patriotismo de ustedes y que sabrán interpretar mi solicitud como una gran necesidad que debemos remediar en el acto; teniendo presente, parodiando al célebre escritor colombiano Pérez Triana, que: "Ante tantas monstruosidades que cometen Gómez y los suyos, los actos de anarquía en el campo de la oposición resultan como traición y cobardía, y las lamentaciones lacrimosas rayanas en puerilidad; donde el plomo no libera el llanto no alivia".

Vamos a la guerra distinguidos compatriotas, contra la criminal tiranía dinástica de la familia Gómez, y así nuestros hombres se

salvarán de la deshonra y tendremos el cariño de nuestro pueblo agradecido.
Soy de ustedes amigo y compatriota,

E. Arévalo Cedeño

Esta carta fue publicada en el importante diario de la ciudad de Panamá, *El Republicano*, con magníficos comentarios, y tan sólo obtuve contestación de los doctores Leopoldo Baptista y Francisco H. Rivero, poniéndome de manifiesto los buenos deseos de su patriotismo para colaborar en la unión de todas las voluntades revolucionarias para continuar la lucha contra la tiranía. A los pocos días de publicada esta carta llegó a Panamá el doctor Carlos León, quien venía en compañía de mi distinguido amigo Luis López Méndez. El doctor Jugo Delgado me presentó al doctor León, a quien no conocía sino de nombre, quien venía de Venezuela después de haber sufrido ocho años de cárcel en La Rotunda, engrillado, buscando con actividad y entusiasmo las maneras de colaborar por la unión revolucionaria y por hacer que se llevara a cabo un movimiento armado contra Gómez, y ofreciendo su colaboración, uniéndose a mí para tan patriótico fin.

Me inteligencié con el doctor León, escribimos para Nueva York, y esperamos el resultado de aquella correspondencia, para luego hacer viaje el doctor León y yo a la gran metrópoli americana, para impulsar allá la revolución y hacer empeño por conseguir dinero y armamentos, y al estar todos unificados en el ideal hacerla con un programa que fuera de seguridades para la vida futura de la república. En aquellos días conocí también en Panamá al señor Armando Gásperi, compatriota muy meritorio y muy noble, cuya amistad sería de protección para mí desde aquel entonces, y quien hasta el último momento de la desaparición de Gómez, fue un verdadero enemigo de la tiranía.

Los avisos que nos llegaron de Nueva York fueron halagadores, porque nos hacían saber de allá, que era fácil de llevar a cabo la unión de todos los compatriotas, y una vez esto, tendríamos recursos

para la empresa de derrocar a Gómez. El doctor Ortega Martínez me envió doscientos dólares para mi pasaje a Nueva York, pequeña suma que acepté por la espontaneidad con que el doctor lo hizo, y porque yo carecía de recursos para trasladarme. Es decir, que el hombre que había luchado tanto y que acababa de recorrer sesenta y nueve poblaciones de ocho estados, y llegar a asilarse por Arauca en donde había compatriotas ricos, al llegar a Panamá, en donde la prensa y todos los compatriotas celebraban mi famosa campaña de Río Negro y del centro, se veía en la miseria, como siempre se vio en el exterior, y tenía obligatoriamente que aceptar sumas como la que dejo anotada, porque era necesario seguir luchando por Venezuela. Es bueno que mis compatriotas todos sepan, que lo más duro del mundo es luchar por un ideal en medio de la pobreza como yo lo hice, y tener que tratar con indolentes que jamás sintieron la patria. La revolución tuvo dinero para derrocharlo, pero nunca para ayudar a los que deseábamos sacrificarnos por ella. No refiero esto, porque yo creyera que el doctor Ortega Martínez tenía dinero para la revolución, pues el año anterior había perdido una fuerte suma en el movimiento fracasado en la ciudad de París; lo refiero para que mis compatriotas se den cuenta de cómo eran mis luchas, las cuales tuvieron como testigo el venezolano de dentro, y el de fuera del país. Todo lo relatado en este libro tiene como base además de la verdad, la fuerza del testimonio de compatriotas que en número de miles viven aún, y que fueron testigos oculares de lo narrado en esta historia muy personal, porque se trata de la historia de mi vida y de mis luchas. Dice Shakespeare que el mérito de una obra desaparece, cuando aquel que ha hecho esa obra, no la deja hablar por él. Así es, pues, que mis compatriotas no pueden negar lo que hice y lo que sufrí por la liberación de Venezuela, esclavizada por Gómez, porque mis siete invasiones, la liberación de Río Negro, y las decepciones, miserias y penalidades que sufrí, son obras que están hablando y hablarán por siempre, a fin de que sus méritos, sean cuales sean, no desaparezcan jamás.

El 26 de setiembre de 1922 llegamos el doctor Carlos León y yo a Nueva York, y desde aquel día dimos principio a nuestros

trabajos, en unión de todos los compatriotas que allí se encontraban. Había agrupaciones de todas clases, pero ninguna estaba de acuerdo, y era necesario trabajar por la armonía, que era muy fácil en los elementos de menor representación, pero imposible entre los señores llamados caudillos, quienes encaramados sobre el pedestal de sus ambiciones, y encerrados en sus apartamentos, vivían abstraídos en la cinta cinematográfica que a cada momento estaba pasando delante de sus ojos, y en la cual se veía siempre e invariablemente siempre el Palacio de Miraflores, el solio presidencial, y allí sentado por todo el correr del tiempo, el caudillo espectador, que allí, en la misma urbe americana, tenía ya arreglado el tren de su gobierno de manera efectiva y admirable, pero sin pensar exponerse a los azares de la guerra contra Gómez, porque su vida era muy preciosa y la república debía conservarla con lujo de prebendas que tan estrictamente ha sabido pagar la patria agradecida por órgano de su Tesoro Nacional. Los caudillos han sido inmortales, porque Venezuela es el país de las momias egipcias, que sabe conservar aquellos hombres siempre bien pagados y considerándolos temerosos para el gobierno; aunque decrépitos, chiflados y arrastrando las piernas; no son otra cosa que desperdicios de una humanidad que pasó haciendo lo malo, y en nada sirviendo para la causa de su patria, ni para la causa de la humanidad. Ojalá que Venezuela, que ya debe tener experiencia, abandone la ridícula práctica de improvisar hombres, para convertirlos luego en caudillos por obra y gracia de ese ingenuo entusiasmo del venezolano de levantar nulidades, de desconocer la sanción y de confundir valores.

Llegó el momento en que debíamos tener una conferencia entre las personalidades más sobresalientes de la oposición, y esa conferencia se llevó a cabo en el apartamento que ocupaba la clínica del doctor Francisco H. Rivero; y a ella concurrimos: el doctor Ortega Martínez, el doctor Baptista, el doctor Rivero, el doctor León, el general Régulo Olivares, el general Tellería y yo. No concurrió el general Ramón Ayala por encontrarse enfermo este honorable compatriota, de quien podemos decir siempre estuvo animado

y bien dispuesto para conservar la unidad revolucionaria, y con su autoridad moral hacía ver que era necesario desprenderse de egoísmos para pensar en la patria. El día antes de aquella conferencia, había estado yo en casa del doctor Ortega Martínez, quien con bondad y con buenos deseos de hacerme conocer el porqué de la pérdida de la revolución proyectada en París, de la cual él había sido reconocido como jefe, y cuya jefatura yo supe sostener lealmente con mi ejército, me mostró unas cuentas del dinero perdido en Holanda y en Francia, como también me informó de otros pormenores que yo desconocía, desde luego que habían pasado en Europa, mientras yo me encontraba combatiendo en Río Negro y en el centro.

El primero que habló en la conferencia fui yo, pues deseaban conocer de mi campaña, del estado interno del país y de lo que yo había dejado en las fronteras. Les referí con lujo de detalles todo lo interesante que deseaban saber; y en ese momento tuve un ligero incidente con el general Olivares, ya que era imposible que los revolucionarios se reunieran sin provocar disputas. Expuse a mis oyentes que yo había dejado en Arauca alrededor de cuatrocientos fusiles, los cuales casi no tenían dotación de parque, y que yo aspiraba a conseguir solamente una pequeña suma de dinero para aumentar aquellos fusiles siquiera a seiscientos, comprándolos en Colombia, y comprar también los cartuchos para ellos y los que necesitaban los otros; y pasar la frontera para tomar a San Fernando de Apure, el cual una vez ocupado, tendríamos medio millón de bolívares que nos darían los amigos pudientes de manera voluntaria, porque yo había dejado un comisionado en la frontera que había venido de San Fernando, para hablar con el doctor París y conmigo, y ofrecernos una cantidad de dinero para comprar parque en Colombia, si lográbamos tomar a San Fernando. En ese momento, el general Olivares de manera brusca me dijo que en Colombia no se conseguían fusiles. Yo le respondí incomodado, lo siguiente: "¿De manera señor, que yo soy embustero? Hombre, tiene gracia, que quien como yo ha probado decir la verdad combatiendo a Gómez en el territorio patrio, venga ahora a ser objetado

en la forma que usted hace." El general Olivares me respondió que él no había querido decirme lo que me suponía, y al extenderse en otras consideraciones chocó con el doctor Ortega Martínez, a quien le criticó la pérdida de la revolución proyectada en París; y el doctor Ortega Martínez lo increpó duramente en esta forma:

> Usted es el que menos derecho tiene a hablar, general Olivares, porque usted dijo al no querer entrar en el proyecto, negándose usted como se niega a todo, que cuando nosotros invadiéramos usted iría detrás de nosotros echándonos plomo; y con respecto al dinero perdido en la revolución de París, no tengo que darle cuenta a nadie, porque allí se perdió mi dinero, y el de algunos amigos que me lo habían enviado como contribución; tan sólo le he dado cuenta de esa pérdida al general Arévalo Cedeño, en mi casa ayer, como una demostración de gratitud, porque él sólo fue el que se alzó y me hizo el honor de mantener en sus fuerzas mi nombre como jefe de la revolución, hasta el último momento, y sin haberle yo dado un centavo para su movimiento.

En aquel momento comprendí más y más la desgracia de la anarquía revolucionaria, y dirigiéndome al doctor Leopoldo Baptista, quien con su cultura y calma habitual observaba la discusión, le dije lo siguiente: "En verdad que yo he perdido mi tiempo en venir aquí; yo he debido haberme quedado en la frontera, arreglando mis fusiles y pasarlas de nuevo, aunque sea sin parque, como lo he hecho siempre." El doctor Baptista me dijo: "Mi amigo, y así estamos desde hace doce años"; a lo cual yo le respondí, que ya tendríamos Gómez para toda la vida, pero que yo me salía prontico de allí.

Así terminó aquella primera y famosa conferencia que debía ser la última, y en la cual el doctor Carlos León les habló a los señores caudillos, del estado de Venezuela, de la crítica que se hacía de ellos porque no querían hacer nada, y que Venezuela toda los culpaba de los males que le causaba Gómez con su bárbara dominación. Al salir de la casa del doctor Rivero, me dijo el general Tellería que deseaba

verme al siguiente día para que habláramos y que me esperaba en su casa para almorzar con él, y que allá aprovecharíamos tratar sobre los asuntos revolucionarios, viendo cómo se podría llevar a cabo la unión de todos los elementos, para hacer algo práctico contra Gómez. Atendiendo a la invitación del general Tellería fui a su casa al siguiente día, quedando convenidos en seguir laborando hasta obtener que se consolidara la unión.

Urgidos el doctor Carlos León y yo por hacer algo que fuera de resultados positivos para la revolución y ayudados por una organización de jóvenes venezolanos, la cual estaba presidida por Sergio Ruiz Urrutia, invitamos para una gran reunión en el Hotel Ansonia, a todos los venezolanos sin distinción alguna. El doctor Carlos León y yo habíamos ido a Nueva York a laborar desprendidamente por la revolución, y por lo tanto debíamos estar en relación con todos los venezolanos enemigos de Gómez. A la reunión del Hotel Ansonia concurrieron muchos venezolanos y distinguidas damas, al extremo de que el salón de recepciones del hotel fue insuficiente para contener todos los asistentes; estaban allí todos los venezolanos, con excepción de los llamados caudillos, que no asistieron porque supieron que se iba a proponer un directorio de la revolución por votación de todos los asistentes. El doctor Francisco H. Rivero, nuestro ilustrado compatriota, meritorio y honrado ciudadano, que en verdad hace honor a Venezuela, se encontraba también entre los asistentes.

Abrió el acto el compatriota Sergio Ruiz Urrutia con un bello discurso; luego habló el doctor Carlos León sobre la gravedad del problema venezolano, sobre la necesidad de la unión entre todas las fuerzas de la revolución, y sobre la urgencia de hacerle la guerra a Gómez. Seguido del doctor León me tocó la palabra, y en mi discurso hice ver a mis compatriotas que debíamos renunciar ambiciones personales, elegir por votación un directorio que fuera compuesto por compatriotas honorables que no tuvieran complicidades con el pasado vergonzoso de Venezuela, y que fuéramos todos a la guerra, en la seguridad de que Gómez estaba caído, proponiendo luego un directorio civil, que fue el siguiente: doctores Francisco H. Rivero,

Carlos León, Luis Loreto Biamón, Rafael Arévalo González y Néstor Luis Pérez. Como suplentes los doctores Fernando Figueredo, Pedro José Jugo Delgado, Miguel María Chacín, Carmelo París y José María Godoy Pino. Los dos últimos nombrados como principales, doctor Néstor Luis Pérez y Rafael Arévalo González no fueron nombrados en público, porque se encontraban en Venezuela y serían apresados. El directorio propuesto por mí fue aclamado de una manera extraordinaria, y el doctor Rivero allí presente, como también el doctor León, aceptaron la elección recaída en ellos. Mi discurso pronunciado en aquel solemne acto fue el siguiente:

> Respetable auditorio:
> Antes de dar lectura a mi carta circular, dirigida a todos los venezolanos que militan en el campo de la oposición contra la tiranía de Gómez, me permito significaros que mi ilustrado amigo doctor Carlos León y yo, unidos en un solo deseo, sólo hemos venido a esta metrópoli para trabajar por la unión de todos nuestros compatriotas que aspiran a la realización de la libertad de Venezuela. Yo vengo del campamento revolucionario, del campamento, adonde lleno de entusiasmo he ido por cuatro veces contra esa dictadura feroz, convencido de que en el campamento y sólo en el campamento obtendremos la libertad de nuestra patria. La redención del plomo es sublime y es señal de la altivez y de la sanción de un pueblo, contra sus bárbaros opresores, cuando esa redención tiene como estrella polar los deseos del desprendimiento y el amor a las prácticas republicanas. El doctor León viene de la horrible mazmorra adonde el monstruo Gómez ha matado y mata centenares de dignos compatriotas para satisfacer su voracidad de "cocodrilo feroz que llora lágrimas de sangre el día que no recibe su ración de carne humana". Mi salud se ha agotado en esas luchas contra esa tiranía sin parangón en la historia; pero el Dios de la guerra y de la justicia, y el amor a mi Patria me colman de fuerza para volver enseguida a la vida de la manigua, en donde reside el cumplimiento de nuestro deber. En la faz del doctor León se dibujan las líneas de sufrimiento de ocho años de cárcel, de ocho años de grillos, de ocho años de

muerte. En mi faz se dibujan las líneas del sufrimiento del recuerdo de los centenares de mis valientes y amados camaradas que han caído muertos al lado mío, al pie de nuestra bandera amortajados por la gloria, y con la cara hacia Dios, maldiciendo a los tiranos de nuestra patria; se dibujan las líneas del sufrimiento del abandono en que he luchado. Él y yo nos hemos dado la mano, con todos nuestros sufrimientos pero con todo nuestro entusiasmo para trabajar por la liberación de nuestra Venezuela, sin egoísmos, sin ambiciones, sin exclusivismo; pero cobrando muy caro por nuestra labor, aspiramos mucho, que se haga la república en nuestra patria, para que así la gran familia venezolana sea feliz para siempre.

La carta que me permitiré leer enseguida, es para todos los venezolanos dignos presentes en esta hermosa reunión patriótica; y para todos los dignos compatriotas que se encuentran esparcidos por el haz de la tierra, llevando en el alma los dolores de la patria irredenta. La idea consignada por mí, en ella, no es mía; sólo sirvo de vocero a la mayoría de los venezolanos que, rompiendo viejos y funestos moldes, se preparan de manera firme y resuelta a fabricar el bello molde de la república futura. Mi sable y mi corazón están con esa gran mayoría para mantener irrompible hasta la muerte ese molde de nuestra salvación.

He aquí la carta:

Nueva York, noviembre 3 de 1922

Estimado compatriota y amigo:

Es a título de venezolano enemigo de las tiranías que me permito dirigirme a usted, por lo tanto, le suplico no ver en la proposición que le hago en esta carta, ninguna pretensión de mi parte, de que se acepten indicaciones mías, pues sólo me inspira el amor a mi patria, por la cual he luchado y continuaré luchando contra la barbarie de Gómez, y contra la tiranía que pretenda erigirse en el país una vez que hayamos derrocado la que indignamente soportamos en la actualidad, y que tantas lágrimas cuesta al hogar venezolano.

Quiero serle franco. Estoy plenamente convencido de que hasta hoy Gómez está en el poder, y no se ha llegado a construir una

verdadera unión entre todos los hombres más contados de la revolución, porque en nada se ha tenido en cuenta la patria, porque el sufrimiento largo y doloroso de nuestro pueblo esclavizado no ha llegado a conmover el corazón de los prohombres de la oposición porque ni siquiera esos hombres se han querido dar cuenta de que las recriminaciones de nuestro pueblo y la crítica de los extranjeros, son una protesta permanente contra su actitud de ambiciones personales.

Todos desconfían los unos de los otros, se teme entre sí de la manera más espantosa y en esa pugna del yo y únicamente del yo, la patria no existe, la patria no vale nada, la patria perece en manos de una cuadrilla de malhechores que se ríe de nuestra impotencia y de nuestra ridícula actitud revolucionaria.

Es bien sabido por las enseñanzas históricas, que nuestra clase militar no ha podido dar hasta hoy a nuestro pueblo una vida de civismo y conducirlo por la senda del republicanismo verdadero, por lo que los nombres de nuestros militares no suenan bien a sus oídos, y no ve en ellos los hombres capaces de establecer la vida de la república, una vez que desaparezca la actual dinastía de los Gómez.

Es bien sabido que nuestros militares prominentes o caudillos no se pondrán de acuerdo nunca para la salvación de Venezuela, porque se temen, porque todos quieren poner a salvo sus intereses personales.

Por lo tanto y en el deseo de que lleguemos a la culminación de lo que tanto anhela Venezuela, su liberación, me permito proponer a usted un directorio de la revolución en la siguiente forma:

Doctor Carlos León

Doctor Francisco H. Rivero

Doctor L. L. Biamón

Tres hombres que son suficiente garantía para hablar al pueblo de Venezuela desde la alta cumbre moral en que los han colocado sus merecimientos y sus ningunas complicidades con el pasado; tres hombres que no son de la madera de los tiranos y que no se

arrebatarán el poder mañana, porque como hombres de bien y de civismo reconocido se inclinarán respetuosamente ante la Ley, que debe predominar siempre sobre nuestros sables arbitrarios y fabricantes de déspotas, sobre nuestros sables que sintetizan la destrucción y la corrupción del pueblo de Venezuela.

Esos tres hombres, distinguido compatriota, sonarán en el oído de nuestro pueblo de una manera gratísima, porque lleno de confianza verá el despertar de la república, que siempre ha vivido en Venezuela en la negra noche del despotismo.

Esos tres hombres constituidos en directorio de la revolución, conseguirán todo lo que nos hace falta para ella, y respaldados por todos los militares prominentes son la caída inmediata de Gómez.

Lo que toca a los militares es someternos disciplinada y patrióticamente a la autoridad de ese directorio integrado por tan distinguidos compatriotas.

Es ésta mi humilde opinión, que someto a usted, en mi deseo de salvar a Venezuela por la que he luchado y continuaré luchando.

Su amigo y compatriota,

E. Arévalo Cedeño

Los aplausos con que habéis acogido el directorio propuesto en mi leída carta, son la señal entusiasta de vuestra aprobación. Os doy mi abrazo de felicitación, porque el día que el tricolor venezolano se ciña al pecho de un hombre cívico, ese día Venezuela será república, será grande, será feliz como lo quiso nuestro gran Libertador. Francisco Hermógenes Rivero, Luis Loreto Biamón, Carlos León, son el símbolo de la república, son el imperio de la Ley por encima de nuestras prácticas bárbaras, ambiciosas y ridículas que han acabado con la herencia de nuestro Bolívar tan grande como el mundo.

En nombre del deseo que vosotros ponéis de manifiesto con vuestro entusiasmo, y en nombre de la urgencia por la salvación de Venezuela, yo apelo a nuestros distinguidos compatriotas doctor Rivero y doctor León, que asumiendo la representación del doctor Biamón,

ausente, pongan de manifiesto si aceptan la responsabilidad que la patria confía a su patriotismo y desinterés, y que se constituyan en directorio para proceder brevemente a conseguir lo que nos hace falta para la cruzada de nuestra redención. He dicho.

E. Arévalo Cedeño

.

Pero aquello no paró en nada, porque la intriga supo vencer a las buenas intenciones del patriotismo, y aquel trabajo se perdió como se perdían todas las cosas que en el exterior se hacían para libertar a Venezuela. La oposición venezolana fue sólo un medio para sostener a Gómez, y un campo donde fueron a exhibir con lujo de iniquidad, la mayoría de los asilados, con raras excepciones, sus ineptitudes y su falta de patriotismo, dejando la patria venezolana por siempre a merced de Gómez que había jurado acabar con ella.

Seguimos trabajando por todos lados, el doctor Carlos León y yo, y nuestras actividades llegaron a oídos del doctor Marco Aurelio Herradora, prominente político centroamericano, quien tenía grandes influencias en compañías de los Estados Unidos, y quien era experto para ayudar a los yanquis a conseguir contratos en las repúblicas centroamericanas, con detrimento de la soberanía de ellas. El doctor Herradora era de Honduras, pero la mayor parte de su vida la había vivido en Norteamérica, y para aquellos días era presidente de una compañía manufacturera de medicinas. El referido doctor creyó ver en el doctor Carlos León y en mí, dos vendedores de la patria venezolana, y no dos patriotas que buscábamos por todas partes los medios para libertar a Venezuela sin comprometer en nada la soberanía de su territorio, ni su honor de nacionalidad libre e independiente. El doctor Herradora nos invitó a una comida, y a ella concurrimos el doctor Francisco H. Rivero, el doctor Carlos León y yo, y en aquella comida, el doctor Herradora manifestó al doctor León y a mí que tenía preparada una conferencia entre una poderosa compañía y nosotros. Aceptamos la invitación y nos fijó hora para el día siguiente, a las diez de la mañana en el edificio de la compañía.

A la hora señalada, el día siguiente, estábamos el doctor León y yo en las oficinas de la compañía, suponiendo que nos íbamos a entender con personajes que ayudarían la revolución venezolana con miras de algún negocio que les dejaría algún dinero, exponiendo el de ellos en la empresa, pidiendo sólo como garantía, el compromiso de los representantes de la revolución, sin pensar que nos íbamos a encontrar con traficantes de soberanías de pueblos, negocio al cual son muy aficionados los altruistas rubios del norte, quienes saben sacar su dinero con promesas de generosidad, y que luego mandan sus poderosas naves y sus marinas crueles y dominadoras para hacer efectiva la legalidad de sus contratos, hechos por inspiración de la maldad de los vendedores de pueblos, que por desgracia han producido algunas nacionalidades de nuestra raza. Los venezolanos debemos estar orgullosos, de que hasta ahora no ha habido, ni creo que habrá uno de nosotros que se atreva a atentar contra la soberanía de Venezuela, mancillando la gloria de Bolívar y la de todos los héroes de nuestra independencia, con la deshonra de la enajenación de una línea siquiera del territorio patrio.

Al tomar asiento en la mesa en donde íbamos a celebrar la conferencia con los representantes de la compañía, nos dijo el doctor Herradora que esperáramos unos minutos, mientras venía un coronel del ejército americano, que era muy amigo de ellos, y cuyo dictamen deseaban conocer. A poco llegó el coronel, quien hablaba muy bien francés, y quien se entendía con el doctor León y conmigo en aquella lengua; sabiendo por él que había sido jefe de una sección de ametralladoras del ejército americano en la guerra europea. Comprendimos que aquel coronel venía a la conferencia como la mano de la intervención americana y nos preparamos para contrarrestar las pretensiones y el abuso de la compañía. Nos ofrecieron aquellos americanos un vapor cargado de parque, puesto en las costas venezolanas, todo lo que necesitáramos para la revolución y mucho dinero. Nosotros les dijimos que podíamos recibir el vapor cargado de parque en cualquier costa de los Estados Unidos, y que yo secundado por revolucionarios venezolanos lo llevaría a las costas de Venezuela, y que por todo lo que nos diera

pagaríamos en dinero una vez triunfante la revolución, con buenos intereses que dejarían satisfechas las aspiraciones de la compañía. El doctor Herradora nos dijo, a nombre de la compañía, que no se trataba de cobrar nada en dinero a Venezuela por lo que nos daban para la liberación de ella, sino que una vez triunfantes, nosotros le diéramos a la compañía posición territorial para sus empresas de acuerdo con las necesidades de ellas, y que al efecto debíamos suscribir un documento como garantía de lo pactado. Nuestra indignación fue muy grande al oír aquel disparo contra nuestra dignidad de patriotas, pero nos contuvimos, y le dijimos a la compañía, que íbamos al hotel, para enviar nuestra contestación de allá enseguida. Así quedó convenido, y nos despedimos de aquellos cartagineses, de cuya dominación bárbara y cruel pueden dar buena cuenta, Santo Domingo, Haití, Cuba, Nicaragua y demás pueblos que han tenido la desgracia de producir hijos espurios, que nacieron para deshonrar la raza y para la desgracia de sus pueblos.

Al momento de salir, me dijo el doctor Herradora con una satisfacción muy grande, que ya había llegado para mí el momento de triunfar. Aquel hombre estaba lleno de contento, porque nos creía tan indignos como él y que ya el negocio se iba a realizar, obteniendo él el beneficio en la muerte de Venezuela, por lo menos de medio millón de dólares. Al llegar al Hotel Endicott, en donde nos encontrábamos hospedados, dirigimos a la compañía y a Herradora una carta de protesta contra el cinismo de aquella gente, y le decíamos al doctor Herradora en particular, que ese negocio propuesto por ellos era muy cómodo para los vendedores de repúblicas centroamericanas, pero nunca para los patriotas venezolanos, que como buenos hijos de Bolívar sabíamos conservar y defender la gloriosa herencia de nuestro Libertador. Al día siguiente recibimos la contestación a nuestra carta en la que va de seguida:

141 West 36th Street
New York City, diciembre 21 de 1922
Personal del

Doctor Marco Aurelio Herradora

Señores: Doctor Carlos León, General E. Arévalo Cedeño

Hotel Endicott
Columbus Ave. 81st, Street
New York City
Estimados amigos:
Por los términos de su apreciable carta del 20 del corriente se traslu-ce que ustedes no pueden hacer negociaciones con los amigos del restablecimiento de las garantías constitucionales de Venezuela.
En el presente hay quien esté dispuesto a facilitar el capital pero su estimable carta ha sembrado más que la duda, —el temor— de que ustedes no están en posibilidad de dar las debidas garantías.
Por tal razón aplazaremos el asunto hasta que ustedes estén en otras condiciones. Mientras tanto les ruego creerme su más atento servidor y amigo,

M. A. Herradora

Nada podíamos hacer para conseguir con patriotismo y con decoro los elementos que necesitábamos para derrocar a Gómez. Pero la culpa era de los representativos de la revolución, que jamás se pusieron de acuerdo para salvar a Venezuela, porque no querían sacrificarse por ella, pero sí tuvieron la paciencia de Job para esperar el largo proceso del agotamiento de la vida de Gómez, años de años que fueron de agonía para Venezuela, para regresar a la patria a recibir complacidos, no la palma del martirio, como héroes del martirologio venezolano, sino el sugestivo oficio del nombramiento para los grandes cargos, con que la patria con su amor de siempre pagaría los servicios de aquellos hijos esclarecidos.

En Nueva York estreché relaciones con distinguidos compatriotas, verdaderos revolucionarios, que hacían todo lo posible, en la medida de sus facultades y muchas veces con exceso, por la liberación de la patria. José Rafael Pocaterra, ilustre escritor, patriota sin mancha y noble amigo; Inocencio Spinetti, venezolano puro y honrado, patriota de alma blanca y de una actividad incomparable;

los doctores Luis Loreto Biamón, Fernando Figueredo, verdaderos representativos de la ciencia y del amor a Venezuela; Humberto Piquell, digno y noble compatriota, y con él otros más que aspiraban a sacrificarse por la nueva Venezuela, pero que imposibilitados por la falta de medios, nada podían hacer, llevando una vida de tristezas en un largo asilo y dominados por el forzado trabajo de las agitadas factorías americanas.

No pudiendo obtener sino decepciones por todos lados, resolvió el doctor Carlos León irse a México deseando conseguir ayuda para nuestra causa, de la nueva situación existente en aquella república, que nos prometía, con la presencia en el gobierno del gran amigo de Venezuela, ilustre hombre de las Américas y gran ciudadano, el licenciado don José Vasconcelos, grandes ventajas para nuestra labor revolucionaria. A los pocos días de la partida del doctor Carlos León, llegó a Nueva York el general Mario Terán, siendo portador de un dinero para la revolución que enviaba el general Elbano Mibelli. Ese dinero era una contribución que el general Mibelli mandaba particularmente para la revolución, en un cheque al doctor Leopoldo Baptista, por la cantidad muy respetable de treinta mil dólares. El montante de esta suma lo conozco, porque el general Terán me lo dijo, y porque luego en conferencia con el doctor Baptista en la clínica del doctor Francisco H. Rivero, y en presencia de éste, me fue ratificada por Baptista. Poco tiempo después se dijo que el referido cheque, contribución del general Mibelli, fue de cincuenta mil dólares.

Cuatro o cinco días después de la llegada del general Terán fui llamado por teléfono por el doctor Rivero, para invitarme a ir esa tarde a su clínica a las cuatro, para que hablara con el doctor Baptista, quien tenía que tratar conmigo asuntos de mucho interés, según me dijo Rivero. A la hora dicha estaba en la clínica del doctor Rivero, encontrando allí al doctor Baptista, quien me comunicó había recibido los treinta mil dólares enviados por el general Mibelli, y me manifestó los deseos de mi colaboración en la revolución, prometiéndome que al llegar otras sumas que esperaban, me situaría en Arauca veinte mil dólares, no pudiendo darme por el

momento sino cinco mil, porque había que distribuir el resto para los movimientos de los generales Olivares, Tellería y otros; pero que tuviera la seguridad de que él me enviaba el resto del dinero, sin falta en el mes de junio de aquel año. Estábamos en marzo de 1923.

Conociendo muy bien los desastres revolucionarios y la facilidad que había para derrochar dinero, con mi sinceridad y buen deseo acostumbrado, propuse al doctor Baptista, de irnos con aquellos treinta mil dólares a Arauca, para completar con ellos mil fusiles, ya que yo tenía allá más de cuatrocientos, y con ellos poner mil hombres equipados, marchar a San Fernando de Apure, tomar aquella plaza, dominar el estado en donde teníamos amigos que nos ayudaban para comprar más parque en Colombia. Le hablé al doctor Baptista con el mayor interés para convencerlo y evitar que aquel dinero corriera la misma suerte que las sumas anteriores, venidas o consignadas para la revolución. El doctor Baptista, quizás por compromisos que tenía con las personas que había nombrado, se negó a aceptar mi proposición, y me instó a que aceptara los cinco mil dólares y saliera para la frontera de Arauca, seguro de que allá me giraría los veinte mil dólares restantes para preparar bien la invasión. Recibí el cheque por cinco mil dólares, en presencia del doctor Rivero, y salí para el hotel, convencido de que el resto del dinero lo iban a botar, y que aquel puñado de centavos que yo recibía, me servirían para ir a la frontera y llegar allá con algunos mil dólares solamente, porque debía llevar conmigo de Panamá y Colombia ocho o diez compañeros más, que me esperaban para seguir a Arauca, entre los cuales mi hermano Luis, quien me esperaba en Panamá. Cuando llegué al hotel, me encontré con mi querido amigo y representante en los Estados Unidos, Inocencio Spinetti, a quien conté lo sucedido, y quien me dijo tuviera cuidado de no intentar nada con aquella pequeña suma, porque iría a un sacrificio inútil, lo cual sería muy sensible, porque ya era demasiado exponerme solo en mis luchas contra la tiranía de Gómez; yo le respondí que me iba con aquella suma y que me alzaría con aquellos cuatro centavos, que apenas me alcanzaban para mi largo viaje a la frontera con los compañeros que llevaba, porque yo no podía

vivir más la vida de infamias y de anarquías de aquel destierro miserable; que allá en la frontera había otra clase de hombres que me esperaban con muy buenos deseos para morirse junto conmigo luchando contra Gómez.

Durante estos trabajos, recibía constantemente correspondencia del doctor León desde México, en donde me hacía ver que tenía grandes trabajos y promesas muchas del gobierno para ayudarlo, y que esperara que todo se iba a arreglar muy pronto. Ya yo no creía en nada, porque estaba harto de tanta mentira, y conocía muy bien el sistema de la mayor parte de los revolucionarios, quienes vivían mintiendo para decir que estaban trabajando contra Gómez, y así disculparse un poco ante la crítica de venezolanos y extranjeros que se reían de la impotencia revolucionaria.

A todas éstas la Legación de Gómez en Washington, centro magnífico de espionaje, trabajaba activamente con el Gobierno americano, para que éste me hiciera salir del país, echando así por tierra todos mis trabajos; y una noche a las ocho recibí una llamada telefónica, en la cual un buen amigo comerciante de Caracas, que se encontraba en Nueva York, me dijo muy asustado que acababa de llegar de Washington, y que Pedro Manuel Arcaya, ministro de Gómez, le había asegurado que tenía todo arreglado con el Gobierno americano para detenerme, y que me suplicaba que saliera inmediatamente de Nueva York para México, a fin de que me salvara de la emboscada. En aquellos tiempos, los chorros de petróleo venezolano hacían que el Gobierno americano, influenciado por las compañías petroleras, pudiera cometer toda clase de arbitrariedades con los revolucionarios venezolanos. El petróleo fue una maldición para Venezuela, porque aquella riqueza, así como pasaba a las áreas del tirano, de su familia y de sus favoritos, así también dio fuerzas a la tiranía con el apoyo de los Gobiernos de Norteamérica, Inglaterra, Holanda y Francia y otros más, para que Gómez hiciera la desgracia de nuestra patria.

Llamé inmediatamente por teléfono a mi amigo Inocencio Spinetti, le conté lo ocurrido y a las nueve y media de aquella noche salí acompañado de él para el Canadá adonde llegamos a las ocho

de la mañana del siguiente día, ya libre de las maniobras de Arcaya, que hubiera triunfado en su labor, porque era muy grande la omnipotencia del petróleo, y los yanquis son bastantes sumisos ante la omnipotencia de aquel Dios. Quedaron así convencidos los espías de Gómez de que yo me iba por el Canadá para Colombia; pero a los cuatro días regresé de incógnito a Nueva York, en donde el doce de abril de 1923 tomaba un barco para llegar a Panamá, abandonando al fin a Nueva York, la gran urbe americana, majestuosa y bulliciosa, en donde dejaba mis compatriotas atrofiados por aquel "ruido ensordecedor" de que nos hablara el magno poeta de Nicaragua, quienes como atrofiados nada harían nunca por la libertad de Venezuela.

En Colón, al desembarcar, me recibió mi noble amigo el doctor Jugo Delgado, para ocultarme en su clínica, defendiéndome así de los espías numerosos, que tenían en trabajos constantes al cónsul venezolano, quien como buen cónsul de Gómez sabía muy bien desempeñar su cargo de jefe de espías y de corromper asilados degenerados por el hambre.

Salí de Panamá una noche del mes de abril a la una, muy oculto y en compañía del doctor Jugo Delgado que me llevó hasta el muelle, evadiendo los espías para embarcarme, y también los compatriotas asilados, cuya indiscreción, si me veían, era señal de que sería delatado inmediatamente. Me embarqué en un pequeño barco peruano, en donde ya estaba a bordo mi secretario el doctor Cabrera Nyer, compatriota muy honorable y de una vasta ilustración, quien no obstante estar enfermo, no quiso quedarse por ningún caso, porque según me decía, no quería morir de vergüenza en el destierro, llamándose revolucionario sin hacer nada por la patria en desgracia. Antes de abandonar la ciudad de Colón, en donde supe de una nueva organización habida en Nueva York, que también fracasó como todo lo que hacían nuestros memorables caudillos, di a la publicidad, por espíritu de unión y de desinterés, la siguiente:

Exposición

A mis amigos de Venezuela y en especial a los de las fronteras de Casanare y Arauca:

Es mi deber de patriota y de hombre honrado llevar a conocimiento de ustedes, que un grupo considerable de honorables compatriotas se ha compactado, de manera franca y entusiasta, para organizar debidamente una labor efectiva contra el despotismo que representa el tirano Juan Vicente Gómez.

Cumple, pues, a nosotros como hombres sin ambiciones personales, y que todo lo sacrificamos por la patria, colaborar decididamente con esa agrupación que, deponiendo todo propósito de egoísmo, ha puesto sus miradas en nuestra Venezuela, resuelta a conquistar para ella una verdadera vida republicana. En nombre de ustedes, con cuya representación me honro, y en el mío propio, he formado parte de esa organización a la cual prestaré en unión de ustedes, todo el apoyo de nuestra buena voluntad y de nuestra honradez y firmeza en nuestras luchas contra la tiranía.

Al hacer a ustedes esta participación, a la cual estoy obligado por compañerismo y por lealtad, es de mi deber llevar también a conocimiento de ustedes, que tan sólo dos de nuestros compatriotas residentes en el exterior no han formado parte de esta organización redentora, porque en ellos ha podido más el egoísmo y la ambición personal que los dolores de la patria irredenta. Los nombres de estos extraviados compatriotas ya ustedes los conocen por mi correspondencia privada, y hubiera hecho caso omiso de sus personalidades en esta exposición, si no fuera porque ellos han llegado en su egoísmo hasta delatar en la forma despreciable del anónimo, las actividades de esta organización, intentando hacerla aparecer como un movimiento netamente andino, para ver si logran atraerle la hostilidad de las demás regiones de la república. Esta especie, además de ser calumniosa, es ridícula, es torpe, y sólo pone en evidencia la mala fe de dichos compatriotas. La organización en referencia es pues netamente nacional y en ella estamos, de todo corazón, los hombres que no perseguimos otro ideal que la redención de Venezuela. Saben ustedes que yo no pertenezco a la sufrida

región andina, la cual, al igual de los demás estados de la república, ha soportado de manera horrorosa la crueldad del despotismo de los asesinos Gómez, y que por lo tanto esta circunstancia, unida a mi honradez y patriotismo, es una prueba evidente de que la organización en referencia está prestigiada por todos los buenos venezolanos, y es nuncio seguro de libertad para nuestra patria.
Colón (Panamá), marzo 15 de 1923

E. Arévalo Cedeño

Viajamos por las costas del Pacífico, desembarcamos en Buena Ventura y allí tomamos el tren para atravesar el Valle del Cauca, seguir a Armenia y de allí pasar el páramo de la Línea, caer a Ibagué y de allí seguir a Bogotá; viajando con actividad y muy de incógnito, porque yo le huía tanto al Gobierno de Colombia como al de Gómez. En Bogotá me recibió en la estación mi querido amigo el doctor Diógenes Chávez Pinzón, quien me llevó a su casa en donde permanecí veinte días oculto, hasta que se arreglara mi salida para tramontar los Andes colombianos, y caer en las llanuras de la Intendencia del Meta, para seguir a la frontera araucana.

Ya estaba en la llanura y aunque a dieciséis días de Arauca, estaba en las costas del Casanare y del Meta, ríos que tuvieron el secreto para mí de darme fortaleza para mis luchas con sus aguas y con sus montes, que conocieron de mis sufrimientos y de mis inquietudes revolucionarias, por meses que parecían siglos, esperando a mis compañeros de Arauca que uno a uno iban llegando a nuestro campamento para alistarse con el entusiasmo de siempre, en las filas de nuestra causa y cobijarse con nuestra bandera, la bandera de los libres, que al cubrirnos, era Venezuela misma que en medio de su dolor nos acogía con su gran afecto de madre del heroísmo, de la abnegación y de la libertad.

Nuestra organización fue muy laboriosa, sin dinero, perseguidos por la gendarmería colombiana tenía que estarme

ocultando en las costas de los diferentes ríos que surcan el territorio de Arauca, y en la eterna espera de los veinte mil dólares ofrecidos en Nueva York que ya tardaban, que no llegaban, y que al fin se convirtieron en dos mil pesos colombianos que me envió el doctor Baptista con el general Maximiano Durán, quien al entregarme aquella pequeña suma y separarse de mí junto con el doctor José de Jesús Negrón, con quien había venido, fue preso por la gendarmería colombiana y sometido a tratamiento que bastante desdicen de la cultura de aquel país.

Pero cuando yo llegaba a la frontera debía pasarla de cualquier modo; nunca me regresé de ella por temor al poderío de Gómez, aunque yo estuviera sin armas para pasarla; porque el patriotismo y el honor son poderosas influencias que cuando ordenan en nombre de la libertad y de la justicia, sus mandatos son inaplazables y hay que obedecerlos para dar satisfacción al ideal que nos alienta, que nos da vida y que nos señala la senda del deber que nos salva para la historia. Estaba en mi campamento de las fronteras y ya me disponía a navegar al bajo Meta, y de allí iniciar mi quinta campaña por Venezuela, con la satisfacción de que no morí de vergüenza en el asilo, y de que no es posible que nuestra voluntad de patriota sea victimada por los que viviendo de indolencias y de intrigas en el destierro no querían que Venezuela fuera libre.

Capítulo VIII

Mi quinta invasión contra la tiranía.—Combate de San Fernando de Atabapo y toma de aquella plaza.—Colombia permite a las tropas de Gómez pasar por su territorio para atacarnos en San Fernando.—Protestas en Colombia contra semejante atentado. —Combate del Casiquiare.—Mi retirada por el Brasil y mi protesta ante el Congreso de Colombia.—Otra vez el destierro

Dos meses de penosa organización pasamos en el bajo Meta para poder invadir por quinta vez el territorio venezolano. Nuestra labor fue bastante penosa, pues además de la falta de provisiones y de las enfermedades, teníamos que andar a salto de mata, recorriendo los ríos Ariporo, Casanare y Meta, porque la persecución de las autoridades colombianas era bastante intensa, a fin de evitar nuestra organización, destruyendo el movimiento antes de invadir, porque así era el compromiso de aquellas autoridades con el tirano Gómez. Sepan mis compatriotas que yo para venir a combatir a Gómez tenía que combatir primero a las fuerzas colombianas, que de manera inhumana nos perseguían y nos exponían al fracaso antes de dejar satisfechos nuestros ideales de patriota. Pero en aquella vez, como en todas las que me tocó invadir nada ni nadie pudo detener nuestra marcha; y como nuestro objetivo era combatir a Gómez veníamos seguramente a combatir al tirano, que así como tenía las complacencias del Gobierno de Colombia, así también contaba con el apoyo que le prestaban la indiferencia y el miedo de toda Venezuela.

Como el doctor Carlos León me escribía constantemente de México y me hablaba con mucha seguridad de que había conseguido la protección de aquel gobierno, dispuse mi campaña sobre el Territorio Federal Amazonas, con el objeto de hacer fuerte la revolución allí, esperar los elementos que debían entrarnos por el Brasil, y llamar al Territorio los miembros del directorio de la

revolución, para que se constituyeran en Gobierno de la República, y una vez fuerte el movimiento, marchar al centro con aquel directorio, que fue una mentira más y un desengaño más que yo sufría en mis luchas, porque el tal directorio se quedó en el exterior sin querer prestar ninguna colaboración a la revolución, porque así como los venezolanos esperaban pacientemente la muerte de Gómez para ser libres, así también los hombres del exterior, que no habían ayudado, esperaban la entrada de nuestras fuerzas a Caracas, para venir a ocupar los altos puestos que la República les daría, ganados por las armas revolucionarias y que de miseria en miseria venían portadas por hombres nobles que sabían sufrir y que combatían guiados por el más grande desinterés.

Los doctores Carlos León, Vicente Betancourt Arámburu, y me dicen que Manuel Ayala obtuvieron del general Álvaro Obregón, presidente de México, mediante correspondencia más que le mostraron a aquel presidente mexicano, la suma de dieciséis mil pesos para ayudar mi movimiento. Aquella suma, o sean ocho mil dólares al cambio, no fue nunca a mi campamento, porque los mencionados compatriotas la hicieron desaparecer en operaciones mal dispuestas, como siempre pasaba con los dineros de la revolución. Le mostraron una carta mía al general Obregón, escrita en lápiz y fechada en el bajo Meta, en donde les decía que carecía hasta de cuatro pesos para mandar un posta a Arauca; pero que yo invadiría aunque fuera con las uñas, porque ya estaba acostumbrado a que no se me diera nada para luchar por la libertad de Venezuela. El general Obregón, que era un verdadero militar y que había luchado tanto por México comprendió mi desesperación, y al ver la carta dijo: "Hay que ayudar a este hombre inmediatamente, este hombre es un patriota y debe ayudarse

. Inmediatamente dio el cheque por los dieciséis mil pesos mexicanos a los compatriotas nombrados, quienes en lugar de enviármelos todos enseguida, se pusieron a proyectar planes ilusorios y botaron el dinero. No puedo decir que los compatriotas en referencia hayan dispuesto de aquel dinero para uso particular, pero sí puedo asegurar que lo despilfarraron en planes de utopías, cosas

muy propias de los revolucionarios del exterior. Uno de aquellos planes fue el de dar quinientos dólares al general Egea Mier, para que éste se alistara como comandante de un vapor, que ellos no tenían y que nunca tuvieron. El compatriota Egea Mier, una vez que no se llevó a cabo la compra del vapor, devolvió el dinero al doctor Carlos León, dejando así a salvo su responsabilidad y poniendo de manifiesto que nunca es tarde para ser honrado y para poner a salvo también la pureza del ideal.

Convencido de que nada me vendría del exterior ni de ninguna parte salí con ochenta y cinco compañeros, llevando por guía al cacique Gabino y cinco indios más de su tribu, tirando la travesía de Curazaíto a Maipures, por rumbo que sólo mis buenos amigos los indios conocían. Yo no puedo decir que aquella travesía fue obra nuestra, sino de aquellos bravos indios que siempre me favorecieron con su amistad y que fueron agradecidos a los esfuerzos que hice por ellos cuando mi primera campaña libertadora de Río Negro. Nadie había caminado por aquellos lugares desconocidos; muchos de mis compañeros tuvieron duda de que yo saliera bien en aquella empresa, y la duda fue el motivo para que muchos de ellos se arrepintieran en la mitad del trayecto, llegando hasta proponerme regresarse y abandonar la segunda empresa de tomar el Territorio Amazonas y hacerlo base de la revolución venezolana.

Pasamos los dos grandes ríos el Torno y el Tuparro por balsas que tenían los indios ocultas, y a los nueve días de marcha dimos el asalto a Maipures, capturando al jefe de la guarnición y a todas las embarcaciones que servirían para llevarme a San Fernando de Atabapo. Aquella operación puede llamarse heroica, porque mi espionaje se lanzó a nado al río Tuparro por entre los caimanes, y cosa increíble se puede decir que se podía hacer puente con ellos, teniendo la buena suerte de que los enormes huéspedes de aquel afluente del Orinoco no devoraran ninguno de mis valientes compañeros.

Activamente navegamos río arriba sobre San Fernando y a los siete días, a la una de la noche del día 27 de mayo de 1924, dimos el asalto a la guarnición que el coronel Domingo Aponte, a la sazón

gobernador de aquel Territorio, comandaba en aquella plaza. Estuvimos combatiendo hasta las tres de la tarde de aquel día, hora en que tomamos el cuartel, cayendo prisioneros el coronel Aponte, toda la oficialidad y tropa. Nuestro objetivo había sido cumplido de manera feliz, las armas de la revolución se distinguían una vez más bajo mi dirección, el Territorio Federal Amazonas se sentía libre de nuevo, y yo ofrecía a los revolucionarios del exterior un punto formidable donde podían venir sin peligro por el Brasil a formar en mis filas, para así venir todos unidos a la liberación de Venezuela, que en aquella vez tuvo más esperanzas que nunca de librarse de Gómez y dar comienzo a su vida republicana y de libertad. He aquí mi proclama expedida aquel mismo día en que dimos otra prueba más de nuestro desprendimiento y de nuestra voluntad en favor de la causa de Venezuela:

Alocución
¡Al pueblo de Venezuela! ¡A los habitantes del Territorio Federal Amazonas! ¡A mis compañeros de armas!
Compatriotas:
Nuestras armas, que son las armas redentoras del pueblo de Venezuela, acaban de agregar un triunfo más en su labor de liberación con la toma de esta plaza en el día de hoy y dominación completa del Territorio Federal Amazonas.
Compatriotas:
El empuje formidable de nuestros soldados en esta jornada, echó por tierra la situación de robo y exterminio que sostenía en este territorio uno de los tantos agentes de la tiranía de Gómez, los cuales están conceptuados por todo el pueblo de Venezuela, como los verdaderos malhechores de la patria. En esta acción nuestra fuerza ha conquistado un triunfo definitivo, tomando todo el apreciable parque de que disponía esta plaza, y capturando el agente de la dictadura en este desgraciado territorio, víctima infeliz de tantos horrores cometidos por los esbirros servidores de los Gómez, y toda la guarnición militar de la plaza, compuesta de los veteranos del déspota, quienes llenos de terror ante el empuje de nuestros

valerosos soldados tuvo que rendirse a discreción. A todos, inclusive el jefe de esa guarnición, se les ha dado las más amplias garantías, reclamándoles tan sólo que dejen de ser esclavos y se conviertan en lo que deben ser: ciudadanos libres de una república libre.

Compatriotas:

Tengo la satisfacción de anunciar a vosotros que esta Comandancia Suprema ha decretado a esta ciudad de San Fernando de Atabapo, como capital interina del nuevo gobierno, en donde vendrá a instalarse el directorio de la Revolución Nacional.

Habitantes del Territorio: Tened presente que disfrutáis de una situación de verdaderas garantías y de una libertad completa, que os garantizan nuestras armas libertadoras.

La revolución abre de manera amplia, las puertas del Territorio, a todos nuestros compatriotas para que concurran a luchar por la salvación de Venezuela.

Compañeros de armas:

Doy a vosotros mi abrazo de felicitación con esta consigna: Acabar para siempre con las tiranías en Venezuela, llevando al Capitolio Nacional el programa de la Revolución Nacional que restablecerá la República.

Cuartel General en San Fernando de Atabapo, el 27 de mayo de 1924

E. Arévalo Cedeño

Después del triunfo obtenido, procedí a hacer una completa organización del Territorio, seguro de que allí sería la base de la revolución, de que mis compatriotas del exterior no perderían aquella ocasión de venir a alistarse bajo nuestra bandera, haciendo un esfuerzo patriótico, renunciando al eterno egoísmo y anarquía en que vivían en el destierro. Pero mi voz se perdería en el desierto, mis esfuerzos y los de mis valientes compañeros no servirían sino para que nuestros famosos caudillos tuvieran un gesto más de indiferencia para con la patria, y allá en Nueva York y en Europa, en donde llevaban su vida regalada de haraganes, se dieran a la tarea de criticar mi labor de patriota, antes que venir al suelo de la patria

a vindicarse de los crímenes que cometieron contra ella; porque en verdad, aquellos hombres fueron y serán los eternos responsables de las desgracias que sufría Venezuela bajo la dominación sanguinaria de Juan Vicente Gómez. Pero esos hombres vendrían después satisfechos al país a recibir los cargos de la república, a coger los dineros de nuestro pueblo, porque Venezuela es una nación en donde la sanción no existe, que sabe olvidar muy pronto, en donde es lo mismo ser bueno que malo, ser honrado que ladrón, en donde se confunden los valores, y en donde se llega hasta dudar de la honradez de los buenos, porque en verdad son muy pocos los honrados en nuestra patria. Fue en aquel entonces en que varios distinguidos compatriotas, dirigieron a nuestros caudillos la siguiente carta que fue publicada en La Habana el 29 de junio de 1924 y publicada en el número 9 del periódico *Venezuela Libre:*

> Habana, junio 29 de 1924
> Señores Generales Leopoldo Baptista, Régulo L. Olivares, J. M. Ortega Martínez, Rafael María Carabaño, Arístides Tellería, Francisco L. Alcántara, etc., etc., etc.
> En su destierro
> Compatriotas:
> El primer disparo contra la tiranía se ha dejado oír en el territorio patrio.
> Soy vosotros, militares distinguidos de la oposición contra Juan Vicente Gómez, los primeros que debéis secundar el gesto altivo del general Arévalo Cedeño; porque vuestro deber es entregar a la generación que os sigue la república libre de toda tiranía, si no queréis que en el mañana se os exijan responsabilidades.
> Se os presenta el momento de mostraros hombres y patriotas ante la Venezuela que ha esperado tanto de vosotros. Tenéis amigos y algunos de vosotros, recursos económicos, agrupadlos y sin discusiones de jefaturas ni prejuicios por banderías, unid vuestros esfuerzos en la obra de libertar a la patria.
> Representamos a la joven Venezuela, la que no tiene lazos con el pasado y que espera ansiosa el momento de ir a los campos de

batalla para luchar cuanto antes, sin armas, si es preciso, pero pleno de entusiasmo el corazón, contra los esbirros de la tiranía, y dispuestos a sacrificar nuestras vidas, límpidas aun de responsabilidades.

¿Queréis aceptar el concurso de la juventud de Venezuela para juntos contribuir a su liberación? Contestad afirmativamente; de lo contrario, una dolorosa experiencia nos demostrará palpablemente que la juventud no debe esperar nada de vosotros.

Vuestros compatriotas:

F. Laguado Jaime.—Alberto Ravell.—Gilberto Gil.—Juan Montes.—Pío Tamayo.

Después de organizado el gobierno del Territorio me dirigí a varios compatriotas prominentes del exterior, anunciándoles que aquella entidad estaba en poder de las tropas revolucionarias bajo mi mando, ofreciéndoles mi subordinación al directorio que se organizara por fuera, y pidiendo la ayuda y colaboración de todos en nombre de Venezuela que nos reclamaba una completa unión y un perfecto patriotismo para salvarse de la tiranía.

También dirigí cartas a varios amigos de mi intimidad, como la siguiente escrita a mi noble amigo y gran patriota Nicolás Hernández, con quien podía contar siempre la revolución, y quien si no hubiera muerto nos habría dado la satisfacción de ser nuestro colaborador hasta el último momento de nuestras luchas:

San Fernando de Atabapo, junio 4 de 1924

Señor Don Nicolás Hernández

Habana, Cuba

Muy apreciado amigo:

Con verdadera satisfacción le participo que el día 27 del mes próximo pasado a la una de la mañana, después de un largo viaje desde las fronteras del Meta, ataqué esta plaza con la fuerza de mi mando, alcanzando un triunfo completo y cayendo prisioneros en mi poder, el jefe militar con toda su guarnición, y el apreciable parque de que

disponían. Con este triunfo de nuestras armas hemos conseguido la dominación absoluta del Territorio Federal Amazonas.

Mando hoy un comisionado a Colón, cerca del amigo doctor P. J. Jugo Delgado, con correspondencia de sumo interés, de la cual le enviará copia a usted, pues esa correspondencia es para todos los miembros del directorio del cual creo formará parte usted, a fin de que se den cuenta de la urgencia de la situación, y se activen en todo sentido para que vuelen a salvar la patria instalando el nuevo gobierno aquí, aprovechando el golpe que con toda felicidad dimos al tirano el día 27 de mayo con la toma de esta plaza.

Me permito adjuntarle mi alocución y las tres primeras órdenes generales expedidas aquí, para que con el interés del caso haga publicar estos documentos y hacerlos circular profusamente, pues es interesante que sean conocidos en todas partes.

Toda actividad es poca en estos momentos, y yo pido a ustedes por Dios y por la patria, que salvemos a Venezuela y con ella la república.

Lo abraza su afectísimo amigo,

E. Arévalo Cedeño

Las órdenes generales a que hago referencia en la carta que precede, y que dan una idea de la organización dada por mí al Territorio Federal Amazonas son las siguientes:

Comandancia en Jefe de los Ejércitos de la Revolución Nacional.

Orden general:

Artículo 1°—Cumplido nuestro objetivo militar con la toma de esta plaza y dominación completa del Territorio Federal Amazonas, cumplo con el deber de felicitar a todos mis compañeros de armas por este triunfo que constituye la base principal del triunfo definitivo de nuestras armas contra la tiranía de Gómez.

Artículo 2°—Señalo como capital interina del nuevo gobierno a la ciudad de San Fernando de Atabapo, en donde se instalará a su llegada el directorio de la Revolución Nacional para constituirse

en el supremo Gobierno de la República, en campaña, hasta tanto ocupamos la capital de Venezuela.
Artículo 3°—Nombro gobernador militar del Territorio Federal Amazonas al ciudadano general Fernando Ramírez.
Artículo 4°—Nombro jefe militar de la frontera con la vecina República del Brasil, al ciudadano coronel José Antonio Cadeville.
Artículo 5°—Nombro jefe del litoral desde esta plaza hasta la jurisdicción de Caicara e inspector de los puestos militares del trayecto, al ciudadano coronel Cornelio Oliveros.
Artículo 6°—Nombro jefe de la frontera con el estado Bolívar por la vía del río Ventuario, al ciudadano coronel Amenodoro Sandoval.
Artículo 7°—Nombro jefe de los espionajes por todas las vías fluviales, al ciudadano coronel Joaquín Palencia.
Artículo 8°—Nombro jefe del parque, con atribuciones de jefe del puerto, al ciudadano coronel Polidoro Cuervo.
Artículo 9°—Nombro proveedor general del Ejército, al ciudadano coronel Ramón Bravo.
Artículo 10°—Recomiendo a todos los servidores de la Revolución Nacional, la mayor disciplina y actividad en todas las operaciones o comisiones que les toque desempeñar, pues en ello está el triunfo de nuestra causa que es el triunfo de nuestra patria, conquistando su libertad perdida y acabando para siempre con todas las tiranías.
Artículo 11°—Nombro jefe de día de hoy para mañana al ciudadano coronel Antonio Lamuño.
Cuartel General en San Fernando de Atabapo, mayo 28 de 1924
El Comandante en Jefe,

E. Arévalo Cedeño

Comandancia en Jefe de los Ejércitos de la Revolución Nacional
Orden general:
Artículo 1°—Se declara libre la navegación del río Orinoco como un acto de justicia hacia la República de Colombia y de beneficios para Venezuela; sometiendo esta disposición a la consideración del

directorio supremo de la Revolución Nacional, recomendando a dicha autoridad este acto de progreso de la revolución.
Artículo 2°—Se ordena que la marcha oficial de los ejércitos de la revolución sea la marcha titulada *Venezuela Libre*, compuesta por el inspirado compositor colombiano doctor Diógenes Chávez Pinzón.
Artículo 3°—Nombro jefe de día de hoy para mañana al ciudadano coronel José Antonio Cadeville.
Artículo 4°—Servicio, el mismo de costumbre.

Cuartel General en San Fernando de Atabapo, 30 de mayo de 1924
El Comandante en Jefe,

E. Arévalo Cedeño

Después de esta organización, esperábamos yo y mis valientes compañeros, confiados, la llegada del directorio de la revolución, de todos nuestros compatriotas del exterior, y que en todo el territorio de la república se moverían los que se llamaban patriotas y enemigos del tirano Gómez, para acabar con la barbarie de su desgobierno. Nadie vino del exterior y nadie tampoco se movió en el interior de la República. Venezuela estaba muerta. La oposición no existía ni fuera ni dentro del país. Gómez continuaría por más de dos lustros su obra de destrucción, y los llamados revolucionarios con admirable paciencia esperarían el 17 de diciembre de 1935, en que al fin Gómez se moriría, viniendo para ellos con la muerte del tirano el triunfo de sus ideales de vivir a costas de la causa más sagrada de la América: la liberación de Venezuela.

Veintiocho días después de ocupado el Territorio Federal Amazonas por las fuerzas de mi mando, se puso de manifiesto la escandalosa complicidad del Gobierno colombiano, presidido por el general Pedro Nel Ospina, quien con lujo de cinismo dio permiso a las tropas del tirano Gómez para que entraran por territorio colombiano; y lo que es más grave aún, para que se aposentaran en el territorio de la república hermana, por todo el tiempo que

lo creyeran necesario para establecer el bloqueo contra nuestras fuerzas, privándonos de las provisiones, y llegando el Gobierno colombiano hasta el extremo de embargar víveres que iban a mi campamento por la vía del río Vichada. Alcaldes colombianos sirvieron de prácticos para establecer aquel bloqueo, desarmaban las comisiones pertenecientes a mi fuerza, y aprisionaban los compatriotas, que ellos suponían podían venir a mi campamento a incorporarse. Jamás se han visto arbitrariedades mayores contra nosotros que actuábamos en territorio venezolano, sin tener nada que hacer, con Colombia, país cuya hospitalidad siempre hemos respetado, y en donde tuve ocasión de prestar grandes servicios a la causa del orden, pues allí se me debe la destrucción de la cuadrilla de malhechores capitaneada por Baudilio Escalona y Faustino Jara, cuadrilla terrible, que jamás pudieron destruir las autoridades colombianas, que sembró el terror y la depreciación durante siete años en la rica región araucana, y que yo, atendiendo a solicitud del doctor Abadía Méndez, entonces ministro de Gobierno de Colombia, y del doctor Arístides W. Vaca, comisario especial de Arauca, secundado por mis valientes compañeros de la frontera, destruí completamente en menos de diez días de persecución. Los Gobiernos colombianos, tanto conservadores como liberales, cuando nos perseguían para hacer poderoso a Gómez en Venezuela, debían recordar por un momento siquiera, aquel gran servicio que fue la seguridad y la paz de las laboriosas regiones de Casanare y Arauca, cuyos habitantes supieron agradecerlo, demostrándome su cariño y su gratitud de manera muy espléndida, haciendo contraste con la actuación del Gobierno colombiano, que pagaba aquel gran servicio con la iniquidad de la ingratitud.

El 24 de junio de 1924 tuvimos el primer encuentro en Maipures con las tropas de Gómez, las cuales después de haberme destruido la embarcación de mi espionaje, muriendo varios de mis compañeros, se derrotaron vergonzosamente por el mismo territorio colombiano. Aquel día, consignaba yo en mi alocución a la fuerza

de mi mando, estas palabras de castigo y de protesta contra el Gobierno conservador del general Ospina:

> Compatriotas: la sangre de nuestros compañeros, derramada hoy con valor y con abnegación como siempre, caerá eternamente sobre la cabeza del actual Gobierno conservador de Colombia; y yo desde lo alto de este raudal de nuestro soberbio Orinoco, invoco los manes esclarecidos de Bolívar y de Camilo Torres, para protestar solemnemente contra el gran crimen de complicidad establecida entre el general Pedro Nel Ospino, presidente de Colombia y Juan Vicente Gómez, tirano de mi patria, con el fin sangriento de acabar con Venezuela.

Después de nuestro triunfo, y al regresar de nuevo a San Fernando de Atabapo, como una protesta a la actitud del Gobierno de Colombia, y como una gran satisfacción para mi corazón de patriota, recibí una nota en idioma portugués, suscrita por el legítimo representante del Gobierno del Brasil, comandante militar de la frontera de Cuculy, coronel Manoel Dos Santos Amorim, distinguido militar, brasilero, quien reconocía la legitimidad del gobierno de la revolución, que yo había establecido en San Fernando de Atabapo. Aquella nota cuya traducción damos después, dice así:

> Ministerio da Guerra.—5ª Divisão do Exército.—8ª Região Militar. —Contingente Especial da Fronteira de Cuculy.—Officio N° 36.
> Objeto: Acusando a recepção de uma nota.
> Cuculy, 20 de julho de 1924
> Senhor General E. Arévalo Cedeño
> San Fernando de Atabapo
> Senhor Comandante:
> Acuso a recepção de vossa nota N° 24, semdata, pela qual fica este commando saente contendo da mema nota.
> Agradeço a gentileza de vossa honrosa participação e almejo o mais feliz éxito no desempenho da cauza que ora abraçastes, asseguro vos minha franca e leal cooperação em estreitar cada vez mais

os lassos de cordiaes relações de amizade que sempre existiram entrenossas patrias amigas.
Sirvome da ocasião para apresendar vos os nosõs protestos de alta estima e consideração.
Saúde e Fraternidade,

Manoel dos Santos Amorim
2° Comandante

(Traducción de la nota precedente)
Ministerio de la Guerra. —5ª División del Ejército. —8ª Región Militar.—Contingente Especial de la frontera del Cuculy. Oficio N° 36.
Objeto: Acusando recibo de una nota.
Cuculy, 20 de julio de 1924
Señor General E. Arévalo Cedeño
San Fernando de Atabapo
Señor Comandante:
Acuso a usted recibo de su nota N° 24, por la cual se ha impuesto este Comando del contenido de la misma nota.
Agradezco la gentileza de su honrosa participación y deseo a usted el más feliz éxito de la causa que usted ha abrazado; aseguro a usted mi franca y leal cooperación en estrechar cada vez más los lazos de cordiales relaciones de amistad que siempre han existido entre nuestras dos patrias amigas.
Aprovecho la ocasión para presentar a usted nuestras protestas de alta estima y consideración.
Salud y fraternidad,

Manoel dos Santos Amorim
2° Comandante

Después de leer esta nota yo pido a mis compatriotas que consideren la diferencia entre el Gobierno de Colombia y el del Brasil,

que tomen en cuenta cuál fue mi labor tan ardua y tan penosa, que sólo pude soportar por mi patriotismo y por mi desinterés, y que también consideren las infamias de los que ayer, al lado del tirano Gómez, hacían propaganda contra mi actitud de patriota sin complicidades en las desgracias de Venezuela, y la actitud de los revolucionarios del destierro que no hicieron nada por libertar nuestra patria, por egoístas, ambiciosos y nulos; así como la de los revolucionarios del interior del país, que por miedo, y también por egoísmo, muchas veces se asociaron al tirano Gómez para perseguirme y para no contribuir en nada ayudando la obra de mis luchas. Por eso ahora, al regresar a mi patria, no queriendo nada de la cosa pública, si ello no viene por la voluntad del pueblo, o bajo las condiciones que yo imponga para aceptarlo, por eso repito, considero que el venezolano de hoy debe saber que su egoísmo, su ambición y su indiferencia han sido los materiales para la construcción de los tronos de nuestros tiranos.

Bloqueados por las vías de Venezuela y por las de Colombia, aniquilados por el hambre y por las enfermedades, y sin esperanzas de recursos, con una paciencia y un heroísmo que yo alabo a mis compañeros, resistimos siete meses en el Territorio Federal Amazonas, adonde veintiocho días antes de nuestra salida para el Brasil, llegó el doctor Carlos León acompañado de los compatriotas Alejo Ramírez Astier, Ernesto López Laguado, Arturo García López, Manuel Pino y el teniente colombiano Rafael Mejías.

La llegada del doctor León nos animó al momento, pues creíamos que él nos traía provisiones y elementos. Pero aquel entusiasmo se vino abajo, media hora después de la llegada del referido compatriota. El doctor León no traía un centavo, ni siquiera un saco de harina, y yo tuve que pagar a los indios sálivas que lo trajeron desde el alto Guaviare, lo que costaba su viaje y el de los compatriotas que lo acompañaban. El doctor León me dijo que el dinero dado por el general Obregón, presidente de México, se había perdido en malas operaciones de la revolución, y que nada podía esperarse ya del exterior. Aquello era concluyente, de nuevo quedaba yo burlado, y no había más remedio que pensar en el destierro.

El día 29 de noviembre de 1924, se presentó una fuerza enemiga a nuestra vista, y con la mayor organización y calma emprendimos nuestra retirada por el alto Orinoco, buscando la bifurcación del Casiquiare, para bajar aquel río hasta su encuentro con el Guainía y a seguir por el Río Negro abajo hasta la frontera del Brasil. Aquella navegación de catorce días fue bastante penosa y bastante peligrosa. No teníamos nada de comer y llegó el momento en que un pequeño mono cazado por uno de los cuerpos de mis fuerzas sirvió como alimento a veintiocho hombres, es decir, cada uno de aquellos hombres se hizo la ilusión de que se alimentaba con dos onzas de aquel pequeño animal. Era necesario ganar la frontera por vías estratégicas para evitar que el enemigo, provisto de lanchas motor, se nos pusiera adelante y nos ocupara los formidables raudales de San Carlos.

Pero por más esfuerzos que hicimos, navegando sin cesar de día y de noche, no fue posible igualar los medios de transporte del enemigo, el cual se posesionó de los raudales, en donde sostuvimos un combate que principió el 21 de diciembre a las cinco de la mañana y terminó el 22 a las ocho de la noche, haciendo yo la retirada de mis fuerzas otra vez por Casiquiare arriba hasta internarnos en un caño, desde donde debía abandonar nuestras embarcaciones, y siendo guiado por los indios banibas que me acompañaban, iba a realizar la admirable travesía de dos días por aquellas soberbias montañas, a pie, en perfecta organización y sin perder un solo hombre, hasta llegar a Santa Rosa de Amanadona, para procurarnos allí embarcaciones, burlar al enemigo y entrar al Brasil felizmente con todos los míos. De aquella retirada puede decirse que fue obra maestra de disciplina, valor, abnegación y estrategia.

Aquel combate de dos días en la boca del Casiquiare, contra las fuerzas enemigas comandadas por los coroneles Sánchez, Francisco Méndez y Caldera, fue una verdadera acción de guerra, y hago justicia al decir que todos mis compañeros se condujeron con un valor sin igual. Debo mencionar especialmente al general Fernando Ramírez, a los coroneles Alejandro Agostini, José Antonio Cadeville, Amenidoro Sandoval, Monterola, Pedro Ignacio Montilla, Joaquín Palencia y Alfredo Siverio, quienes supieron combatir y defender nuestra

retirada de una manera asombrosa. El doctor Carlos León y los capitanes Ramírez Astier, distinguido oficial e intelectual, que estuvo en el frente europeo al lado de Francia, Ernesto López Laguado y Manuel Pino se condujeron de manera valerosa, abnegada y noble. Así también todos los demás oficiales y soldados voluntarios cumplieron heroicamente con su deber, como verdaderos revolucionarios y patriotas. Nuestra marcha a pie por la montaña, fue cosa muy laboriosa, pero ni un herido de los nuestros quedó abandonado, y unos en balsas y otros en canoas, el día tres de enero de 1925, estábamos en la frontera del Brasil, en donde reuní a todos mis compañeros para hacerles la exposición siguiente:

> Nuestra quinta campaña contra la tiranía de Gómez cumple ya once meses durante los cuales, en siete de ellos, tuvimos la dominación absoluta del Territorio Federal Amazonas, como base segura para la organización de la revolución. Nuestra voz se dejó oír en todas partes, solicitando de nuestros compatriotas su ayuda o para dar el golpe mortal, a los tiranos en Venezuela, y fundar la república, bajo un gobierno basado en instituciones cívicas, que es lo único que puede salvar la patria, acabando para siempre con el funesto sable de nuestros sargentones imbéciles, que han sabido esgrimir contra Venezuela, nuestros tiranos desde Guzmán Blanco hasta el monstruo Gómez, con la colaboración de hombres corrompidos, quienes llenos de cinismo han vivido de la desgracia de nuestra patria. En la actual situación, esos hombres, unos están al lado de Gómez, y otros aparentando ser revolucionarios, están en el exterior, sirviendo como los mejores sostenedores de la tiranía. Nuestra voz se ha perdido en el vacío, pero los patriotas como nosotros no nos desalentamos jamás. Después del último combate de los días 21 y 22 de diciembre en la desembocadura del Casiquiare sobre el Río Negro, combate que duró treinta y seis horas y que nosotros no pudimos evitar porque el enemigo nos interceptó, hemos quedado a menos de siete cartuchos, y desde hace muchos días carecemos de comida, y lo que es más grave, de medicinas en absoluto para nuestros numerosos enfermos. No tenemos, pues, ni parque, ni medicinas, ni comida, ni esperanzas de que nos venga de ninguna parte.

Ha llegado el momento en que un pequeño mono ha tenido que distribuirse entre veintiocho hombres. Cubiertos de honor iremos mañana a solicitar el derecho de asilo en la República del Brasil, a tomar un ligero descanso, para emprender de nuevo, con mayores bríos, nuestra lucha por la causa de la libertad. Lleno de gratitud doy a ustedes mi abrazo de compañero, y al separarnos mañana, después de penetrar al territorio brasilero, iré al exterior, con todo mi entusiasmo de luchador, a solicitar lo que necesitamos para realizar nuestra próxima campaña, dentro del plan que sometí a ustedes en el caño de Solano. Tocaré a todas las puertas con la dignidad, el interés y la seguridad que nuestra patria merece, prometiendo nuestro triunfo si obtenemos lo que nos hace falta. Espérenme confiados, para continuar luchando por la salvación de la república, y por la nueva Venezuela, sin tiranos, sin caudillos, sin sables, gobernada y salvada por las instituciones cívicas y republicanas.

Aquella exposición mía fue acogida por todos mis compañeros con el entusiasmo de los soldados del honor y del patriotismo, y todos quedaron de pie, esperando la segura comparecencia nuestra en el campamento revolucionario, el único hogar que tuvimos los venezolanos dignos, mientras la monstruosa tiranía de Gómez se mantuvo acabando con nuestra patria. Y fíjense mis compatriotas, que salimos de nuevo al asilo, pero antes de abandonar a Venezuela, ya yo dejaba esbozado ante mis compañeros de siempre el plan de nuestra próxima campaña. Los patriotas no podíamos abandonar nunca la patria en su dolor intenso; para algo bueno éramos hijos de Venezuela, pero hijos buenos, y por lo tanto dignos y atentos al cumplimiento del deber. Antes de cerrar este capítulo, quiero que mis compatriotas conozcan algunos despachos de protesta dirigidos al Presidente de Colombia, por colombianos patriotas, celosos de la integridad de aquella república hermana.

Tomado del diario *El Tiempo* de Bogotá del 6 de enero de 1925:

El paso de tropas venezolanas

De Arauca se nos ha enviado copias de los siguientes telegramas cruzados entre el corresponsal del *Nuevo Tiempo* de Bogotá, en aquella población y el Ministro de Gobierno:

Arauca, 13 de noviembre de 1924
Presidente República. Ministro de Relaciones Exteriores
Bogotá
Respetuosamente suplícoles informar si gobierno concedió nuevo permiso fuerzas venezolanas pasar territorio colombiano para atacar general Arévalo Cedeño. Noticia causa pánico habitantes.

Luis Alfredo Ortiz R

Bogotá, 21 de noviembre de 1924
Luis Alfredo Ortiz R
Arauca
Después de la resolución de fecha 7 de julio próximo pasado, por la cual concedíase a tropas venezolanas permiso para atravesar por una vez territorio colombiano, no se ha dictado otra providencia en mismo sentido. Permiso no fue para indefinido número de veces. Refiérome telegrama del 13 dirigido Señor Presidente y Ministro Exteriores.

Abadía A. Méndez

Creemos que este asunto debiera ser objeto de atento estudio por parte del gobierno. Como reciprocidad al permiso concedido por el Gobierno venezolano para capturar al bandido Humberto Gómez, nuestro gobierno concedió permiso, en julio pasado, al de Venezuela para que pudieran cruzar nuestro territorio tropas destinadas a combatir la revolución que encabeza el general Arévalo Cedeño, cuyo movimiento se encuentra fuerte en el Territorio Federal Amazonas, perteneciente a la vecina república. Los casos eran bien distintos, tanto como lo es una revolución inspirada en móviles generosos y patrióticos, y el caso de una cuadrilla de malhechores como la de Humberto Gómez que se adueña de poblaciones para el saqueo y el asesinato; sin embargo, se hizo valer la reciprocidad, y pasaron las tropas que no lograron su objeto,

pues quedaron vencidas por el ejército revolucionario de Arévalo Cedeño.

Para Arévalo Cedeño sería quizás favorable el que se siguieran concediendo estos permisos, que le facilitan victorias completas sobre las tropas de Gómez, pero ello sería hondamente lesivo de nuestra dignidad y soberanía. El permiso lo dice muy bien el doctor Abadía Méndez, no fue concedido para un número indefinido de veces. Ahora, y en adelante, el único papel de nuestras autoridades es el de hacer respetar escrupulosamente nuestra frontera, y no aparecer —ello sería intolerable— como agentes del general Gómez y colaboradores suyos en la lucha contra hombres que como el general Arévalo Cedeño merece respeto por el ideal que lo anima y que tiene, cuando menos, derecho a nuestra perfecta neutralidad. (Tomado de *El Tiempo* de Bogotá, del 6 de enero de 1925). En verdad que no merece comentarios el documento precedente, ni la nota del ilustrado diario *El Tiempo* de Bogotá. Eso habla elocuentemente sobre la complicidad de un gobierno extranjero, que como otros muchos, extremaron su crueldad contra Venezuela. He aquí otro despacho, suscrito por el Administrador de la Aduana de Orocué, señor Julio R. Mendoza, y cables de Bogotá dirigidos al diario *La Prensa* de Nueva York:

> Orocué, agosto 16 de 1924
> Ministro de Guerra
> Bogotá
> Tropas del Gobierno de Venezuela llegadas por vapor *Amparo*, dicen Gómez tiene permiso nuestro gobierno atacar Arévalo Cedeño por territorio colombiano. ¿Verdad?
>
> Julio R. Mendoza

Bogotá, agosto 22 de 1924
Julio R. Mendoza
Orocué
Por reciprocidad hace algún tiempo, el gobierno autorizado por el Consejo de Estado, dio permiso al de Venezuela, y por una solicitud, para perseguir a los merodeadores que invadieron en meses pasados a la República de Venezuela por territorio colombiano.
El Ministro de Guerra,

Carlos Jaramillo Isaza

Bogotá, 21 de agosto de 1924
La Prensa
Nueva York
El general Pedro Nel Ospino, presidente conservador de Colombia, cedió el territorio colombiano a su colega el general Juan Vicente Gómez de Venezuela, para que atravesando la frontera, sus tropas maniobraran en territorio colombiano y atacaran por retaguardia en la región de Río Negro al núcleo revolucionario venezolano que comanda el general Arévalo Cedeño.
El Senado de Colombia, al conocer el hecho pidió al Ejecutivo que diera una explicación de la medida tomada contra el Jefe revolucionario venezolano, y al efecto aprobó una proposición citando al ministro de Relaciones Exteriores, señor Jorge Vélez, para que contestara a la interpretación formulada.
El canciller Vélez compareció ante el Senado y dijo que en cuanto al permiso dado por el Gobierno de Colombia para que las tropas del general Gómez persiguieran en territorio colombiano a los revolucionarios venezolanos, se apoyaba en razones constitucionales, después de haber consultado al Consejo de Estado sobre el particular. Que el permiso concedido a las tropas gomecistas en la región de Maipures estaba previsto y autorizado en varios acuerdos aprobados por el Congreso Boliviano que se reunió en Caracas en 1911.

El senador Antonio José Restrepo, al contestar las declaraciones del ministro Vélez, dijo que se alegraba de que el Gobierno de Gómez empezara a pedir permiso; ya que antes se lo tomaba. Atacó lo que él calificó de "codicia" de Venezuela y lamentó el completo abandono en que el gobierno tiene esas regiones. El senador terminó pidiendo consideraciones para los revolucionarios venezolanos que traspasan la frontera.

La colonia venezolana asilada en La Habana, Cuba, ha dirigido por cable una protesta al Congreso Colombiano por haber dado permiso el presidente general Ospina, al paso de las tropas del general Gómez para que atacaran por retaguardia a los revolucionarios venezolanos. (Del diario *La Prensa* de Nueva York, del 21 de agosto de 1924)

La Protesta de la Unión Obrera Venezolana en Nueva York

Tomado del diario *Hispania*

Brooklyn, octubre 2 de 1924

Señor Director de *Hispania*

Distinguido Señor:

Adjunto a usted una copia del telegrama dirigido por esta asociación al Excmo. Señor Ministro de Colombia, en Washington, protestando de la conducta observada por el Gobierno de Colombia al permitir el paso de las tropas del tirano J. V. Gómez, para perseguir el movimiento revolucionario que encabeza el general E. Arévalo Cedeño, en la región de Río Negro, Venezuela.

La Unión Obrera Venezolana quedaría altamente agradecida de la reproducción del referido telegrama en las columnas del ilustrado semanario que usted tan dignamente dirige.

Con sentimiento de consideración me suscribo de usted, atento y seguro servidor,

B. Suárez

Presidente

Dentro de la imparcialidad en todo lo que sea política interna de los pueblos hispanos, gustosos publicamos el telegrama a que se refiere la carta anterior. Helo aquí:

Señor Ministro de Colombia:

Washington, D. C.

La Unión Venezolana en Asamblea extraordinaria de hoy ha acordado protestar unánime y enérgicamente contra la conducta inhumanitaria y vergonzosa del Gobierno de Colombia, haciéndose aliado de la tiranía que reina en Venezuela para perseguir a los venezolanos que se refugian en Colombia, prolongando así los sufrimientos de un pueblo hermano. Ese mismo pueblo que cien años atrás fraternizado a Colombia, dio la libertad a nuestra América.

B. Suárez

Presidente

(Tomado de la Revista *Hispania* de Nueva York, octubre 4 de 1924)

El día 4 de enero de 1925, después de guardar nuestras armas, dispuse una comisión presidida por el doctor Carlos León, a quien acompañaban el coronel Alejandro Agostini y el ayudante Antonio Acosta, para pasar al Brasil y solicitar nuestro asilo en aquella gran república. El jefe de la frontera del Brasil, militar culto y distinguido, recibió muy bien nuestra comisión, y luego pasé yo con nuestros compañeros en número aproximadamente de doscientos, habiendo sido recibidos de manera espléndida por las autoridades brasileras, que nos proporcionaron medicinas para nuestros heridos y enfermos, y nos ofrecieron la protección del glorioso pabellón de aquella república, respetada y respetable, por la seriedad de sus instituciones y por la nobleza de sus habitantes.

En el próximo capítulo se leerá mi documento de acusación dirigido al soberano Congreso de Colombia, publicado en la ciudad de Belén del Pará, que motivó interpelaciones en el Congreso de aquella república, poniendo en descubierto a las autoridades,

que por su complicidad con el tirano Gómez, echaron por tierra el honor y la soberanía de Colombia. El comandante de la frontera de la República del Brasil tuvo para conmigo bondades infinitas, puso a mi disposición una embarcación para seguir a Santa Isabel; y en todo el trayecto fuimos atendidos de manera muy cordial y muy sincera. Recuerdo que el distinguido militar brasilero coronel Manoel Dos Santos Amorim, me dijo que Gómez era una afrenta para la América entera, que él deseaba que Venezuela entrara por una franca vía de verdadera vida republicana, para que así terminaran por siempre nuestras desgracias.

Me despedí con agradecimiento del distinguido militar y protegido por la gran República del Brasil, entré a su territorio para verme de nuevo en el asilo, pero jurando volver muy pronto a la lucha contra la tiranía de Gómez y deseando con todo mi amor de patriota ver algún día a Venezuela grande, hermosa y respetada, como aquella república que me abría sus puertas y se las abría ampliamente a los héroes que me acompañaban, justificando con su magnífica recepción nuestra conducta de hombres patriotas, de hombres de honor y de venezolanos dignos.

Capítulo IX

Mi protesta ante el Congreso de Colombia. —Otra vez en Nueva York.—Tres veces en Europa en un año.—Buscando ayuda en Europa, México, Cuba, Martinica, Santo Domingo, Costa Rica, Panamá y Trinidad.—La oposición no existía.—Años de 1925, 1926, 1927 y 1928.—De nuevo a las fronteras de Arauca a empuñar el fusil redentor

Las aguas del poderoso Río Negro me condujeron a Manaos, y en verdad que fue bello aquel viaje de ocho días de bajada por el magnífico río brasilero. En todas sus márgenes en donde había poblados recibimos la acogida más entusiasta, y el sinnúmero de familias venezolanas asiladas en aquella región del Brasil nos prodigaron sus cuidados y atenciones. Aquella parte de la gran república ha progresado con las desgracias de Venezuela, pues pasan de dos mil los compatriotas que han abandonado nuestros pueblos en el Territorio Federal Amazonas, para irse en busca de garantías y seguridades para la vida, en la tierra pacífica y progresista del Brasil.

Eran mis compañeros de viaje el doctor Carlos León, el coronel Alejandro Agostini, Alejo Ramírez Astier, Manuel Pino y José Armas, y todos veníamos sin dinero alguno, teniendo que vender cosas de nuestro uso personal, entre ellas mi máquina de escribir, para poder atender a las necesidades de nuestro viaje. Después de un año de campaña en territorio venezolano, salía yo sin un centavo, como siempre, a desafiar las durezas e ignominias de un destierro que era un inmenso desierto de Sahara, en el cual no existía un oasis de esperanzas para satisfacer mis anhelos de luchador por la causa de la libertad. Nunca saqué dinero de Venezuela porque yo venía a luchar al suelo de la patria por el triunfo de mis ideales, y no a imitar el robo y el saqueo que mantenían en Venezuela Juan

Vicente Gómez y la cuadrilla de malhechores, que con él destruían nuestra pobre nacionalidad.

Llegamos a Manaos, bella ciudad del Brasil, la cual mereció los elogios del gran sabio francés Eliseo Reclus, y cuyo sorprendente progreso en cuarenta años de vida, nos enseña lo que vale la labor de gobernantes civilizados, que saben que gobernar es ejercer paternidad sobre el pueblo, y no el sistema de los gobernantes venezolanos, que siguen el ejemplo de los antiguos emperadores romanos, que llamaban paz encarcelar y matar los hombres, y república saquear e incendiar las propiedades, sistema adoptado admirablemente por Juan Vicente Gómez, quien después de veintisiete años de desgobierno nos dejó el triste balance de una Venezuela en descomposición y tan arruinada, que su ruina da pavor, y que dirá a las generaciones del porvenir de la gran responsabilidad del venezolano de hoy, que fue quien hizo y sostuvo aquel tirano con su adulación, su indiferencia, su egoísmo y su miedo.

En Manaos encontré a un buen amigo, comerciante de goma en el Territorio Federal Amazonas, el señor Pedro Manuel Fuentes, noble amigo que me ayudó para comprar ropa, puesto que llegué a Manaos con mis vestidos de campaña, y para seguir a Belén del Pará desde donde podía comunicarme con mis grandes amigos doctor Pedro José Jugo Delgado y Nicolás Hernández, quienes me ayudarían para seguir a Nueva York. Al llegar a Belén me dirigí a aquellos amigos, y ellos me giraron para hacer mi viaje a los Estados Unidos, pero antes de abandonar a la bella ciudad de Belén del Pará, escribí y publiqué allí mi acusación ante el Congreso colombiano, contra el Gobierno de aquella república, que había permitido el paso de las tropas de Gómez para atacarme en Río Negro. Mi acusación fue bien acogida en Colombia, varios ministros fueron citados al Congreso y con ella puse a salvo el honor de la revolución. He aquí aquel documento, cuya lectura recomiendo a todos mis compatriotas:

> ¡Al Soberano Congreso y Pueblo de Colombia!
> Un hecho insólito, por lo monstruoso, en los anales del Derecho Internacional Público, me obliga a dirigirme hoy al Congreso y

Pueblo de Colombia, con todos los miramientos que esas altas entidades me merecen, con el fin de acusar ante ellas, de la manera más solemne, el actual régimen que dirige los destinos de esa nación hermana, el cual, ultrajando hasta lo más sagrado en el derecho de gentes, se ha constituido en agente de Juan Vicente Gómez, el tirano de mi patria, llegando en su afán de complicidad, hasta poner bajo la planta insolente del déspota venezolano, la majestad de la soberanía territorial de Colombia para que la ultraje con inaudito descaro, y con el desprecio que siempre han merecido aquellos que no saben ser dignos y que en vergonzoso maridaje con los déspotas, juegan hasta la más alta representación de su patria, que en mala hora cayera en sus manos para vergüenza de su pueblo.

Al acusar solemnemente ante el Soberano Congreso y Pueblo de Colombia, al Gobierno que preside el señor general Pedro Nel Ospina y a su Consejo de ministros, ruego a tan altas entidades, fijen su atención en los hechos que voy a exponerle ajustados todos a la verdad, porque no puede, ni debe mentir, un hombre que, como yo, ha amoldado siempre todos los actos de su vida a la seriedad y a la verdad misma, y que lleva sobre sus hombres una alta responsabilidad, en la autoridad que represento como comandante en jefe de los ejércitos de la revolución venezolana, que acaban de actuar en el Territorio Federal Amazonas, entidad de mi patria.

Asistido por la razón y la justicia, como nos encontramos todos los venezolanos patriotas, para combatir la tiranía de Gómez que acaba con la nación venezolana, hace doce años que he empuñado un fusil con la única aspiración de ver mi patria libre y feliz; y en ese largo pero honroso luchar, por necesidades urgentes de nuestra organización revolucionaria, el día 27 de mayo del año de 1924, ocupé con la fuerza de mi mando la plaza de San Fernando de Atabapo, capital del Territorio Federal Amazonas, obteniendo con esta feliz operación la dominación absoluta de todo el mencionado Territorio, que constituía la base principal de la revolución, porque a esa población vendría el supremo directorio de ella a instalarse, para constituirse en el Gobierno de la República.

Nadie ignora que el acceso que podían tener las tropas de la tiranía venezolana al referido Territorio, era única y exclusivamente por territorio colombiano, dadas las fortalezas naturales que existen en los raudales del Orinoco, y la organización que yo diera al servicio de espionajes y retenes hacían nugatorio cualquier esfuerzo que hicieran las tropas de Gómez para llegar hasta nosotros sin ser derrotados. Creíamos que el Gobierno de Colombia, quien no obstante haberse constituido en agente del tirano Gómez desde el comienzo de su régimen devastador, asesinando de manera inmisericorde en la sabana de Casanare y Arauca, a muchísimos de nuestros compatriotas, que han venido a Colombia a ampararse de la furia de la dictadura venezolana bajo el tricolor colombiano, creyéndolo la bandera de una república soberana e independiente, y quien se ha cebado encarnecidamente en nuestros compatriotas residentes allí, internándolos, confinándolos, encarcelándolos y entregándolos a las autoridades venezolanas, por el solo delito de ser patriotas que buscan la libertad de Venezuela, en medio de la más horrorosa persecución dentro y fuera de su país; creíamos, repetimos, que guardaría algún respeto por la integridad de Colombia, no permitiendo al déspota venezolano el paso y estacionamiento por más de seis meses de sus tropas por territorio colombiano, para establecer un bloqueo cerrado sobre la fuerza de mi mando, y pereciéramos de hambre, ya que de otra manera era imposible nuestra destrucción. Pero nuestras creencias resultaron infundadas, y la exposición de los hechos que va de seguida, comprobará lo errado de nuestra creencia e ilustrará a las altas entidades, a quienes me dirijo, revestido de la seriedad del acusador sincero, en este gravísimo asunto, escandaloso atentado, que afecta hondamente la existencia de la nacionalidad colombiana, y que condena severamente el Derecho Internacional Público, base muy principal en la vida de las naciones. Dos días después de la ocupación de la plaza de San Fernando de Atabapo por la fuerza de mi mando; inspirado en el grandioso programa de la revolución venezolana, dicté una Orden General, declarando libre la navegación del río Orinoco, "como un acto de justicia hacia la hermana República de Colombia, y con el

objeto de que este acto de progreso de la revolución sea sancionado por el directorio supremo, al triunfar nuestras armas", según reza esa misma orden general, que dentro de pocos días verá cumplir el pueblo colombiano, porque la revolución venezolana cambiará por completo la faz de nuestro infortunado país, haciendo una nueva patria, digna de nuestro gran Libertador, y porque los hombres que a esa causa consagramos todos nuestros desvelos de patriotas, creemos con Víctor Hugo, que los ríos fronteras deben ser sustituidos por los ríos arterias, para que el progreso mundial vaya a todas partes llevando los beneficios de la civilización, y acabemos así con nuestros bárbaros y egoístas tiranuelos tropicales. Pues, bien, Soberano Congreso y Pueblo de Colombia, a ese acto de grandes beneficios para la tierra colombiana, correspondió el Gobierno del señor general Ospina y su Consejo de ministros, abriendo las puertas de su patria a las tropas del tirano Gómez, para que ultrajaran la soberanía territorial de Colombia, penetrando tierras colombianas adentro, y nos atacaran alevosamente, desde luego que yo no podía ni debía mantener espionajes en tierras de una nación soberana; viniendo esas tropas de pretorianos hasta el vecindario de Maipures, guiadas por autoridades fronterizas colombianas, que diligentes cumplían las órdenes del alto Gobierno residentes en Bogotá. El día 27 de junio, esas fuerzas, no obstante la protección que tuvieron al darles paso por Colombia, a la aproximación nuestra, con sólo pocos disparos, huyeron despavoridas, incendiando casas en territorio colombiano, correspondiendo así a la incalificable complicidad del Gobierno del señor general Ospina. Ese día, al contemplar yo los muertos habidos en esa lucha de la justicia contra la barbarie, dirigí a mis compañeros estas palabras que reflejan la indignación de nuestra protesta contra el Gobierno colombiano: "¡Compañeros de armas! La sangre que hoy se ha derramado caerá eternamente sobre la cabeza del actual Gobierno de Colombia, y yo, desde lo alto de este raudal del soberbio Orinoco, elevo mi protesta ante los manes esclarecidos de Bolívar y de Camilo Torres, de Uribe Uribe y Benjamín Herrera".

Pero este monstruoso atentado no pudo silenciarlo el Gobierno colombiano como él lo pensó, y el pueblo en su más alta representación del

Congreso y de la prensa, levantó su voz airada de protesta y pidió se volviera por el honor de Colombia ultrajado. Fue entonces cuando el ministro de Guerra de ese país, general Jaramillo Isaza, fue llamado a las Cámaras para que respondiera de la justa acusación, que un grupo de honorables congresantes, presididos por el ilustrado doctor A. J. Restrepo, hacía al Nacional, a quien pedían las explicaciones del caso en materia tan delicada para el honor de Colombia. El ministro Jaramillo Isaza se presentó a las Cámaras, y lleno de terror ante la gran culpabilidad del gobierno del cual formaba parte, para salir de la embarazosa situación, faltó a la verdad, diciendo al Congreso que el Gobierno había dado permiso a las tropas de Gómez para invadir el territorio colombiano, como un acto de reciprocidad, pues el Gobierno de Venezuela había permitido el año de 1917 el paso de tropas colombianas a territorio venezolano, para perseguir al famoso bandido Humberto Gómez, después que éste cometiera los hechos delictuosos que para aquella época cometió en la población fronteriza de Arauca.

En el momento mismo que esto acontecía en las Cámaras el distinguido caballero colombiano, don Julio R. Mendoza, como varios otros patriotas residentes en el interior del país, dirigió un telegrama al citado ministro de Guerra, el cual telegrama junto con la respectiva contestación del ministro vino a mis manos, y es el que me permito insertar aquí, para enseguida probar lo contrario con la verdad misma, y dejar a juicio del Soberano Congreso y Pueblo de Colombia la veracidad de la palabra oficial.

Los telegramas dicen así:

Orocué: agosto, 16 de 1924
Ministro de Guerra
Bogotá
Tropas del Gobierno de Venezuela llegadas por vapor *Amparo*, dicen Gómez tiene permiso nuestro Gobierno atacar Arévalo Cedeño por territorio colombiano. ¿Verdad?

Julio R. Mendoza

Ministerio de Guerra
Bogotá, agosto 22 de 1924
Julio R. Mendoza
Orocué
Por reciprocidad hace algún tiempo, el gobierno autorizado por el Consejo de Estado, dio permiso al de Venezuela, y por una solicitud, para perseguir a los merodeadores que invadieron en meses pasados a la República de Venezuela por territorio colombiano.

Carlos Jaramillo Isaza

Como esta acusación que dirijo hoy al Soberano Congreso y Pueblo de Colombia está alejada de toda pasión personal, me abstengo de considerar la ofensa que a mi causa y a mi persona, hace el señor general Jaramillo Isaza, al calificarnos de merodeadores, pero no debo seguir adelante, sin decir al señor ministro de Guerra, que ya desearía él, el general Ospina y su Gabinete, gozar de la alta reputación que tengo yo conquistada dentro y fuera de mi país, como hombre honrado y patriota, que jamás haya vivido fuera del saludable ambiente del trabajo, del deber y del honor.
Ante tales explicaciones dadas por el señor ministro de Guerra, el honorable representante Restrepo, la prensa y los ciudadanos colombianos, que como el señor Mendoza habían telegrafiado al gobierno, creyendo en la veracidad de la palabra oficial y desprovistos de toda documentación para probar lo contrario al gobierno, tuvieron que parar su acusación, limitándose a dejar consignada su protesta y pedir al gobierno, no permitiera en lo adelante que se repitiera el atentado humillante para Colombia que tanto afectaba la dignidad nacional; pero ha llegado el momento en que yo, impulsado por las necesidades de mi causa, haya salido del Territorio Federal Amazonas, pueda abrir un paréntesis a mis ocupaciones de luchador, para aprovechar decir la verdad al soberano Congreso y Pueblo de Colombia, y presentar ésta mi acusación pidiendo sólo que ella sea oída de manera serena e imparcial. Cuando Humberto

Gómez en unión de varios malhechores asaltó la guarnición de Arauca, mató al general Escallón, comisario especial de aquella Entidad, cometiendo toda clase de desmanes y tropelías, llegué yo a la población de Tame, en viaje desde Cúcuta, encontrándome en dicha población a muchos compatriotas que habían huido de Arauca, y por ello supe el desgraciado suceso que envolvía aquella rica región colombiana. Ya en la plaza de Tame había más de cien hombres compuestos de llaneros honrados, quienes se habían agrupado en torno del general Manuel José Nieto, valeroso patriota colombiano, quien en unión de los elementos citados, organizó una fuerza, y se apresuró a ofrecer sus servicios al Gobierno Nacional procurando la paz de la región.

Un sentimiento de indignación y de protesta me obligó a excitar a mis compatriotas para que nos dirigiéramos al general Nieto, autoridad militar de la plaza, ofreciéndole nuestros servicios para marchar a Arauca junto con él a restablecer el orden.

Nos acercamos al referido general, quien acogió nuestros ofrecimientos de la manera más entusiasta, y nos manifestó que dentro de tres días llegaría el general Jesús María García, con tres Regimientos, quien venía nombrado por el Gobierno Nacional jefe de la expedición para perseguir al cuadrillero Humberto Gómez, y que una vez llegado dicho general, él nos llevaría a su presencia y le pondría de manifiesto nuestros deseos en favor de aquellas regiones. En el plazo indicado llegaron las fuerzas nacionales a Tame, y en la noche del día de su llegada, conducido por el general Nieto, nos presentamos al general Jesús María García, quien acogió nuestro ofrecimiento con gratitud y con cariño y nos manifestó, que utilizaría nuestros servicios si los bandidos adueñados de la plaza Arauca se proponía diseminarse por el territorio; pero que él creía que al aproximarse las tropas nacionales, abandonarían la región y se asilarían en Venezuela. El Ejército marchó sobre la plaza de Arauca y nosotros salimos en su retaguardia, y no fueron infundadas las creencias del general García, pues tres días antes de nuestra llegada a Arauca, Humberto Gómez había huido con su cuadrilla y se había situado en la población venezolana El Amparo,

frente a Arauca, con sólo el río del mismo nombre por medio, entregando a las autoridades venezolanas más de trescientos fusiles pertenecientes al ejército colombiano, más de cuatrocientas bestias robadas en los hatos araucanos muchos de ellos situados a cuatro y cinco leguas del lugar donde el cuadrillero entregaba el botín a los agentes del tirano Gómez; desde donde se reía de la jugada que había hecho al Gobierno de Colombia, por mandato de la tiranía de Venezuela, quien por medio de Vincencio Pérez Soto, presidente del estado Apure y de un tal Castellanos, cónsul de Venezuela en Arauca, había preparado el atentado, explotando la enemistad del cuadrillero Humberto Gómez con el comisario especial general Escallón, ofreciéndole posición y dinero, para que diera el golpe en venganza contra el general Escallón, y aprovechar la anormalidad que se presentaría, para recoger todas las armas del territorio fronterizo y atrapar a todos los asilados venezolanos que les entregara en la frontera. Así el tirano Gómez acababa con sus enemigos los asilados venezolanos en territorio de Colombia. Esta maquinación fue tan descarada, que el cuadrillero y sus compañeros lo decían públicamente y recibían instrucciones durante los días que estuvieron ocupando la plaza Arauca, del cónsul de Venezuela en aquella población. Además, toda la correspondencia que se cogió al cabecilla, probó hasta la saciedad la burla y el atentado del dictador de Venezuela contra Colombia.

El mismo día que el general García llegó a Arauca, Humberto Gómez jugaba a los dados con todos sus camaradas de fechorías en El Amparo y con insolente descaro se presentaba en la margen del río Arauca; a doscientos metros de la fuerza que iba en su persecución, desafiando la impotencia de ésta, porque se encontraba protegido por sus inspiradores las autoridades venezolanas.

Ante tamaña burla, y ya demasiado comprobada la obra de Juan Vicente Gómez, el general García y todos los militares que lo acompañaban, protestaban contra la complicidad de las autoridades venezolanas, y todos los militares se acercaron al general García, proponiéndole la invasión a territorio venezolano para vengar la afrenta. El general García no pudiendo comunicarse con su

gobierno rápidamente, por la falta de telégrafo para aquel entonces en Arauca, estando la oficina más cercana, o sea la de Pore, a diez jornadas forzadas de a caballo del lugar en donde se desarrollaron los sucesos, se abstuvo de tomar sin consulta una medida violenta; que llevaría a dos pueblos hermanos a una guerra desastrosa, no siendo el pueblo venezolano culpable de las torpezas cometidas por el tirano que lo oprime; limitándose a llamar a la Comandancia al cónsul de Venezuela, increpándolo duramente, mostrándole los documentos prueba de la complicidad del tirano a quien servía, y notificándole abandonara la población de Arauca.

Mientras todo esto acontecía, el cabecilla Humberto Gómez iba camino de San Fernando de Apure para de ahí seguir a Maracay, residencia del tirano Gómez, entregándole al dictador una numerosa cantidad de bestias, como ofrenda de su pillaje, para recibir más tarde en pago posición al lado del tirano. Durante mi campaña en 1921, tuve ocasión de coger catorce famosos caballos en un hato de Gómez, situado en la frontera de los estados Guárico y Cojedes, de esas mismas bestias, estando estos caballos marcados con los hierros de los hatos araucanos El Socorro, Las Morochas y La Bendición, propiedad de los criadores colombianos don Víctor Machado, don Federico Pérez Romero y don Guillermo Camejo.

Los criadores colombianos de la región afectada se dirigieron al tirano de Venezuela, reclamándole las bestias robadas, y es curioso el telegrama de contestación del déspota, que a la letra dice así: "Recibido y en cuenta. Pueden ocurrir a esta ciudad a formular sus reclamos de bestias". Es decir, que fueran a Maracay, a más de cuatrocientas leguas de Arauca, para ponerles un par de grillos de ochenta libras y sepultarlos en sus prisiones de muerte cruel y segura. Demás está decir que con sólo esta amenaza, los criadores temblaron de miedo, pues en Arauca, el terror a Gómez es como en Venezuela, debido a que todos los araucanos, por no tener construida la famosa vía del Sarare, están obligados a pasar sus ganados por Venezuela y sujetos al control que ejercen las autoridades venezolanas en esa región, quienes a su antojo pasan con tropas a asesinar y hacer presos venezolanos y colombianos.

Es ésta la verdad en este vergonzoso asunto para Colombia, y además de la veracidad de mi palabra de honor como testigo ocular, apelo al general Jesús María García, jefe supremo de la expedición, al general Manuel José Nieto, jefe de Estado Mayor General, al general Felipe Molano, subjefe de Estado Mayor, al coronel Balcazar, jefe del regimiento Tren Soublette, a los coroneles jefes de los regimientos Albán y Chita, al coronel Salustiano Chaparro, jefe de las caballerías de Arauca, a todos los militares que concurrieron a la expedición, al meritorio sacerdote reverendo Padre José Villanea, quien con su talento y tacto contribuyó a salvar la región de la barbarie de los cuadrilleros, a los criadores araucanos, al comercio, y al general Luis N. Flores, para aquel entonces administrador de la aduana de Arauca, y a manos de quien, por requisa aduanera, practicada en baúles de la familia del cuadrillero Humberto Gómez, vino a caer la correspondencia del Gobierno venezolano, para el citado cuadrillero, ordenándole la consumación del crimen, poniendo luego esa correspondencia a la disposición de las autoridades judiciales, por resolución de las autoridades militares. Ruego a estos honorables colombianos que me desmientan, si abjurando de mi condición de hombre sincero y honrado, falto a la verdad, y si hay alguna pasión de causa en este relato, que no podía haberla, pues, en mi condición actual de acusador, no hablo por mi humilde personalidad, sino en nombre de la revolución venezolana, cuyas armas estuvieron bajo mi dirección.

No hay pues, la tal reciprocidad a que hace alusión el señor ministro de Guerra, sino una gravísima afrenta a la soberanía de Colombia, que luego fue más ostensible con las frecuentes invasiones de tropas venezolanas a territorio colombiano, comandadas por el asesino Pérez Soto, invasiones que sacrificaban a los asilados en toda la región de Arauca, sin la más leve protesta de las cómplices autoridades colombianas.

Narrados así estos hechos, que son la verdad misma, suplico respetuosamente al Soberano Congreso y Pueblo de Colombia, juzguen la actitud de su gobierno al decir lo contrario en un asunto tan

delicado y continúen oyendo mi acusación en su parte más interesante por la reincidencia de ese mismo gobierno.

Después de la protesta de las cámaras, la prensa y de ciudadanos del interior del país, todo el mundo creyó que el Gobierno de Colombia se dirigiría al tirano de Venezuela, no permitiendo se repitiera la invasión a territorio colombiano para atacar las fuerzas de mi mando; pero no resultó así, y lo que hizo fue ratificarse y extremarse en su complicidad con Gómez, dándole permiso para estacionar tropas numerosas por seis meses en territorio colombiano, pasar por su carretera de Maipures lanchas vapor; situar su cuartel general en el citado lugar de Maipures, con una estación de parque y provisiones, permitiendo también la invasión por los ríos Vichada e Inírida para aprisionar a honrados comerciantes del territorio, como aconteció con los señores José Antonio Sulvarán, Felipe Sterling y Juan José Guerrero, que infelices huían del terror clamando protección al tricolor colombiano, hoy mudo y sordo para los patriotas venezolanos perseguidos por la crueldad y la barbarie. Mientras tanto las autoridades colombianas del Vichada, obedeciendo órdenes de las tropas del tirano Gómez, cerraban el bloqueo por la vía del mencionado río, a fin de evitar que ningún comerciante entrara con provisiones por la vía de Orocué, aunque en negocios particulares, por temor de que esas provisiones vinieran a nuestras manos por órgano de algún amigo. A todas estas mis fuerzas pasaban hasta seis días sin comer, porque la pesca, que era el único recurso que podía medio sostener a aquel grupo de patriotas, era difícil y casi imposible, debido a las grandes crecientes del Orinoco, y carecíamos hasta de un grano de quinina y de toda clase de medicinas en absoluto, siendo víctimas mis compañeros y yo de las enfermedades de aquella región malsana en épocas de invierno. En los últimos días de mi campaña, aquello no era ejército: era un hospital de enfermos hambrientos, que sólo marchaba remando de día y de noche con sus fuerzas agotadas, porque el patriotismo hace milagros, y Dios fortalece a los hombres de fe que luchan por la libertad de los pueblos.

Permitir el Gobierno del señor general Ospina, estacionar por más de seis meses tropas de otra nación en territorio colombiano. Esto es incalificable, y no se conoce en la historia ningún caso de que nación alguna le haya permitido a otra estacionar tropas en su territorio. El Derecho Internacional Público se afecta hondamente al analizar este caso singular, y yo, desprovisto de toda pasión, someto este caso a los grandes publicistas de la América para que lo analicen, lo juzguen y dicten su veredicto justiciero.

Ahora bien: todas las naciones civilizadas del mundo, conocen el caso espantoso de Venezuela, mi desgraciada patria, que por una fatalidad no extraña en la vida de los pueblos, en donde cierta clase corrompida asalta las alturas del poder, sembrando la ruina y la desolación, presenta hoy el sombrío espectáculo de verse tiranizada por la familia Gómez, que tan sólo se inspira en el crimen y en la barbarie; todo el mundo ha visto y ve con indignación cómo un déspota analfabeto y cruel acaba con la nación cuna de la libertad suramericana, llegándose el caso de que la noble y altiva México, abanderada de la raza latina, que supo sacudir el yugo de tremenda tiranía, cumpliendo el programa de la Revolución mexicana, llena de indignación ante tantas monstruosidades cometidas por el tirano Gómez, rompió las relaciones con él, diciendo por boca de su Presidente, general don Álvaro Obregón, estas memorables palabras, que debían, por espíritu de justicia y de fraternidad, repetir todos los Gobiernos de las naciones latinoamericanas: "México rompe relaciones no con el pueblo de Venezuela, sino con el tirano de Venezuela, porque los tiranos no representan los pueblos que oprimen"; agregando a estas palabras llenas de aliento para nuestras almas de luchadores incansables, estas otras dirigidas en bello y expresivo telegrama a la colonia venezolana residente en ciudad de México, que quedarán grabadas para siempre en el corazón de nuestro agradecido pueblo: "El pueblo venezolano, en su desgracia, tiene su hogar en la nación mexicana".

¡Qué contraste entre esta noble actitud y la del Gobierno de Colombia, que nos ha asesinado más de cuarenta compatriotas en la frontera, que nos expulsa violentamente sin permitirnos hacer

uso, de nuestros intereses como aconteció conmigo el año de 1918 en Orocué, y como ha acontecido y acontece a muchos asilados venezolanos; que nos entrega al déspota Gómez para que nos asesine a una jornada de la frontera, que nos encarcela para obligarnos a firmar una fianza renunciando a todo acto hostil contra la tiranía de Gómez; que permite que las tropas de la tiranía de Venezuela arrebaten los intereses de los asilados, como acaba de acontecer con los señores López, dueños del hato El Porvenir en el bajo Meta, a más de diez jornadas de la frontera, siendo estos honrados criadores propietarios en Colombia por más de treinta años; y para que aprisionen a los comerciantes ya citados, en los ríos Vichada e Inírida para asesinarlos en las mazmorras de Gómez. Esto es inconcebible, y en medio de nuestra justa indignación, no encontramos cómo explicarnos la actitud del actual régimen que gobierna la nación colombiana.

¡Qué diferencia entre la actitud de los gobernantes colombianos y la de las autoridades de la gran República del Brasil, que nos abren las puertas de su gran patria, para concedernos el sagrado derecho de asilo, llegando su bondad hasta darnos medicinas a los compañeros enfermos y ofrecernos la protección del pabellón de la República de los Estados Unidos del Brasil, país cuyas serias instituciones son una garantía para nacionales y extranjeros!

El Gobierno conservador de Colombia es un régimen bastante olvidadizo, y es por ello que sabe corresponder de una manera tan abominable a los que como yo han sabido prestarle servicios de valor inapreciable. Ese régimen ha olvidado, al entrar en complicidad con el tirano Gómez que fui yo, acompañado por 150 valientes venezolanos, quien destruyó la cuadrilla de malhechores capitaneada por Baudilio Escalona, que desde hacía siete años sembraba el terror y la depredación en Arauca y Casanare, muriendo en el encuentro el cabecilla Escalona y sus principales secuaces; teniendo yo y mis valientes compañeros como única recompensa de este acto, la gran satisfacción de haber asegurado la paz en aquellas regiones colombianas que quiero mucho. Tan sólo bastó para que yo me moviera a cumplir tan honroso cometido, una nota oficial del entonces comisario

especial de Arauca, doctor Arístides W. Vaca, quien me decía en el comienzo de esa nota lo siguiente: "El Gobierno de Colombia le agradecerá a usted, que por todos los medios que le sean posible, colabore con él a la destrucción de la cuadrilla de malhechores capitaneada por Baudilio Escalona, Faustino Jara, etc., etc., que desde hace tantos años siembra el terror en esta región. El Gobierno tiene seguridad de que usted, como elemento de orden y de conducta ejemplar, sabrá apoyarlo con toda la buena voluntad que requiere misión tan importante". Atendiendo a tan urgente excitación, en momentos en que al Gobierno se le hacía difícil la destrucción de la cuadrilla, por el radio de acción de que disponía, y por estar compuesta de numerosos elementos muy bien equipados, ocurrí a mis compatriotas asilados, nos organizamos, y diez días después, debido a las distintas combinaciones que hice a la cuadrilla, tocó al cuerpo que comandaba el valeroso coronel Francisco Teodoro Rodríguez, batirlos y destruirlos en proporción de uno contra cinco; anunciándole yo ese mismo día al doctor Vaca, en nota memorable, porque envolvía una gran satisfacción para mí y mis compañeros, la destrucción total de la cuadrilla, y dándole las gracias por haberme proporcionado la manera de ofrendar a Colombia la paz de las regiones laboriosas de Casanare y Arauca. Apelo de manera solemne a la distinguida personalidad del doctor Arístides W. Vaca, para que diga al pueblo de Colombia, si es verdad o no lo que dejo expuesto, no como lujo de vana presunción, sino para que se vea que mi labor en esa nación hermana ha sido siempre benéfica, ajustando mis actos al respeto de las instituciones, como corresponde a todo buen ciudadano; quedando muy bien demostrado que el calificativo de merodeadores con que nos tilda el señor ministro de Guerra, general Jaramillo Isaza, debo aceptarlo, porque me viene por la influencia atávica de mi ilustre ascendiente, Manuel Cedeño, "El Bravo de los bravos de Colombia", que cayó en el inmortal campo de Carabobo, sellando con su sangre la libertad de la Gran Colombia y dejándome como legado precioso, que yo he sabido y sabré guardar siempre el eterno merodeo contra las tiranías de mi patria, el amor, a la libertad y al orden, el odio a todos los tiranos

del mundo y el gran desprendimiento que para sí tuvo aquel grande hombre.

Con mis palabras de protesta lanzadas de lo alto del raudal del Vichada de nuestro soberbio Orinoco, el mismo día de la invasión de las tropas del tirano Gómez por territorio colombiano, para asesinar a varios de mis compañeros, y luego huir en vergonzosa derrota, termino esta acusación, que espero sabrán juzgar serena y patrióticamente el Soberano Congreso y Pueblo de Colombia, a quienes suplico justicia y patriotismo para imponer la sanción que bien merece el actual Gobierno conservador de Colombia.

Muy respetuosamente del Soberano Congreso y del Pueblo de Colombia.

E. Arévalo Cedeño
Belén de Pará (Brasil), febrero de 1925

El documento que antecede dará una idea de la medida arbitraria adoptada contra nosotros por el Gobierno de Colombia, la cual fue criticada en los países de nuestra raza, quedando de manifiesto que el oro corruptor de Gómez sabía imponerse para obtener el apoyo de gobernantes venales, que fueron responsables también de la desgracia venezolana. Salí para Nueva York en los primeros días del mes de marzo de 1925 y de nuevo llegaba a los Estados Unidos de América, convencido de que mi labor allí sería inútil, porque allí estaban las mismas momias egipcias de todos los tiempos: los caudillos venezolanos, que desprestigiados y viejos, nunca perdieron la buena voluntad de destruir con sus intrigas los planes que se tramaban para derrocar a Gómez. Si los ministros diplomáticos y cónsules de Gómez hicieron uso de todo lo indigno y malo para sostener al tirano, la labor de los llamados caudillos no fue menos apreciable en favor de la tiranía de Venezuela. Un día me lamentaba yo de la obra destructora de aquellos hombres, y mi querido amigo Inocencio Spinetti, me dijo con marcada razón, lo siguiente:

> Tú estás equivocado; y esos hombres tienen razón, porque ellos no necesitan hacer nada contra Gómez, para cuando el tirano desaparezca, regresar a la patria a recibir los puestos que los esperan; tú te sacrificas por un deseo de patria libre, pero ellos se ríen de ti porque su posición está asegurada sin tener las penalidades que tú tienes en tus luchas.

Tenía razón el buen amigo; es lucrativo y bello cosechar sin sembrar, y al fin la patria siempre es generosa y buena; pero la patria venezolana, inmenso samán de Güere, que ha protegido a tantos malos venezolanos, para quienes reservarían otras patrias la verdadera sanción merecida que acostumbran aplicar los pueblos que saben premiar los méritos y que jamás confunden valores. El mismo día de mi llegada a Nueva York supe que acababan de derrochar la suma de noventa y cinco mil dólares que había dado para la revolución don Antonio Aranguren, rico venezolano, enemigo de la tiranía de Gómez, quien había venido de Inglaterra para poner aquella suma a la orden de una agrupación revolucionaria organizada entre el doctor Leopoldo Baptista, los generales Régulo Olivares, Arístides Tellería y otros compatriotas más. Aquello fue un fracaso enorme como todas las cosas habidas en el campo de la oposición, quedando yo a salvo de toda responsabilidad en este asunto, porque cuando se organizaba este movimiento en Nueva York, estaba yo en territorio venezolano, sin armas y con miseria combatiendo la tiranía. Todos estos despilfarros y bellezas de la revolución, pasaban o sucedían precisamente cuando yo estaba en el territorio patrio cumpliendo con mi deber en unión de mis valientes compañeros.

Me puse en contacto con los doctores Francisco H. Rivero y Néstor Luis Pérez, y convinimos que yo saldría para Europa, a ver qué se podía conseguir con Aranguren, quien estaba bastante resentido después de la pérdida sufrida. Al efecto, salí para Francia, y mi distinguido amigo, honrado patriota y digno hombre público doctor Néstor Luis Pérez me dio una carta para don Antonio Aranguren, haciéndole ver la necesidad de ayudarme para emprender

una nueva campaña, como eran mis deseos, y como era una necesidad, ya que se nos aseguraba que podíamos contar con la ayuda de México.

En París me encontré con los doctores Alberto Smith y Santos Dominici, ilustres compatriotas y muy meritorios como honrados revolucionarios, quienes con su gran patriotismo se dispusieron para ayudarme con Aranguren. Seis días después de estar en París, salí para Londres para verme con don Antonio Aranguren, quien vino a mi hotel enseguida de saber mi llegada, diciéndome en mi pieza y al momento de sentarse estas palabras textuales: "Si yo me hubiera visto con usted antes de salir para esta última campaña, no me hubieran robado los noventa y cinco mil dólares que acaban de robarme en Nueva York". Yo sabía muy bien de la pérdida del dinero, pero como yo no iba a destruir a nadie, sino a buscar ayuda para la revolución, me limité a decir al señor Aranguren lo siguiente: "¿Le robaron esa suma, don Antonio?". A esta pregunta mía, me contestó Aranguren, dándome cuenta de todo lo relacionado con el fracaso, y me manifestó que debido a la pérdida de aquel dinero debía reponerse de ella, y que luego estaría en disposición de ayudar a la revolución como eran sus deseos.

Los compatriotas doctores Alberto Smith y Santos Dominici hicieron mucho porque yo obtuviera ayuda de Aranguren pero nada se consiguió en el momento, prometiendo éste que pasados unos meses estaría en condiciones de ayudarme. Sin recursos, sin modos de conseguirlos y con nuevas esperanzas, me vine a La Habana, de donde me había escrito mi buen amigo Nicolás Hernández, diciéndome podía conseguirse la colaboración de valiosos elementos cubanos. Se me recibió en La Habana muy bien, fui objeto de manifestaciones muy simpáticas por parte de la prensa, agrupaciones y políticos, y la Sociedad de Veteranos y Patriotas, integrada por los cubanos que lucharon por la independencia de Cuba, dio una sesión solemne en el Teatro Fausto, en mi honor, y a ella concurrí acompañado del amigo Nicolás Hernández, encontrando también en el salón de la sesión al distinguido compatriota, buen revolucionario doctor José Heriberto López.

Fue en aquella ocasión cuando tuve el placer de conocer y hacer muy buena amistad con nuestro malogrado compatriota Francisco Laguado Jayme, venezolano ilustre, patriota sin igual y honrado intelectual, asesinado por el tirano Gerardo Machado, atendiendo a las peticiones de Juan Vicente Gómez, y a las persecuciones que contra el digno compatriota hiciera el abyecto Rafael Ángel Arráiz, quien para deshonra de Venezuela sirvió por muchos años la Legación del tirano en la hermosa Cuba, tierra excelente en donde la generosidad de sus habitantes tuvo para mí siempre bondades exquisitas, y en donde se sintió el dolor venezolano. Al mes de estar en Cuba, atendiendo a un cable del doctor Alberto Smith, regresé a París, sabiendo por el honorable compatriota doctor Smith que el objeto de su llamada era activar una oferta de dinero para la revolución que le había hecho don Antonio Aranguren. Era el mes de agosto de 1925. En unión del doctor Santos Dominici entramos en trabajos para obtener lo ofrecido por Aranguren, y después de esperar muchos días y a muchas instancias de los doctores Dominici y Smith, vino Aranguren de Londres a entenderse con nosotros, en momentos mismos en que llegaba para mí como comisionado de México, el coronel José Preve, enviado por el doctor Carlos León, de acuerdo con el ministro de Industrias de México, señor Luis Morones, quien era el jefe de la Confederación Regional Obrera Mexicana, y quien en unión de otros importantes políticos mexicanos había ofrecido ayudar la revolución.

Muchas fueron las conferencias con el señor Aranguren, pero nada se pudo sacar como ayuda con él debido a que no pudo solucionar ciertos asuntos que decía él proporcionarían los medios para obtener dinero. Una noche, y para finalizar aquel asunto en el cual notábamos las evasivas de Aranguren, estuvimos en conferencia con él, el doctor Santos Dominici y yo hasta alrededor de las dos de la mañana, y como yo saliera tan nervioso e indispuesto de aquella conferencia, me dijo el doctor Dominici que era mejor siguiera yo a pie para mi hotel sin tomar automóvil, porque como yo estaba tan nervioso la marcha a pie para recibir el aire fresco de la mañana calmaría mi excitación y podría dormir un poco. Me despedí del

honorable compatriota e ilustre médico, siguiendo su consejo, pero pensando que era necesario abandonar otra vez a París porque allí nada conseguiría para irme a la frontera y continuar mis luchas contra Gómez y por la libertad de Venezuela.

El doctor Smith con su entusiasmo y su autoridad moral trabajó mucho con Aranguren, pero todo fue en vano, y tan sólo conseguimos con él los gastos de regreso del comisionado mexicano y los gastos míos para regresar después a Martinica, de donde había recibido una comunicación en donde me decía que nuestro honorable compatriota don Mauricio Berrizbeitia deseaba ponerse en contacto conmigo para prestarme su ayuda. En aquel entonces tuve la feliz ocasión de encontrarme con el ilustre escritor mexicano, honra de las Américas y gran amigo de Venezuela y mío, el licenciado don José Vasconcelos, quien venía de Turquía en viaje de estudios por el Oriente. En una de las tantas entrevistas que tuve con tan ilustre amigo, me manifestó que no esperara ninguna ayuda de México, porque los hombres que estaban en el poder allí no eran capaces de hacer nada noble por la causa de Venezuela, y que me resignara a seguir luchando solo, porque el egoísmo se había apoderado de todos los pueblos de la tierra, pero que mi deber, como yo lo comprendía muy bien, era luchar hasta morir por la causa de Venezuela, que era la causa más sagrada de la América. Tenía razón el ilustre maestro a quien tanto debe Venezuela; y meses más tarde quedaría comprobada la aseveración del gran mexicano. Ayudado por los doctores Smith y Dominici, y por el noble amigo José Isaac Bendelac, amigo de los citados compatriotas, me fui a Martinica, en los primeros días de octubre de 1926. En aquella colonia francesa encontré al amigo y compatriota Ramírez Astier quien me puso en contacto con don Mauricio Berrizbeitia, generoso y noble venezolano, que mucho hubiera hecho por la revolución, si no hubiera sido por el egoísmo de los hombres de la oposición.

Con frecuencia recibía correspondencia de México, que me escribía el doctor Carlos León, en donde me hablaba de la seguridad que daba el presidente Calles y otros prominentes mexicanos para ayudarnos y aquella correspondencia de cartas y cables con

profusión, me animó tanto que me dispuse para irme a la nación azteca, seguro de que todo lo que se me decía era verdad. Don Mauricio Berrizbeitia me ayudó para aquel viaje, y me dijo que al llegar a Puerto Rico me giraría diez mil dólares que él daba para la revolución. Recorrí varias antillas cercanas a Martinica para estudiar el lugar más apropiado adonde podíamos reconcentrar los compatriotas y tomarlos al pasar con el parque de México, ya que se me anunciaba de aquella república la seguridad de que teníamos allá todos los elementos.

Llegué a Puerto Rico y allí por conducto del honorable compatriota y distinguido médico, muy buen amigo mío, doctor José Dolores Montenegro, recibí los diez mil dólares que había prometido don Mauricio Berrizbeitia, e inmediatamente salí para México, en donde haríamos trabajos para levantar fondos, estimular a todos los compatriotas y hacer una organización general con dinero suficiente y armamentos. Fui recibido en México muy bien, y el doctor Carlos León me presentó a los amigos que deseaban ayudar la causa de Venezuela. Pero no contando sino con el poco dinero que había yo llevado no podíamos hacer nada para comprar un barco, en caso de que fuera verdad lo que los amigos mexicanos ofrecían.

Se nos insinuó la idea de introducir en aquella república una cantidad de ron, cuyos derechos no serían cobrados por el Gobierno, lo cual sería una contribución por lo menos de cien mil dólares, que servirían para movilizar los elementos ofrecidos. Teníamos por seguro que aquella oferta de los amigos mexicanos era una verdad, y de acuerdo con el doctor Carlos León, general Bartolomé Ferrer y mi buen amigo el doctor Pedro José Jugo Delgado, me vine volando a la Antilla francesa Guadalupe, compré ochenta mil litros de ron, fleté una goleta hasta la República Dominicana y de allí el cargamento fue trasbordado a un vapor alemán.

Pero, ¡oh, desgracia de la revolución! Aquellos mexicanos que nos ofrecieron tanto y que podían hacer tanto se negaron después a cumplir con lo ofrecido, y una vez el cargamento de ron allá no era posible introducirlo porque cada litro pagaba dos dólares de derecho, que era la contribución ofrecida para salvar la revolución.

El cargamento se encontraba en Veracruz, y por más gestiones que hicimos el doctor León y yo, no se pudo obtener lo ofrecido y no había más remedio sino reembarcarlo para Francia o para las colonias francesas, contando con la pérdida de más de la mitad del capital invertido.

En aquellos momentos recibió el doctor Jugo Delgado aviso de haber llegado a París el general Román Delgado Chalbaud, quien deseaba entrevistarse conmigo, y salí para Francia otra vez, adonde llegué en el mes de mayo de 1927. Debía cumplirse en mí la sentencia recaída en el personaje bíblico que magistralmente nos describe la pluma insigne de Eugenio Sué: "¡Anda, anda!" Al siguiente día de haber llegado a París salí para Vichy, pues allí se encontraban todos los compatriotas con quienes debía tratar lo relacionado con nuestra empresa revolucionaria. Allí se encontraba el general Delgado Chalbaud, los doctores Alberto Smith y Santos Dominici. Conocí entonces en aquella ciudad de Francia, famosa por sus aguas medicinales, al doctor Adriano Riera, compatriota distinguido, quien desde entonces tendría para mí las bondades de su amistad.

El estado de mi salud era bastante malo, nuestro hígado tropical y una gran anemia, fueron el resultado de mi larga campaña en el Territorio Federal Amazonas; pero yo no pude permanecer muchos días en Vichy para completar mi cura, porque no tenía dinero para ello, y me vine a París a esperar que mis compatriotas regresaran de Vichy y ver qué se podía hacer para irnos a la lucha. En el mes de julio y después de conferenciar con el general Delgado Chalbaud y demás compatriotas en París, me dispuse a colaborar en el movimiento que se llevaría a cabo, el cual estaría presidido por un directorio que tendría como presidente al doctor Santos Dominici.

Debo decir, en honor a la verdad y a la justicia, que siempre encontré muy bien dispuesto y muy entusiasta por la liberación de Venezuela al general Delgado Chalbaud, y que este compatriota valiente y deseoso de sacrificarse por Venezuela puso todo del desinterés y del patriotismo por llevar yo a cabo el movimiento que se proyectaba. Antes de abandonar a París, no debía faltar la nota

del espionaje de la Legación de Gómez en la capital francesa. El ministro César Zumeta pasó una nota de delación contra mí, a Mr. Chiape, prefecto del Sena, diciendo en aquella nota que yo había venido a Francia a buscar elementos para una revolución en Venezuela, y que pedía contra mí la aplicación de las leyes de neutralidad de Francia. Fui llamado por el señor Prefecto del Sena; allí se me mostró la referida nota, quedando demostrada la falsedad del espionaje de Zumeta, quien al igual de todos los diplomáticos servidores del tirano Gómez, extremaron la nota de la indignidad persiguiendo a los dignos, y poniendo en ridículo la patria venezolana. Esos diplomáticos del tirano y con ellos los cónsules fueron malos, criminales y salieron al exterior a exhibir las desgracias morales de nuestra nacionalidad. Para ellos pido la sanción de todos mis compatriotas, para que no se repita más la deshonra que sufrió Venezuela al verse representada por gente tan ruin y miserable.

Voy a consignar una nota de satisfacción para mí. Cinco o seis días antes de salir de París, me dijo el doctor Alberto Smith, que se encontraba allí el distinguido y honorable puertorriqueño, don Eduardo Georgetti, gran amigo de Venezuela, quien contribuyó con treinta mil libras esterlinas a la organización revolucionaria proyectada en París en el año de 1920, que tuvo por jefe al doctor José María Ortega Martínez, y cuyo fracaso fue una pérdida enorme de dinero y un desastre más para Venezuela; el doctor Smith me dijo que era bueno me dirigiera al señor Georgetti para saludarlo, ya que el distinguido millonario de Puerto Rico se había expresado siempre muy bien de mí. Yo no conocía personalmente a aquel distinguido ciudadano, a quien todos los venezolanos debemos gratitud, pero cumpliendo con mi deber de venezolano agradecido le envié un mensaje de salutación, en donde le ponía de manifiesto mi agradecimiento por todo lo que había hecho por Venezuela; y al día siguiente, como respuesta a mi mensaje, recibí la visita de tan honorable personalidad quien no quiso considerar la gran pérdida que había tenido en la revolución venezolana, pero sí me dijo que su contribución había tenido la inspiración de sus buenos deseos por nuestra libertad, y que consideraba la pérdida de ella como

obra de la anarquía de los revolucionarios en el exterior. Francamente que me sentí avergonzado ante aquel noble extranjero que así se había sacrificado por nuestra patria, y para quien debe tener el venezolano de hoy todo su agradecimiento, porque si es verdad que la gran suma de dinero que dio no fue utilizada para libertarnos de Gómez, también es verdad que la intención del ilustre puertorriqueño fue ayudarnos para el noble fin de ser libres. Me vine a la República Dominicana para esperar el resultado de los trabajos que se hacían en Europa, pero como todas las cosas de la revolución jamás salían de acuerdo con los deseos de mi patriotismo, me cansé de esperar en aquel país lo que se me había ofrecido para salir a la frontera, y a los cinco meses de espera resolví conseguir aunque fuera una limosna de mil pesos y venirme a las fronteras de Arauca, en la seguridad de que mi sexta comparecencia armada en territorio venezolano sería un hecho real y efectivo, como lo habían sido los anteriores, porque una vez en las fronteras jamás me regresaría sin pasarlas, porque allí estaba yo, allí estaban mis valientes compañeros de siempre, allí había honor, vergüenza y patriotismo.

Escribí a mis queridos y nobles amigos José Rafael Pocaterra, y el doctor Pedro José Jugo Delgado; aquellos amigos me enviaron cuatrocientos dólares; mis amigos los doctores Luis Loreto Biamón, Adriano Riera, doctor Santos Dominici y el señor Rafael Mata me dieron cien dólares cada uno; y con aquella suma me vine a la isla de Trinidad, en donde recibí ochocientos dólares que me enviaba de Martinica don Mauricio Berrizbeitia, doscientos cincuenta dólares dados por el ilustre compatriota doctor Juan Manuel Brito Salazar y cien dólares por el general Francisco Gutiérrez. Total, mil novecientos cincuenta dólares, suma de la cual debía pagar un viaje de más de sesenta días a la frontera, pagar pasajes para mí y dos compañeros, comprar cuatro bestias en Colombia y llegar apenas con unos doscientos dólares a la región araucana. Así se hace revolución, así luchaba yo, y yo pido a todos mis compatriotas que conocieron mis luchas se sirvan decir algo contrario a esta gran verdad, que como verdad al fin es permanente, estable, inmutable y constante.

Justamente indignado con las atrocidades cometidas con los estudiantes en Caracas, mi protesta se imponía con el fusil en la mano en el suelo patrio. Desde que supe aquellas atrocidades, y de que aquellos valientes muchachos que fueron el alma de la patria en eterna rebeldía se encontraban condenados a muerte en las carreteras del tirano Gómez, suplicio sangriento e inconcebible, mi corazón de patriota se estremeció de cólera, y con mi resolución de siempre me dije: ante esta iniquidad, yo no puedo permanecer impasible; la protesta contra ella será la descarga de nuestros fusiles redentores en las fronteras de la patria.

Y salí de Trinidad para Costa Rica, de allí a Panamá en donde de paso y de incógnito me vi con los distinguidos compatriotas doctor José Rafael Wendepke y Armando Gásperi, quienes más tarde, en mi última invasión, me prestarían su ayuda y los cuidados de su amistad. Seguí inmediatamente viaje a Colombia, y en Bogotá me recibieron mis amigos de siempre, mis protectores, los distinguidos colombianos doctores Diógenes y Luis Chávez Pinzón, quienes me ocultarían en Bogotá, para emprender mi viaje a la región araucana en donde ya me esperaban mis compañeros de la frontera, mis hermanos en el ideal a quienes yo llegaba sin recursos algunos, porque en el asilo nada se me daba para combatir a Gómez, pero quienes, yo estaba seguro, me recibirían con los brazos abiertos, olvidando los sufrimientos pasados y pensando sólo en la patria que nosotros sabíamos amar, y que nuestra dignidad de libres no podía permitir que su vida se extinguiera por la criminal voluntad de Juan Vicente Gómez, cuyo poder jamás quisimos tomar en cuenta, porque en verdad ese poder no existió, sino la impotencia de los opositores del déspota, que no escatimaron debilidades para hacer formidable y destructora la obra de aquel analfabeto, que será eterna vergüenza del venezolano de hoy y eterna afrenta de la América entera; sí, de todos los Gobiernos de esa América, que olvidaron los magnos servicios de nuestro Bolívar, permitiendo con su diplomacia y su *bestiolatría*, la destrucción de Venezuela, a quien parece que los demás pueblos de nuestra raza no pueden perdonarle la gloria inmensa de haber ofrecido al mundo aquel gran

parto que se llamó el Libertador Simón Bolívar. Otra vez en las fronteras. La bandera de la revolución estaba de nuevo izada en ellas, y cubiertos con el lábaro de nuestros ideales, caerían muertos los que huyendo del destierro corruptor, veníamos a las márgenes del Arauca satisfechos de que es grande y glorioso morir por la patria.

Capítulo X

Mi sexta invasión contra la tiranía.—Persecución de las autoridades colombianas. —Nuestra penosa organización en el bajo Meta. —Bajada por el Orinoco y entrada por la boca de Manapire. —Recorrida por los estados Apure, Guárico y Anzoátegui. —Mi propósito para libertar a los estudiantes que morían en la carretera de Palenque.—Cinco presidentes de estado sobre nosotros.—Derrotado en La Panchita. —Huyendo en las montañas cinco meses.—Travesía de sesenta y cinco días desde el oriente de la República, con una brújula, hasta la frontera de Arauca.—Salvado y en el destierro de nuevo

Sabíamos en el exterior los dramas sangrientos de aquellos días en las carreteras de Gómez. Sabíamos que muchos de mis colegas telegrafistas, por dignos y patriotas sucumbían encadenados y con un pico en la mano en aquellas rutas del dolor, bajo el látigo de los capataces y bajo la inclemencia del sol de nuestras pampas, que abrasador y duro para el castigo, resiente hasta nosotros llaneros de verdad, que nacimos bajo él, crecimos y trabajamos habituados ya a su castigo, que muchas veces en medio de tremendas insolaciones nos ha hecho ver la muerte muy de cerca. Sabíamos que nuestros estudiantes, la flor y nata de la Venezuela del presente y del futuro, nuestros queridos universitarios, en tenía la patria todas sus esperanzas y complacencias, y quienes siempre han llevado a Venezuela en el corazón, por patriotas y abnegados, estaban en aquellas carreteras de sangre y de ignominia, agonizando en la agonía misma de la patria; ellos, los estudiantes, que como ciudadanos y futuros ciudadanos eran la condenación del tirano y de sus secuaces, estaban condenados, en unión de los telegrafistas y de todos los dignos de la patria, allí, en Palenque, La China, El Coco y otros sectores más, infiernos malditos de Venezuela, en donde Campero, Rodolfo Piña, Roberto Torres, y cien más, sanguinarios y feroces, servían como verdaderos satanaces, destruyendo vidas preciosas, dejando como monumentos macabros del dolor venezolano y para condenación de Gómez y de ellos, a la vera de aquellas carreteras, inmensos cementerios, que al contemplarlos hoy, nos sangra de pena el corazón y la lágrima se asoma a nuestros ojos para decir de la protesta que hace estremecer nuestras almas.

Todo esto lo sabíamos los del destierro, y a más de esto, todo lo criminal y lo inhumano que hacía Juan Vicente Gómez en la patria venezolana. Y ante tanta monstruosidad, el corazón del patriota no podía permanecer indiferente, y yo me vine del exterior y allí estaba en la frontera en unión de mis compañeros organizando activamente nuestra sexta invasión contra la tiranía, llevando como objetivo principal la liberación de aquellos compatriotas, que morían por libres y dignos en las sombrías carreteras de Gómez, que nunca fueron carreteras, sino inmensas máquinas de destruir a los patriotas, y que en el exterior tuvieron siempre la más profusa propaganda y el más grande aplauso de los ministros diplomáticos y cónsules del tirano, a quienes como castigo se les debería imponer la pena de venir a recorrer hoy estas rutas del dolor, para ver si aquellos hombres conservan algún resto de pudor en el revuelto campo de sus vidas de indignos y se arrepiente de su obra. Fue bastante difícil nuestra organización en los ríos Casanare y Meta; el Gobierno colombiano estableció contra mí una persecución como nunca, y llegó el momento de que en el caño de El Cubarro, me dispusiera para resistir el ataque de la gendarmería colombiana, quienes viendo mi resolución de defenderme se retiraron renunciando a su propósito, porque sabían que serían derrotados seguramente. Estábamos en el caso de legítima defensa, y para nosotros aquellos gendarmes eran también pretorianos del tirano de mi patria, que mercenarios e inhumanos sirvieron con galas de atrocidad los intereses de Gómez en Colombia.

Sería cosa interminable narrar todas nuestras penalidades en las pampas de Casanare y Arauca, para llevar a cabo aquella invasión. Pero era necesario volver a Venezuela con el fusil al hombro, y secundado por valientes y patriotas, entre los cuales se destacaban los coroneles Manuel Vicente Álvarez Veitía, Rojas Udis, Manuel Andrade, Monterola y otros oficiales más de menor graduación pero héroes y valientes como todos los que me acompañaban siempre; el 4 de febrero de 1929 entramos a territorio venezolano bajando las aguas del Orinoco, ocupando la Urbana, en donde el jefe de mis espionajes, coronel Álvarez Veitía, desbandó la guarnición de aquel

pequeño poblado cumpliendo mis órdenes, para luego salir a incorporarse a la boca de Arauquita, desde donde embarcar por las bocas de Manapire, tomar allí bestias y acometer nuestro objetivo militar: la liberación de los estudiantes en la carretera de Palenque. Al pisar territorio venezolano, se distribuyeron los documentos que publico enseguida, que eran mi proclama de guerra en aquella mi sexta invasión.

¡A los venezolanos!

Por sexta vez en mis luchas contra la usurpación y la tiranía, vuelvo a pisar el suelo de la amada patria. Vengo a combatir de nuevo por la libertad de nuestra Venezuela; vengo a poner mi espada al servicio del pueblo venezolano, y ofrezco luchar como siempre, con fe del convencido, hasta derrocar al odioso opresor, Juan Vicente Gómez, que ha manchado en nuestra historia de heroicidades con los crímenes más horrendos y aspira continuar su dominación, contra la ley de la nación y contra la ley de Dios.

En mi programa, el mismo que lanzara en mi *Manifiesto* de 1914, figura como fórmula salvadora para la patria, destruir la tiranía, para establecer el orden en las prácticas constitucionales, y en todos los ramos de la vida pública.

Para cumplir ese noble propósito, con el entusiasmo patriótico que acostumbro imprimir a mis luchas por la libertad de Venezuela, asumo la Comandancia de la Revolución Nacional, en nombre de la redención de Venezuela, y envío un abrazo cordial a todos mis conciudadanos, excitándolos que vengan a formar filas en las huestes de los defensores de la patria.

Soy conocido en el país por la constancia en mis luchas, por la fe en mis convicciones, por el orgullo de no transigir con los tiranos, por la actividad que he sabido desplegar, cuando se han puesto a prueba mis servicios y la honradez de mis procedimientos.

No llevo ambiciones en esta lucha, y sólo me complace la satisfacción del deber cumplido. Confío en mi destino y en mi tenaz empeño de hacer la guerra para defender los sagrados fueros de la libertad, echando por tierra al monstruo Juan Vicente Gómez, que

aún se yergue ensoberbecido, aunque decrépito y desconfiado de su propia familia en sus dominios de sangre y exterminio.

¡Compatriotas!

Es una vergüenza para los venezolanos que aún subsista en el poder ese hombre cruelísimo que se considera, y a quien consideran sus aduladores, como amo absoluto de Venezuela; que ha pretendido transformar en cafre dinastía la república democrática que tanta sangre costara a nuestros antepasados; que ha convertido la Nación en una inmensa factoría y una gran hacienda; que ha conseguido dominar con el terror los inmanentes derechos del ciudadano; que llena las cárceles de víctimas inocentes, y que riega sus carreteras sombrías con la sangre de los estudiantes y de todos nuestros dignos compatriotas, para afianzar su despotismo.

Unamos nuestros esfuerzos, compatriotas, para librarnos de tan vergonzosa situación, redimir la patria y hacerla libre y feliz, como la recibimos de nuestros padres libertadores y como debemos legarla a nuestros hijos.

¡Compatriotas!

¡Compañeros de armas!

¡Ya estoy en armas, comienza la lucha redentora y cuento con vosotros! Aquí tenéis el compañero de siempre, lleno de fe y entusiasmo por la libertad de Venezuela, el que nunca ha dudado para enfrentarse con vosotros a la tiranía, y quien hoy vuelve a abrazaros en el campamento revolucionario, dando a vosotros mi santo y seña de costumbre: República o Muerte. ¡Reacción firme y sin miedo contra nuestro funesto pasado!

E. Arévalo Cedeño

Costa del Arauca (estado Apure), febrero de 1929

Carta Abierta

Costas del Arauca (estado Apure), febrero de 1929

¡A la mujer venezolana!

¡Hermanas!

Desde las pampas del Arauca, que inmortalizaron las lanzas de nuestros abuelos en nuestra lucha magna de emancipación, os anuncio que estoy en armas por sexta vez, contra la barbarie, el asesinato y el robo que mantiene en nuestra infortunada patria, Juan Vicente Gómez, el sargentón imbécil, jefe de esa cuadrilla de malhechores, que desde hace más de cinco lustros acaba con la familia venezolana.

A vosotras, hermanas, y a esa noble y heroica juventud universitaria, honra de nuestra patria y esperanzas de la nueva Venezuela, debemos nuestro despertar de la horrenda pesadilla de servilismo, abyección y sangre en que nos tenía sumergidos el asesino Gómez y su gavilla de cómplices, a quienes vamos a castigar ahora en nombre de la sanción que urgentemente reclama la vindicta pública.

La mujer venezolana, cristiana, noble y virtuosa, al arrodillarse llena de su fe católica de siempre a los pies del Cristo Redentor, para rogar por los dolores interminables de la patria, y luego ponerse de pie con la ira santa en sus labios y con su corazón lleno de patriotismo, para lanzar a la faz estúpida del sátrapa maldito de todos la condenación de sus crímenes, y hacer despertar nuestro pueblo que vivía la vida inconsciente del esclavo, representa el alma de nuestra raza heroica, que vive aún con toda la pujanza de su bravura.

Esa juventud universitaria, valerosa, altiva y gloriosa, exponiendo inerme su pecho a la metralla de los bárbaros para salvar el honor nacional, representa la libertad de Venezuela, y la nueva patria, libre, feliz, civilizada y salvada para siempre de tiranos a los cuales juramos guerra a muerte.

Para ustedes hermanas, y para esos universitarios heroicos, tenemos mi ejército y yo, el respeto y la admiración más grande, considerándolos como los libertadores de la Venezuela encadenada de hoy.

El próximo 19 de mayo cumplo dieciséis años justos de estar en pie contra el bandido Juan Vicente Gómez, y para esa fecha, con mi fe en Dios, tendré el placer de abrazaros, ya felices, pues habremos castigado justicieramente al tirano y a su cuadrilla, para enseñarlos a que los crímenes no deben quedar impunes, y a que no debe jugarse con los dolores de nuestros hogares; comenzando entonces la era de la nueva Venezuela, sin tiranos, sin castillos, sin cadenas; sin caudillos, sin robos,

sin adulaciones; y presentando el bello espectáculo de toda la familia venezolana unida en el bien y con la sola aspiración de ver la patria grande y feliz como la soñó nuestro Bolívar y como la queremos los buenos.

¡Hermanas!

Contad que el empuje de nuestros soldados será arrollador, y que la tiranía está ya derrocada por la fuerza de todo el país que no soporta más los crímenes de los cuadrilleros.

Vuestro hermano,

E. Arévalo Cedeño

Bajamos felizmente el Orinoco, desembarcando en las bocas de Manapire, e inmediatamente despaché mi espionaje al mando del coronel Álvarez Veitía, a cumplir una difícil comisión, como era atravesar toda la costa anegada del Orinoco, salir a la pampa abierta, coger por lo menos más de cien caballos para remontarnos enseguida, y venir a un punto del Manapire arriba en donde yo lo esperaba con la fuerza, abandonando nuestras embarcaciones para lanzarnos a la muerte, ya que no tendríamos más retirada a la frontera, pues a nuestra derecha teníamos el soberbio Orinoco con sus grandes aniegos, a retaguardia el Manapire inundado a más de media legua, formando los dos ríos el ángulo recto que nos impondría combatir hasta morir o caer prisioneros, porque ya se movían sobre nosotros las fuerzas combinadas de cinco presidentes de estados: Guárico, Apure, Bolívar; Anzoátegui y Monagas; servidos por Alfredo Rodríguez López, José Domínguez, Silverio González, Lino Díaz y José de Jesús Gabaldón. Cinco eternos incondicionales del tirano, quienes se disputaban el gran honor de capturarme para que Gómez acabara conmigo, y para que en medio de horrores y suplicios terminaran mis luchas de patriotismo y de desinterés.

A los cuatro días de andar por aquellos rebalses, el coronel Álvarez Veitía regresó adonde yo lo esperaba, trayendo la remonta que necesitábamos para volar sobre Palenque, sorprender la fuerza que asesinaba a los estudiantes, telegrafistas y demás, dignos compatriotas, y castigar aquella iniquidad muy propia de Gómez y

de los hombres que servían en las carreteras, que no tenían corazón, que amontonaron dineros tintos en la sangre de tantos infelices, y que deben ser malditos por siempre en Venezuela, si es verdad que ahora vivimos al fin la vida de la sanción, que hace libre y felices a los pueblos.

Marchamos sobre nuestro objetivo, y a los cuatro días de marcha forzada, supimos que los pretorianos de Gómez, ya calculando nuestra operación, habían levantado los campamentos de la carretera retirando los prisioneros hacia lugar más lejano, y reforzando las guarniciones de custodia. Nuestra decepción y nuestro dolor fueron grandes. El enemigo había advertido nuestros planes, y si nosotros lo atacábamos ya preparado, nada conseguiríamos, y exponíamos los prisioneros a ser asesinados por aquellos hombres sin conciencia, que en nuestro ataque encontrarían un medio fácil para saciar sus deseos de sangre y exterminio. Marché entonces sobre el oriente, buscando invadir el estado Anzoátegui, y activando mis operaciones de día y de noche para burlar las combinaciones de los cinco ejércitos enemigos que se disputaban mi destrucción y captura. No comíamos ni dormíamos, y mis pobres compañeros muchas veces se caían dormidos de las bestias.

Al fin logramos no ser destruidos en el Guárico, y nuestra invasión al estado Anzoátegui nos proporcionó los medios de ocupar varias pequeñas poblaciones en donde pudimos notar el mismo mal de siempre: nadie nos acompañaba, nadie nos traía una noticia del enemigo, nadie nos ayudaba en ningún sentido, y todos nos escondían las bestias, dejándonos a la merced de nuestro patriotismo, que era mucha ayuda, porque nos fortalecía y nos inspiraba a cumplir con nuestro deber hasta lo último. Y sin embargo, todo el mundo nos decía que eran revolucionarios, que eran nuestros amigos, pero que Gómez estaba muy fuerte, muy poderoso y era necesario esperar que se muriera para salir de él. Pobres compatriotas… Debían sentir envidia de nosotros, que éramos ciudadanos libres, y que fuimos la eterna condenación de su vida de esclavos, de egoísmo y de venezolanos inconscientes. Pero, compatriota de hoy, que no se repita tu indiferencia de ayer; que seas patriota, que

seas desprendido, que labores por la paz basada en el derecho y en la justicia, para que no vuelvas a vivir aquella vida de esclavitud que será el eterno baldón de tu vida, y la más triste demostración de tu complicidad en la destrucción de Venezuela.

Estábamos sitiados por todas partes; a cada momento teníamos por los costados, de frente y a retaguardia los espionajes del enemigo, que estrechaba su sitio empujándonos sobre la costa del Orinoco, pero como mi actividad y mis marchas y contramarchas de noche eran cosas que no podía prevenir, nos salíamos del encierro a cada momento, y aparecíamos en un punto que lo obligaba a formular nuevos planes para lograr su objetivo. El tirano Gómez dirigía desde Maracay por telégrafo las operaciones, y como Venezuela estaba toda en paz, y todo el poder de aquel animal estaba sobre mí, favorecidos sus planes por el ángulo recto formado por el Orinoco y el Manapire, y por un invierno que nos castigaba de día y de noche, ya él se regocijaba de que al fin ya estaba yo en sus manos. No contaba el hombre de Maracay que cuando yo me preparaba a combatirlo con las armas en la mano, me disponía también a no dormir, a no comer, a inventar lo más difícil para salvarme y salvar a los valientes que me acompañaban, como a sufrir por nuestra libertad todo lo que pudiera sobrevenir. En aquella campaña, usábamos llevar huevos sancochados para comerlos en la marcha, y así evitar detenernos para salvar lo difícil de nuestra situación. Muchas veces llegamos cerca del enemigo, hacíamos como que contramarchábamos, describíamos un semicírculo, le pasábamos por retaguardia, y entrábamos a un pueblo, donde una hora antes se hablaba de que me habían capturado. Al entrar a Zuata, un día del mes de julio, tuve allí conocimiento de que el general José Rafael Gabaldón se había puesto en armas en el estado Portuguesa, pero que casi enseguida se había entregado al enemigo con sus armas y compañeros, cosa que lamenté bastante porque aquel movimiento si hubiera durado, me habría servido para que Gómez hubiera retirado alguna de las fuerzas que me perseguían, y pudiera yo operar con más descanso.

En Zuata también supe del acto heroico realizado por el general Rafael Simón Urbina, con la toma de Curazao y del parque existente en aquella isla, notable proeza, acto verdaderamente grandioso de valor y de resolución, que pone muy en alto los méritos del general Urbina como hombre valiente y de gran abnegación. Aquella noble acción me llenó de contento y de orgullo, porque ella me hacía ver que aún existía el heroísmo venezolano.

En mi constante vivaquear busqué invadir el estado Monagas entrando por Aguasay, pero al llegar cerca de Soledad supe que todos los puntos estaban ocupados por las fuerzas enemigas, y contramarché rápidamente para sorprender una fuerza de Silverio González que se encontraba en Aribí. Tres días después de haber contramarchado, a medianoche y en medio de un aguacero torrencial y una gran tempestad, dispuse el asalto a aquella fuerza haciendo que los cuerpos comandados por los coroneles Álvarez Veitía, Manuel Andrade y Rojas Udis dieran el asalto en el cual teníamos la seguridad de triunfar; pero el enemigo con quien había sostenido un tiroteo el coronel Álvarez Veitía en la mañana, a quien le había yo ordenado simular una falsa derrota, adivinó mis planes, y ya próxima la hora del asalto, abandonó precipitadamente la población de Aribí, y perdimos nosotros la oportunidad de desbaratar aquella fuerza, que en su fuga perdió más de cien hombres.

Ya no era posible continuar defendiéndome en tan pequeño territorio contra cinco ejércitos enemigos, que disponían de todo contra mí, y que al fin me destrozarían. Dispuse atravesar la llanura y buscar las montañas de Tamanaco, en donde continuaríamos a pie nuestra campaña. Al efecto designé al valeroso y muy práctico coronel Miguel Pacheco, para que sirviera de guía atravesando la sierra de Pariaguán, para caer a la parte montañosa del Distrito Zaraza y tomar rumbo a las grandes montañas de Tamanaco. Como el enemigo disponía también de camiones y transportaba sus fuerzas con una gran facilidad por la mesa de Guanipa, debíamos marchar muy activamente, casi al galope, para ganar la sierra de Pariaguán, evitando el encuentro con los convoyes de camiones que tenía el enemigo. Yo llevaba como prisionero de guerra al coronel

Figuera Montes de Oca, quien junto con dos compañeros más fue capturado en la desbandada del enemigo en Aribí, y yo les había prometido ponerlos en libertad al pasar la sierra de Pariaguán, ya que cargados presos constituía un impedimento para mi fuerza.

No era posible ganar ya la sierra de Pariaguán. Los espionajes del enemigo estaban encima a cada momento y sabían el rumbo que llevábamos, daban aviso al general Lino Díaz, presidente de Anzoátegui, quien era el jefe supremo de las fuerzas combinadas de los cinco estados, y los camiones de tropa se movían sobre mí con una rapidez extraordinaria, obligándonos a buscar sobre La Panchita, en donde al llegar el día 18 de julio de 1929, a las diez de la mañana, se presentaron los camiones con las fuerzas del mismo general Díaz, que venían por la vía de Pariaguán. Tomé posiciones en las dos casas de La Panchita, y allí fui atacado por la fuerza enemiga. El parque de que yo disponía era sumamente escaso, y fui derrotado completamente, habiendo sido muerto mi caballo durante el combate, el cual al caer dio conmigo en tierra y quedé casi en manos del enemigo; tan sólo quedaban conmigo apenas cinco o seis compañeros haciendo fuego, el enemigo a diez pasos, y yo sin poder retirarme, porque estaba totalmente cercado.

En aquel momento los valerosos coroneles Álvarez Veitía y Miguel Pacheco se retiraban ya en derrota, pero por una casualidad bastante feliz, el coronel Pacheco vio hacia atrás y comprendiendo lo perdido que yo estaba, y como él estaba también a pie porque su bestia se la habían matado, le gritó al coronel Álvarez Veitía, quien ya estaba a caballo, para que se diera cuenta de mi situación. Aquello era un caso demasiado apremiante, ya habían sido muertos tres de los compañeros que me rodeaban, cuando asombrosamente, y con un valor y nobleza sin igual, el coronel Álvarez Veitía se lanza sobre el enemigo, se pone a mi lado a caballo, me insta montar en ancas de su caballo, y con gran trabajo, porque yo tenía las rodillas hinchadas por el reumatismo, después de dos intentos para montar, pude saltar a la grupa, salimos de aquel cerco entre los fuegos del enemigo, que casi me tocó con sus manos, que capturó a los otros que me defendían, y así de aquella manera tan heroica salvó mi

vida el valiente coronel Álvarez Veitía, quien por salvarla jugaba la de él de manera muy noble que yo supe y sabré agradecerle.

Mis valientes compañeros los coroneles Andrade, Rojas Udis, Comandante Rafael Lozada y otros nobles revolucionarios más, fueron asesinados aquel día por los soldados de la tiranía, quienes al rendirlos los sacrificaron con la crueldad que acostumbraban los cobardes y sicarios del despotismo. Así correspondían aquellos miserables a la conducta que yo observaba con los prisioneros que caían en nuestras manos, quienes eran tratados por nosotros con la consideración de los valientes, y quienes eran puestos en libertad por mí, de manera incondicional.

Debo un tributo de gratitud y de cariño, a la memoria del heroico oficial colombiano comandante Rafael Lozada, quien dos veces me acompañó en mis campañas contra Gómez. Los años de 1921 y 1929, aquellas dos veces el distinguido colombiano comandante Lozada, bajaba de las nevadas cumbres de los Andes de Colombia, en su departamento de Boyacá, cayendo a las fronteras de Casanare y Arauca, para alistarse bajo nuestra bandera, y venir a ofrendar su vida por la libertad de Venezuela. Aquel gran amigo, cuando cayó asesinado en La Panchita, me hizo recordar los bellos tiempos de nuestras luchas por la independencia, cuando los gloriosos Ricaurte y Girardot se desprendían también de las nevadas cumbres de los Andes colombianos, para venir a regar con su sangre generosa el suelo de nuestra patria, para que en él germinará la simiente de la libertad. Vergüenza para ti, venezolano de hoy, que permitisteis que elementos extranjeros vinieran a luchar por tu libertad, como vinieron conmigo colombianos, alemanes, italianos, ingleses y americanos, mientras tú permanecías en tu casa, al lado de tu mujer egoístamente, sin querer hacer nada por tu patria esclavizada.

Hablo de la regla, no hablo de las excepciones, que fueron bastantes los compatriotas dignos que lucharon contra la tiranía, y cuyos gestos nos decía, que el alma de los pueblos no muere nunca. En el momento de salvarme se me incorporó el capitán Efraím de Armas, mi primer ayudante, valeroso y subordinado compañero, quien había venido de Caracas para luchar a mi lado,

distinguiéndose en aquel combate, siguiendo luego en mi compañía en unión del coronel Álvarez Veitía. Solo, con aquellos dos compañeros, emprendía mi marcha sobre el costo de Orinoco, habiendo ya burlado a mis perseguidores, que no pudieron ganar con mi captura mayores prebendas con el tirano Gómez, a quienes ellos servían de manera incondicional, criminal y escandalosa.

Aquel combate motivó que el coronel Alfredo Rodríguez López, presidente del estado Guárico, tratara de suicidarse disparándose un tiro de revólver por la sien, quedando ciego de aquel atentado contra su vida. Sucedió que la combinación formada por los cinco presidentes de estados, de la cual era jefe Lino Díaz y que dirigía Gómez desde Maracay, debía operar toda sobre La Panchita, en donde creía Gómez segura mi captura; pero el coronel Rodríguez López, quien venía por la vía de El Barrial, se detuvo con su fuerza, en aquel punto para comer, y no concurrió oportunamente al combate. Lino Díaz participó a Gómez la demora de Rodríguez López, a quien increpó duramente el tirano en un telegrama amenazador, como acostumbraba él hacer con aquellos hombres que le servían con miedo cerval. Rodríguez López se creyó perdido y temiendo a las iras del amo, prefirió suicidarse antes que caer en desgracia con aquél; se disparó el balazo, no se mató, perdió el favor de Gómez; pero sí le probaba a éste que había sido y era un buen esclavo digno de su perdón.

Recuerde el lector que cuando mi campaña de 1921, allá en El Guapo se suicidó el general José Miguel Guevara porque fue corrido por nosotros, lo increpó también Gómez duramente, y antes que quedar expuesto a las iras del *amo,* se partió el corazón de un balazo. Dos casos soberbios de nuestra degeneración nacional. Dos casos que encierran una elocuente lección para el venezolano de hoy, porque ellos nos dicen de una manera muy diáfana, que Venezuela estaba loca, y que no debe enloquecerse otra vez, viviendo vida de esclavitud, porque no hay vida más inconsciente que la del esclavo, que así como sepulta los pueblos en ruinas, así también produce grandes escándalos morales, que como los citados, no podríamos referir en países extranjeros, porque son tan inconcebibles, que al

referirlos, quedaríamos expuestos a ser tildados de mentirosos o exagerados.

Estaba salvado, pero para asegurar mi salvamento debía multiplicar mis actividades, caminando de día y de noche, ganar el costo Orinoco, pasar el gran río y una vez en el estado Bolívar, remontar el Caura e ingeniarme para ganar la Guayana Inglesa. Siempre he tenido recursos para resolver en medio de las tormentas de mi vida, lo que voy a hacer enseguida; y eso fue lo que pensé cuando iba en derrota.

Al siguiente día de derrotado llegamos a La Bombita, posesión ganadera de mi distinguido coterráneo general Sinforoso de Armas, padre de mi querido amigo y ayudante Efraím de Armas, quien como dejo dicho, me acompañaba en unión del coronel Álvarez Veitía. Allí el buen amigo nos dio bestias, un buen práctico, que llamaban por apodo "Morocho" y seguí yo inmediatamente en unión de Álvarez Veitía, con "Morocho" rumbo al costo Orinoco. Mi ayudante el capitán de Armas, se quedaría huyendo en aquellos lugares, y yo con Álvarez Veitía me entregaría a las bondades del Orinoco, que más de una vez me había salvado de las iras de Gómez.

Dos días después de separarnos de nuestro compañero Efraím de Armas, llegamos a una posesión que pertenecía también a ellos, trayendo "Morocho" encargo de Armas, para que el encargado de dicha posesión, quien era gran práctico donde podíamos conseguir una embarcación, nos acompañara hasta los rebalses del Orinoco. Tanto "Morocho" como el buen hombre encargado que nos acompañó, al regresar de los rebalses, fueron capturados por una comisión de las tropas que me perseguían, y fueron sometidos a torturas tan grandes, que los dejaron medio muertos, habiéndole cortado una oreja para que "Morocho" confesara si sabía algo de mí.

Aquella vez el Orinoco no podía prestarme la protección de sus bondades. Engañando al hombre propietario de una pequeña embarcación, y haciéndole ver que yo era un oficial del gobierno que iba en comisión muy urgente, para el jefe de las fuerzas que tenía en el río los vapores a su servicio, logré que la misma noche que llegamos a los rebalses, me pasara en unión de Álvarez Veitía

al otro lado; pero, yo no sé cómo nos hemos salvado aquella noche tenebrosa; puedo decir que le caíamos en la proa a tres vapores: el *Amparo*, el *Arauca* y el *Nuevo Meta*, que no sé cómo no me vieron, pues aunque la noche estaba muy oscura y llovía muy fuerte, los vapores recorrían las costas con reflectores. Caímos al golpe sobre el vecindario El Arbolito, en donde había como mil hombres de las tropas de Gómez. Es decir, una vez derrotado, mis enemigos pusieron toda su atención en el Orinoco, calculando muy bien, que ese era el lugar por donde podía escaparme. Nuestra situación era angustiosa, y estaba cogido. Nos metimos en una isla anegada en el medio del río y allí pasamos todo el día siguiente viendo los esquifes que nos pasaban cargados de gente, a pocos pasos, recorriendo los lugares sospechosos.

Aquellas fueron horas en que nos creímos perdidos, y que pasaban con esa lentitud mortal que traen la duda y la impaciencia. Más o menos a las seis de la tarde de aquel día oímos un gran disparo hecho de uno de los vapores, y al cabo rato pudimos observar que todos los esquifes regresaban a su base, o sea al vecindario de El Arbolito, en donde seguramente estaba situado el comando de las operaciones. Luego entró la noche, y entonces resolví repasar el Orinoco y salir por los rebalses a la sabana abierta, comprendiendo que era imposible escaparme por el río y buscar el interior de Guayana. Como a las once de la noche ya nos encontrábamos de nuevo en el rebalse de la parte del Guárico y como llovía torrencialmente, resolvimos detenernos en la montaña inundada, y pasar el resto de la noche en la pequeña curiara, siguiendo marcha al amanecer para llegar como a las ocho de la mañana a tierra firme, y allí despedir el hombre de la curiara, a quien ya le había dicho quién era yo, y quien temeroso de verse después con las fuerzas enemigas, me dijo que él guardaría el secreto, porque si sabían que él me había cargado en su curiara seguramente que lo matarían.

Seguí solo con mi compañero Álvarez Veitía, y a poco andar encontramos bestias para remontarnos y seguir por rumbos buscando el oriente del Guárico. En aquella travesía de siete días para llegar a las cercanías de La Pascua, puedo decir, que muchas

veces dormíamos con las comisiones enemigas, a las cuales burlábamos a cada instante. Una vez en las cercanías de La Pascua llegábamos de noche casa de algunos amigos y parientes, hasta que dimos con el hato Los Leones en donde mi primo Juan Tomás Zamora me proporcionó bestias para seguir a La Bendición casa de un noble amigo, Mariano Camero, quien debía proporcionarme un práctico, que fue un hermano natural de él, quien nos llevaría a la montaña de Tamanaco a la casa de un buen amigo, hombre de una honorabilidad a prueba, Carlos Camero, en manos de quien quedaríamos para ser pasados a las manos de otros amigos. El amigo que nos condujo de La Bendición a La Estrella, o sea a la casa de Carlos Camero, fue un honrado y valiente guariqueño, Juan Espinoza, quien como los otros amigos nombrados fue una providencia para nosotros. Al hacer el relato de todas estas cosas, me parece que estoy viviendo aquellos momentos de azar, pues íbamos por el medio de las comisiones enemigas que andaban por todas partes. Nuestras marchas eran de noche, y a las cinco de la mañana nos metíamos en la montaña, y teníamos que internarnos mucho para evitar ser sorprendidos.

Las fuerzas de la tiranía se dividieron en pequeñas partidas de cincuenta hombres, manteniendo así todos los lugares ocupados, a fin de privarme de todos los recursos, y que a fin me viera obligado a salir a alguna casa a buscar comida. Otro amigo muy noble, Julián Aragort, vino a buscarnos a la montaña de La Estrella para llevarnos a la de Guaribe, en donde quedaríamos en manos de unos amigos tan honorables y buenos, que todo elogio que se haga de ellos es poco, me refiero a Cruz Magin, Vicente María y Miguel Rojas Armas, quienes tuvieron como colaboradores para nuestro salvamento al gran amigo Manuel Espinoza y a Hilario Meza, quienes todos unidos verían por nosotros durante cuatro meses que estaríamos huyendo en aquellas montañas. Los amigos Cruz Magin y Vicente María Rojas Armas hicieron venir a otro noble amigo que nos sería de una utilidad inmensa, Alejandro Fonseca, honrado negociante en ganado, a quien comunicaron el secreto de nuestra permanencia en aquella montaña, porque en verdad sería gran colaborador de los amigos Rojas Armas.

He aquí una de las tantas escenas de horror de las carreteras de Gómez, en donde fue sacrificada la Venezuela digna; en donde la élite de nuestra intelectualidad, estudiantado, comerciantes, médicos, abogados, sacerdotes y militares fueron asesinados por aquel troglodita y por sus esbirros, muriendo bajo las más crueles torturas; engrillados y dominados por la insolación del africano sol de nuestras pampas. Carreteras de Gómez: sangre, torturas, crímenes increíbles, dantescos, que la conciencia humana no se atreve ni a recordar, porque ellas fueron la esclavitud del venezolano de ayer, que por miedo y por no querer ser hombre, soportó todo lo que quiso hacerle la crueldad del tirano, que se gozaba en la agonía de sus esclavos.

En aquellas montañas vivíamos cambiando de sitio, y teniendo por compañeros las serpientes y los animales malos, que para nosotros eran preferibles a Gómez y a su cuadrilla. La persecución era por todas partes, y salían emisarios a todos los caseríos a ofrecer dinero a los que me delataran si sabían de mi paradero. Las sumas ofrecidas variaban en el montante de una manera caprichosa; unas veces decían que un millón de bolívares, otras de mil, y así hasta bajar a diez mil bolívares. Los jefes civiles se disputaban las ofertas, y he aquí una nota de un famoso bandido de aquellos, que era para aquel entonces jefe civil del distrito Monagas:

Estados Unidos de Venezuela.—Estado Guárico.—Jefatura civil del distrito Monagas.—N° 218.
Altagracia de Orituco, 16 de agosto de 1919. 120° y 71°
Ciudadano Inspector de Policía:
Paso Real
La presente nota oficial tiene por objeto el llevar a su conocimiento que el faccioso Emilio Arévalo Cedeño, se encuentra por la jurisdicción de esa inspectoría y es dado el caso que se halle casa de algún familiar o amigo de esa gente. En tal virtud, esta Jefatura, le ordena a usted, con la discreción necesaria, tenga una vigilancia suma y continua. Válgase usted de todos los elementos que crea usted pueda darle resultados positivos, así como de mujeres, muchachos que lo informen de cosas ciertas. Al tener usted conocimiento de que el faccioso se halle en alguna casa sea la que sea, allánela usted sin ninguna contemplación haciéndolo preso incontinenti, y darme aviso inmediato. Sé y aprecio de usted su proverbial actividad y confío por eso en que usted, dado su carácter de reservado y enérgico, dé el resultado apetecido en esta comisión.
Le participo que el general Gómez da como premio por la captura de este faccioso la suma de diez mil bolívares.
Sírvase dar sus órdenes a este respecto en todas sus Comisarías. Esto con la reserva y discreción debidas.
Avise recibo y cumplimiento.
Dios y Federación.

Julio F. Ubeto

Nota: Es prudente que usted se dé un paseo por los vecindarios de Tamanaco, como haciendo negocios y a la vez se informa.

He aquí también un párrafo de una extensa correspondencia, que desde La Unión escribía el famoso Rodolfo Piña, hombre que hizo todo lo que no se puede imaginar, para dar satisfacción a Gómez; la referida carta tiene fecha del 15 de setiembre de 1929:

Persecución Arévalo: Quiero hacerle presente que yo no creo mucho la versión de la mujer en cuanto a éste se refiere, pues ni siquiera puede detallarme las señales fisonómicas de modo exacto, ni aun presentándole, como lo hice, el retrato de aquél; y como Arévalo se vale de tantos arbitrios para huir y ocurre a medios tan extremos, no creo que haya llegado a esa quesera, ya que era natural su temor de ser reconocido; y que acaso no andaba en ese grupo, habiéndose, quedando oculto con anterioridad quién sabe dónde. En este mismo párrafo quiero decirle que el 6 de agosto tuvo aviso el general Lino Díaz de tres hombres que estaban ocultos en la mata de El Mayal; mandó desde su campamento, a cinco leguas de distancia, al coronel Chapellín, quien sólo llegó a Roble Gacho (una legua a la mata de El Mayal), y a pesar de haber oído de los propios labios de un señor apellidado Clavo la narración verídica sobre la existencia de esos hombres en dicho punto, ya que lo llamaron (a Clavo) y éste no les atendió. Chapellín regresó al campamento del general Díaz entre Guanipa y Santo Domingo, sin hacer más gestión; y el coronel Rodríguez López, quien se movió sobre esa misma vía por análogo informe, llegó el 8 a la referida mata, donde ve en unión de la gente que llevaba los rastros dejados el día antes, se regresa a Roble Gacho, donde llegó ya con su desvío cerebral y al siguiente día sigue para Santa Amalia, donde forma campamento y al amanecer se da el tiro. Le he hecho esta explicación porque acaso hasta ese sitio anduvo Arévalo acompañado y de allí haya podido seguir, por un camino propicio a su propósito, hacia la montaña de Tamanaco. Correspóndeme recordarle el párrafo primero de mi telegrama de 7 de agosto, desde Espino para nuestro benemérito jefe, general Gómez, el cual transcribí a usted, y en el que le manifestaba tener la seguridad de que el coronel Rodríguez López marchaba hacia Los Recuerdos, cinco leguas de Roble Gacho (combinación conmigo) y el general Díaz hacia Roble Gacho por insinuación que le hiciera en correspondencia, en virtud de que yo traía acosado a los facciosos que llegaron a Guayana y opinaba que buscarían aquellas vías, como en efecto sucedió, para comprobarle con esto que yo venía perfectamente bien orientado en mi

persecución, pero que mis compañeros me dejaron solo. Entra en mis intereses tenerlo bien enterado a usted de esta verdad. Yo tengo la plena convicción y precisa seguridad de que Arévalo Cedeño no se encuentra en todos los sitios requisados.

De hoy a mañana me deben llegar tres comisiones que tengo por distintas vías para emprender, en diversos grupos; una nueva requisa por los alrededores de La Pascua; y estoy gestionando la consecución de un individuo que me sirva eficazmente, y creo ya tenerlo para enviarlo bien ensayado a la montaña de Tamanaco, donde vive Adolfo Armas vinculado con Arévalo por nexos de parentesco espiritual, a objeto de enterarse bien de la presunción que tengo y caso de que el resultado sea el que presumo, enrumbar así mis nuevas gestiones.

Debo significarle que para esclarecer la verdad y para orientarme bien en todo sentido he tenido a varios ciudadanos arrestados, pero no logrando sacar nada en limpio les he vuelto a dar la libertad.

Uno de los más poderosos obstáculos con que hemos tropezado en esta expedición, grave por cierto, es la poca o casi ninguna adhesión de la mayoría de los habitantes de este oriente del Guárico, hacia nuestro querido y respetado jefe, general Juan Vicente Gómez, detalle que a él no se le habrá escapado y la circunstancia de tener Arévalo simpatías o vinculación en las familias de los distritos Infante y Monagas.

Lea el lector con espanto la carta que va de seguida, como también la circular pasada por Juan Alberto Ramírez, famoso destructor del estado Guárico, a los jefes civiles de su dependencia, quienes todos tenían el título de "coronel", que era el acostumbrado para ser "jefe civil" en la tiranía de Gómez. La carta del doctor Carlos G. Gottberg revela el alma negra de aquel criminal, que para aquel entonces servía la jefatura civil del distrito Infante, y quien es reconocido como perfecto asesino. Ese documento revela más y más la degeneración de nuestra nacionalidad. He aquí los dos preciosos documentos:

La Pascua, 11 de setiembre de 1929
Señor General Juan Alberto Ramírez
Calabozo
Respetado General y amigo:
Un expreso urgente y con la mayor reserva le lleva esta carta.
Para que se le acaben las dudas: Arévalo se fue de noche por la boca del caño Manapire, pasó por Puerto Los Indios cerquita de Cabruta y la gente del gobierno (creo que mandada por el coronel Tomás Antonio Gago Baca) no se dieron cuenta porque estaban bebiendo aguardiente y procurando bailar.
De Puerto Los Indios atravesó el Orinoco y buscó aguas arriba hacia La Urbana; del río Orinoco pasó al caño Potrero por un lugar que llaman Santa María y siguió el curso del caño hasta caer en el río Meta y llegar hasta Puerto Carreño en Colombia. No está pues en Venezuela. Está en Colombia acabado de llegar.
Hace más de veinte días estuvo como a sesenta kilómetros de La Pascua, buscó las costas del caño Manapire, se metió en el monte de este caño y se fue por entre el monte hasta el paso llamado El Torrealbero, donde lo pasó en una canoíta un viejo de apellido Lara. A este viejo le puso el mismo Arévalo un revólver en el pecho para que lo pasara por la canoa. De casa de Lara fueron a Buenero y comieron en casa de Manuel Bolívar, quien no estaba en la casa sino la mujer y les dio de comer. Allí consiguieron una curiarita, en mal estado y pequeña, se fueron agua abajo y cayeron al Orinoco, y lo pasaron de noche en la misma curiarita, jugando la vida, pues en una curiarita no puede atravesarse el Orinoco sino con mucho peligro.
Arévalo se fue con Álvarez Veitía, un Betancourt y otro que dicen que es *musiú*, pero que yo sospecho sea algún guate colombiano.
Para estos informes he trabajado con toda la malicia de un zorro y valiéndome de mi profesión y de mis íntimas y valiosas relaciones que tengo en el oriente del Guárico.
Creo que he cumplido mi comisión y mi deber ante usted con verdadera eficacia, pero no satisfecho todavía con esto salgo inmediatamente para Colombia por vía Cabruta a buscar a Arévalo y a verlo allí con mis propios ojos y procurar traérselo de algún modo personalmente o

traerle alguna prenda o prueba personal de Arévalo para que usted se la presente al general Gómez; tan pronto como regrese de Colombia iré a ésa para comunicarle el resultado.
Todo esto es completamente privado, confidencial, pues las autoridades únicamente saben que ando ejerciendo la medicina.
A otra cosa: el detenido Ángel Ramírez Camero me ha sido utilísimo en todo esto; personalmente le explicaré a usted todos los medios de que me he valido, y en nombre de sus servicios respetuosamente yo le pido a usted la libertad de Ramírez Camero, sin que se le multe por el revólver que portaba ni se le perjudique en lo más mínimo; ha sido muy útil y es necesario garantizarlo. Otra de las personas que me ha sido utilísimo aquí es mi pariente Valeriano López Belisario, persona acomodada, muy seria y muy honorable, pero que se puso a mi disposición decididamente para ayudarme en todo y con verdadero resultado para el éxito de mi comisión. Lo recomiendo muy especialmente a la consideración de usted, y espero que usted lo tome muy en cuenta como uno de sus amigos aquí dispuesto a serle útil al jefe y a la causa.
Aquí dejo persona de confianza autorizada para guardarme el recibo que usted me mande de esta correspondencia.
Este recibo debe venir lo más corto posible, *por si acaso*.
Respetuosamente su amigo,

Carlos G. Gottberg

Transcrita al general Gómez el 15/9/29

El Presidente del estado Guárico
Particular
Calabozo, 7 de octubre de 1929
Señor Coronel Jefe Civil del Distrito
Su Capital
Mi apreciado amigo:

Al saludarle cordial y afectuosamente, me es grato dirigirle la presente para instruirle: que usted y las demás autoridades de su dependencia no deben desmayar ni un momento en activar la persecución del faccioso Arévalo Cedeño y sus compañeros, pues por los informes que a este respecto llegan, es positivo que se encuentran ocultos en alguna parte de este estado, y uno de los medios eficaces de que pueda disponerse es valiéndose de las inspecciones sanitarias, y al efecto usted tiene a la mano el Código y Ordenanzas de Policía y las Leyes y disposiciones de la Sanidad Nacional, y más aún las instrucciones que a este respecto le dirigió a usted la Secretaría General del estado en nota de fecha 7 de setiembre próximo pasado. Usted debe prescindir de todo asunto y concretarse solamente a indagar, perseguir, solicitar y agotar todos los medios que estén a su alcance para conseguir a estos facciosos. Usted debe proceder en consecuencia a las visitas domiciliarias, personalmente, con su secretario, con el inspector de Higiene y Sanidad y con tres personas de reconocida honorabilidad y de representación social y comercial, los que nombrará para este objeto, debiendo en cada visita levantar un acta de todo lo que se practique, enviándome de ello copias autenticadas. Todo debe efectuarse en presencia del dueño de la casa o su representante, y valiéndose de los sirvientes o empleados para que remuevan todo objeto sospechoso de escondite, como techos rasos, escaparates, baúles, ceibós, alacenas, tocar las paredes por si hubieren falsos, las chimeneas de cocina, los depósitos de pastos, las pesebreras, los algibes segados o en servicio y todo lo que usted juzgue necesario. En fin, usted debe practicar una requisa en toda forma y con toda decisión y empeño, pues para eso lleva la Junta y demás autoridades que sancionarán con su representación todo lo que usted hiciere a este respecto. Notifique a la ciudadanía de ese Distrito de que todo el que no se preste a colaborar en este sentido, así como a las autoridades subalternas también, que serán declarados cómplices encubridores de los facinerosos elementos de Arévalo que no dejan vivir en paz a los honrados y laboriosos trabajadores y padres de familia de esa jurisdicción. A autoridades negligentes y a ciudadanos desobedientes a estas terminantes órdenes,

les serán aplicadas sin contemporizaciones, las rigurosas penas que establece la Ley para los trastornadores del orden público.
Al recibir usted la presente, transcriba estas mismas instrucciones a los jefes civiles de municipio de esa jurisdicción y también instruya a todos los comisarios sobre el mismo caso, debiendo llamarlos a su despacho y haciéndoles ver la responsabilidad que pesa sobre todos y las penas que les sobrevendrán por negligencia, descuido o complicidad.
Creo que no me veré en el caso de volver a llamarle la atención acerca del cumplimiento de estas terminantes disposiciones.
Téngame diariamente al corriente de todo lo actuado.
Su amigo,

Juan Alberto Ramírez

Asómbrese el lector. Este miserable Rodolfo Piña con el último párrafo copiado, condenaba a muerte a todos los habitantes de aquella región, estimulando los deseos que tenía Gómez de destruirlos. Así servían estos hombres a la tiranía, y así acabaron con Venezuela. Estando en aquellas montañas supe la noticia del fracaso del vapor *Falke* en Cumaná, desastre que lamenté bastante porque en él, además de perderse aquel movimiento, se perdían las vidas de los distinguidos generales Delgado Chalbaud y Pedro Elías Aristeiguieta y del distinguido compatriota Armando Zuloaga Blanco, esperanza de la patria.

Delgado Chalbaud era un valor y una voluntad; probó a los caudillos del ridículo, que nunca hicieron nada por antipatriotas y nulos, que habiendo buena voluntad se podía derrocar a Gómez. Pedro Elías Aristeiguieta era un probo y honrado ciudadano, gran idealista y de un patriotismo máximo, y con su muerte perdió la patria cosa de gran valor. Aquella expedición fue desgraciada porque faltaron, o faltó cabeza militar que la dirigiera. Delgado Chalbaud era muy valiente pero no era militar, pero supo sacrificarse de manera noble y abnegada. Algunos elementos del destierro pretendieron culpar a nuestro distinguido intelectual y patriota sin

tacha José Rafael Pocaterra, de la pérdida del parque venido en el *Falke*, pero aquellos elementos no tomaban en cuenta que Pocaterrra y seis compañeros más dejados por Delgado Chalbaud en el vapor, estuvieron a la merced de treinta y dos marinos alemanes, que una vez que constataron el fracaso de la derrota y muerte del general Delgado Chalbaud, se revoltaron y obligaron a Pocaterra y a sus compañeros, con serias amenazas, a salir para Granada precipitadamente y arrojar el parque al agua. Es necesario conocer este suceso para haber hablado de él, y conocer también las cualidades y el patriotismo de Pocaterra, de quien puede decirse todo lo tuvo para la causa de Venezuela.

A los cuatro meses de estar huyendo en aquellas montañas de Guaribe, en donde me enfermé mucho como también mi compañero Álvarez Veitía, resolví tirar la travesía desde el oriente de la república donde me encontraba, hasta las fronteras del Arauca colombiano, guiados por una brújula cosa imposible de creerse, que llenó de temor a los nobles amigos que me tenían oculto, y en la cual gastaríamos más de dos meses por montañas en donde jamás se ha posado la planta humana, y en donde pasaríamos trabajos infinitos perdiendo muchas veces la esperanza de salir de aquellas selvas, adonde fuimos Álvarez Veitía y yo, dispuestos a perder la vida antes que caer en manos del tirano Gómez.

Mi gran amigo, el noble ingeniero doctor Luis Larralde me había enviado con el querido amigo Alejandro Fonseca, doscientos dólares, y con aquella suma y con la brújula en la mano estábamos salvados. Comuniqué a mi compañero coronel Álvarez Veitía mi propósito de irnos con rumbo de brújula, atravesando la montaña de Tamanaco, las sabanas del Guárico, pasar el Apure y buscar las fronteras de Colombia, en donde encontraríamos la protección de los ganaderos de aquella región, que jamás me habían faltado y que eran mis verdaderos amigos. Allí estaban para servirme siempre, seguros de que servían a la revolución, los nobles amigos y ricos propietarios, Luis Alberto y José Ángel Unceín, de quienes puede decirse que nacieron para ser nobles y patriotas; Manuel José Fuentes y Natalio Estrada, ricos y honrados propietarios que han

tenido para Venezuela la bondad de su trabajo y de su honorabilidad para servirle siempre; y con ellos otros tantos amigos más, que me ayudarían al llegar a sus hatos, para pasarme a tierras colombianas, en donde me esperaban con los brazos abiertos grandes amigos, venezolanos y colombianos, que tenían para mí y tienen su cariño verdadero. Nunca podré olvidar lo mucho que debo a Isidro Núñez, Joaquín Villamizar, el reverendo padre José Villanea, Tomás Jara, Pablo Ostos, Cosme Espinoza, José A. Pacheco (alias Galarraga), Gerardo Blanco, y tantos más que en las llanuras araucanas y de Casanare fueron providencia de bondad para mí y gran ayuda para mis luchas. El recuerdo de la amistad del general don Silvestre Arenas, el más rico propietario de Casanare e ilustre colombiano, nunca podrá borrarse de mi corazón.

Pero para realizar nuestro plan por la vía que yo había ideado primero, se nos presentó el inconveniente, de que supimos tres días antes de salir, que todos los pasos de ríos estaban ocupados por tropas de Gómez, y que era imposible pasar por el Apure sin ser capturados. Resuelto a morir antes que caer prisionero en el país, propuse a mi compañero Álvarez Veitía, atravesar con la brújula las montañas de Tamanaco, El Bongo, Turén, El Maco y San Camilo para llegar al Arauca. Aquello era una barbaridad, pero como Álvarez Veitía tenía la misma vergüenza que yo, no me puso inconveniente ninguno, y me respondió que era mejor morir en aquellas montañas antes que en manos de Gómez.

Mis amigos Cruz Magin, Vicente María y Miguel Rojas Armas, Julián Aragort, Carlos Camero, Alejandro Fonseca, Manuel Espinoza e Hilario Meza, quienes conservaban el secreto de mi permanencia en aquella montaña, y quienes fueron mis salvadores, hombres de verdad, me pondrían en manos de otro hombre de verdad, para que nos sacara la noche del 6 de enero de 1930 y nos llevara hasta la entrada de la montaña de Tamanaco, en donde comenzarían las proezas de nuestra brújula, que nos llevaría señalando siempre el suroeste, en sesenta y cinco días de sufrimientos y de muerte, a las orillas del Arauca para atravesarlo y caer en tierras colombianas de salvación. Aquel otro amigo fue Ángel Rosendo González, bien

conocido por el sobrenombre de Chicho González, valiente y noble joven, amigo de grandes quilates, quien supo cumplir muy bien con la parte que le tocó en la obra de mi salvamento.

Yo no puedo describir aquella travesía por selvas desconocidas, en donde las fieras no conocen a los humanos, porque no los han visto jamás, en donde vimos serpientes de caprichosos colores y raras formas en abundancia suma, en donde pasamos hasta cuatro días sin comer y dos sin tomar agua, en donde pasamos grandes ríos como el Guárico, el Pao, Portuguesa, Guanare, Masparro, Uribante, Sarare y cien más de nombres desconocidos, en donde estuvimos casi muertos con la fiebre escupiendo la bilis en cantidad enorme, y en donde los veinticuatro y las tambochas nos hicieron sentir la desesperación de sus mordeduras.

Sesenta y cinco días de sufrir que convirtieron nuestros cuerpos en esqueletos casi desnudos, cubiertos de garrapatas y de úlceras, y en donde llegó un momento en que yo casi muerto con una fiebre altísima, me despedí de mi compañero Álvarez Veitía, encargándole que si él podía salvarse y viera en algún tiempo mi esposa y mi hijo les dijera que mis últimos recuerdos fueron para ellos; Álvarez Veitía contestó a mi encargo, diciéndome que al cerrar yo los ojos él se pegaría un balazo porque no podría salvarse solo, ya que también estaba agotado y en medio de la soberbia montaña de El Maco en donde estuvimos metidos dieciocho días, ya casi desesperanzados de salir de ella.

La consulta constantemente de la brújula durante aquellos sesenta y cinco días, me produjo un nerviosismo tan grande, que casi afecta mi cerebro, y hubo momentos en que mi compañero no me podía ni hablar, porque no le respondía nada, sino señalándole con mi brazo seguir marchando hacia el suroeste que me marcaba la brújula. Era una obsesión para mí aquel rumbo que puse desde que salimos de Tamanaco y no quería que la aguja de aquel aparato salvador se desviara una línea del rumbo que se había impuesto en mi cerebro como Estrella del Norte, como ruta luminosa para conducirme a la tierra de promisión adonde no llegarían los deseos de venganza del tirano de mi patria.

Felizmente para nosotros, al llegar a las costas del río Uribante, dimos con una pequeña casita, y allí encontramos a un noble hombre de nombre Andrés Pavón, tachirense, quien se había refugiado en aquella montaña después del incendio de Pregonero, ordenado por Eustoquio Gómez. Aquel hombre de gran corazón me dijo que hacía cinco días había estado en Santa Bárbara, población del estado Zamora fronteriza con el Táchira, y que allí había gente armada en persecución de Arévalo Cedeño. Luego me llamó aparte, y me manifestó sus sospechas de que yo era Arévalo Cedeño, y que si él estaba en lo cierto no se lo negara, porque él era sobrino de los coroneles José León y Pedro Pavón, quienes habían combatido bajo mis órdenes en el combate de Guasdualito y que habían salido heridos allí; que él era también revolucionario y estaba dispuesto a hacer por mí lo que yo quisiera. Comprendiendo la nobleza de aquel hombre me descubrí ante él, y aquello nos salvó. Tomando en cuenta Andrés Pavón nuestro mal estado físico, debido a las enfermedades, a la debilidad, y los grandes peligros de la montaña de San Camilo, resolvió aquel generoso amigo acompañarnos hasta Colombia siguiendo el rumbo de nuestra brújula. Aquel milagro era la coronación de nuestro salvamento porque jamás, en el estado en que estábamos nosotros, era imposible que pudiéramos hacer aquella travesía de catorce días por aquella montaña tan peligrosa para llegar a la orilla del río Arauca, como lo logramos el día 10 de marzo de 1930 a las nueve de la mañana.

Aquella travesía fue novelesca; para describirla sería obra de muchas páginas, y como mi relato en esta obra no debe traspasar los límites de lo real dándole coloridos novelescos, el lector se conformará con saber o con imaginarse que aquello fue cosa que puede hacerse una sola vez, pero que no puede repetirse jamás. Pasamos el río Arauca y al pisar la tierra de Colombia, lleno de gratitud me arrodillé para dar desde el fondo de mi corazón, gracias a Dios, que había permitido mi salvación otra vez, que había mantenido mi espíritu siempre firme y fuerte, para no claudicar, y que al colocarme en terreno seguro para mi vida me proporcionaba de nuevo los medios para seguir luchando por la libertad de Venezuela.

Abracé a mi compañero Álvarez Veitía que noble y valiente me acompañó para salvarme, y al generoso Andrés Pavón que fue nuestro salvador, y quien desde aquel entonces fue y será mi amigo.

Nuestros amigos de las sabanas de Arauca, quienes me creían muerto desde hacía muchos meses, tuvieron una alegría infinita y nos recibieron con los brazos abiertos. Ellos celebraban que yo estuviera sano y salvo, aunque consumido en mi salud, porque sabían que la protesta revolucionaria estaba de nuevo en pie en las fronteras gloriosas de Casanare y Arauca. ¡Otra vez en el asilo! Pero no íbamos vencidos, ni tampoco a vivir la vida de molicie en el destierro. Muy pronto estaría de vuelta con el fusil en la mano ante el déspota, diciendo a mis compatriotas que querer es poder y que es difícil acabar con la dignidad de los libres.

Capítulo XI

Desde Arauca a Cartagena.—Salida para Trinidad. —Las autoridades inglesas no permiten mi desembarco en aquella isla y me obligan a trasbordarme a un vapor francés para seguir a Martinica. —Las autoridades francesas impiden mi desembarco en Fort de France, pero al fin mediante fianza permiten mi entrada a la isla.—En la República Dominicana.—Ayuda conseguida para volver a la frontera.—Viaje a Panamá.—En avión a Buenaventura.—Desde Bogotá por el camino de siempre a las fronteras de Arauca. —Años de 1930 y 1931

A mi llegada a las sabanas de Arauca, en el mes de marzo de 1930, tuve conocimiento exacto de la pérdida de la revolución de Cumaná, de la entrega del general José Rafael Gabaldón y de la destrucción del general Urbina al invadir por Coro, después de su famoso y heroico golpe de Curazao. Todos aquellos reveses, junto con el que yo acababa de sufrir, en lugar de desalentarme, me dieron nuevos bríos para buscar los medios de irme al exterior, siempre en la esperanza de que algún día se me ayudara con algo de importancia, ya que otros que no habían hecho nada, habían encontrado bastante ayuda para venirme de nuevo al sagrado cumplimiento del deber, es decir, el deber que entendíamos los patriotas: luchar por la libertad de Venezuela.

Fue en aquel entonces que tuve conocimiento del asesinato del general Hilario Montenegro en Curazao, llevado a cabo por un bandido venezolano, enviado de Venezuela por agentes gomecistas, según se me informó, para asesinar aquel valiente venezolano, que ya en su senectud, nunca perdió la voluntad ni el honor para manifestar su honradez de patriota, protestando contra la tiranía de Gómez. Era el general Montenegro, hermano del ilustre venezolano doctor José Dolores Montenegro, quien honra bastante nuestra patria, y quien siempre tuvo su ayuda para la revolución. Aquella noticia, me llenó de indignación, porque comprendí que la diplomacia y el oro de Gómez, no sólo conseguían que se nos asesinara

en Colombia, sino que ya ordenaban ejecuciones a sus esbirros en otros países en donde antes nos creíamos protegidos y seguros.

Me detuve tres meses en Colombia, pero muy oculto, porque estaba muy seguro que si la gendarmería colombiana daba conmigo, era entregado a Gómez sin fórmula de juicio. Conseguí algunos pesos con el buen amigo don Eugenio Guerrero, criador de Arauca, quien espontáneamente me ayudó para mi salida de aquel país, y atravesando los Andes colombianos, vine en compañía de Álvarez Veitía hasta Puerto Wilches, en el bajo Magdalena, para de allí seguir a Cartagena, venir a Santa Marta, y allí tomar un vapor bananero que iba a Trinidad y en el cual haría el viaje de incógnito.

A los tres días de haber dejado a Santa Marta llegué a Port of Spain, capital de la isla de Trinidad, a bordo del vapor *Coronado*, muy satisfecho de que sería bien recibido en la isla inglesa que muchas veces me había prestado su hospitalidad. Pero en aquella vez ya Gómez había mostrado su liberalidad con los bolívares venezolanos, a las autoridades inglesas, que en nombre de la amistad internacional, por no decir en nombre del oro corruptor del tirano de mi patria, se encargarían de dar cumplimiento a los tratados de la diplomacia, verdaderos chanchullos, que siempre son elaborados a base de champaña, dinero y complacencias, con el solo objeto de perjudicar a los débiles, y hacer más intensa y más dura la tiranía de los poderosos.

Su excelencia el gobernador de Trinidad prohibió mi desembarco, y no habiendo un vapor en el puerto que me llevara a otro país, estaba expuesto a ser embarcado para las costas de Venezuela, en un vapor holandés, que salía para Carúpano, en donde sería entregado a la muerte en manos de los agentes del tirano en aquel puerto. Mi situación fue bastante difícil en aquel trance, y mi distinguido amigo y muy honorable compatriota doctor Juan Manuel Brito Salazar, con su gran interés y bondad por mí, voló casa del gobernador a protestar contra aquella medida arbitraria, vino inmediatamente a bordo y cuando ya estábamos desesperanzados para encontrar un barco que me llevara a otro lugar seguro, por

fortuna entró en aquel momento al puerto el vapor francés *Pellerin de Latouche*, que venía de La Guaira y seguiría para Martinica.

La situación estaba salvada, con trasbordarme a aquel vapor francés, que no puso inconveniente alguno para recibirme, y que nos sacó de aquel aprieto tan grande en el cual nos colocaban la complicidad y la maldad de las autoridades inglesas para favorecer al tirano Gómez.

El cónsul del tirano en Trinidad se estaba gozando en su obra, porque ya creía seguro que yo sería puesto a bordo del vapor holandés y enviado a la muerte a Venezuela. No me cansaré de hacer conocer a mis compatriotas todos, la criminal actuación de los diplomáticos y cónsules de Gómez en el exterior. Aquellos hombres fueron malos en extremo, no perdían oportunidad para perseguirnos de una manera cruel, y como tenían el tesoro de Venezuela para ofrecerlo a nombre de Gómez a las autoridades extranjeras, aquellos miserables multiplicaban sus trabajos y lo conseguían todo contra nosotros. Pero en aquella ocasión, como en otras tantas, de las que pasaron conmigo, quedaría burlado el agente de la tiranía en Trinidad, y yo me iría a los dominios franceses, en donde sería también mal recibido, pero al fin admitido.

Salí a las doce del día de Trinidad y al amanecer del siguiente estaba en Martinica, deseoso de saber el tratamiento que me darían las autoridades francesas, quienes de seguro, ya estaban avisadas de que yo llegaba a aquella colonia. Los gendarmes franceses montaron a bordo y me notificaron que no podía bajar a tierra, si no daba una fianza de permanecer en el país por seis u ocho días, mientras llegaba algún vapor que me llevara a otra colonia o a otro país para donde yo quisiera salir; que las autoridades francesas de la isla tenían informes de que yo iba allí en gestiones revolucionarias; y que por lo tanto, atendiendo a las buenas relaciones de amistad existentes entre Francia y Venezuela, no permitirían mi permanencia en el país por tiempo indefinido.

Lo interesante era desembarcar allí, y seguir después a otro lugar en donde no se pusiera de manifiesto la presión de Gómez por medio de autoridades extranjeras sin conciencia; que olvidándose

del decoro, encontraban muchas ventajas atendiendo a las solicitudes de los diplomáticos y cónsules del tirano. Gobernaba entonces en la República Dominicana el general Horacio Vázquez, presidente de aquella república, quien nunca se prestó para colaborar con Gómez en la persecución de asilados venezolanos, y resolví salir para aquella tierra generosa y hospitalaria en donde tuve siempre buena acogida, siendo objeto de atenciones infinitas. En Santo Domingo siempre se ha querido a Venezuela y al venezolano y los hijos de aquella tierra heroica con sus bondades hicieron menos dura mi vida de perseguido. Sea éste el momento de testimoniar mi gratitud a todos los buenos dominicanos en la persona del dilecto amigo de Venezuela y distinguido escritor Vigil Díaz, cuya pluma defendió tanto nuestra causa y cuyo corazón siempre ha estado en nuestra patria. Desde la República Dominicana, en donde encontré al digno compatriota doctor Atilano Carnevali y a varios jóvenes universitarios que habían podido escaparse de Venezuela, me puse en contacto con los compatriotas doctor Pedro José Jugo Delgado y José Rafael Pocaterra, los cuales, con su interés de siempre por la revolución me ofrecieron trabajar por conseguir algunos recursos, ya que yo deseaba regresar cuanto antes a la frontera.

Escribí para todas partes y no pude obtener ningún resultado, porque en el destierro había cundido un desaliento tan grande que ya todo el mundo estaba convencido de la imposibilidad de derrocar a Gómez por la fuerza de las armas. No se pensaba sino en la gravedad de Gómez de la que tanto se hablaba como cosa muy cierta, pero al fin se llegaba a la triste conclusión de que aquel hombre estaba sano y fuerte para mayor dicha de sus aduladores y para mayor desgracia de la patria.

Un día me escribió el doctor Jugo Delgado desde Nueva York y me informaba que los compatriotas Enrique y Raúl Castro ofrecían tres mil dólares para ayudar el movimiento revolucionario que yo proyectaba, y que además estaban dispuestos a ir personalmente a la guerra acompañados del compatriota Hernando de Castro, amigo de ellos, quien también se encontraba en Nueva York. Aunque la

suma ofrecida era insignificante, para mí era una gran cosa, porque al servirme para llegar a la frontera, una vez estando en ella, ya era seguro que la pasaría. También me hablaba el distinguido doctor Jugo Delgado de que podíamos obtener ayuda de algunos personajes que deseaban ayudarnos porque estaban resentidos con Gómez.

Nos pusimos de acuerdo con los compatriotas hermanos Castro, y ellos quedaron a salir para Panamá en donde se reunirían conmigo para seguir a Colombia, ofreciendo entregar el dinero en Bogotá. No había más esperanza, nadie se conmovía, la oposición estaba desacreditada por los llamados caudillos, y los patriotas teníamos que sufrir las consecuencias de aquel desastre; pero como patriotas al fin no podíamos permanecer inactivos, teniendo que salir a luchar de cualquier modo. Lo urgente y necesario para mí era estar en armas contra la tiranía, porque yo sabía como lo sabían todos los buenos venezolanos que el deber es muy exigente, y que el ideal nos pide tanto que hasta imperativamente nos pide el sacrificio de la vida.

Se encontraba en la República Dominicana mi gran amigo don Mauricio Berrizbeitia, quien me ayudó para irme a Panamá a encontrarme con los compatriotas Enrique y Raúl Castro y Hernando de Castro, quienes me habían avisado ya su salida para aquella república, en donde nos esperaba el gran venezolano doctor José Rafael Wendehake, ilustre médico y patriota que bastante hizo por la libertad de Venezuela, quien nos ayudaría con las bondades que acostumbraba para nuestra causa y para sus compatriotas.

Me reuní en Panamá con los compatriotas Castro y después de estar cuatro días en Colón, salí en aeroplano para el puerto colombiano de Buenaventura, en el Pacífico, para seguir solo y de incógnito a Bogotá, habiendo avisado mi llegada a mi amigo el doctor Diógenes Chávez Pinzón para que se tuviera la bondad, como siempre la tuvo aquel gran amigo de Venezuela, de venir a encontrarme para ocultarme en su casa. Antes de salir de la República Dominicana ya había despachado correspondencia para la frontera, la cual había recibido el coronel Álvarez Veitía en Barranquilla

para llevarla inmediatamente a Arauca a fin de que los amigos todos estuvieran listos esperando mi llegada para invadir.

En Bogotá recibí dos mil dólares de los compatriotas Castro, porque ellos habían tenido que hacer sus gastos de Nueva York hasta allí, tendrían que hacerlo hasta la frontera, que eran bien costosos, y al tomarlos de los tres mil dólares ofrecidos, no podían dar sino la suma de dos mil. En vista de la falta de dinero solicité la ayuda del doctor Wendehake, y este compatriota me envió quinientos dólares. Tengo un amigo en Colombia, quien siempre me ayudó a la consecución de armas y municiones en aquella república. Aquel amigo es el señor don Joaquín Daza, siempre muy dispuesto en favor de Venezuela, y quien me ha dado pruebas de su amistad. Me puse en comunicación con él, quedó comprometido a ponerme en las llanuras de la Intendencia del Meta cien fusiles y su correspondiente dotación. Yo contaba con otros fusiles que reunían mis amigos en la frontera.

Con los compatriotas Castro había llegado a Bogotá el noble joven caraqueño Carlos Julio Ponte, héroe del deber y valeroso revolucionario, quien me acompañaría en mi séptima invasión, para dar su vida como bueno por la salud de Venezuela en el combate de El Caribe el 5 de agosto de 1932. Pasé oculto doce días en la capital colombiana y salí a tramontar los Andes para caer a las llanuras de la Intendencia del Meta, en donde me reuniría con los compatriotas Enrique y Raúl Castro, Hernando de Castro y Carlos Julio Ponte, habiéndoles indicado que los encontraría en las costas del río Upía, afluentes del río Meta, por donde bajaría yo con las armas y unos compañeros que se incorporarían para seguir embarcados a la frontera.

Cuando yo me moví de Bogotá, ya Andrés Eloy de la Rosa, ministro de Gómez en Colombia, quien nos persiguió bastante en aquel país, cometiendo toda clase de iniquidades para con venezolanos indefensos, había puesto en juego su influencia con las autoridades colombianas a fin de que dieran principio a la persecución contra nosotros como era de costumbre. Yo creo que jamás en la historia de los pueblos haya existido un tirano que tuviera el

incondicional apoyo que tuvo Gómez de los gobiernos de quienes solicitó ayuda para cimentar su dominación bárbara y cruel. Lo más escandaloso en este gravísimo asunto que tanto contribuyó a la desgracia de nuestra patria, es que todos los gobiernos que ayudaron al tirano Gómez conocían muy bien la labor destructora de este animal, y sabían la desgracia que pesaba sobre Venezuela. Por eso es que yo no creo en la diplomacia y la considero como el gran mal de los pueblos; por eso es que siempre detesto esas sociedades de naciones y uniones panamericanas, que en mi concepto son corrillos de bufones en donde se juega la suerte de las naciones tomando té, danzando y en verdadera francachela. Yo creo que el día que se elimine la diplomacia, quedarán eliminadas las guerras entre los pueblos, porque son los diplomáticos los que se ocupan de agravar las situaciones internacionales, porque ellos de muy mala fe viven del desconcierto de las naciones. Ese dinero que Venezuela gasta en ministros diplomáticos, sociedades de naciones y uniones panamericanas, sería mejor empleado en nuestras grandes necesidades internas, como la instrucción, la higiene y la inmigración; nombrando en lugar de esos señores diplomáticos, verdaderas sanguijuelas del tesoro, cónsules buenos, preparados y bien pagados, quienes harían verdadera labor de patria, haciendo conocer muy bien a Venezuela en su riqueza y en la grandeza de su historia. Estas observaciones mías son hijas de la práctica obtenida en mis viajes por el exterior; en donde más de una vez sentí la vergüenza de ver a mi patria representada por tantos venezolanos ineptos y nulos, que percibían los dineros de Venezuela para deshonrarla.

Encontré en la barranca de Upía a los compatriotas Castro y Ponte, y después de haber entrado yo en actividades para salir por el Meta a la frontera, viaje de quince días navegando, los citados compatriotas Castro, resolvieron regresarse para Bogotá, quedando conmigo Carlos Julio Ponte, a quien mandé por tierra seis días después de la ida de los Castro, con catorce hombres a caballo a esperarme en la boca de Upía, adonde yo llegaría con las armas que me traía don Joaquín Daza.

La situación se hacía apremiante, porque ya por la vía de Miraflores, población del Departamento de Boyacá, el Prefecto enviaba fuerzas en nuestra persecución. Salí con setenta y dos fusiles, pues no había tiempo que perder, desde luego que si no activábamos nuestra marcha, los elementos conseguidos se perderían, y el movimiento quedaba desbaratado en sus comienzos. Al bajar el río Upía se me incorporaron otros amigos, y entramos al Meta, habiendo tomado antes en la boca del Upía a Carlos Julio Ponte con los hombres que lo acompañaban y quienes me esperaban allí.

Nos esperaban en el Meta la persecución de la gendarmería de Orocué y la de Arauca, que ya avisada por telégrafo de Bogotá se había movido sobre la costa del Casanare, para evitar nuestra entrada a las sabanas de Arauca y nuestra organización en el bajo Meta. Para salvar aquellos elementos y salvar también aquel movimiento, tuvimos que internarnos por el río Ariporo arriba en donde habitan los indios salvajes cuivas, y por donde no navega nadie, porque aquella tribu ataca a los que pretenden ocuparles su dominio. Estuvimos dentro del Ariporo como diez días, y nuestros perseguidores creyeron que nos habíamos regresado, se retiraron de la boca de Casanare adonde los hacía espionar yo todos los días, y así pudimos pasar y buscar al bajo Meta, para dar comienzo a nuestra organización, comunicarnos con los amigos de Arauca, decirles el lugar de nuestro campamento a fin de que vinieran a incorporarse.

Estábamos por lo menos a doce jornadas de Arauca, por lo tanto la incorporación se hacía muy difícil, y debíamos pasar por lo menos dos meses de angustiosa expectativa, toda vez que ya las fuerzas colombianas presumían dónde estaba el campamento y vendrían a atacarnos. Al mes de estar en organización se habían incorporado más o menos sesenta compañeros, número suficiente para defendernos de la agresión colombiana que nos amenazaba. Un día recibí aviso urgente de que venía una comisión armada de la comisaría del Vichada; y como yo estaba en territorio que podíamos discutirle no era colombiano, porque no estaba aún demarcado, me preparé para esperar la referida comisión, la cual portaba una nota

del señor comisario especial en donde me notificaban que si no desocupaba el territorio donde me encontraba sería atacado enseguida.

Supe por uno de los mismos comisionados, quien me lo dijo muy reservadamente, que habían llegado a Puerto Carreño oficiales de tropa de Gómez que estaban enfrente en la margen opuesta del río Meta, con una nota del jefe venezolano pidiéndole al comisario especial del Vichada que nos atacara. El oficial colombiano que me comunicó esto me lo dijo en señal de protesta y muy indignado por el papel que hacían las autoridades colombianas como subordinadas a la autoridad del déspota venezolano. Yo contesté al señor comisario especial del Vichada en forma muy cortés y respetuosa, pero le hice ver que yo estaba en terreno que no era colombiano, que no deseaba tener inconvenientes con su autoridad, pero que si sus fuerzas me atacaban yo sabría defenderme, y que una vez perseguido en esta forma por él, yo no lo consideraba como autoridad colombiana, sino como un agente de la tiranía de Venezuela a la cual yo combatía.

Mi contestación surtió un buen efecto, porque el señor comisario se abstuvo de cometer una barbaridad, en la cual llevaría él la peor parte y nosotros nos hubiéramos puesto legítimamente en unos fusiles; porque hice la resolución, si era atacado, al derrotarlo, ocupar a Puerto Carreño y sorprender la guarnición de Gómez que estaba en el otro lado, al mando de un tal coronel Belandia, muy descuidado, porque contaba con que los colombianos harían por él el trabajo de destruirnos. Pocos días después de esto llegó el coronel Álvarez Veitía, con quince compañeros más y con un capitán americano de la Academia de West Point, quien venía en una comisión cerca de mí, de la cual me daba cuenta mi amigo el doctor Pedro José Jugo Delgado. El capitán Erhgott, quien era el comisionado en referencia, me comunicó el deseo que tenían varios amigos de la revolución de ayudarnos. Examiné muy bien las credenciales del referido oficial y las proposiciones que hacía él en nombre de los que él decía representaba. No encontré nada de consistencia en las proposiciones y ofertas que hacía el capitán Erhgott, y comprendí

que aquel negocio era otra utopía más de los revolucionarios que actuaban en Nueva York. En verdad que el capitán Erhgott era un oficial distinguido de mucha conducta, muy instruido y parecía ser idealista; fue uno de los que acompañó en su expedición al polo Norte al almirante Bird, de quien conservaba todos los certificados, como también los de la Academia de West Point, pero juzgué que sus proposiciones no tenían base, porque hablaba de grandes ofrecimientos para el futuro y nosotros estábamos ya en el campamento y necesitábamos los elementos urgentemente.

El capitán Erhgott estuvo en mi campamento unos veinte días y se regresó sin habernos traído nada práctico, comprendiendo yo, que él había venido a una aventura sin el respaldo de cosas serias. Mi buen amigo el doctor Jugo Delgado, en su buen deseo de ayudar la revolución, creyó en que aquel oficial podía sernos útil y se prestó para recomendármelo. Nunca tuvo la revolución venezolana, me refiero por donde yo actué, ninguna ayuda para derrocar a Gómez, que si la hubiéramos tenido otra hubiera sido la suerte de Venezuela; y no hubiéramos experimentado el dolor de presenciar esta ruina inmensa de nuestra patria, que es un inmenso cementerio, y que para salvarla debemos trabajar con mucho patriotismo, con mucha cordura, y con mucho desinterés. Ya disponía por lo menos de ochenta hombres, de aquellos hombres de las fronteras, que cada uno valía por diez de los del tirano; ya era tiempo de activar la invasión, y dentro de ocho o diez días más estaríamos en el territorio venezolano con nuestra séptima comparecencia armada, pidiendo a todos nuestros compatriotas que despertaran de su letargo de esclavitud, haciendo un máximo esfuerzo para vindicarnos ante la historia, y ante el mundo entero que nos consideraba como país muerto, y como una raza en completa degeneración y descomposición.

Capítulo XII

Mi séptima invasión contra la tiranía.—Asalto de La Ceiba sobre las tropas del presidente de Apure.—Combate en Mata de Agua.—Combate en El Porvenir.—Combate en El Viento.—Combate en Urañón, río Capanaparo, con el vapor *Amparo* y derrota de este vapor.—Combate de El Caribe sobre el río Arauca, con el vapor *Arauca* en donde fuimos destruidos.—Travesía de dos días a pie por las pampas inundadas de Arauca.—Otra vez en el asilo

Ya Pepe Domínguez, el hombre malvado que servía como presidente del estado Apure, y ya su colega el presidente del estado Bolívar, estaban avisados de mi invasión y perfectamente preparados para destruirla. Los vapores cargados de tropas surcaban el Orinoco y remontaban parte del Meta, por las fronteras del Apure se movilizaba Pepe Domínguez, para atacarnos en la línea divisoria de El Cubarro, en donde había fijado últimamente mi campamento para invadir; y los aeroplanos del tirano volaban sobre nosotros para intimidarnos produciéndose millas adentro en territorio colombiano, volando hasta por encima de la misma ciudad de Arauca, capital de la comisaría especial del mismo nombre. El vuelo de aquellos aviones era con el propósito de sembrar el temor en nuestras filas, haciéndonos ver la potencialidad de los ejércitos de la tiranía, pero resultando aquellos vuelos completamente espectaculares, porque más de una vez pudimos notar el miedo que los tales aparatos nos tenían, desde luego que nunca se bajaban para ponerse al alcance de nuestros fusiles. Un día les hice una maniobra de una falsa derrota, dejándoles al pie de varios árboles diseminados en la pampa, algunos compañeros, hábiles tiradores y con buenos fusiles; pero comprendieron la estrategia y no quisieron venir sobre nosotros. El aeroplano es un aparato muy fácil de echar a tierra y para nuestras guerras es completamente inofensivo, a menos que no accione sobre poblados, o sobre blancos de algún tamaño considerable. Había llegado el momento solemne

de nuestra séptima invasión y el día 5 de marzo de 1931, desde la línea demarcadora de El Cubarro, lanzaba mi siguiente:

Proclama

¡Al pueblo de Venezuela! ¡A mis compañeros de armas!

¡Compatriotas!

El deber, como el patriotismo, marchan siempre por un estrecho sendero adonde no se puede ir sino de frente. Eso es lo que yo he comprendido en mis diecinueve años de lucha contra la tiranía de Juan Vicente Gómez, siendo por ello que no es extraño que comparezca por séptima vez en el suelo de la patria amada, con el fusil en la mano, pidiendo junto con mis valientes compañeros, cuenta estricta de sus crímenes, al tirano que mancha la civilización y a su cuadrilla de malhechores.

¡Compatriotas!

No digo lo que he hecho por la causa de la libertad de Venezuela; para los hombres que luchamos con desprendimiento por la redención de nuestra patria, haber hecho, no significa nada, digo lo que voy a hacer por su libertad: vengo a consumar el sacrificio de mi vida, o a derrocar el tirano y a su régimen de sangre y exterminio.

Hablar de los crímenes de Gómez es cosa innecesaria; ellos son inconcebibles, ellos monstruosos y sólo son desconocidos de los Gobiernos de esta América enferma de diplomacia abyecta, de tiranos y de *bestiolatrías*, quienes han sido verdaderos sostenedores de Gómez, para que este asesino acabara con la gran familia venezolana.

¡Compatriotas!

Mi programa como luchador sin complicidades con el pasado vergonzoso de mi patria, es bien conocido: una nueva Venezuela regida por instituciones cívicas y republicanas, para evitarnos el asalto al poder, de sargentones imbéciles que han sido la plaga producto de nuestra descomposición, una verdadera sanción que nos permita castigar a Gómez y a sus cómplices, para que mañana no se repita esta tragedia de sangre y de cinismo, y un verdadero desprendimiento de mi parte, que se condensa en esta promesa de honor y de verdad: no seré

nunca presidente de Venezuela por la fuerza de las armas, porque el corazón de un patriota como yo es muy ambicioso, no se conforma con una pequeñez semejante; se satisface únicamente con una Venezuela libre y feliz, resultado de una verdadera revolución, la revolución venezolana, que sabrá conmover todas las capas sociales de nuestro país, para que al fin surja la gran patria que soñó nuestro único Bolívar, libertada para siempre del sable asesino, insolente y corruptor.

¡Compatriotas!

Tengo la satisfacción de anunciaros que el ejército de mi mando, una vez triunfantes nuestras armas, con la colaboración de todo el país, erigirá un directorio compuesto de siete honorables compatriotas; cívicos, sin complicidades con el pasado de Venezuela, y de ninguna manera militares, para que ese directorio asuma el poder supremo de la república y convoque el país a elecciones, para presentarnos el hermoso espectáculo republicano que nunca hemos visto los venezolanos: un ciudadano elegido por el pueblo con el tricolor venezolano ceñido a su pecho de verdadero repúblico, para sentarse en el solio presidencial en nombre de la Constitución y de la Ley.

¡Compañeros de armas!

Ya las descargas de nuestros fusiles redentores se oirán de nuevo en nuestra séptima comparecencia armada en el suelo de la patria, anunciando al mundo la liberación de Venezuela, cuya desgracia ha sido vista con una criminal indiferencia y monstruosa complicidad, por todos los representantes de los pueblos de nuestra raza, quienes jamás podrán justificar ante la Historia, su complicidad con el tirano Gómez. Os doy mi abrazo de hermano y mi santo y seña de costumbre: república o muerte, reacción firme y sin miedo contra nuestro funesto pasado, y un gran desprendimiento, digno del padre de la patria y de todos los héroes de nuestra magna epopeya. Cuartel General en Elorza (estado Apure), 5 de marzo de 1931

E. Arévalo Cedeño

Aquel mismo día llegaron noticias a mi campamento de la invasión del general Juan Pablo Peñaloza por la frontera del Táchira, y de la destrucción y captura de aquel héroe venezolano, que no obstante su avanzada edad, con su entusiasmo y patriotismo de siempre, lleno de santa indignación contra la tiranía, se lanzó al sacrificio, dando un bello ejemplo a la juventud venezolana y castigando con su protesta a conculcadores de nuestros derechos ciudadanos y asesinos de la patria. Venezuela debe un monumento de gratitud a aquel viejo heroico que supo vivir como libre, para morir por la libertad en lucha contra la tiranía.

Al día siguiente de nuestra invasión supe la llegada de Pepe Domínguez con su fuerza a La Ceiba, y dispuse aniquilarlos por repetidos asaltos nocturnos, nombrando para cada noche un oficial diferente, seguro de que cualquiera de ellos por su valor, vaquía y pericia, daría muy buenos resultados. En la guerra de guerrillas son cosas formidables las emboscadas, los asaltos y las falsas derrotas; tres armas poderosas de la estrategia que son inmancables y de una precisión eficaz y segura. Esa noche del día 6 de marzo de 1931, despaché al coronel Manuel Vicente Álvarez Veitía, con un puñado de voluntarios, para dar el asalto a Domínguez, quien disponía de una fuerza de más de cuatrocientos hombres. Ordené al coronel Álvarez Veitía dividir su gente en cuatro pequeñas fracciones y a la una de la noche, favorecido por la oscuridad entrar al campamento de Domínguez hasta el sitio mismo donde se encontraba acampado su comando, reventarle allí los tiros y una vez establecida la confusión en el campamento enemigo, salirse y dejarlos combatiendo entre ellos mismos, y venirse a nuestro campamento. El coronel Álvarez Veitía cumplió muy bien mis órdenes: el asalto resultó brillante, el enemigo perdió como cien hombres que se le desertaron en la confusión, y más de doscientas bestias que se fueron en carrera de barajuste por la pampa. Tuvimos que lamentar en aquel asalto la muerte del valeroso oficial teniente José Osorio, que fue la única baja sufrida por nuestra parte.

Dispuse otro asalto para la siguiente noche, y al efecto designé al valiente coronel José Peña para llevarlo a cabo con las instrucciones

de darlo a la una de la mañana, variando la forma en que lo había dado la noche anterior Álvarez Veitía. Le ordené entrar en carrera y a caballo al campamento de Domínguez, disparar sus fusiles, retirarse enseguida, y así acometer por tres puntos diferentes, para obtener que el enemigo se mantuviera en constante alarma, hacerle perder sus caballos y procurar la deserción de las tropas reclutadas que cargaba. El coronel Peña salió a cumplir su cometido y me extrañaba no oír los fuegos a la hora señalada, suponiendo se hubiera extraviado debido a la gran oscuridad de la noche y a un fuerte aguacero torrencial, que en medio de rayos y truenos nos hizo pasar toda la noche a pie firme. A las seis de la mañana regresó el coronel Peña con la novedad de que el enemigo desde el día anterior a las cinco de la tarde, temeroso de otro asalto, había abandonado las posiciones de La Ceiba, dejando los muertos que había tenido la noche anterior. Supe después que otra fuerza enemiga se encontraba en Mata de Agua y mandé inmediatamente una comisión al mando del coronel Álvarez Veitía y del comandante Manuel Chacón para asaltarlos y quitarles los caballos de que disponían, que tanta falta nos hacían, pues debíamos marchar buscando el Capanaparo hacia el bajo Meta, para seguir nuestra campaña por el Orinoco y llevar a cabo la invasión de los estados Bolívar y Guárico.

El día 9 de marzo asaltaron Álvarez Veitía y Chacón al enemigo en Mata de Agua, lo derrotaron y le tomaron como ochenta caballos, monturas y algunos prisioneros, entre ellos un comandante de nombre Fruto Morales, el cual fue capturado momentos antes del asalto, y puesto en libertad como era costumbre nuestra, ya que no podíamos confundirnos con los asesinos del tirano Gómez, que asesinaban a los compañeros nuestros que caían en sus manos, después de someterlos a torturas horribles. Despaché sobre Guachara al valeroso coronel José Martínez, oficial muy leal y patriota, con su cuerpo, con instrucciones de llamar la atención del enemigo sobre aquella población; y sucedió que se vio estrechado en El Porvenir por más de trescientos hombres de caballería enemiga, sosteniendo con ellos un combate por más de dos horas y obligado a retirarse en plena pampa, salvando el contingente y las

armas con excepción de tres compañeros que cayeron prisioneros. El coronel Martínez al retirarse lo hizo apenas con tres cartuchos y haciendo muchas bajas al enemigo. El día doce de aquel mismo mes asaltó el coronel Álvarez Veitía la guarnición de El Viento, asalto aquel que nos proporcionó coger al enemigo algunas armas, bestias y monturas.

Creí conveniente buscar al bajo Meta y al efecto marchamos sobre el Capanaparo y de un punto intermedio despaché una comisión sobre Guachara al mando del capitán José Balza, muy valeroso oficial, quien el año de 1921, llevó a cabo el acto heroico en el combate de Lezama, de verse rodeado por un cuerpo enemigo, echó pie a tierra, y con *mausser* abrirse paso y salvarse llevándose la bestia del jefe de sus sitiadores. Nuestra travesía hacia el bajo Meta fue larga y bastante difícil y para hacerla por un rumbo diferente al que llevé en 1921 busqué como prácticos a dos capitanes de los indios yaruros, quienes haciendo un gran rodeo, de acuerdo con mis indicaciones, para salir al Meta sin ser sospechado por el enemigo a los dieciséis o dieciocho días nos pusieron en las márgenes del gran río el cual atravesamos para esperar del otro lado al capitán Balza, que regresó diez días después dejando despistados a nuestros enemigos de Apure, que no sospechaban que ya nosotros estábamos cerca de tierras del estado Bolívar. Vivaqueamos más de dos meses entre parte del Apure y parte de Bolívar y para despistar los vapores del Orinoco, remontamos doce días el río Sinaruco, medida ésta que hizo creer a la fuerza del estado Bolívar que navegaban en el río que nosotros habíamos de nuevo contramarchado para el Alto Apure.

De sorpresa aparecimos de nuevo en el Orinoco y buscando la comunicación del caño de Mina con el Capanaparo, el día 29 de junio en la mañana estábamos en Las Mercedes, hato propiedad del coronel Alejandro Avendaño situado en márgenes de este último río. Esta operación fue tan rápida y tan sorprendente que mis mismos compañeros se admiraban de verse transportados del Sinaruco al Orinoco y del Orinoco al Capanaparo en menos de

treinta horas. Mi plan era asaltar uno de los vapores que navegaban por el Orinoco y sus afluentes en busca nuestra.

Al efecto salimos de Las Mercedes el 30 muy de mañana, haciendo ver a las gentes del vecindario, que regresábamos al Orinoco, buscando la boca del Capanaparo y tomando prácticos para tal fin. Pero como a una milla de las casas nos ocultamos entre los rebalses, para salir a las siete de la noche a colocarnos en tierra firme y esperar el vapor, el cual sabíamos venía todas las semanas a Las Mercedes cargado de ropa. La noche estaba muy oscura y navegábamos a la sorda y todas nuestras embarcaciones unidas para evitar que alguna se extraviara. De repente la embarcación de nuestro espionaje viró en redondo y muy apresuradamente se acercó a la en que yo viajaba, y me dio la novedad de que el vapor estaba recostado en la banda opuesta del caserío de Urañón. No había tiempo que perder, sino coger tierra de cualquier modo y prepararnos para asaltar el vapor.

Desembarcamos precipitadamente, ocultamos las embarcaciones, y ya me preparaba para ordenar el asalto cuando uno de los prácticos me dijo que si el vapor estaba en la banda opuesta del Urañón era imposible asaltarlo, porque las costas del otro lado estaban todas inundadas. Cambié entonces de plan y seguro de que el vapor que era *El Amparo* remontaba el siguiente día por la mañana, procedí a distribuir y a colocar los cuerpos de mi fuerza para esperarlo y atacarlo. Coloqué al coronel Álvarez Veitía en un viso del río hacia arriba a una distancia de doscientos metros, y en el centro al coronel José Martínez y más abajo sobre las casas de Urañón al valeroso coronel Saturnino García, quedando yo en el centro con el cuerpo del comando que estaba bajo las órdenes del comandante Rafael Valido y del capitán Carlos Julio Ponte.

A la mañana siguiente, o sea la del día 1 de julio de 1931, navegó el vapor río arriba sobre Las Mercedes, y como la combinación que le hicimos estaba muy bien dispuesta, quedó encerrado por nuestros fuegos; no obstante haberse defendido durante una hora fue derrotado, destrozada su obra de madera, dañada su máquina, llevando a bordo muchos muertos y heridos, no siendo capturado porque

nuestras embarcaciones habían quedado retiradas y el vapor en su fuga ganó tiempo río abajo. Aquel combate fue bello y heroico; mis compañeros se distinguieron como siempre, admirablemente y el valor de los coroneles Álvarez Veitía, Saturnino García, José Martínez, comandantes Ulpiano García, Valido, Simoncelli, capitán Carlos Julio Ponte, demás oficiales y tropa, fue soberbio y temerario. Habíamos cumplido nuestro objetivo con felicidad, estábamos plenos de satisfacción, porque podíamos remontar el Capanaparo sin presión del enemigo, para buscar comunicación con el río Arauca, por donde pensaba yo entrar al Apure.

Nuestra retirada por el río Capanaparo fueron veintinueve días de navegación bastante difícil, pero al fin luchando de todos modos y arrastrando nuestras embarcaciones por leguas en las sabanas del Alto Apure, que no tenían agua suficiente para darnos buena navegación, caímos al río Arauca con el propósito de ocupar la población de Santa Rosa, y hacernos fuertes allí hasta tanto pasara el invierno. Nos llovía de día y de noche, muchos de mis compañeros estaban enfermos con fiebre, y nuestras municiones estaban agotadas, tal extremo de que no estábamos a más de quince cartuchos cada uno. Como Santa Rosa era una posición muy fuerte en el invierno, teníamos la seguridad de que podíamos pasar la época de las lluvias en aquel punto, haciendo más larga nuestra campaña, y ver si podíamos proporcionarnos municiones de Colombia. Los patriotas viven siempre de esperanzas, que como esperanzas al fin son interminables y siempre alentadoras para los que tenemos alimentada el alma con el ideal.

El día 5 de agosto llegamos a El Caribe, y al poco de estar en aquel sitio, en donde esperábamos la noche para continuar remontando el río, por temor de ser alcanzados por uno de los vapores y vernos obligados a combatir en condiciones desventajosas, advertimos que venía un vapor, y sin perder tiempo dicté mis órdenes para combatir, no obstante encontrarnos sin pertrecho, pero era necesario defendernos en aquel pedazo de tierra aislado, que sólo tendría trescientos metros de firme, porque estábamos inundados por todas partes. El vapor era *El Arauca*, en donde venían

tropas del Apure al mando del coronel Meléndez, y del estado Bolívar al mando del coronel Sánchez, las cuales se dispusieron para atacarnos, esperando nosotros hasta que ellos rompieran los fuegos.

El combate principió a las cuatro y media de la tarde, y a las seis y media estábamos nosotros completamente destrozados, salvando yo la vida milagrosamente, pues me vi en manos del enemigo y tres veces estuve ahogándome, al retirar a mis compañeros, que tan valientemente se condujeron en aquella jornada. Mis dos ordenanzas cayeron muertos a mi lado, y otros oficiales más que heroicamente me defendían del enemigo. Todos cumplieron con su deber como bravos y como buenos; aquella acción fue un lujo de heroísmo, teniendo terreno donde combatir; y el valiente coronel Saturnino García, oficial coriano muy distinguido, se abrió paso por entre el enemigo completamente cercado. Los coroneles Álvarez Veitía, José Martínez, comandantes Ulpiano García y Valido se distinguieron noblemente, y el capitán Carlos Julio Ponte, caraqueño ilustre y de un valor sin igual, batió como un héroe a la cabeza del comando, después de haber caído herido el comandante Valido, a quien él sucedió como segundo jefe de aquel cuerpo; al ser herido gravemente y caer en manos del enemigo, fue asesinado junto con todos los que desgraciadamente fueron capturados por los asesinos servidores del tirano Gómez, que desconociendo la nobleza del valor, y como cobardes y esclavos, no sabían sino asesinar para halagar al amo.

Esa misma noche, y con el agua al pecho y al cuello por aquellas sabanas plenas de caimanes, de tembladores, de caribes y de rayas, caminamos y nadamos, para salvarnos de caer prisioneros; echando la travesía al siguiente día por sabanas araucanas de Colombia, y llegar a las tres de la tarde al hato La Maporita, en donde encontramos casas amigas, cuyos habitantes estaban angustiados por nuestra suerte, ya que habían oído los fuegos del combate la tarde anterior. A aquellas casas llegamos emparamados y con varios heridos que pudimos salvar en la retirada. Fuimos recibidos con la bondad que siempre tuvieron para conmigo y para con

mis valientes compañeros aquellos nobles amigos de Casanare y Arauca; nuestros heridos fueron atendidos; se nos proporcionaron ropas secas a muchos, y de allí debíamos el siguiente día tomar rumbo por distintas partes, para favorecernos de nuevo en el asilo, satisfechos de haber cumplido con nuestro deber otra vez, y llenos de dolor nuestros corazones por la pérdida de nuestros compañeros muertos en aquella jornada de mi séptima invasión armada, que me impuso el patriotismo y la necesidad de luchar siempre mientras mi patria estuviera agonizante entre las garras de Juan Vicente Gómez y de sus cómplices. Allí, en La Maporita, escribí a la memoria de nuestro malogrado compañero Carlos Julio Ponte, la siguiente Necrología, que fue publicada meses después en San José de Costa Rica:

In Memoriam

Un tributo de cariño y de justicia al valeroso capitán Carlos Julio Ponte, de la juventud digna y distinguida de Caracas, muerto gloriosamente en el combate de El Caribe, el día 5 de agosto de 1931, sostenido por las fuerzas a mi mando contra los esbirros del tirano Juan Vicente Gómez.

El recuerdo de su memoria, de su valor y de su lealtad al ideal de una Venezuela libre, republicana, democrática y sin caudillos, vivirá eternamente en mi corazón y en el de todos los valientes de las fronteras de Casanare y Arauca, que durante más de diecinueve años me han acompañado en mis luchas armadas contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Carlos Julio Ponte, modelo de servidores y ejemplar magnífico de verdadero revolucionario, cayó como bravo y murió en el campo de honor como saben morir los que renunciamos a todo, para morirnos por la patria, los que sabemos abandonar las miserias, molicie e intrigas del destierro, para irnos al suelo de Venezuela, arrostrando peligros y penalidades, para enfrentarnos al tirano con el fusil en la mano, la única fórmula salvadora de lavar nuestra deshonra de pueblo esclavizado y degenerado, como se nos califica en el exterior.

Carlos Julio Ponte, combatiendo siete veces valiente y heroicamente, conquistó el grado de capitán, segundo jefe del comando y mereció que al dictar yo la orden general de su ascenso bien merecido en el artículo tercero de esa orden, se insertaran estas palabras: "Son los deseos del suscrito comandante en jefe del ejército, que el valor, la disciplina y el amor patrio del capitán Ponte, sean imitados por todos mis compañeros de armas".

Sobre la tumba de este héroe debemos colocar como sublime epitafio estas frases de sendas cartas, que desde nuestro campamento dirigiera a su novia, bella y virtuosa señorita caraqueña, y a su amigo el distinguido universitario venezolano doctor Juan José Palacios, pocos días antes de caer el héroe en el campo de honor, muerto con la cara hacia Dios maldiciendo a los tiranos de Venezuela. A su novia le decía: "Estoy feliz con tu amor y con estar hoy cumpliendo con mi deber de venezolano digno, combatiendo al tirano Gómez con el fusil en la mano". Al compatriota Palacios, por quien sintiera un gran cariño, le decía:

Te escribo desde la casa del hombre libre y del digno venezolano, que es el campamento revolucionario, el único lugar donde podemos combatir a Gómez de manera efectiva y real. Aquí todos estamos hermanados por el ideal más noble por Venezuela y para Venezuela. Al lado del general Arévalo Cedeño no se habla sino de patria y libertad. Aquí no queremos caudillos ni presidencias de Venezuela, sólo pensamos en que debemos libertar la patria muriendo por ella y renunciando a toda ambición personal.

Mañana, muy próximo, cuando volvamos a la lucha, al pasar en la mañana la revista del comando se llamará el capitán Carlos Julio Ponte, y el comando a una voz responderá: "Muerto en el Campo de honor, luchando contra la tiranía y por la libertad de la patria".

E. Arévalo Cedeño

(Escrita el 7 de agosto de 1931 en La Maporita, pampas del Arauca y publicada en San José de Costa Rica el 3 de diciembre del mismo año)

Terminaba gloriosamente mi séptima invasión contra la tiranía de Gómez. Aquella invasión que se había llevado a cabo con la contribución, pequeña para tan gran empresa, de los hermanos Enrique y Raúl Castro, del doctor José Rafael Wendehake y del coronel Isidro Núñez. Salíamos derrotados, pero podíamos decir como Francisco I en Pavía, que todo se había perdido, menos el honor, ni nuestra voluntad de volver al asilo para regresar muy pronto a la lucha porque Gómez estaba vivo, estaba en el poder y estaba acabando con Venezuela.

Capítulo XIII

De Arauca a Barranquilla.—En Costa Rica.—En el Perú buscando para invadir.—Sánchez Cerro, americanista, protector de Venezuela.—Ecuador, Colombia.—Solicitando colaboración para invadir. —Contestaciones negativas y cartas alentadoras. —Sánchez Cerro herido de muerte.—Crimen del comunismo.—Notable carta de Sánchez Cerro y órdenes de su Gobierno.— En Santa Marta, visitando a San Pedro Alejandrino, la histórica quinta donde murió Bolívar

Me asilaba otra vez sin dinero, y tenía que conseguir algunos recursos para salir de Colombia a otras tierras para continuar de manera impaciente mi labor de revolucionario activo. Nunca conté con el factor muerte de Gómez para esperar tranquilamente la solución de los grandes problemas que afectaban nuestra nacionalidad, la cual yo consideraba y en inminente peligro de desaparecer. Yo creía, con esa creencia propia del luchador de buena fe y desinteresado, que el venezolano digno no tenía otro deber sino, combatir la tiranía, barrer todas aquellas iniquidades, imponer la sanción en todos los órdenes de la vida venezolana, para que al fin surgiera la República de Venezuela, que no había existido nunca, y que debía existir como fruto precioso de la revolución venezolana. De allí aquella intranquilidad de mi vida, que no quería detenerse ni distraerse en nada que no fuera de provecho para la liberación de nuestra patria; intranquilidad que me hacía llevar la vida de un inconforme, muchas veces intransigente, que no veía mas solución para ganar la conformidad, después que me convencía que nada había en el exterior en favor de Venezuela, sino venirme a la frontera, organizar el campamento revolucionario armado, y una vez allí, me encontraba satisfecho, porque notaba que a todos mis compañeros y yo nos entendíamos muy bien, porque hablábamos el mismo idioma, es decir, el muy elevado idioma del hermoso ideal de liberación patria.

Al mes, ya un poco repuesto de los quebrantos de aquella campaña tan dura, que dejó mi salud bastante resentida, salí para las costas atlánticas de Colombia, llevando en mi compañía al coronel Álvarez Veitía, quien me acompañó hasta Barranquilla, haciendo un gran rodeo, y entrando muy de incógnito a Bogotá porque la persecución del Gobierno colombiano estaba en pie y más activa que nunca. En un vecindario llamado El Morro, pequeña población del departamento de Boyacá, me escapé de manera muy rara de la gendarmería que venía en mi persecución. Repentinamente llegamos a la casa en donde estaba el teniente con su escolta, lo saludé dándole la mano, y al preguntarme de dónde venía, le dije que de Guayaque, y que en unión del compañero que iba conmigo íbamos en viaje de negocio para Labranza Grande; seguidamente le pregunté dónde era la oficina telegráfica, me dio la dirección de ella, salí para allá, pero no regresamos, porque seguimos precipitadamente nuestra marcha, y a las nueve de la noche estábamos en las orillas de Labranza Grande, en donde dormimos, y por donde pasamos a las cinco de la mañana, para ganar los páramos de la cordillera andina el siguiente día, seguir a Sogamoso y entrar a Bogotá. Bajamos el Magdalena y llegamos felizmente a Barranquilla en donde permanecería oculto en el hogar de mi noble y querido amigo, cuya muerte lamentaré siempre, Joaquín Briceño Maldonado, quien junto con su honorable familia tuvo bondades y protección exquisita para mí. Allí fui atendido también por nuestro honorable compatriota y gran amigo doctor Miguel María Chacín, como también por mi antiguo amigo, Felipe Aristeiguieta, revolucionario y patriota siempre, quien me dio cien dólares, que con doscientos que me gira desde Canadá mi buen amigo el escritor José Rafael Pocaterra, salí para Cartagena y allí tomé vapor para seguir a Costa Rica pasando por Colón, República de Panamá, en donde vino a bordo a verme el doctor José Rafael Wendehake, generoso y buen venezolano, cuyo entusiasmo por la revolución nunca llegó a decaer. Hablé con el distinguido compatriota y me animó para que fuera al Perú una vez llevada a cabo la elección de Sánchez Cerro, como presidente constitucional de aquella república, ya que este noble amigo de Venezuela

y amigo nuestro tenía disposición para ayudar nuestra causa. El doctor Wendehake me ofreció ayudarme para mi viaje al Perú; y con aquella promesa, que yo sabía era efectiva, me fui a Costa Rica a esperar la toma de posesión de Sánchez Cerro. En aquella bella y democrática república centroamericana fui muy bien recibido, y allí me encontré con el distinguido compatriota José Sotillo Picornell quien me prodigó las atenciones de su amistad y la colaboración de su patriotismo y de sus actividades revolucionarias.

Costa Rica es una verdadera *costa rica*, así como nos ofrece la garantía de sus instituciones serias y republicanas, así también nos brinda la amplitud de su hospitalidad siempre generosa y noble. Aquella pequeña república encierra un alma muy grande de nacionalidad perfecta, y el costarricense en su más alta comprensión de su vida ciudadana, parece que ha nacido con una carta de orden en el bolsillo. Yo quisiera que mis compatriotas antes de dedicarse a la ciencia de gobernar, aunque aquí nadie se ha dedicado a ello, pero que ya es tiempo de que nos dediquemos para llevar vida de pueblo civilizado, se fueran a Costa Rica a pasar unos meses para que aprendieran qué cosa es gobierno y qué cosa es ser ciudadano. Ya en conocimiento de que Sánchez Cerro había tomado posesión de la presidencia del Perú, como amigo personal de él, y como gran amigo de Venezuela que era el noble y honrado luchador peruano, le dirigí la siguiente carta:

San José de Costa Rica, diciembre 9 de 1931
Señor Coronel Luis M. Sánchez Cerro
Lima, Perú
Muy distinguido y respetado amigo:
Las noticias cablegráficas me han traído la buena noticia de que usted se ha encargado del Poder supremo de esa república como Presidente Constitucional de ese gran país hermano.
Debo una felicitación al Perú y otra a usted como suramericano, y como patriota luchador por la libertad de Venezuela, mi patria en agonía, de la cual es usted un buen amigo.

Al Perú, porque entra de lleno a la vida republicana acabando para siempre con las tiranías, y a usted que libertó su gran patria de la tiranía de Leguía, sabiendo, en un arranque de patriotismo noble y honrado, salvar la noble familia peruana de la crueldad, del déspota que la destruía, para recibir hoy muy justamente, el premio bien merecido de sentarse en el solio presidencial, ungido por la voluntad popular.

Que Dios lo ilumine, y que su patriotismo derrame siempre beneficios infinitos para el noble pueblo que pone a sus manos honradas el tesoro de su bienestar y grandeza.

Ruego a usted, cumplido este gran deber de mi parte, continuar leyéndome con el interés que solicito para la súplica que voy hacerle, en nombre de tres millones de venezolanos, condenados a la muerte y a la esclavitud, por el tirano Juan Vicente Gómez, que desde hace cinco lustros, inunda con sangre de mis hermanos el suelo de mi patria y ha llenado de luto todos nuestros hogares.

Siete movimientos armados he encabezado contra el tirano Juan Vicente Gómez, y el último, que terminó el 5 de agosto del corriente año llevaba por objetivo principal, el mismo de mis anteriores: la liberación de Venezuela conquistando nuestra vida republicana y aboliendo para siempre todas las tiranías en mi patria.

Me acerco a usted que ha libertado a su gran patria, a usted que odia las tiranías y tiene un corazón para amar la libertad con mi confianza y fe de luchador, para suplicarle su ayuda que me sirva para libertar la mía, y crea usted, honorable Señor Presidente y distinguido amigo, que la gratitud de Venezuela será inmensa.

Perdone usted, Señor Presidente, y le ruego aceptar mis respetuosos saludos y creer en la sinceridad de mi amistad.

Respetuosamente su amigo.

E. Arévalo Cedeño

Esta carta la despaché por aeroplano, y el día 14 de diciembre, recibí un cable que decía así:

Lima, 14 de diciembre de 1931
Arévalo Cedeño
San José de Costa Rica

Agradecido por su carta del 8, le significo deseo verlo en esta capital. Afectuosamente lo saluda su amigo.

Sánchez Cerro

Al recibir este cable, activé mi viaje para el Perú, teniendo para llevarlo a cabo la ayuda de los amigos José Rafael Pocaterra y doctor Wendehake, ya que por mi cuenta no lo podía hacer, toda vez que carecía por completo de recursos en Costa Rica, cosa muy natural en mis luchas, que fueron siempre a base de desinterés y de bolsillos vacíos. Me decía una vez en Cúcuta, mi querido amigo, gran patriota y buen venezolano, quien tenía negocios en aquella ciudad, y quien me ayudó mucho en mi invasión de 1915, Daniel Ramsbott París, sobrino del doctor Carmelo París, que mis luchas tenían el mérito de carecer de todo menos de patriotismo y de buenas intenciones. Tenía razón el distinguido maracaibero que tantas bondades tuvo para conmigo y que tanto sirvió a la revolución en las fronteras de Cúcuta, desde 1914 hasta 1919.

Llegué a la bella ciudad de Lima el día 18 de diciembre de 1931, siendo honrado a mi llegada, con la visita del distinguido militar Mayor Eleazar Atencio, segundo jefe de la Casa Militar del señor presidente de la república, coronel Luis Miguel Sánchez Cerro, quien había designado al distinguido oficial para saludarme en su nombre y presentarme testimonio de su amistad. Si aquella demostración de honra y cariño que me hacía Sánchez Cerro, tenía mucho de la bondad del ilustre peruano, también tenía mucho de sorpresa, porque estaba acostumbrado a que todos los gobernantes de los pueblos de nuestra raza, por hacerse gratos al tirano Gómez, rompían hasta con su decoro y con la dignidad del alto puesto que representaban, para tratar a los revolucionarios venezolanos con el mayor desprecio y una manera agresiva y cruel.

Al siguiente día de haber sido honrado con aquella demostración de cariño por parte del presidente Sánchez Cerro, recibí el gran honor de ser visitado por el ilustre internacionalista de fama continental, quien actualmente representa al Perú en la Liga de las Naciones, doctor Pedro Ugarteche, gran amigo de Venezuela, quien servía el alto cargo de secretario general del presidente de la República, y quien tuvo la bondad de enviarme ese otro día la siguiente comunicación:

> El Secretario del Presidente de la República,
> Doctor Pedro Ugarteche, saluda muy atentamente a su distinguido amigo el Señor general Emilio Arévalo Cedeño, y le es muy grato, cumpliendo especial encargo del Señor Presidente, de invitarlo a almorzar en el Palacio de Gobierno el día de mañana, sábado 22 a las 2 y 30 p. m.
> Lima, 21 de diciembre de 1931

Atendiendo a tan expresiva y honrosa invitación, concurrí al siguiente día a la hora señalada al histórico Palacio de Pizarro, mansión de los presidentes peruanos, que encierra una bella historia del ínclito conquistador, alma fuerte de la raza, asesinado en aquel Palacio, y quien al defenderse con bravura sin igual, pasmando a los numerosos enemigos que lo atacaron, nos dejó escrita una hermosa página más de vida del heroico conquistador español, "que fue valiente desde la cimera del penacho hasta la rodaja de los espolines". Al entrar a aquella histórica mansión, nos parece ver al gran hidalgo don Francisco de Pizarro, con su espada en la mano, y en guardia de dignidad y de valor, dando estocadas a diestro y siniestro, defendiendo su vida y con ella su honor de sus asaltantes, que no podían destruir aquel noble vástago del heroísmo castellano, sino en gavilla y a mansalva. Fui recibido por el valiente Sánchez Cerro con los brazos abiertos, y al sentarnos a la mesa dijo el gran peruano, dirigiéndose a su secretario general doctor Ugarteche, a los miembros de su Casa Militar y demás personalidades que lo acompañaban, estas palabras, que yo supe y sabré agradecer

y que hablan muy alto del americanismo y del cariño por Venezuela de aquel gran patriota:

> Ruego a todos mis amigos, procurar que los días que pase en el Perú nuestro amigo el general Arévalo Cedeño, sean muy felices y alegres, como una compensación de sus muchas penalidades en su constante luchar por la libertad de Venezuela, la cual tendrá toda nuestra ayuda y protección.

El presidente Sánchez Cerro, durante la comida que fue bastante cordial, me invitó para almorzar por segunda vez, miércoles de la semana próxima, para aprovechar asistir con él, al solemne acto de la clausura del año escolar de la famosa Academia Militar de Chorrillos, soberbia institución, orgullo de la nación peruana, en donde tanto se enseña y en donde tanto se aprende, que ha dado y da magníficos militares, ilustres técnicos, a aquel gran país. El día señalado y después de aquel segundo almuerzo que ofrecía la generosa amistad de Sánchez Cerro, asistí junto con él y con todo su séquito, al bello y significativo acto, que aquel día se celebraba en la Academia Militar de Chorrillos. Cuando entramos a los terrenos en donde se presenciaría la gran parada y después de los honores rendidos al presidente Sánchez Cerro, pasó éste revista a la columna encargada de tributarle los honores correspondientes a su alta jerarquía, quiso él que yo fuera a su izquierda, ocupando su derecha el señor coronel Manuel Rodríguez, ministro de Guerra. Al pasar a la tribuna en donde debía colocarse el primer magistrado para presenciar la revista, encontramos ya instalados en aquélla, a todos los miembros del cuerpo diplomático, presididos por el decano del cuerpo, el nuncio de su santidad el Papa. Allí también estaba el ministro de Juan Vicente Gómez, el famoso Andrés Eloy de la Rosa, quien creo, debía sentir la vergüenza de encontrarse en medio de aquellos representantes de gobiernos legítimamente constituidos, siendo él el agente despreciable del tirano cruel y asesino de nuestra patria. Sánchez Cerro no podía ver a Andrés de la Rosa ni en fotografía, porque lo despreciaba como

también despreciaba a Gómez, y recuerdo que aquel día les dio la mano a todos los diplomáticos menos a de la Rosa. Sánchez Cerro me hizo colocar entre su secretario general doctor Ugarteche y el jefe de su Casa Militar el ilustre coronel Antonio Rodríguez, quien desde aquella época gran amigo de Venezuela que era, debía ser un buen y protector mío y quien al momento que escribo estas páginas, sirve al lado del general Benavides, presidente del Perú, como ministro de Gobierno y Policia de aquella República. Recuerdo que el coronel Rodríguez y el doctor Ugarteche, me dijeron, refiriéndose a de la Rosa, lo siguiente: "Después de lo que se le ha hecho a ese hombre hoy, debe marcharse del Perú". Pero se equivocaron los distinguidos amigos peruanos, porque de la Rosa como todos los servidores incondicionales de Gómez, con muy raras excepciones, tenían piel de cocodrilo y todo lo aceptaban con tal de tenerse en el puesto, aunque a costa del honor y de la dignidad.

Aquel acto fue de una solemnidad y de una significación muy digna de aquella Escuela Militar, que nada tiene que envidiarle a ninguna academia europea, porque si es verdad que las hay superiores en edificios, ninguna la supera en el aprendizaje para producir militares instruidos de pundonor. Allí tuve ocasión aquel día de verme con nuestro compatriota, ilustrado y pundonoroso militar, teniente coronel Manuel Morán, quien tanto lustre dio a Venezuela en el Perú, y quien al conquistar una alta posición en el ejército de aquel país, su sapiencia, estudios y conducta, llegó a ser distinguido con un alto puesto en el Estado Mayor General del magnífico Ejército peruano. El teniente coronel Morán me prodigó las atenciones de su amistad y también hizo grata mi permanencia en el Perú.

En Lima encontré los compatriotas Manuel Fernández y Luis Blasini, quienes se prestaron para ayudarme en mi labor de hacer conocer del pueblo peruano la desgracia de nuestra patria y obtener las simpatías y ayudas de aquel pueblo. Los dos compatriotas nombrados cumplieron como buenos venezolanos y en su colaboración pusieron todo de su patriotismo y desinterés. El distinguido compatriota Manuel Fernández, a quien me ligan nexos de gran

amistad, me ayudó en aquella vez y luego en mi segunda ida al Perú se condujo siempre de manera admirable en favor de la causa de Venezuela. Muchas fueron las manifestaciones de cariño que recibí de nuestros buenos amigos los peruanos. No hubo un día en que no se tuviera para mí alguna demostración de cariño, de los intelectuales, políticos, universitarios, prensa y demás agrupaciones de la vida activa del Perú, las cuales me ponían de manifiesto, que los nobles hijos de la tierra de los incas quieren a Venezuela y tienen en grado altísimo de afecto, la ya eterna fraternidad que nos legara nuestro gran Bolívar.

El presidente Sánchez Cerro me ofreció su ayuda amplia y firme para que derrocáramos a Gómez,e implantáramos la república, y quedamos convenidos en que yo vendría a verme con mis compatriotas en el destierro, decirles de su noble oferta, invitarlos para venir en armas a realizar la gran obra de nuestra liberación patria, aprovechando la feliz ocasión que nos ofrecía aquel generoso amigo. Sánchez Cerro me ofrecía además, que una vez practicada la invasión al territorio venezolano, él dictaría un decreto reconociendo el gobierno de la revolución y que deberíamos nombrar un representante en Lima que sería reconocido solemnemente por él.

Entre las tantas manifestaciones que se me hicieron en Lima, hubo una de excepcional significación porque ella me fue ofrecida por el Secretario General del Presidente, el ilustre doctor Ugarteche, quien también representaba a Sánchez Cerro, por miembros del Parlamento, del Ejército, prensa, intelectualidad y demás agrupaciones representativas en el exterior. Fue un acto llevado a cabo expresamente para dar a conocer a todos los pueblos de la América, las simpatías y protección del Perú y su Gobierno a nuestra causa, hasta entonces sin haber encontrado una fuerza poderosa de como la que nos brindaba el gobernante peruano. Inserto enseguida el editorial del diario *La Opinión*, que al publicar mi discurso en aquel acto, contestando al gran publicista de fama internacional célebre catedrático de la Universidad de Harvard, Estados Unidos, doctor Andrés Belaunde, entonces miembro del Parlamento peruano y

hoy ministro diplomático del Perú en México, lo reseñaba en los términos siguientes:

> Por la libertad de Venezuela
> Un grupo de elementos representativos del país, rindió anoche homenaje al general Emilio Arévalo Cedeño, jefe de la revolución venezolana, mediante un banquete en el Hotel Baltimore. Ofreció el homenaje el doctor Víctor Andrés Belaunde, líder del grupo independiente en el Congreso, agradeciendo el general Arévalo Cedeño con un hermoso y movedor discurso; e hicieron también uso de la palabra, el doctor Pedro Ugarteche, secretario del Presidente de la República, los representantes al Congreso, doctores Alfredo Herrera, líder de las mayorías en el Parlamento, Luis Velasco Aragón, Abelardo Solís y el mayor Luis Solari, de la Casa Militar del presidente y en representación del Ejército.
> El banquete realizado anoche en homenaje al general Arévalo Cedeño, líder de la revolución venezolana, desde hace algunos días se encuentra en esta capital, recibiendo, toda clase de manifestaciones de simpatía hacia él y hacia su patria, que hace muchos años gime sojuzgada bajo la tiranía execrable e ignominiosa de Juan Vicente Gómez, resultó un acto solemne y magnífico.
> La conciencia libre de América que estimula los bravos luchadores por la segunda emancipación de Venezuela, tiene en el Perú, una manifestación clara y terminante, que se ha concretado con la presencia en Lima del héroe venezolano. Los elementos más destacados del país, tanto en la política como en la intelectualidad, dan hoy su voz de aliento a Venezuela y tratan de decidir al Gobierno peruano a romper relaciones con el tirano, que lejos de representar para los hombres libres al pueblo venezolano, sólo representa el crimen, con el cual ningún gobierno democrático debe tener conexión. El ambiente en el Perú está ya formado y puede predecirse que con respecto a la tiranía venezolana, que ostenta toda la barbarie del medioevo, ya la tendencia del Perú se encuentra definida y dispuesta a seguir el ejemplo de México.

El banquete en honor del general Arévalo Cedeño, fue servido en el Hotel Baltimore, con asistencia de numerosas personalidades representativas del Gobierno, del Parlamento, Ejército y de la Marina, prensa e intelectualidad. Al servirse el champaña, el doctor Víctor Andrés Belaunde, líder del grupo independiente del Parlamento, con frases vibrantes hizo el elogio de la personalidad del general Arévalo Cedeño, presentándolo como el héroe revestido de la simplicidad característica del héroe auténtico. Recordó a los venezolanos ilustres, que como Jacinto López, han luchado por la libertad de nuestra América y evocando a Bolívar, tuvo frases de vivas simpatías para Venezuela. El general Arévalo Cedeño, entre continuos aplausos leyó el siguiente discurso:

Honorables y nobles amigos:

Las palabras generosas y sinceras del ilustrado amigo doctor Víctor Andrés Belaunde, líder del Parlamento y cumbre de la intelectualidad del Perú, quien ha recibido de vosotros el encargo de ofrecerme este magnífico agasajo, caen en mi alma de luchador, como el más estimulante cordial, para fortalecerme en mis luchas firmes y constantes con esa firmeza y esa constancia que nos ofrece siempre la grandeza de todo ideal sublime y santo.

El distinguido oferente ha sabido cumplir muy bien vuestro encargo, porque sus palabras son la expresión verídica de la amistad y del amor que vosotros tenéis para mi patria irredenta, y el aplauso alentador a mi fe que jamás ha vacilado, que me enseñó desde niño la oración de los hombres libres: la oración sublime que sabemos rezar con la mirada puesta en Dios y con el corazón en la patria, los hijos de pampas venezolanas, que interpretando muy bien el caballo cerril y fogoso de nuestro escudo nacional, vamos desprendidamente a la matanza fiera, por Dios, por la patria y por la Ley y contra el crimen y la tiranía.

Soy de aquella raza franca y sencilla, que así como sueña "a la rebelde sombra de las palmas" y bajo el cielo azul, claro y abierto y que en su poesía exquisita, porque nace del alma, sólo le canta a Dios, a la patria, a la libertad y a su morena; sin producir jamás una estrofa de adulación o servilismo, también rendido de gratitud,

porque es muy sensible a esta virtud, con el corazón en la mano y con lágrimas en los ojos, pronuncia esta frase, que envuelve el poema de la indiscutible sinceridad llanera: "Dios se lo pague, hermano".

Dios te lo pague hermano peruano, que ya que supiste secundar el sublime grito redentor de Arequipa, que con voz potente y deseos de sacrificios lanzara vuestro demócrata Sánchez Cerro, presidente constitucional del Perú por la voluntad agradecida de su pueblo, para salir de la ergástula de la tiranía y respirar los aires purísimos de la libertad, no haces como otros pueblos hermanos de nuestra raza, que egoístamente en su felicidad, abandonan el esclavizado hermano venezolano, para que continúe siendo pasto de aquel monstruo que se llama Juan Vicente Gómez, que ha llenado de luto nuestros hogares, que ha sembrado de cadáveres el suelo de la patria y que ha teñido de sangre las aguas de nuestros soberbios ríos, en cuyas márgenes florecen tristemente los claveles rojos del dolor, convirtiendo la patria en una gran hacienda y en una gran factoría. Dios te lo pague hermano peruano, que a semejanza de nuestros hermanos los mexicanos, sabes oír hoy en tu alegre felicidad la oración de la piedad, que para el mundo entero desde hace veinte y cuatro años, angustiadamente rezan nuestras cristianas mujeres desde el lloroso y triste hogar venezolano. Dios te lo pague, hermano peruano, que haciendo honor a vuestro ideal de hombre digno, nos ayudas con tu fuerza moral y con tu bondad y con tu cariño, para que yo pueda deciros hoy sin temor a la influencia del oro corruptor de Gómez, ni a los halagos de los agentes del tirano que sarcásticamente se apellidan ministros de Venezuela, para los cuales tuvo esta frase grandiosa el ilustre maestro Vasconcelos: "Son agentes sin escrúpulo de Gómez, que espían, que delatan, que persiguen en el exterior a los hombres dignos y que cansados de exhibir sus indignidades en Venezuela, salen al exterior a exhibir las miserias morales de aquella tierra digna de mejor suerte"; muchas cosas, pero muchísimas del dolor venezolano, que es vuestro dolor hoy, porque ya sois libres, y a la tiranía pasada que no

podía permitir nada contra su ilustre y gran colega de Venezuela ha sucedido la legalidad, la justicia y la libertad.

Yo no quiero hablaros de los crímenes de Gómez: ellos son monstruosos, ellos son inconcebibles y sólo son desconocidos para los que teniendo oídos y ojos no quieren ver ni escuchar, como dijera el Cristo Redentor, símbolo divino de liberación eterna, que ya no son los pueblos de nuestra raza, porque ellos están todos compadeciendo las desgracias venezolanas, sino ciertos gobernantes de nuestras Américas enfermas de diplomacia perjudicial y de bestiolatría, a los cuales supo condenar el presidente Obregón de México, con esta sublime frase que junto con la gratitud de Venezuela, forman el pedestal del monumento que la posteridad erige a este grande de la raza: "México rompe relaciones no con el pueblo de Venezuela, sino con el tirano de Venezuela, porque los tiranos no representan los pueblos que oprimen. El pueblo venezolano en su desgracia tiene su hogar en el pueblo mexicano".

Hermosa doctrina que es la fórmula salvadora contra nuestros tiranos tropicales, que roban, que matan, que violan que destruyen nuestras nacionalidades, que venden la Patria como hacienda propia y a la sombra de los cuales se forman, viven y se enriquecen, esa turba de cortesanos y aduladores, a la cabeza de los cuales van los Vallenilla Lanz, los Arcaya, los Zumeta, los Gil Fortoul, diciendo con descaro e insolencia inaudita: "Éste es un país en descomposición y debemos vivir de ella". Sublime doctrina, que nos hubiera evitado nuestras guerras fratricidas, señales de crueldad y de barbarie; que nos hubiera evitado la ruina y la desolación de una tierra hermosa y pacífica, como es mi patria, tierra de trabajadores, de gente honrada y sin vicios, de gente que odia el crimen y que supo ofrendar a la América y al mundo entero ese parto grandioso y orgullo de la raza, que se llama el Libertador Simón Bolívar, de quien, según el gran Martí, "no sé hablar sino desde la cumbre de una montaña muy alta, con un haz de pueblos libres en las manos y con la anarquía decapitada a los pies". Sublime doctrina que hubiera evitado los dolores de México con Porfirio Díaz, de Guatemala con Estrada Cabrera, de Nicaragua con Zelaya y Chamorro, del Perú con Leguía, de Bolivia,

de Cuba con Machado y de todos los demás pueblos nuestros que saben lo que pesa la bota férrea y ensangrentada de un tirano. Pero, queridos amigos, ninguna de las tiranías de América puede compararse con la de Gómez: aquello es la coronación del crimen, de la barbarie, del robo y de todos los delitos que condenan Códigos de todas las naciones civilizadas del mundo. Para daros una ligera muestra de lo que pasa en la patria de Bolívar y de tantos héroes de nuestra Magna Epopeya, os ruego tengáis la bondad, ya que sois tan bondadosos, de este telegrama, que el año de 1915, para afianzar su tiranía, dirigió el tirano Gómez a todos los presidentes de estados y que fue publicado en la primera página de los dos diarios *El Universal* y *El Nuevo Diario*, deshonras de la prensa y que son los únicos que circulan en aquel infortunado país: "Ciudadano Presidente del estado.—Su capital.—Acabe usted en toda la jurisdicción de su mando con todos los enemigos míos, que son los enemigos de la patria". El resultado del cumplimiento de esta orden monstruosa que es la sentencia de muerte más escandalosa que puede conocer el mundo entero, es un balance bien triste y bien doloroso; hasta ahora más de diez mil compatriotas han sido sacrificados en honor del monstruo de Maracay, de quien me dijera un santo y sabio obispo de Centroamérica, esta frase llena de amor evangélico: "Hijo mío: Gómez es una gran calamidad nacional".

En materia de expropiaciones de intereses, ya que Gómez lo posee todo, monopolizando hasta el carbón y los huevos, oíd este aviso que en primera página publican los mismos diarios: Aviso. El gobernador del Distrito Federal, hace saber a los que solicitan trabajos que el general Juan Vicente Gómez, presidente de los Estados Unidos de Venezuela, necesita por ahora, de dos a tres mil peones para sus haciendas, los cuales devengarán salarios según la capacidad de cada quien. Los interesados pueden ocurrir a inscribirse en la Prefectura del Departamento Libertador y obtener pasaje hasta Maracay. Caracas, 27 de agosto de 1931.

Contemplad cómo serán las propiedades de este asesino, cuando además de los millares de reclutas que traen amarrados de los estados, aun necesita la módica cantidad de que habla el aviso que

habéis oído. Demás está deciros, queridos amigos, que yo no aconsejo a ningún desocupado que vaya a aquel paraíso terrenal que se llama Maracay, porque es la tierra de nuestros cuentos infantiles: "La tierra donde irás y no volverás jamás".

Y para que os deis cuenta de cómo funciona aquel corrillo de lacayos con pretensiones de caballeros que se llama Congreso, ya que en este agasajo que vuestro cariño me hace, se encuentran ilustres miembros del Parlamento, peruano y pundonorosos y distinguidos militares del magnífico ejército del Perú, ilustres miembros de la ciencia y de la prensa, oíd esta resolución de aquella gente, que no sabemos cómo esperará mañana la sanción por sus muchos crímenes: "El Congreso de Venezuela, teniendo en cuenta que nuestro benemérito jefe, general Juan Vicente Gómez, es el salvador de la patria y a quien Venezuela le debe toda su gratitud, acuerda dar al hombre que todo lo ha dado por la patria, la suma de diecisiete millones de bolívares, para que compre las haciendas del general Antonio Pimentel". Y resoluciones por el estilo es lo que produce aquella gente, que sin duda alguna, según me dijera en Vichy un célebre profesor suizo que ha estudiado el caso de Venezuela, en su degradación han llegado a un caso de demencia nacional, siendo algunas de ellas tan escandalosas, que por decoro de venezolano no debo relatar en este solemne momento, como por ejemplo, una de las más insignificantes, cuando Manuel Díaz Rodríguez, senador de la República, en una de las fiestas que daban a una de las tantas concubinas de Gómez, tuvo esta frase escandalosa para la homenajeada: "Bendito sea tu vientre, oh, Dionisia, que ha dado aguiluchos a la patria y palomas a la sociedad". Parece mentira que cosas semejantes sucedan en el país de proezas de héroes, que hoy tiranizado, vive como los antiguos griegos, del recuerdo de su pasado y que en medio de su largo dolor dirige sus ojos al mundo y más aun a los pueblos de su raza, pidiendo justicia en nombre de la civilización y piedad si es verdad que son cristianos.

Si es verdad que los espíritus existen y que las madres no mueren, como lo creo y me lo enseña mi fe católica, aquí en este recinto están las sombras llorosas de diez mil compatriotas asesinados por

Gómez y de las madres venezolanas, muertas por el sufrimiento cruel e intenso de la tiranía, entre las cuales la mía, santa y buena, como todas las buenas madres.

Ante tanta monstruosidad que cometen Gómez y los suyos, queridos amigos, yo no he podido permanecer impasible y es por ello que lleno de fe y entusiasmo me ves que voy a la lucha armada contra la tiranía, llevando en mi morral de combatiente un tesoro de buenas intenciones por Venezuela y para Venezuela, en mi divisa esta inscripción sin tacha: "República o muerte, reacción firme y sin miedo contra nuestro funesto pasado, sanción para los enemigos de la patria"; y en el hilo de mi espada que siempre estará al servicio de Venezuela, un mensaje de liberación perfecta para nuestro pueblo, que con la misma impaciencia del profeta Daniel cuenta y recuenta con los dedos las setenta semanas del día de su redención.

Nobles amigos: vosotros tenéis para Venezuela todo de vuestra vida y de vuestros corazones pues bien, haced todo por su libertad, no desmayéis un momento y dad en el continente suramericano la campanada sonora y feliz de que ya Gómez no existe para vosotros, a fin de que muy pronto, la *llama simbólica* de vuestro escudo nacional y el caballo cerril y fogoso del escudo venezolano puedan pastar felices, alegres y unidos en las pampas hermosas del Apure y del Guárico, y en la altiplanicie de la tierra hermosa de los incas.

Un abrazo, un abrazo muy estrecho para vosotros con toda mi gratitud, un abrazo a todo el Perú grande y bueno, y apurad vuestra obra, pues así como la piedad no tiene altares en las selvas del África inclemente y salvaje, así también en el corazón del tirano Gómez, el odio y el crimen condenan a muerte todos los días a nuestros cinco mil hermanos encarcelados. Apurad vuestra obra, que ya nosotros estaremos sobre nuestros caballos, oyendo con nuestras cabezas descubiertas, las dianas de nuestros clarines y saludando el sol pampero con el fusil en la mano y gritando por octava vez: "Viva la libertad".

El general Arévalo Cedeño fue estruendosamente aplaudido al terminar, los asistentes prodigaron vivas y aclamaciones al país hermano y a continuación hicieron sucesivamente uso de la palabra

los representantes al Congreso Nacional señores doctores Alfredo Herrera, líder de las mayorías en el Parlamento, Luis Velasco Aragón, Abelardo Solís y el doctor Pedro Ugarteche, secretario del señor presidente de la república y el mayor Luis Solari, de la Casa Militar del señor presidente, quien habló a nombre del Ejército. (Editorial de *La Opinión*, N° 224, febrero 1 de 1932)

En vista de la seguridad de la protección que tenía el Perú para nuestra causa, me di a la tarea de gestionar con los compatriotas por fuera la unión entre todos los revolucionarios y la buena disposición para aprovechar aquel momento feliz que nos ofrecía la libertad de Venezuela. Me dirigí también a varios amigos para que se pusieran en contacto con nuestro famoso aviador, correcto caballero y valeroso compatriota Jorge Pocaterra, a quien hacía poco había visto en Costa Rica realizando su magnífico vuelo Nueva York-Suramérica y quien indignado contra Gómez, deseaba contribuir para la liberación de la patria. Yo estaba seguro de que el audaz aviador Pocaterra correspondería al reclamo de Venezuela, porque como patriota y honrado, sabría cumplir con su deber. Venezuela ha dado dos magníficos aviadores que se han distinguido en el exterior por su valor, por su corrección y por sus conocimientos: Jorge Pocaterra, maracaibero muy digno, que cuando podía aprovechar con Gómez un pago inmenso por sus servicios como aviador, oyendo la voz de su dignidad, se fue al exterior, para pasear por los aires nuestro glorioso tricolor en su magnífico vuelo Nueva York-Suramérica, en un avión de su propiedad particular, sin querer aceptar un centavo del tirano; y Mario Velázquez el aviador y escritor, héroe de la guerra mundial, que allá en el frente europeo, emulándose en valor y pericia con los famosos aviadores galos, hizo proezas, que le hicieron conquistar renombre entre sus camaradas europeos; y una vez celebrarse en París la comida anual de los aviadores franceses, no estando presente nuestro valeroso aviador Mario Velázquez, caballero distinguido y héroe de la gran guerra, se sirvió el banquete, colocándose una cartulina en su puesto vacío, la cual

decía que si el héroe no estaba allí presente en cuerpo, lo estaba en el corazón de todos sus camaradas.

Mesa de honor del banquete ofrecido en Lima al general Emilio Arévalo Cedeño por el Gobierno, congresantes, prensa e intelectualidad.
1. General E. Arévalo Cedeño.—2. Doctor Pedro Ugarteche, secretario general del Presidente de la República en representación del Gobierno.—3. Doctor Víctor Andrés Belaunde, jefe de las mayorías en el Parlamento peruano en representación del Congreso, y demás altas personalidades del Ejecutivo, prensa e intelectualidad.

Quise que todas las voluntades revolucionarias se unieran para venir a combatir la tiranía, seguros de nuestro triunfo, ya que en aquel entonces teníamos la verdadera ayuda del patriota Sánchez Cerro y el apoyo del pueblo peruano. Al efecto dirigí a mis compatriotas en el destierro la circular siguiente:

Lima, Perú. Febrero 5 de 1932
Señor.....
Distinguido compatriota y amigo:
Las múltiples atenciones y pruebas de confianza que ha tenido para mí el noble amigo de Venezuela y digno presidente del Perú, señor coronel Luis M. Sánchez Cerro, como también los distinguidos miembros del Parlamento peruano el Ejército, la prensa y la intelectualidad, han culminado felizmente con la oferta formal de la protección que me ha ofrecido el patriota Sánchez Cerro, para

llevar a cabo la liberación de Venezuela y con la solicitud hecha por el representante de la mayoría en el Congreso Nacional, el ilustrado doctor Alfredo Herrera, del rompimiento de relaciones entre el Perú y la tiranía de Juan Vicente Gómez, solicitud que ha hecho el distinguido parlamentarista peruano a excitación y en nombre de los dolores de Venezuela, los cuales siente él como nosotros mismos. En mis luchas armadas contra la tiranía, siempre se había dejado sólo con el fusil en la mano, seguido únicamente por el puñado de valientes de las fronteras de Casanare y Arauca, quienes me acompañan con decisión, porque están convencidos de que siguen una idea nobilísima y no al personalismo de nuestros pasados caudillos. Yo suplico a usted que haga todo lo que esté a su alcance, a fin de que lo obtenido aquí, que sólo es para liberación de Venezuela, sea respaldado por la buena voluntad de todos los buenos venezolanos en desgracia por dignos y que no quede yo solo en esta vez, con mis valientes compañeros de las fronteras y salgamos felices en este gran esfuerzo que el Perú nos respalda y a quien no podremos pagarle nunca actitud tan noble y generosa.

Para que usted se informe de lo que se hace aquí, le ruego leer, reproducir y hacer circular la hoja adjunta, que reproducen los distinguidos amigos y compatriotas, mayor Manuel Morán, del Ejército activo del Perú y miembro del Estado Mayor General, Manuel Fernández y Luis Blasini, compatriotas dignos, que saben ocuparse de Venezuela.

Lo saluda su amigo y compatriota.

E. Arévalo Cedeño

A esta urgente y patriótica solicitud mía, correspondieron con cartas plenas de entusiasmo y muy alentadores, los compatriotas nuestro gran escritor José Rafael Pocaterra, el doctor José Rafael Wendehake, don Mariano Molina, Joaquín Maldonado, quien me decía en su correspondencia que conservo, que nuestro distinguido compatriota el digno doctor Luciano Mendible le había manifestado sus deseos de colaboración, el doctor Miguel María Chacín y el doctor Pedro José Jugo Delgado.

También recibí de otros distinguidos compatriotas cartas muy desalentadoras, que no doy a la publicidad, porque sería hacer más ostensible nuestra degeneración nacional. Publico las cartas que van de seguida, que fueron las únicas satisfactorias, además de la de los compatriotas arriba citados, que no publico, porque ellas contienen consideraciones sobre la organización revolucionaria muy extensas, que harían muy largo este capítulo, pero que sí eran en verdad alentadoras y de efectiva colaboración. Nuestro honorable compatriota y gran amigo, el doctor Alberto Smith, me decía lo siguiente:

Madrid, 25 de marzo de 1932
Señor General E. Arévalo Cedeño
Mi distinguido y notable compatriota:
Lima

Con cuanta satisfacción y sincera admiración he leído la interesante carta circular que usted me ha enviado. Yo que conozco el valor de los hombres que lo acompañan, mejor dicho, de los hombres a quienes usted ha sabido encender esa llama de patriotismo, decisión y perseverancia que lo distingue a usted por sobre todos los venezolanos actualmente metalizados, y ¡cuánto horror! ya acostumbrados a sufrir todos los vejámenes imaginables, contemplo con verdadera fruición patriótica su obra en Lima.

Tengo que decirle con verdadero valor y pena que nuestros fracasos nos tienen imposibilitados de conseguir ni siquiera aquellos puñitos de elementos que antes ayudé a seguir... que, si se hubieran puesto en sus manos... ¡quizás dónde estaríamos!, porque ya hubiéramos salido de Gómez.

Usted debe saber que soy uno de los que mejor lo han sabido apreciar y sobre todo que he estado siempre de acuerdo con usted, en que el único ideal que debemos perseguir es terminar para siempre de modo radical con las tiranías en Venezuela.

Ya sabe usted que estoy a sus órdenes para cualquier gestión, sintiéndome honrado en servir al más perseverante y bien inspirado de mis compatriotas. Que llegue usted y que yo pueda contemplar (aunque sea desde la cárcel) su obra de saneamiento moral.

Si todavía está usted en Lima, démele un abrazo al peruano y buen amigo mío doctor Víctor Andrés Belaunde, y usted reciba otro muy sincero de su compatriota y admirador.

A. Smith

San Sebastián, 14 de julio de 1932
Señor General E. Arévalo Cedeño
Sus manos
Mi querido y admirado amigo:
Su muy grata del 15 de junio fechada en Barranquilla, llegó a mis manos el 7 del presente mes. Ésta se la dirijo, como usted me indica, por intermedio de nuestro buen amigo Rafael Pocaterra.
He hablado, sobre todo en el mes pasado, a los 6 u 8 venezolanos ricos que están por Europa ahora, y... peor que antes, todos se excusan, como si se hubieran puesto de acuerdo con la fulana crisis mundial y agregan que, faltándole poco a Gómez para desaparecer, no es necesario hacer nada; imbéciles, ellos saben muy bien que Gómez dura todavía, pero cuestión es no dar y esperan que les tumbemos a Gómez para ir a la patria tranquilamente y sin hacer ningún sacrificio.
Sigo siempre buscando si logro algo, ya le avisaré.
Lo abraza su sincero y afectísimo amigo:

A. Smith

Yo pido a mis compatriotas, que comparen la actitud de nuestro ilustre doctor Alberto Smith, que nunca desmayó para ayudar a Venezuela haciendo contraste con los malos venezolanos que se salieron al destierro para afianzar a Gómez con su egoísmo y hacer más dolorosa la suerte de la patria. Nuestro distinguido compatriota y médico muy ilustre, doctor Luis Loreto Biamón, patriota que mucho ayudó la revolución, me decía:

16 Quai de Passy
París, 23 de marzo de 1932
Señor General E. Arévalo Cedeño
Lima, Perú.
Mi querido General y amigo:
Desde Puerto Rico me han hecho seguir sus dos atentas con las circulares en que nos hace usted saber la ayuda generosa y el apoyo decidido que le han prestado en ese país hermano, su digno presidente Sánchez Cerro, y sus colaboradores, los señores ministros del Ejecutivo, a fin de intentar el decisivo esfuerzo que acabe con la caduca tiranía que oprime a nuestra amada Venezuela.
Dios y los hombres han de ayudarle en tan patriótica empresa.
Desde luego usted sabe que conmigo se puede siempre contar, pues mi entusiasmo es el mismo de todos los tiempos y latitudes. Lamento que las condiciones de hoy no son las de ayer y mis relaciones aquí no son tan valiosas como allá en Puerto Rico; pero no importa, ejerceremos nuestra influencia sobre nuestros compatriotas para colaborar en la obra que usted llevará a cabo.
Siempre a sus órdenes lo abraza su invariable amigo.

L. L. Biamón

Nuestro ilustre publicista, honra de Venezuela y de nuestra América, que bastante lustre le ha dado a Venezuela en el exterior, don Jacinto López, me decía:

3054 Godwin Terrace
Nueva York, 23 de marzo de 1933
Señor General Emilio Arévalo Cedeño
Lima, Perú
Mi estimado General y amigo:
Deseoso de colaborar con usted en el asunto de su carta de febrero 21, he agotado mis esfuerzos en el sentido de sus indicaciones, y nada, he podido hacer. Nadie quiere interesarse por la suerte

de Venezuela. Desvanecidas todas mis esperanzas, cifradas en promesas y promesas, le escribo al fin, con mucha pena.
No se desaliente usted por eso. En Venezuela se hallarán los recursos; y en el extranjero mismo, más adelante, cuando las circunstancias cambien y yo pueda tentar las posibilidades que me parece que hay en ciertas regiones en Hispanoamérica, tendremos las oportunidades que anhelamos.
Entre tanto la organización y preparación de los elementos que usted tiene en la frontera, de modo que estén listos, es de la mayor importancia.
Usted puede estar seguro de que mi silencio no expresa mis sentimientos hacia usted que son de simpatía, de estimación, de amistad y de interés en usted por su protesta contra el despotismo en Venezuela y sus constantes heroicos esfuerzos por derribarlo.
Le envío mis más cordiales saludos con las seguridades de mi amistad.

Jacinto López

El distinguido hombre público, doctor José María Ortega Martínez, patriota de méritos y que ha sido siempre muy digno, luchando contra Castro y contra Gómez, me decía lo siguiente:

Barcelona, España. Setiembre 11 de 1931
Señor General E. Arévalo Cedeño
Santo Domingo.
Mi apreciado amigo:
No puede usted imaginarse la complacencia y el placer tan grande que me ha causado su misiva de fecha 30 de agosto último, venida por avión, que contesto sin pérdida de tiempo por la misma vía.
Siempre lo he tenido a usted muy presente en todos los planes y he seguido los de usted con el mismo interés, porque conozco su patriotismo, sus esfuerzos y su indiscutible mérito como enemigo irreductible de la criminal tiranía que oprime nuestra querida patria.

No ceso de hacer gestiones para conseguir en cantidad suficiente el material que se necesita para llevar a cabo nuestros patrióticos propósitos. Actualmente abrigo grandes esperanzas pero no tengo nada fijo todavía. Me gustaría mucho por creerlo sumamente conveniente me diera su dirección cablegráfica para comunicarme con usted sin necesidad de intermediarios.
Creo que muy pronto pueda avisarle el resultado definitivo de las gestiones pendientes para que acordemos lo necesario.
Lo abraza su amigo de siempre.

J. M. Ortega Martínez

Para aquellos días en el Perú, los agitadores comunistas todos los días promovían desórdenes en la ciudad de Lima, desórdenes que tomaron tal proporción, que ya se hacían intolerables y de los que hacía pocos meses no se atrevían ni siquiera a pensar mal del dictador Leguía, porque vivían del miedo a aquel tirano; una vez que el patriotismo de Sánchez Cerro derrocó el dictador, todos se volvieron unos valientes, el comunismo criollo se levantó con sus mentiras y sus agitaciones para engañar al pueblo y los líderes baratos, que a cada minuto pronunciaban sus discursos de literatura marca bolchevique, no pudieron perdonar a Sánchez Cerro que les hubiera dado la libertad. He juzgado siempre el comunismo como una gran mentira y como un medio de que se valen los desvergonzados y haraganes para llevar a cabo los criminales propósitos de vivir a costa de los engaños al pueblo, a ese pueblo que los patriotas debemos defender de tiranos y de embaucadores, porque él es la fuerza viva de la nación, que generoso y noble sabe sacrificarse siempre por la patria.

Grupo de Congresantes, prensa, intelectualidad, hombres de ciencia, militares quienes acompañaban al Secretario General del Presidente de la República y Presidente del Congreso, en manifestación de cariño hacia el general Emilio Arévalo Cedeño, en Lima.

1.—General Emilio Arévalo Cedeño.

Los agitadores comunistas o apristas, pues el aprismo en el Perú no es otra cosa que el comunismo criollo, que se presenta bajo varias denominaciones para imitar los escándalos, tiranía y crímenes de la Rusia soviética, sin pensar que esa doctrina no puede prosperar en nuestra América despoblada, que a gritos nos pide la salvemos con la inmigración, la higiene y la instrucción; el comunismo criollo del Perú o sea el aprismo, el día 6 de marzo de 1932 armó el brazo de un muchacho lunático, para que en el templo católico de Miraflores, repleto de fieles, que junto con el presidente Sánchez Cerro iban a presenciar el sacrificio de la misa como acostumbraba todos los domingos el presidente en el pequeño balneario de Miraflores, cometieron el atentado más brutal que registra la historia de nuestros últimos tiempos en América porque además de herir mortalmente al primer magistrado de la nación, hería gravemente al ilustre coronel don Antonio Rodríguez, jefe de la Casa Militar, a cinco mujeres y a una niña de seis años.

Este horroroso atentado criminal fue condenado unánimemente por el Perú honrado, que deseaba paz, que deseaba trabajar,

que deseaba libertad y que deseaba relevarse de los males de la dictadura de Leguía y vivir próspero y feliz al amparo de la libertad, de la justicia y de la honradez que eran la base del gobierno legítimamente constituido de Sánchez Cerro, héroe y libertador del Perú. La vida de Sánchez Cerro estuvo en peligro por veintiséis días y una vez repuesto completamente de su salud asumir las funciones del Gobierno de la República, me despedí de él perfectamente bien despachado y comprometido a regresar muy pronto para recibir la ayuda que nos prometía el gran americanista, quien ordenó poner un avión a mi disposición para que me llevara al puerto de Talara, en el norte del Perú, para seguir al Ecuador y Colombia y quien ordenó se me despachara con recomendación para todas las autoridades del tránsito, según se verá en los documentos que inserto más abajo, diciéndome que deseaba yo conservara como comprobante una carta de él, y que al efecto le escribiera una, anunciándole mi salida, para contestármela con la que él quería que yo llevara y que fue la siguiente:

Presidencia de la República del Perú
(Sello)
Lima, marzo 30 de 1932
Señor General Emilio Arévalo Cedeño
Ciudad.
Mi muy distinguido amigo:
Por su carta de esta fecha he sabido que usted se aleja del Perú.
Acepto emocionado la expresión de amistad con que usted me honra y al margen de toda insincera fórmula de protocolo, ruégole creer en la lealtad de mi afecto y simpatía.
Recibo la noticia de su próxima ausencia con sentimientos contradictorios. Mi personal egoísmo lamenta su viaje, porque se aleja quien supo captarse todas las adhesiones pero comprendo que por sobre esta emoción debe triunfar la realización de altos ideales que al ser alcanzados por usted serán timbre de orgullo para Suramérica libre.

El Perú lo ve ausentarse rodeado por la aureola que ilumina los libertadores y puede estar usted cierto que la nación lo ayuda y anhela la más próxima victoria de su altísimo ensueño de redención. Dígnese recibir con mis votos fervorosos por el más completo éxito en su viaje, la más sincera protesta de mi inquebrantable adhesión a su persona.
Cordialmente lo abraza su amigo,

L. M. Sánchez Cerro

Despedido de manera muy fraternal por el gran Sánchez Cerro y por todos los buenos y nobles peruanos que deseaban como yo la redención de mi patria, salí en el avión que puso el Gobierno a mi disposición para Talara, en donde esperaría al compatriota Luis Blasini, que llegaría al siguiente día a reunirse conmigo en aquel puerto, para seguir juntos viaje para el Ecuador y Colombia. Los documentos que llevaba como protección hasta llegar a las fronteras del Perú con el Ecuador, son los siguientes:

(Reservado)
Dirección de Gobierno
OF. N° 203
Lima, 9 de abril de 1932
Señores Prefectos:
Sus manos.
De orden del Señor Ministro, me dirijo a ustedes, a fin de que se sirvan disponer se dé toda clase de facilidades, atenciones y protección, al señor general venezolano Emilio Arévalo Cedeño y a su secretario, señor Luis Blasini, hasta llegar a las fronteras del país.
Dios guarde a ustedes.

R. Guzmán

(Sello)
Aduana de Talara. Administración
OF. N° 22
12 de abril de 1932
Señores Comandantes de Resguardos:
Sus manos.
Me es muy grato encargar a ustedes en forma especial, atenciones, protección y facilidades, al señor general venezolano Emilio Arévalo Cedeño, así como a su secretario don Luis Blasini. Es el deseo de esta Administración que los Resguardos de la dependencia de ustedes ayuden en todo a los ilustres viajeros que tengo el honor de presentarles.
Tengo la plena evidencia de que los señores Comandantes de Resguardos sabrán interpretar, en debida forma, los vivos deseos de este despacho y cree fundadamente que se verán cumplidos.
Dios guarde a ustedes.

Joaquín F. Cornejo Saavedra

De Talara salí para el Ecuador y fui muy bien recibido en Guayaquil por la prensa, pero desde allí debía hacer de incógnito mi travesía por todo aquel país, a fin de entrar por las fronteras de Ipiales a Colombia sin ser reconocido. El Ecuador es un bello país y allí se quiere al venezolano, porque los ecuatorianos recuerdan y veneran mucho la memoria de Bolívar, nuestro gran Libertador. En la travesía hacia la frontera de Colombia por aquellos Andes majestuosos y soberbios, atravesando para llegar a la histórica ciudad de Quito, la colosal avenida de los volcanes, entre los cuales se yergue el Chimborazo coronado eternamente de nieve, representando la historia de los siglos de vida de nuestra América, como diciendo al mundo entero que la obra inmortal de Bolívar vivirá con la eternidad del tiempo, porque constantemente cinco naciones libres y libertadas por el genio y por la espada del héroe, hablan sin descanso de aquella proeza magna que fue obra grandiosa para la causa de la humanidad; mi patriotismo tuvo

satisfacciones infinitas porque pude admirar de cerca, el esfuerzo de nuestro Libertador y de los héroes de nuestra independencia, que se batieron en cada palmo de aquellas abruptas montañas, para llevar la libertad hasta la tierra de los incas, sellándola definitivamente en Pichincha y Ayacucho, en donde la espada de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho y Magno Capitán, daría el último tajo cortando para siempre las cadenas de opresión que ahogaban la ubérrima América; y al pasar a Colombia tramontando la histórica montaña de Berruecos, pude ver el máximo esfuerzo de la constancia y el patriotismo de Bolívar, que llegó a pasar con sus huestes; hasta siete veces por aquellos soberbios desfiladeros, como nos lo dicen las inscripciones conmemorativas que se leen en las peñas andinas. Cuando llegué a Berruecos y acercarme en unión de un compañero de viaje el compatriota Luis Blasini, al humilde monumento levantado en el sitio mismo en donde fue asesinado el Mariscal Sucre, el único inmaculado de América, y que nos habla del triste fin de nuestro héroe, me descubrí con amor y gratitud patriótica para pedir al espíritu del grande hombre, me diera fuerzas para continuar luchando por la libertad de Venezuela, con el mismo desprendimiento que tuvo el ilustre cumanés, y que fue el mismo desprendimiento que caracterizó a Bolívar y a los héroes de nuestra gloriosa epopeya. El asesinato de Sucre es un crimen tan espantoso e inconcebible que la misma historia, por repugnancia no quiere considerar, y que el patriotismo se resiste a perdonar. En larga travesía por los departamentos del antiguo Cauca pasé al centro de Colombia y de allí a la costa atlántica, a la ciudad de Santa Marta que debe ser la Meca de nuestro amor patrio, porque allí está la Quinta de San Pedro Alejandrino, sagrado lugar, en donde exhaló su postrer suspiro el espíritu de la libertad americana, Simón Bolívar; la gloria más grande de nuestra raza, en donde según el bello decir de un ilustre sacerdote colombiano de los tiempos de nuestra independencia se encerraba una Trinidad Santísima porque él era el padre de la patria, el hijo de la gloria y el espíritu de la libertad. Pido a todos los gobernantes venezolanos que dicten una ley para que los niños de nuestras escuelas vayan anualmente

en peregrinación a aquel lugar sacro, y se inspiren en las glorias y el desprendimiento del grande hombre, para que aprendan a amar a nuestra patria, y para que sean ciudadanos libres de una Venezuela libre. Allí, en la Quinta de San Pedro Alejandrino, en la misma humilde pieza en donde pasó los últimos momentos de gloriosa vida y en donde murió nuestro gran Bolívar; posando mis manos sobre la silla paupérrima en donde él se sentara por última vez, con un recogimiento patriótico muy profundo, y con todo mi amor por Venezuela y por nuestro Libertador, pedí al héroe la inspiración de su patriotismo y la fuerza de su constancia, para continuar en mis luchas y hacer muy pronto mi octava comparecencia armada contra la tiranía de Gómez.

CAPÍTULO XIV

Jamaica.—Canadá.—Vuelta a Jamaica.—Haití y Santo Domingo.—Preso en Santo Domingo.—La tiranía de Rafael Leonidas Trujillo Molina.—Vuelta al Perú.—Asesinato de Sánchez Cerro.—Fracaso y vuelta a Jamaica.—Martinica y todas las Antillas. —La persecución de los Gobiernos ingleses y franceses.—Pensando invadir por la costa de oriente y fracaso de esta expedición.—Solicitud para invadir y contestación desalentadora.—Detenido por la Inmigración en Puerto Rico. —En Nueva York.—¡Muerte del tirano Gómez!—Cablegrama del general Eleazar López Contreras, presidente constitucional de la República

A fines de junio de 1932 llegué a Kingston, capital de Jamaica, que conserva la historia de que cuando Bolívar andaba de desgracia en desgracia y por todas partes, sufriendo los horrores del ostracismo, buscando con su desprendimiento y su constancia armas para libertar nuestra patria, allí, en una noche que hubiera sido de gran desgracia para el mundo, si el horrendo crimen se consuma, el negro Piíto, jamaiquino pagado por los españoles, trató de asesinar al Libertador, asesinando en su lugar al señor Amestoy, comisario de guerra de Bolívar y personalidad muy ilustre de nuestra independencia.

La falta de recursos me detuvo días en aquella colonia inglesa y en el mes de julio de 1932, pudo mi distinguido amigo José Rafael Pocaterra enviarme dinero para que hiciera mi viaje a Halifax, al norte del Canadá, para entrevistarnos y finalizar nuestros trabajos para aprovechar la oferta del Perú. Siempre estuvo nuestro ilustrado escritor y patriota Pocaterra, dispuesto hasta el último momento a luchar contra la tiranía; nunca me faltó su ayuda en lo que pudo, y es difícil encontrar cuatro venezolanos que tengan la virtud revolucionaria de este meritorio compatriota. En verdad que hubo muchos venezolanos revolucionarios bastantes dignos e interesados por la causa de Venezuela, pero no todos supieron llegar hasta lo último con la misma fe de cuatro o cinco compatriotas, que como Pocaterra no se desalentaron jamás. Hice mi viaje a Halifax, me vi con Pocaterra, nos acordamos muy bien como siempre

y me regresé a Jamaica, para allí esperar unos recursos y venir a la República Dominicana y regresar de nuevo al Perú. Tomé un avión en Kingston, me vine a Haití, siguiendo de allí por tierra a la República Dominicana, país en donde tantas amistades tengo y adonde siempre había llegado y salido muy bien, agradeciendo las bondades de sus habitantes. Pero en aquella ocasión, me esperaba algo grave en aquella república, en donde el famoso asesino Rafael Leonidas Trujillo, vergüenza de Santo Domingo, quien aún acaba con aquella infeliz república, asesinaba a muchos de sus compatriotas en aquellos días del mes de agosto en que llegué a la capital de aquel país. El sanguinario y ladrón Trujillo era un gran amigo de Juan Vicente Gómez, quien tenía en aquel hombre una especie de agente formidable para perseguir a los que lo combatíamos. Trujillo desde un principio de su desgobierno, tuvo la manía de imitar a Gómez en los asesinatos, robos, mujeres, títulos, prisiones, delaciones, servilismo y todo lo que inventó el tirano venezolano para acabar y humillar nuestra patria; teniendo también hasta su pequeño Maracay, en una pequeña aldea llamada San Cristóbal, en donde dicen que nació el mulatico Trujillo, que asesina por miedo y roba por influencia atávica.

Durante mi vida de exilado venezolano, nunca me inmiscuí en los asuntos internos de país alguno. Siempre observé la más estricta neutralidad en la política del país adonde me llevaba mi desgracia de perseguido por Gómez y mi virtud de hombre libre. Como no soy agitador, combato el comunismo por creerlo una mentira muy perjudicial, y como soy amigo del orden social y respetuoso de las autoridades legítimamente constituidas, jamás he tenido persecución de gobiernos extranjeros, que no hubiera sido sino por enemigo de Gómez, a cuyo servicio estaban muchos gobiernos, que renunciaron al decoro para dedicarse a cosa muy afrentosa y criminal, como era servir al tirano Juan Vicente Gómez.

Sucedió, que al siguiente día de mi llegada a Santo Domingo, repentinamente fui reducido a prisión y llevado a la Torre del Homenaje, antigua prisión colonial, en donde encontré a varios dominicanos muy distinguidos presos y sufriendo los rigores de la

crueldad de los esbirros de Trujillo. Yo nunca había estado preso, ni por cinco minutos siquiera y hombre libre como lo he sido, lo soy y lo seré, aquella bárbara agresión de Trujillo, me causó una indignación tan grande, que siempre estará en mi memoria el recuerdo de tamaña arbitrariedad.

El plan de Trujillo era entregarme a Gómez, pero aquel miserable no contó que yo era un hombre que tenía el respaldo de personalidades de verdadera autoridad moral en el mundo, y fracasó en su criminal intento. Una de aquellas personalidades era y es el ilustre general don Enrique Loynaz del Castillo, quien fue de los libertadores de Cuba, jefe de Estado Mayor del libertador de Cuba, generalísimo Máximo Gómez, gran amigo mío, quien entonces era ministro diplomático de la República de Cuba y Haití, y quien hoy honra en Venezuela sirviendo el alto cargo de embajador especial de Cuba, su bello y generoso país. El general Loynaz del Castillo, para evitar un atentado contra mí, movió todos los resortes para confundir a Trujillo, y evitó la consumación del atentado. Varios amigos dominicanos y mis queridos amigos y compatriotas, compañeros de luchas míos, doctor Atilano Carnevali y Horacio Blanco Fombona, quienes honran bastante a Venezuela, hicieron trabajos por fuera, el distinguido compatriota Juan Montes, digno hijo de esa gran cumbre de honorabilidad venezolana que se llama el doctor Félix Montes, quien todavía vive para honra de la patria, mereciendo muy bien la honra de ser proclamado candidato a la presidencia de la república, por aquella cumbre del civismo y del patriotismo que se llamó Rafael Arévalo González, que yo juzgo nació equivocadamente en Venezuela, pues ha debido nacer en donde la democracia y la libertad existieran; el compatriota Juan Montes, repito, avisó al Perú el atentado de Trujillo contra mí e inmediatamente Sánchez Cerro puso dos cables averiguando sobre mi detención; así también otros amigos se movieron, obligaron a Trujillo a detenerse, dando tiempo a nuestro honorable compatriota, ilustre médico y eminente hombre público doctor Francisco Rivero, urgentemente fuera a Las Matas, en el interior del país, villa en donde se encontraba imitando a Gómez el mulatico Trujillo y le pidiera con su gran autoridad

moral mi libertad, extrañándose de mi detención. Trujillo accedió a la solicitud del doctor Rivero, quien me salvó de la muerte, porque en aquellos quince días que estuve preso muchos asesinatos en la cárcel de la Torre del Homenaje y en Nigua, otra prisión del tirano. Recuerdo que una de aquellas noches en que estuve preso asesinaron a José Ladislao Guerrero y seis compañeros más que estaban presos junto conmigo y junto con otros meritorios dominicanos, hombres de ciencia, comerciantes y de todas las clases sociales que se encontraban en las cárceles de Trujillo. Lo que pasa en Santo Domingo es horroroso y se debe trabajar porque la suerte de nuestros hermanos dominicanos no continúe siendo tan triste en manos de Trujillo, como era la de los venezolanos en manos de Gómez.

Se me puso en libertad, pero mi equipaje fue saqueado, toda mi correspondencia copiada y enviada a Juan Vicente Gómez. Así correspondía Trujillo a la amistad de Gómez; pero cuando aquel miserable caiga, vera él que la sanción dominicana y del mundo será soberbiamente justiciera con él y para con sus familiares. Es necesario que tengamos convencimiento de que debemos ser justos y buenos para merecer el aplauso por nuestras acciones y ser respetado y considerado siempre.

Tomé un avión en Santo Domingo en los primeros días de octubre de 1932, para regresarme a Jamaica, y fíjese el lector todo lo que había hecho y me había pasado desde el mes de enero de aquel año, y juzgue cómo era mi vida de luchador contra Gómez. Debo decir, como una nota de gratitud muy altísima y de amistad hacia el ilustre general Enrique Loynaz del Castillo, enviado extraordinario de Cuba en Venezuela, hoy, que como mi situación era bastante peligrosa en aquellos días en Santo Domingo, cuando fui a tomar el avión para volar a Jamaica, tuvo el ilustre diplomático que dispensarme el honor de llevarme en el carro de la Legación con su muy honorable esposa y su secretario al campo de aviación; es decir, iba bajo la protección de la bandera cubana, para saltar al avión y ponerme bajo la protección de la bandera americana, para evitar un atentado contra mi vida ejecutado por Trujillo, como era costumbre de él, antes de abandonar aquel país. Mis distinguidos amigos y

compañeros doctor Atilano Carnevali y Horacio Blanco Fombona fueron encarcelados también por Trujillo y sufrieron bastante en aquellas prisiones, por el solo hecho de ser dignos enemigos de Gómez. Llegué a Jamaica y de allí a los pocos días, sabiendo la repugnancia que tenía el presidente de los Estados Unidos Mr. Roosevelt, para reconocer a Trujillo en la elección que preparaba, le dirigí la siguiente carta, que fue publicada en el importante diario *El Imparcial*, de Puerto Rico:

> Kingston, Jamaica, octubre 24 de 1932
> Señor Franklin D. Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos de América.
> Señor Presidente:
> Soy un hombre que he consagrado mi vida a luchar contra Juan Vicente Gómez, quien desde hace más de cinco lustros acaba con nuestra patria, destruyendo nuestra nacionalidad; lucho por patriotismo y por deber, y con este título me dirijo a usted muy respetuosamente, para pedirle cosa de interés para un pueblo hermano, que sufre hoy, como sufre Venezuela, mi patria. Me refiero, Señor Presidente, a la infeliz República Dominicana, tierra noble y generosa, que se encuentra bajo dominio de Rafael Leonidas Trujillo, hombre que ha cometido durante su sangrienta dominación todos los crímenes que condenan los códigos de las naciones civilizadas.
> Desde que usted, Señor Presidente, ascendió al poder no ha habido un solo momento de su administración en que no haya dado pruebas de su gran corazón de americano y su gran valor como hombre justo. Usted de un golpe salvador acabó con el escándalo de instituciones bancarias de los Estados Unidos; acabó con la abominable ley de la prohibición, que era ridícula mentira trayendo la corrupción a la nación; ha dado la libertad a Cuba, Haití y Filipinas; ha retirado los marinos de Nicaragua, y con un espíritu de justicia grande ha colocado a Puerto Rico bajo el control del Ministerio del Interior.
> Todo esto lo ha hecho usted en pocos días de gobierno, destacándose como el mejor presidente que quizás haya tenido los Estados Unidos

de América; y es por ello que no sería concebible, que un gobernante honorable como usted lleve relaciones con un tirano como el que hoy constituye la desgracia de la República Dominicana. Trujillo asesina por miedo y roba por influencia atávica. Ruego a usted, muy respetuosamente, Señor Presidente no reconozca el desgobierno de Trujillo, porque ello sería mancha para su pura, honrada y noble administración.

La nación dominicana le consagrará su eterna gratitud y la América Latina aplaudirá por siempre este acto nobilísimo de su Gobierno.

De usted se espera el acto de justicia que lleno de confianza le pido hoy en nombre de la libertad y la moral cristiana.

Respetuosamente soy del Señor Presidente,

E. Arévalo Cedeño

Después de mucha espera para conseguir recursos e irme al Perú, salí con la ayuda de José Rafael Pocaterra, quien me giró para mis gastos y pudiera presentarme donde Sánchez Cerro, protector de Venezuela, que me esperaba. Antes de salir de Jamaica tuve la honra de recibir la siguiente carta de mi honorable e ilustre amigo el general Enrique Loynaz del Castillo, ministro de Cuba en Santo Domingo y Haití, contestación a la mía de gratitud que le dirigí y avisándome mi viaje:

Legación de Cuba en Santo Domingo y Haití

31 de noviembre de 1932

General E. Arévalo Cedeño

Kingston

Mi querido General y dilecto amigo:

En este momento de cerrarse el correo soy favorecido por su grata del 14. De prisa le escribo para agradecerle todas las cosas gentilísimas que su generosidad me dedica. Antes de que usted siga viaje espero nueva correspondencia de usted y vea en qué puede utilizarme y ordenarme, que más ansioso de obedecerle, ni sus bravos del Apure.

Dentro de dos o tres meses espero ir a Panamá de ministro. Por allá tendré el placer de encontrarlo de nuevo. Mi esposa me encarga ofrecerle su saludo. Yo le reitero el viejo cariño con que lo distingue, celebra y admira su devoto amigo.

E. Loynaz del Castillo

De paso por Panamá fui ayudado de manera eficaz por mi noble amigo Armando Gásperi, compatriota meritísimo que servía a la revolución con su patriotismo y con su amor por Venezuela, no aspirando sino a la libertad de ella para regresar a su patria a vivir de su trabajo honrado, que ha sido la base de su vida honorable. También me encontré allí con mi buen amigo el distinguido caraqueño y patriota venezolano Carlos Álvarez Otero quien siempre colaboró conmigo en el destierro con su nobleza y buenas intenciones por Venezuela. Dos días antes de llegar al Perú, o sea el día 1 de mayo de 1933, en el puerto de Salaverría, supe la triste nueva, lo era muy dolorosa también para Venezuela, ya que en ella iba su libertad, del asesinato del gran patriota Sánchez Cerro, acaecido el día antes, y consumado por un comunista peruano, un extraviado de esos que escogen los líderes agitadores comunistas, para llevar a cabo sus criminales propósitos y lanzar los pueblos a la confusión, arrojándolos al caos e inundándolos de sangre.

Nuestro fracaso estaba consumado. Muerto el héroe peruano, Venezuela estaba condenada a continuar su vida de dolores bajo la cruel y sanguinaria dominación de Juan Vicente Gómez. Llegué a Lima el día 3 de mayo, y no obstante haber encontrado la misma amistad, las mismas bandadas y el mismo interés por Venezuela de nuestros hermanos peruanos y de haber sido recibido muy bien y muy honrosamente por el honorable presidente del Perú, general Oscar R. Benavides, amigo de todo mi respeto y admiración, quien fue amigo de Sánchez Cerro, no obstante todo eso, nada podía hacerse en favor de Venezuela después de la muerte de Sánchez Cerro, que lloraba todo el Perú, porque además de aquella gran calamidad, también se encontraban el Perú y su nuevo presidente el general Benavides, comprometidos en guerra internacional con Colombia. Es decir, dos pueblos

hermanos, hijos de un mismo Libertador, que debían vivir en completa fraternidad, fusilándose, destrozándose y odiándose por un palmo de tierra, que jamás utilizará ninguno de los dos. He ahí la obra funesta de la diplomacia y la maldita labor de diplomáticos corrompidos que en francachelas juegan la suerte de las naciones, sin pensar que la sangre generosa de los pueblos se derrama inocentemente por causa de la mala fe y de la ambición de ellos.

El Gobierno peruano se condujo admirablemente bien conmigo, debo gratitud, al general Benavides y a sus distinguidos colaboradores de aquella época, entre los cuales figuraban como ministros, mi gran amigo el doctor Luis Flores y el coronel Antonio Rodríguez, ilustres peruanos, verdaderos amigos de Venezuela con quienes me liga una cordial amistad personal. De Lima me vine en los primeros días del mes de julio de 1933 otra vez a Jamaica, en donde recibí correspondencia de los distinguidos amigos Mariano Molina, doctor Bernabé Pérez y Enrique Silva Pérez, quienes con su actividad y su patriotismo trabajaban por llevar a cabo un movimiento en los estados Bolívar y Sucre, teniendo por base una organización interna en Bolívar que preparaba el compatriota Silva Pérez, y la entrada de los valerosos amigos y compañeros generales Doroteo Flores y Bartolomé Ferrer que invadirían por oriente. Los referidos compatriotas me hablaban de la conveniencia de mi presencia en Trinidad, y procedí a buscar medios de entrada a aquella isla y para ello me dirigí al gobernador, solicitando permiso aunque fuera para pasar por la isla y seguir a la Guayana Francesa. Lo que me interesaba era estar uno o dos días en Trinidad, verme con los compatriotas, arreglar con ellos mi entrada a ponerme al frente del movimiento de Bolívar, de donde llegaban noticias halagadoras. El Gobernador de Trinidad no permitió mi entrada a aquel país ni siquiera por un momento, dirigiéndome la siguiente nota:

On His Majesty's Service
N° 14863
Colonial Secretary's Office
Trinidad, 22nd July 1933
General E. Arévalo Cedeño

C/o Costarican Consul
Kingston, Jamaica
Sir,
I am directed by the Governor to acknowledge receipt of your letter dated July 12 and to inform you that you will not be permitted to land in Trinidad.
I have the honour to be Sir,
Your obedient servant,

S. M. Grey
Colonial Secretary

(Traducción)

Señor General E. Arévalo Cedeño
Al cuidado del Señor Cónsul de Costa Rica
Kingston, Jamaica
Señor:
Estoy encargado por el Gobernador de acusar recibo de su carta fechada el 12 de julio e informar a usted que no le será permitido desembarcar en Trinidad. Tengo el honor de ser, Señor, su obediente servidor,

S. M. Grey
Secretario Colonial

El Gobierno de Trinidad que siempre estuvo al servicio del tirano Gómez, no permitía ni siquiera mi paso por aquella posesión; pero en nuestro empeño de vencer todas las dificultades, me vine a Martinica y de acuerdo con los amigos Molina, Pérez y Silva Pérez, hice otra solicitud al Gobierno de la isla, en esta vez ofreciendo fianza de que yo iría sólo de paso por la isla. A esta nueva solicitud mía correspondieron las autoridades británicas con esta otra nota:

Oh His Majesty's Service
N° 14863
General E. Arévalo Cedeño
Colonial Secretary's Office.
Trinidad, 19th August, 1933

C/o Mr. Pedro Cuba
Fort de France
Martinique
Sir,

I am directed to acknowledge the receipt of your letter of the 10th of August, 1933, and to inform you, in reply that you will not be permitted to land in the Colony.

I have the honour to be, Sir your obedient servant,

A. Rankird
Acting Colonial Secretary

Traducción: La misma de la nota anterior, con la diferencia que el señor Gobernador en esta vez extremaba más su complicidad con Gómez, pues si en la primera dice que no podía desembarcar en Trinidad, en la segunda prohíbe terminantemente desembarcar en ninguna parte en la colonia. Enseguida recibí nota enviada de Kingston:

Head Quarters, Jamaica Constabulary,
13/1933.
General E. Arévalo Cedeño
Kingston, Jamaica, 22nd August 1933
C/o Mr. Pedro Cuba
Fort de France, Martinique
Sir,

I am directed by the Gobernor to inform you that His Excellency under Section 3 (a) of Jamaica Law 12 of 1925, —The Passport Law 1925— has directed that you are not allowed again to land at any place in the Island of Jamaica.

I am Sir, your obedient servant.

(La firma ilegible)
Inspector General

(Traducción)

> Estoy encargado por el Gobernador de informar a usted que Su Excelencia bajo Sección 3 (a) de la Ley de Jamaica del 12 de 1925- Ley de Pasaporte de 1925- ha encargado que a usted no le será permitido desembarcar otra vez en la isla de Jamaica.

La diplomacia de bolívares del tirano Juan Vicente Gómez triunfaba y los respectivos ministros y cónsules del régimen venezolano de barbarie estaban de plácemes, porque el amo estaba complacido y muy servido por aquella *claque* de incondicionales y corrompidos, que de todo hacían menos de representar a Venezuela, y sí infamarla mucho. Que la nueva diplomacia de esta nueva Venezuela, sea orgullo nuestro y de la patria, para que borre las iniquidades de la pasada y sea en tierras extrañas, la representación muy digna de la nación, que debe relevarse por siempre de iniquidades.

Imposibilitado para entrar en las colonias inglesas, la diplomacia de Gómez trabajó entonces por hacerme salir de Martinica, en donde el cónsul de allí un tal Arismendi Bracho, enormidad de ignominias que a cada momento se la pasaba en la Gobernación y en la Policía pidiendo mi salida de Martinica, porque yo iba a hacer una invasión a las costas de Venezuela, llevando aeroplanos, vapor no sé cuántas cosas más. Aquel hombre le decía a personas que él suponía podían guardarle el secreto, que si él lograba hacerme reducir a prisión por el Gobierno francés, tenía segura una casita que le iba a pedir a Gómez en Los Teques. Quiere decir, que el tal Arismendi Bracho, sólo aspiraba a conseguir con mi destrucción el miserable pago de un rancho para pasar muy dignamente los últimos años de su vida. Como él ofrecía mucho a las autoridades francesas, también pudo conseguir mucho contra mí, porque las referidas autoridades, gentes sin conciencia, en nada estimaban su honor, y que sólo veían los proventos que podían sacar del mal que me hicieran, un día me violentaron en una forma bastante peligrosa para mí, pues me notificaron desocupar la isla el mismo día de la notificación, en el primer vapor que llegara al puerto. Esta alevosía

de las autoridades francesas de Martinica, nunca podré olvidarla, porque ella era mi sentencia de muerte, toda vez que el único vapor que debía llegar ese día era el *Colombie*, el cual venía para La Guaira. Aquel fue un día de angustias para mí, porque no había ni siquiera un bote velero que me llevara a cualquier antilla de las cercanas a Trinidad. Fui a la gobernación y el secretario del gobernador, que estaba vendido a Gómez, me dijo que la orden de salida era terminante y que debía salir ese mismo día sin falta. Yo estaba resuelto a hacer todo, antes que ser embarcado en el *Colombie*. Salí para el muelle y tuve noticias de que el vapor *Cuba* se había adelantado un día de su itinerario, y llegaría a la misma hora del *Colombie* para seguir a Guadalupe. Estaba salvado y estaban burlados el agente de Gómez allí y las autoridades francesas, que ya se regocijaban por los miles de francos que recibirían en pago del crimen que iban a cometer conmigo. Por la tarde llegó el vapor *Cuba*, fui en él para Guadalupe para allí esperar los resultados que me comunicarían los amigos de Trinidad con respecto al movimiento de Ciudad Bolívar.

Al mes de estar en Guadalupe fue reemplazado el tal Arismendi Bracho debido a que su trabajo contra mí no resultó y en su lugar llegó como cónsul a Martinica, el doctor Horacio Maldonado, persona muy respetable y de una seriedad bastante ajustada a las prácticas de la buena conducta y digna del cargo que representaba, quien no movió nada contra mí en Martinica, pudiendo regresar allí dos o tres veces más, hasta que por correspondencia de los amigos Silva Pérez, Mariano Molina y doctor Bernabé Pérez, supe que se había perdido el plan de Ciudad Bolívar y que nuestros valientes compatriotas generales Doroteo Flores y Bartolomé Ferrer habían perecido ahogados en las cercanías del islote de El Soldado, en momentos en que iban sobre las costas de oriente para corresponder al movimiento de Ciudad Bolívar. La noticia me causó bastante pena, porque eran los generales Flores y Ferrer, dos grandes compañeros, dos valientes revolucionarios y dos verdaderos patriotas, que se perdían tristemente para siempre, sin haber combatido, como lo acostumbraban ellos con sus buenos deseos por la libertad de Venezuela.

Hasta el océano, en perfecto maridaje aquella vez con la desgracia de Venezuela, se aliaba a Gómez para que aquel monstruo se riera de nuestros esfuerzos y descargara su furia sobre nuestros hogares y sobre nuestros intereses.

Me fui a Guadalupe, sin recursos, sin esperanzas de conseguirlos, pero jamás desesperanzado, e inventando nuevos planes para venir a la frontera al sagrado cumplimiento del deber. En Guadalupe, por esas coincidencias que nos hacen grata la vida, conocí y me hice amigo de Mr. François Rallion, industrial muy honorable, hombre de grandes quilates en virtud y de un corazón nobilísimo, que fue y es mi amigo y que me sirvió con bondad y con cariño. Aquel noble amigo me hizo menos dura mi existencia porque me ayudó por varios meses en aquella antilla. Con respecto a Mr. Rallion puedo decir como dijo el Libertador de un sujeto que le había servido mucho, que podía pagarle la deuda del bolsillo, pero que jamás le pagaría la del corazón. También puedo decir lo mismo de otros nobles amigos, venezolanos y extranjeros que ayudaron en mi largo luchar de veintitrés años.

Recorrí las pequeñas antillas cercanas a Guadalupe, para despistar los agentes de Gómez, buscar los medios de irme a la frontera, ya que yo veía como una necesidad estar de pie en el territorio patrio al momento de la desaparición del tirano, de cuyo mal estado de salud nos llegaban noticias constantes. En aquellas antillas conocí y tuve como amigos a muchas personas para quienes guardaré siempre gratitud. Nunca podré olvidar los nombres de Patricio Giménez, Álvarez Julien, doctor Eduardo Morales, Víctor Laugier, Encarnación Vázquez y tantos otros que fueron para mí providencias de amistad. Los últimos días de mi destierro fueron muy duros; un día para poderme embarcar de St. Lucia para Dominica tuve que vender mi flux de piel de campaña y mis anteojos de larga vista.

La oposición estaba completamente muerta y ya nadie se ocupaba de pensar de que a Gómez debíamos tumbarlo por la fuerza de las armas, sino esperar a que al déspota le dieran ganas de morir y resolviera llevarlo a cabo, como voluntariamente lo hizo el 17 de diciembre de 1935. Hasta para escoger la fecha de su muerte el miedo venezolano le concedió voluntad a Gómez. En unas de mis venidas

a Guadalupe, pensando que con quinientos pesos podía irme a las fronteras y haciéndome ilusiones de que mis buenos amigos don Mariano Molina y el doctor Bernabé Pérez podían conseguirlos con las personas pudientes que llegaran de Caracas a Trinidad, me aventuré a escribirles la siguiente carta:

Pointe à Pitre (Guadalupe), julio 27 de 1935
Señores Mariano Molina y Doctor Bernabé Pérez
Port of Spain, Trinidad
Queridos amigos:
En los momentos actuales, en que Venezuela entera se pondrá de pie a la desaparición del tirano Gómez, es urgente que hagamos el último y máximo esfuerzo en bien de la patria, estando presentes en el suelo de ella con el fusil en la mano.
Tengo que irme a las fronteras de Casanare y Arauca para mover al momento preciso nuestros contingentes y apoyar con las armas el grito de revolución que se oirá en toda Venezuela.
No tengo dinero para moverme ni mucho menos para llegar en largo y costoso viaje a Arauca, donde me esperan mis compañeros, y desde donde haré mi octavo movimiento y armado, que será el último, pues ahora llega nuestro triunfo y con él la terminación de lustros de crímenes, de miserias, de infamias y de dolores.
Me permito autorizar a ustedes que son tan grandes patriotas, como honrados y constantes revolucionarios para que soliciten de todos los amigos de allí y que lleguen de Venezuela, que sean discretos y que puedan contribuir, me ayuden con su contribución para llenar mi cometido y que estén seguros que Venezuela, ustedes y yo sabremos agradecer y pagar ambas deudas que contraeremos al recibir la ayuda de cada compatriota: la deuda del bolsillo y la deuda del corazón.
Si los compatriotas amigos ayudan, debo salir cuanto antes, pues no hay tiempo que perder; si no ayudan, tendré yo una decepción más en mi larga y penosa lucha de protestas contra la tiranía; pero de ninguna manera abandonaré mi puesto de combatiente en estos momentos en que va a terminar la tiranía y en que Venezuela reclama el empuje decisivo y honrado de nuestras armas libertadoras. Si Gómez me da tiempo

y no se muere todavía, ya me tendrá en las fronteras disparándole los últimos tiros de nuestras luchas que culminarán digna y felizmente.
Los abraza su amigo y compatriota,

E. Arévalo Cedeño

A esta carta mía, mi último grito de desesperación en el destierro, me respondió mi buen amigo don Mariano Molina, que nada se podía conseguir, porque los individuos pudientes que llegaban de Caracas y que decían llamarse revolucionarios, se negaban a todo, diciendo que era mejor esperar que Gómez se muriera para salir de él. En esos días me llegó otra notificación violenta del Gobierno francés de desocupar sus colonias y tuve que coger un avión para Puerto Rico, sin visa del cónsul americano, porque no tuve tiempo, pues la orden fue perentoria y al llegar a Puerto Rico fui detenido por las autoridades de la inmigración americana. Averiguado mi caso por la Inmigración, convencidas las autoridades de la persecución que me hacía Gómez, teniendo en cuenta mi corrección y las buenas recomendaciones que tiene el Gobierno americano de mí, como elemento de orden y de reconocida moralidad, como también amigo del orden social, el señor jefe de la inmigración, el honorable caballero americano Mr. A. R. Bennett, dirigió al Departamento de Estado a Washington, el siguiente cablegrama:

San Juan, P. R., Sep. 13th, 1935
State Department
Washington
Venezuelan national Emilio Arévalo Cedeño arrived San Juan via plane twelfth instant in transit Cuba from Guadeloupe resident one and a half years without transit visa. Alien request waiver transit visa to depart next available vessel. This Office considers case meritorious and recommends as requested. Please rush cable advices collect.

Bennett
Distrit Director

(Traducción)

> Departamento de Estado
> Washington
> Venezolano Emilio Arévalo Cedeño llegó a San Juan vía aeroplano doce presente de tránsito para Cuba de Guadalupe residente año y medio sin visa de tránsito. Pide sea exonerado visa de tránsito para partir próximo vapor. Este despacho considera el caso meritorio y recomienda que sea exonerado como lo pide. Sírvase enviar cable inmediatamente.
>
> Bennett
> Director Distrital

Mis compatriotas que estaban en Puerto Rico llenos de miedo por mi suerte, creían que las autoridades americanas me harían regresar en un avión para Guadalupe, y que una vez allí sería expulsado para ir a Venezuela, consiguiendo Gómez fácilmente ponerme la mano, cosa que le había sido bastante difícil. Pero no pasó así, pues las autoridades americanas se portaron de una manera magnífica conmigo, hicieron justicia a mi honradez de luchador, desconocieron las pretensiones de Gómez y el ministro de Estado contestó que se me admitiera en territorio americano y que podía seguir para Nueva York. Todo no podían ser durezas: Inglaterra y Francia me corrían y me exponían para ser asesinado por Gómez; la gran nación americana, me abría sus puertas otra vez, me favorecía de Gómez y con su noble actitud condenaba la conducta de Francia y de Inglaterra.

Pasé trabajos en Puerto Rico, es decir, pasé angustias, y al no tener para salir para los Estados Unidos, los compatriotas doctor Néstor Luis Pérez, Fernando Aristeiguieta, Carlos Berrizbeitia y dos más reunieron la poderosa suma de treinta y dos dólares, que me los ofrecieron para mi viaje. Por fortuna José Rafael Pocaterra y Humberto Piquell, mis dos nobles amigos, allá en el Canadá, supieron lo que me pasaba y volando me enviaron para irme a Nueva York. Así luchaba yo, así estaba la oposición venezolana,

que ya no existía, y que arruinada y sin esperanzas vivía en un desaliento profundo.

Llegué a Nueva York el día 1 de setiembre de 1935. Me vi con el noble compatriota, excelente amigo y distinguido médico doctor Rafael Ernesto López, a quien conocía por sus méritos y por su tío mi querido amigo y buen patriota doctor José Heriberto López. Tratamos de hacer algo, una organización y salir yo para las fronteras inmediatamente a movilizarme en armas; al efecto, me dirigí al gran panameño y buen amigo mío, ilustrado doctor Demóstenes Arosemena, ministro de Relaciones Exteriores de la República de Panamá, solicitando permiso para mí y para el joven Alberto González, que me acompañaría para entrar a la república, sin depositar ningún dinero. El ilustre amigo doctor Arosemena, me contestó enseguida enviándome el permiso y diciéndome me esperaba para tener el placer de verme al pasar. Pero trabajamos mucho en Nueva York y sólo sacamos como conclusión que la oposición no existía y que yo debía irme a cumplir con mi deber, solo, sin dinero, pero animado del mismo patriotismo de siempre, que orgullosamente puedo decir a Venezuela entera jamás flaqueó cuando ella estaba en agonía y que fue y será la sublime inspiración mía como venezolano digno y desinteresado.

En aquellos días recibí una carta de nuestro honorable compatriota doctor Néstor Luis Pérez, figura de honradez y de dignidad, que bien merece la justicia de llamarse honrado. Esa carta, que publico de seguida, pondrá de manifiesto a mis compatriotas, la difícil situación que acababa de pasar en Puerto Rico, debido a las persecuciones diplomáticas de Gómez en el exterior; situación difícil, que ni el doctor Pérez, ni los demás dignos compatriotas que allí se encontraban, podían ayudarme a solucionar, porque más podía la influencia del oro de Gómez que la voz nuestra en defensa de nuestros derechos y porque aquellos compatriotas estaban agotados de dinero y teniendo por delante la terrible perspectiva de un largo y penoso asilo, porque Gómez aún no había resuelto morirse. La carta de mi distinguido amigo doctor Néstor Luis Pérez dice así:

San Juan de Puerto Rico, 23 de octubre de 1935
Señor General Emilio Arévalo Cedeño
Nueva York
Muy apreciado amigo:
He recibido su apreciable carta del 10 del presente y a ella vengo con gusto a referirme.
Sus comentarios a propósito de su tránsito por esta antilla no pueden ser más tristes y desgraciadamente no se trata, de un paisaje de literatura en que la imaginación queda libre de recargar con más o menos sombras el cuadro, una página de la vida real, en la cual me cupo a mí la no menos triste suerte de ser a la vez parte y testigo. Pero todas estas miserias físicas y morales y las demás que nos falten aún por sufrir, lejos de ser motivo de descorazonamiento en nuestras luchas, deben servirnos más bien de justificación de estímulo en nuestra actitud contra la tiranía que de esa suerte y en ese grado hacen descender tanto la dignidad del ciudadano y del hombre.
La prensa de aquí registró también las noticias en relación con la gravedad última del tirano. Muy desgraciada ha sido nuestra patria como lo fue gloriosa en tiempos pasados. Yo conservo y conservaré hasta el último momento fe, en la gran parte sana y digna que aún queda en nuestro pueblo.
Aún no he recibido la carta que me anuncia de nuestro buen amigo y apreciable compatriota doctor Rafael Ernesto López, pero espero tener el gusto de recibirla de un momento a otro.
Retribúyole sus apreciables saludos y con mis mejores votos y deseos, quedo su amigo afectísimo.

Néstor Luis Pérez

Lo único que nos quedaba para combatir a Gómez era la pluma de nuestros intelectuales, que fueron constantes y dignos hasta el último momento, es decir, los que no supieron de claudicaciones y pusieron en alto el nombre de la patria en el exterior. Venezuela debe mucho a las plumas ilustres y magníficas de Jacinto López,

José Rafael Pocaterra, Rufino Blanco Fombona, Horacio Blanco Fombona, Pedro José Jugo Delgado, José Dolores Montenegro, Humberto Tejera, Diego Córdova, José Rafael Wendehake, Francisco Laguado Jayme, Jorge Luciani, a nuestro gran Pedro Morantes (Pío Gil), José Sotillo Picornell, Luciano Mendible, José Heriberto López, Manuel Flores Cabrera, Bernardo Suárez, Gonzalo Carnevali y así a muchos de nuestros intelectuales patriotas y dignos, que por muchos es imposible nombrar y que al igual de los citados, salvaron la Venezuela de su completa deshonra, nos dieron fuerza en la lucha, y con sus plumas de constante rebeldía y honradez rasgaron las carnes pútridas del monstruo de Maracay.

Con el permiso que me había enviado el señor ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, mi distinguido amigo doctor Demóstenes Arosemena, hoy presidente constitucional electo de aquel país y con la ayuda de mis buenos amigos y protectores para mi último movimiento armado, don Elbano Spinetti, figura ilustre de Venezuela y Nicolás Sanabria, venezolano distinguido, que a fuerza de talento y honradez ha conquistado posición en Nueva York y quien nunca olvida a Venezuela; ya me disponía a salir para la frontera, cuando recibí una carta aérea de Trinidad fechada el 10 de diciembre de 1935, en la cual con su interés y su bondad, me decía mi amigo don Mariano Molina, que no saliera porque el tirano Gómez seguramente estaba ya en las postrimerías de su vida, en estado comatoso y que moriría antes de mi llegada a Panamá. El 14 de diciembre fui llamado por teléfono urgentemente por mi distinguido amigo el doctor Rafael Ernesto López, para decirme que fuera inmediatamente a su clínica, que tenía cosa de mucho interés que comunicarme. Me fui casa del compatriota doctor López, quien me aseguró que Gómez estaba moribundo, por informaciones muy verídicas y privadas que tenía.

La noticia de la gravedad del tirano Gómez corría de boca en boca en Nueva York. Todos los asilados y con ellos sus familias llenas de emoción esperaban la noticia, la gran noticia, que nos llenaba de incertidumbre, porque no sabíamos en manos de qué bárbaro caería la patria; pensábamos en la sangre abundante que

correría, porque Venezuela estaba dispuesta a no tolerar por más tiempo la dominación de la barbarie y del crimen; pensábamos al fin, volver a la patria madre generosa y buena que nos esperaba con la inmensa bondad de su cariño: la noticia de la muerte de Juan Vicente Gómez, tirano y asesino de Venezuela.

El día 18 de diciembre a las siete de la mañana, recibía yo en ese momento en mi apartamento, la visita de mi buen amigo y compatriota Cesario Suárez; sonó el teléfono y al atenderlo, la voz de mi amigo el doctor Rafael Ernesto López, con una emoción grandiosa, me dijo estas palabras: "Arévalo, se murió Gómez"; no pudo decirme más nada el ilustre médico, quien como médico está muy acostumbrado a luchar con la muerte para arrebatarle vidas, pero puedo asegurar que aquel muerto, impresionó bastante al distinguido galeno porque él como yo y como todos mis compatriotas en desgracia, con la desaparición del tirano, quedamos como en suspenso, viendo ya cerca la vuelta a la patria, pero también nuestra mente en tortura no podía accionar ante esta trastornadora interrogación que nos hacíamos nosotros mismos: "¿Qué será de Venezuela?"

Salí inmediatamente a la calle en compañía del amigo Suárez, comuniqué la noticia a los hogares de mis queridos amigos José Ramón Gutiérrez, quien colaboró conmigo para ayudarme a conseguir medios para irme a la frontera, sin que pudiéramos obtener nada, y al de la señora Socorro de Aponte, en donde tuvieron para mí siempre bondades y cariño en mi largo destierro. A la media hora la gran urbe americana de ocho millones de habitantes, Nueva York sabía y comentaba la noticia feliz y las maldiciones de todo el mundo caían sobre el lecho mortuorio del tirano que no creyó en Dios y que no amó a Venezuela, pero sí supo odiarla mucho, para cometer toda clase de crímenes y acabar con ella.

Puedo asegurar, que la exaltación al poder del general Eleazar López Contreras, quien en el régimen pasado no había asesinado, ni había robado, habiendo dado pruebas de ecuanimidad, valor y buen tacto, fueron para mí motivo de confianza para volver a mi patria, con la satisfacción de haber cumplido con mi deber de digno,

en donde me esperaban una esposa y un hijo que habían sufrido tanto como yo y adonde venía a reclamar el puesto por el cual yo había luchado tanto y que Venezuela debía darme: ¡el puesto del ciudadano libre de una república libre.

Dos días después me dirigí por carta aérea al señor general Eleazar López Contreras, presidente constitucional de Venezuela, felicitándolo por su exaltación al poder, ofreciéndole mi colaboración como ciudadano de orden y de paz y anunciándole mi regreso a la patria, que yo creía libre y que en verdad lo es hoy, porque López Contreras no será jamás tirano; es patriota, honrado y salvará su nombre para la historia, cumpliendo el sagrado juramento que hizo ante las cenizas de nuestro Libertador; y conste que este juicio mío me lo dicta mi honradez y mi patriotismo, que en ello no va nada del interés, porque se sabe demasiado que yo no acepto cargos públicos que no vengan sino por mandato del pueblo, o que se digne dármelo el Primer Magistrado de la nación bajo las condiciones que yo ponga para servirlos; es decir, que yo me ciño estrictamente a lo acostumbrado en los demás países del mundo, en donde el puesto reclama al hombre y no que se dé caprichosamente el puesto al hombre, costumbre fatalísima de Venezuela, que ha traído como consecuencia las grandes calamidades que han azotado a nuestra nacionalidad. El general López Contreras inmediatamente contestó mi carta con el siguiente cable que le agradecí bastante:

Miraflores, Caracas, 26 de diciembre de 1935
Arévalo Cedeño
251 Audubon, New York Av.
Está muy bien todo lo que me dice usted en su carta fechada el 20 presente. Puede usted regresar a la patria en la seguridad de que gozará de las más amplias garantías. Reciba mi agradecimiento por sus felicitaciones y expresivos votos. Amigo,

E. López Contreras

Cuatro días después dirigí un cable al general López Contreras anunciándole mi salida el día 8 de enero de 1936 por vapor *Caracas*. El general López Contreras tuvo bondad de contestarme con el cable siguiente:

> Miraflores, Caracas. Enero 2 de 1936
> General E. Arévalo Cedeño
> Al cuidado del Consulado de Venezuela Nueva York. Estimo atenta participación y deséole muy bien viaje. Su amigo,
>
> E. López Contreras

No tenía dinero absolutamente para embarcarme para regresar a mi Patria, pero mis nobles amigos que por generosos son muy nobles, don Elbano Spinetti y Nicolás Sanabria me dieron para mis gastos de viaje y el día 8 de enero de 1936, sobre el vapor *Caracas* y con los abrazos de despedida de numerosos amigos y amigas partía para Venezuela, nuestra muy amada Venezuela, adonde venía dignificado por mis luchas, por la lealtad en el ideal, por los sufrimientos y las miserias de tantos años de martirio sufridos por patriotismo y por deber. Fueron mis compañeros de viaje mis queridos amigos don Elbano Spinetti y Domingo Ricóveri, este último, digno compatriota y antiguo amigo mío, que volvía a la patria después de veinte años de destierro sin claudicar jamás y sosteniendo su vida con dignidad y con decoro. Al amanecer del día 15 de enero de 1936 mis ojos contemplaron muy de cerca las costas de la patria, mi corazón se estremeció de emoción y una lágrima asomó a mis ojos que era mi ofrenda al pasado y muy gran dolor venezolano. Entramos al puerto, montó a bordo mi distinguido amigo, honorable compatriota general José Rafael Gabaldón, entonces administrador de la Aduana de La Guaira, quien en unión de otros compatriotas me dio el abrazo de bienvenida de manera muy fraternal; bajamos a tierra en donde una multitud de amigos llenaba el muelle y todos me saludaban con sus aplausos y demostraciones de cariño; pregunté por mi hijo, que también me abrazaba

y a quien no conocía, porque hacía quince años que había dejado de verlo, cuando el año de 1921 en mi cuarta campaña contra la tiranía, lo vi de siete años en Valle de La Pascua. Estreché a mi hijo entre mis brazos para luego, después, caer en los de mi esposa; dos seres que deseaba ver y que son el complemento de mi vida. Mi hermano Rafael y otros familiares estaban allí en unión de los numerosos y buenos amigos que me estrechaban entre sus brazos con el amor de la tierra, diciéndome en esos abrazos que ya éramos felices, que ya no había tiranía y que al fin tenía yo razón de haber combatido y sufrido tanto por la libertad de nuestra patria.

¡En la patria! Ya había terminado mi odisea de cerca de veintitrés años de duro batallar contra la tiranía, la cual relato en *El libro de mis luchas,* con la promesa formal de que seré digno y patriota siempre, colaborando como buen ciudadano por la salud de Venezuela y por su grandeza, como el más grande de todos mis deberes, porque esta pobre patria, convertida por la maldad de la tiranía pasada en un inmenso cementerio, nos pide con desesperación, que seamos patriotas, que seamos buenos ciudadanos y que sostengamos la paz basada en el derecho, en la justicia y en la libertad, para que podamos salvarla y colocarla en la cumbre altísima de merecimientos como siempre la quiso ver nuestro gran Libertador Simón Bolívar.

Broche de acero

¡Venezolano de hoy! Piensa que la gran calamidad nacional que azotó a Venezuela con la tiranía de Juan Vicente Gómez —única por su crueldad y por sus crímenes en la historia de América— fue obra exclusivamente tuya, porque tú adulasteis, sostuvisteis y soportasteis a Gómez, a quien tuvisteis también miedo, pero un miedo tan grande, que te volvisteis loco y en tu locura hicisteis cosas tan serviles que del mismo servilismo repugna. Piensa que sostener y adular tiranos es cosa de desgracia para los que los sostienen y los adulan, como también para los que los combatimos. Piensa que Venezuela sufrió mucho y que sufrió tanto, que quedó a punto de desaparecer; que está arruinada, desorientada y muy enferma; que necesita salvarse ahora, volverse rica como lo era antes, orientarse por los caminos de la paz salvadora y del progreso, que son la suprema ley de las naciones; que necesita curarse, porque Venezuela está enferma, padeciendo de grandes males morales y físicos; que sólo el gran patriotismo que debes tener ahora y el gran amor que estás obligado a profesarle hoy, son los dos grandes remedios muy eficaces, para reconstruirla y hacer la nueva Venezuela que te reclama tu deber ciudadano, y tu amor patrio y tu vergüenza ante el mundo civilizado. Piensa que el hombre vive de rectificaciones y que es tiempo de que rectifiques en nombre de la patria que ayer estaba sangrante y crucificada y que hoy debe ser grande, gloriosa y feliz.

¡Mujer venezolana! Piensa que tú también tienes culpa en el gran dolor de la patria bajo la feroz tiranía de Juan Vicente Gómez; porque si tú hubieras despreciado al venezolano esclavo de ayer, al venezolano asesino y ladrón que acababa con Venezuela, condenándole su conducta con tu protesta, o haciéndole despertar a la vida del hombre libre, otra cosa hubiera sido la suerte de nuestra nacionalidad, en nuestros hogares no se hubiera vestido tanto luto, ni se hubieran derramado lágrimas tantas. Piensa que no debes casarte con esclavos, porque los esclavos no pueden dar hijos para que sean ciudadanos libres, sino para que nazcan manumisos de los tiranos. Piensa que debes colaborar con tu compatriota el venezolano de hoy, para que Venezuela se salve y para que todos vivamos felices al amparo de la paz justiciera, de libertades bien entendidas y del más perfecto progreso, haciendo todo de lo noble y generoso hacia nuestro pueblo —nuestro pobre pueblo—, que analfabeta y acabado por el paludismo, nos pide a grandes gritos el pan salvador de la instrucción y nuestra protección urgente para librarlo de las garras de la terrible enfermedad, que acaba con nuestros pobrecitos compatriotas en nuestras pampas y montañas. Piensa que nuestro pueblo es bueno, dócil, honrado y heroico y que debemos salvarlo porque él es el alma de la nueva Venezuela.

Pueblo de Venezuela. Piensa que debes instruirte, que debes tomar empeño en aprender a leer y escribir, para que así evites una nueva desgracia como la que acaba de destruirte con la bárbara dominación de Juan Vicente Gómez; si aprendes serás un pueblo ciudadano y los pueblos ciudadanos no toleran jamás tiranías, porque dignamente saben sostener sus derechos y cumplir con sus deberes sin ocurrir a la barbarie de la guerra civil que hace los caudillos, y levanta tronos a los tiranos. Piensa que hay falsos apóstoles que pretenden engañarte llamándose directores de masas y haciendo empeño en enloquecerte con falsas doctrinas, explotando tu analfabetismo y tu incultura; no oigas jamás a esos falsos apóstoles que son agitadores, verdaderos criminales oportunistas que quieren tu desgracia buscando en

ella el medro para sus personas. Piensa que Venezuela es un país de más de un millón de kilómetros cuadrados, en donde estamos diseminados apenas tres millones de habitantes, habiendo demasiada tierra para todos, pues tenemos la proporción de un kilómetro cuadrado para cada dos personas; que nuestras pampas y montañas desiertas reclaman a gritos los beneficios de la higiene, de la inmigración y de la civilización y que por lo tanto las prédicas del comunismo son criminales por mentirosas y destructoras de nuestra nacionalidad. Recuerda a Bolívar y a los héroes de nuestra magna Epopeya; sé libre y digno; no seas esclavo nunca; ama la paz de los libres, trabaja siempre con la esperanza del mañana y así tendrás la Venezuela gloriosa que nos impone nuestro patriotismo y nuestro amor a la memoria de nuestro gran Libertador. En San Juan de los Morros (estado Guárico), 18 de julio de 1936, fecha en que fue terminado *El libro de mis luchas*.

Documentos

Carta Abierta

Port of Spain, Trinidad, 22 de setiembre de 1914

Señor General Juan Vicente Gómez:
Caracas

El 19 de mayo del corriente año, cumpliendo los compromisos que me ligan con la justa causa de la Revolución Nacional y con los deberes de patriotismo y dignidad del ciudadano consciente, para protestar contra el despotismo, escándalos y robos que mantiene su ambición en el poder usurpado, me lancé a la guerra; y como usted muy bien lo sabe, con un puñado de valientes casi desarmados, recorrí todos los distritos del estado Guárico, inclusive la capital del mismo, la ciudad de Calabozo, que tuve la satisfacción de atacar el 8 de junio, para poner en evidencia el pavor que reina entre sus áulicos, los que huían despavoridos a la sola aproximación de la fuerza de mi mando que por armas sólo llevaba el buen deseo de castigar a los rufianes, que con mengua de la civilización y del honor, pretenden sostener al más vil de todos los tiranos, como lo es usted. En mi exposición que publiqué en el pueblo de Cazorla, dije:

> En mi carácter de jefe expedicionario de la Revolución Nacional, en el estado Guárico, tengo la satisfacción de ofrecer a todos los habitantes de mi jurisdicción, las más amplias garantías para sus personas e intereses como fórmula salvadora ante los desmanes y el latrocinio de Juan Vicente Gómez, el sargentón imbécil que mancha la civilización y que ha amontonado en sus arcas tesoros de iniquidad y de rapiña. Ante tantas monstruosidades que cometen el asesino Gómez y los suyos, las lamentaciones lacrimosas rayan en puerilidades; donde el plomo no liberta el llanto no alivia; ¡Compatriotas! A la guerra, pues de lo contrario debemos renunciar al derecho de ser libres, resignarnos a la esclavitud y por lo consiguiente renunciar a la vida.

Cuartel General en Cazorla, 19 de mayo de 1914

De cómo cumplí esta promesa, propia de un hombre honrado, pueden decirlo muy bien, el señor doctor F. Mier y Terán, uno de los propietarios más acaudalados de nuestro país, a quien hice prisionero la noche del 19 de mayo después del asalto que di a la guarnición que tenía en La Cruz, y a quien no le acepté ni un centavo del dinero que con tanta insistencia me ofreciera, dándole la libertad enseguida; como también los pueblos del Guárico que me vieron en su seno, después de haber puesto en fuga a los que tan criminalmente sostienen a usted.

Me he visto en la necesidad de pisar tierra extranjera, para regresar pronto a cooperar con todos los venezolanos dignos al derrocamiento de usted, pero antes de regresar, quiero decir a la faz del mundo civilizado de los horrores que sufre mi patria bajo la cruel y sanguinaria dominación de usted, el insaciable ladrón, que se ha usurpado todos nuestros negocios, que se ha robado todos nuestros ganados, que ha asesinado, que ha traicionado y

> Que ha convertido la república en una inmensa factoría, la nación en una gran hacienda, los venezolanos en una gleba de ciervos, los Congresos en una gleba de lacayos con pretensiones de caballeros, los ministros en un cuerpo de dependientes, los presidentes de estado en unos agentes sin pudor que cometen toda clase de bajezas y de robos y la Constitución Nacional, en una especie de estatutos mercantiles, modificables según las necesidades del negocio.

Situación de vergüenza y de ruina que ha creado su ambición y que es ensalzada por los rufianes que lo rodean, esos hombres que envenenan la boca de sus hijos con el pan del servilismo, que para sostener el degradante puesto público, a muchos de ellos hasta han vendido la honra de sus hogares; y que de rodillas desde las pestilentes columnas de *El Universal* y *El Nuevo Diario*, entonan con sus adulaciones el *de profundis* de nuestra pobre patria. Situación de oprobio y esclavitud, crimen horrendo, que la misma bondad del Creador no lo perdonará jamás y que en medio de nuestra justa indignación, nos hace repetir esta simpática

admiración que dirige nuestro infatigable doctor Pedro Morantes (Pío Gil) a los venezolanos:

> ¡Gómez debe morir! ¿Con ello nada se remedia? Sea. Nuestras desdichas tal vez sean inevitables Pero la fatalidad del crimen no debe hacerse más sombría con la impunidad del criminal. Si no podemos evitar las usurpaciones debemos castigarlas. La muerte de Gómez es necesaria, si no como remedio al menos como sanción. La posible pérdida de la independencia, el descrédito ante las naciones, torrentes de lágrimas derramados, ríos de sangre vertidos, miles de vidas sacrificadas, piden a grito que su autor sea condenado a muerte. La muerte de los déspotas es un derecho natural de los pueblos. ¡Gómez debe morir!

Situación de escándalo y opresión, por la cual pasa Venezuela, el único país del mundo en quien la fatalidad se ha cebado para evitar que inicie su vida republicana. ¡Horror! No puede para menos. Usted es asesino y ladrón y todos los que lo rodean deben ser también asesinos y ladrones. Por fortuna, dentro de pocos días, los dignos tendremos la satisfacción de ver desaparecer a usted junto con todos sus aduladores, perseguidos por la justa indignación de un pueblo libertado de la más ignominiosa de todas las opresiones; porque ya es tiempo de que cese la situación de muerte que usted ha creado con su ambición insaciable y con sus deseos de crímenes sembrando la desolación en la infortunada Patria de Bolívar.

E. Arévalo Cedeño

Carta Abierta

Bogotá, noviembre 23 de 1917

Señor Doctor Diego Bautista Urbaneja, Encargado de Negocios de Gómez en Colombia:

A manera de protesta formal contra las falsas aseveraciones de usted, hechas al ilustrado diario *El Tiempo* de esta ciudad, y publicada en la edición de ayer de dicho periódico, le dirijo esta carta que hago pública, como públicos son los dolores de nuestra pobre Venezuela, bajo la feroz tiranía de su jefe y amo, Juan Vicente Gómez; a quien usted, como tantos intelectuales de mi patria, no tiene escrúpulo en servir. Antes que todo, paso por la pena de manifestar a usted que me duele en el alma que usted descendiente de próceres pertenezca al sindicato de los enemigos de la dignidad, que han contribuido desde los viejos tiempos de gobiernos pasados a la deshonra y a la destrucción de nuestra nacionalidad.

Dice usted, señor doctor, en su información al caracterizado diario *El Tiempo*, que bajo el Gobierno de Gómez se manejan pulcramente los caudales públicos en Venezuela; que hay completas garantías para los ciudadanos y libertad para las industrias; y que la república entera celebra hoy su felicidad y grandeza a la cual Gómez ha consagrado todos sus desvelos. Ése es el colmo del cinismo y una prueba de que todos los que medran al lado del tirano Gómez, no piensan en nuestra pobre patria que sufre las torturas de la tiranía más cruel que registra la historia de América, sino en vivir a costa de las desgracias del hogar venezolano.

Quiero que usted, señor doctor, me desmienta las verdades que digo de seguida, revestido por mi autoridad moral y la entereza que he tenido y que tendré para combatir siempre, hasta que desaparezca la monstruosa tiranía de Juan Vicente Gómez: el tirano de Venezuela a quien usted sirve, tiene en los Castillos de San Carlos, Puerto Cabello, La Rotunda o de Caracas y demás cárceles del régimen, más de cinco mil presos políticos con grillos de sesenta y ochenta libras a los pies,

encontrándose entre ellos los más notables de nuestros periodistas, intelectuales, médicos, sacerdotes, abogados, ingenieros y generales; Gómez tiene desterrados en el mundo entero más de cinco mil venezolanos que he visto en mis viajes durante mi asilo político, muriendo muchos de ellos en países extranjeros y sufriendo los otros los horrores de un atroz destierro, porque los agentes del tirano Gómez, los llamados diplomáticos y cónsules, sólo se dedican a la tarea de espiarnos y de denunciarnos ante los gobiernos extranjeros, de quienes somos víctimas, porque el oro de Gómez es bastante poderoso; Gómez ha expropiado las mejores propiedades del país; tiene monopolizadas la navegación fluvial y costanera, la sal, las negociaciones de ganado, el carbón, la fábrica de papel, de mantequilla, la fabricación de carnes congeladas, y todo cuanto se produce en Venezuela; Gómez vive en concubinato público contra todo respeto a la majestad de la Nación; y últimamente se ha reelegido por siete años más con derecho a reelección y a elegir su sucesor, resultando así con más poder que el zar de Rusia y el sultán de Turquía. Y a todas estas monstruosidades llama usted, señor doctor, garantías ciudadanas, libertad, justicia, honradez y bienandanzas venezolanas. Ya veremos; señor doctor, qué dirá usted mañana, cuando desaparezca Gómez y si podrá llamarlo usted entonces, jefe único, caudillo máximo, padre de la patria, salvador de Venezuela y émulo de Bolívar, como acostumbran llamarlo todos los que incondicionalmente le sirven, que se ríen de las desgracias de la patria y que en verdad no son venezolanos.

E. Arévalo Cedeño

Carta Pública

Costa del Arauca (estado Apure), enero de 1924

Señores Doctores Francisco H. Rivero, Félix Montes, Luis Loreto Biamón, Jesús María Godoy Pino y Pedro José Jugo Delgado, miembros principales del directorio de la Revolución Nacional, elegidos por el Ejército Revolucionario y Señores Doctores Fernando Figueredo, Miguel María Chacín y señores Jacinto López, Nicolás Hernández y José Rafael Pocaterra, miembros suplentes del mismo directorio.

Sus manos.

Al asumir la comandancia de los ejércitos de la Revolución Nacional e iniciar de nuevo la lucha contra la tiranía de Juan Vicente Gómez tengo la honra de llevar a conocimiento de ustedes que esta Comandancia, inspirada en sus ideales de verdaderos republicanismo y en sus deseos de reacción contra nuestro funesto pasado, que representan y del cual son responsables los malos venezolanos que viven en el servilismo, ha tenido a bien proclamar los meritorios nombres de ustedes como miembros del directorio supremo de la Revolución Nacional, en la firme convicción de que ustedes, una vez triunfantes nuestras armas, sabrán sacar a nuestra patria del espantoso abismo de perdición adonde la han llevado sus malos hijos, y darle un porvenir de dignidad y de gloria, ya que su pasado ha sido de deshonra y de amargos sufrimientos.

Me permito enviar a ustedes mi *Carta-Alocución* de esta misma fecha. Ustedes ni yo tenemos complicidades con el pasado vergonzoso de Venezuela, y por lo tanto el pueblo confía en nuestra labor y espera que sabremos hacer sanción, verdadera sanción, apartando para siempre a nuestros corrompidos hombres públicos, que por sus ambiciones y falta de patriotismo, han puesto en peligro la obra de nuestro Libertador y nos han ofrecido el espectáculo sombrío de un Gómez en el solio de Bolívar, con su bárbara dinastía, acabando con nuestra patria y lanzando el insulto más soez a la faz de la

América libre y republicana. Todos los venezolanos conocemos la actuación de esos hombres que al lado de la tiranía han consumado toda clase de crímenes, contando para su irresponsabilidad, al desaparecer el tirano, con la absoluta falta de sanción que siempre inspira a las nuevas situaciones en Venezuela, y que yo conceptúo como nuestro gran mal nacional y que hoy debemos corregir en nombre de los dolores de nuestra patria irredenta.

El ejército de mi mando ofrece a vosotros su lealtad y eficaz apoyo, y mi sable estará listo siempre para defender enérgicamente nuestras instituciones republicanas. Una vez triunfantes nuestras armas, vosotros asumiréis el poder supremo de la república, para iniciar la nueva era de constitucionalidad y leyes que hace tantos años no existe en Venezuela, y podamos ver lo que ni ustedes ni yo, ni ningún venezolano hemos visto nunca: un ciudadano elegido por el voto popular ejerciendo la primera magistratura de la república. ¡Cuánta vergüenza y tristeza me da, honorables compatriotas, decir esta gran verdad a la faz del mundo civilizado. Tened presente, ilustres compatriotas, que Venezuela espera de vosotros su salvación y de que tanto yo como el ejército de mi mando sólo pedimos a vosotros, como única recompensa, que hagáis una nueva Venezuela, sin grillos, sin cadenas, sin personalismos, sin robos, sin adulaciones y con estricta sanción; en donde el derecho ciudadano sea una muralla contra el sable de nuestros sargentones imbéciles y donde la prensa libre sea la poderosa máquina de guerra contra las pretensiones del que piense acabar con la vida de la república para erigirse en el futuro en tirano. Pensad que el monstruo Gómez es la resultante de nuestro funesto pasado y al ejercer sanción sobre él procuremos destruir nuestro funesto régimen que ha sembrado en la patria la ruina y la desolación.

Dios ilumine a ustedes. Vuestro compatriota,

E. Arévalo Cedeño

Carta Abierta

San José de Costa Rica, 28 de octubre de 1931

Señor Doctor Gabriel Picón Febres, Ministro del tirano Juan Vicente Gómez en Colombia:
Bogotá

En verdad que me causa repugnancia dirigirme a usted, desde luego que mi posición moral me coloca muy por encima de su personalidad, de quien podemos decir, de manera muy elocuente y verídica, que ha vivido todos sus años del servicio y de la abyección. Pero su carta del 22 de agosto próximo pasado publicada en el ilustrado diario *El Tiempo* de esa ciudad, la cual me ha sido enviada por amigos que me instan hablar, ya que usted hace mención de mí en su infamante publicación, en la cual exhibe usted de una manera desvergonzada su incondicionalismo a favor del tirano Gómez, vergüenza de América y destructor de nuestra nacionalidad.

Dice usted en su citada carta que los que combatimos a Gómez somos elementos despreciables, que hemos abandonado el país huyendo de las persecuciones de la justicia, y que la prensa de Colombia con el objeto de "hacer propaganda a las invasiones de Arévalo Cedeño", pone en ridículo a Venezuela y a sus altas autoridades y que "en el propio recinto del Parlamento nacional se han escuchado vibrar con acento destemplado voces sin motivo alguno" contra la tiranía de Gómez, pero que usted ha introducido en el Ministerio de Relaciones Exteriores de ese país acusaciones contra mi persona, pidiendo una acción enérgica contra mí. Dice usted que son mentiras del corresponsal de la prensa asociada en Arauca, que los prisioneros que me hicieron las tropas del tirano Gómez el día 5 de agosto próximo pasado en la boca de El Caribe, no fueron asesinados, ni mucho menos dos mujeres de las vivanderas que se encontraban en mi fuerza; porque Gómez no fusila a nadie, sino que trata a todos los que caen en sus manos con una paternal bondad. Dice usted que al general Peñaloza nada le ha pasado y que

al contrario está llevando una vida regalada y de un confort envidiable.

Para contestar tantas desvergüenzas, es preciso renunciar a contestarlas, porque es indigno de hombres de honor como yo descender al nivel muy bajo en donde se encuentra colocada su personalidad moral. Esas infamias suyas las contesta la autoridad colombiana, el señor comisario especial de Arauca, quien acaba de dar informe a su gobierno, que ha sido publicado en los diarios de esa ciudad, diciendo que al llegar a la línea fronteriza, al sitio de la boca de El Caribe, en donde fue el combate, encontró varios cadáveres guindados con la cabeza para abajo, como también cadáveres insepultos que devoraban los cuervos, entre ellos dos cadáveres de mujeres. Ésa es la información oficial que tiene el Gobierno de Colombia, la cual comprueba que todos los prisioneros que cayeron en manos de los pretorianos asesinos de Gómez, fueron ahorcados y asesinados los heridos, como es costumbre de los criminales que sirven al monstruo que acaba con Venezuela. Si horrorosos son los crímenes que consuman los esbirros armados de la tiranía, más horrorosos aún son los de ustedes. Diplomáticos y cónsules del tirano, que aplauden el asesinato y el robo de aquél, que exhiben de manera escandalosa por fuera la gran desgracia venezolana y que en su locura de degeneración renuncian a las glorias de Bolívar para acompañar a Gómez en sus orgías de sangre y de exterminio.

El día de la sanción llega muy pronto. Gómez desaparecerá y con él la ignominia de todos ustedes.

E. Arévalo Cedeño

Carta Abierta

Aguas del Mar Caribe, diciembre de 1931

Señores Doctor y General R. Arria Ruiz, Generales Fernando Ramírez, Asisclo Ramírez, Coroneles Amenodoro Sandoval, Joaquín Melián Rojas, José Martínez, Saturnino García, Manuel Vicente Álvarez Veitía, Joaquín Palencia, Polidoro Cuervo, Francisco Teodoro Rodríguez, Pío Silva, César Ramírez, Luis González, Ramón Pérez, Ramón Liscano, demás amigos y compañeros.

Fronteras de Casanare, Arauca y Brasil

Queridos compañeros:

Ya próxima como está la caída del tirano Juan Vicente Gómez, más por la ancianidad del monstruo que acaba con nuestra patria, antes que por el esfuerzo de los venezolanos de la oposición, los cuales con raras excepciones, no han hecho otra cosa que afianzar la tiranía con sus escándalos en el campo de la anarquía, quiero dirigirme a todos mis valientes compañeros de las fronteras, que por ser tan numerosos, me veo en el caso, muy a mi pesar, de no poner los nombres de todos en esta carta, pero sí señalando a ustedes como representantes de los que no menciono y que son tan dignos y meritorios como ustedes.

Esta carta tiene por objeto cuatro cosas: dar público testimonio a ustedes de mi gratitud por la lealtad, el valor y la nobleza con que siempre se han batido sosteniendo nuestro ideal de patria libre, tributar un solemne homenaje de respeto y de cariño eterno a la memoria de nuestros innumerables compañeros que han muerto gloriosamente a nuestro lado, como héroes cayendo al pie de nuestra bandera con palabras de libertad en los labios y con la mirada entristecida porque no vieron la Venezuela soñada por los que llevamos la patria en el alma; decir a ustedes lo que ha sido la revolución en el exterior; y anunciarles que muy pronto estaré de nuevo en la lucha armada, desde luego que yo como ustedes tengo como religión el cumplimiento del deber, y que la caída de la tiranía

debe encontrarnos con el fusil en la mano y con la bandera de la revolución izada.

Saben ustedes que en mis siete movimientos armados contra la tiranía, mis conferencias, ya públicas a todos los componentes de la fuerza, como privadas a cada uno de ustedes, han tenido el mismo lenguaje de mi patriotismo, de mi sinceridad y de mi desinterés republicano: hacer patria acabando con el caudillismo y con el sable insolente y corruptor, para poder hacer el ciudadano en Venezuela, para poder hacer la república, para poder salvar nuestra nacionalidad y para podernos librar de otro tirano, que más refinado que el actual, si es posible que haya algo peor que Juan Vicente Gómez, venga a sentarse sobre las ruinas de nuestra pobre patria, para recibir el aplauso, las condecoraciones y el homenaje de todos los gobiernos del mundo que se han reído de nuestra desgracia, entronizando a Gómez para que acabe con Venezuela. Pues bien, queridos compañeros, ése mismo programa será el que inspirará mis luchas en mi octava invasión armada, que haré al suelo de la patria en nombre de la república, de la libertad y de la justicia.

Cumplido el deber de justicia para con ustedes, mis nobles y valientes compañeros, para con nuestros innumerables hermanos muertos en el campo del honor y con el de anunciarles mi octava comparecencia armada en el suelo de la patria, debo decirles lo que ha sido la revolución en el exterior, la cual no ha existido nunca, sino un campo de anarquía, de intrigas, estafas y escándalos, que en verdad sólo han tenido por conclusión y resultado la permanencia de Gómez en el poder, la desconfianza del extranjero en nuestros esfuerzos de liberación y el sufrimiento de nuestros hermanos encarcelados y en la carreteras, condenados a muerte de horrores y el de los buenos venezolanos del destierro, que son pocos pero virtuosos siempre, esperando firmes el advenimiento de una patria que muchas veces no parece lejos, muy lejos, pero que la sublime inspiración del ideal nos pone cerca, muy cerca y nos precipita al sacrificio con el deseo de abrazarla y hacerla libre para no abandonarla jamás. Para esos compatriotas, que sólo han tenido como nosotros una idea fija: la redención de Venezuela, tenemos nuestro

respeto; así como para los malos venezolanos en el destierro que son tan numerosos, tenemos nuestra voz de sanción, como para los del interior del país, que nada han querido hacer por la patria; porque se han hecho indignos del ideal y porque han sido, junto con los asesinos que están al lado del tirano, los verdaderos responsables de esa gran calamidad nacional que se llama Juan Vicente Gómez.

Desde el primer momento que se inició la oposición contra Gómez, la revolución en el exterior ha sido un campo propicio para todas las maldades; nunca se ha pensado en derrocar la tiranía ni hacer patria; sólo se ha pensado en la ambición personal, en engañar a nobles amigos venezolanos y extranjeros, que generosos ayudaron a nuestros pasados caudillos y a falsos revolucionarios, para que despilfarraran sumas enormes de dinero, destinadas a la lucha armada, que estos hombres sin pudor y sin conciencia, han consumido en francachelas y torpezas, para quedarse de nuevo en el exterior, sin pisar un palmo de territorio venezolano, pero satisfechos de haber encontrado un medio de vida tan cómodo llamándose enemigos de la tiranía de Gómez.

Si todos nuestros compatriotas en lugar de haber pasado la vida del asilo, con excepciones que nos honran en francachelas y anarquías, hubieran tomado el camino de la patria a empuñar el fusil redentor con constancia y fe, como lo he hecho yo y como lo han hecho ustedes, francamente que el monstruo Gómez no hubiera acabado con Venezuela, ni el sufrido hogar venezolano hubiera derramado tantas lágrimas.

Pero no es tiempo de detenernos en estas consideraciones, sino seguir adelante en nuestra labor de patriotismo y alistarnos para comparecer por octava vez buscando la salud de Venezuela, que significa la libertad de ella. Los malos venezolanos que se han salido de Venezuela para estafar las esperanzas de nuestro pobre pueblo y arrastrar una vida de ignominias, que continúe salvando la patria en los reservados de los bares, en los parques de las ciudades y en un dulce hacer nada, que los buenos tenemos un gran deber que cumplir: morir por la redención de Venezuela.

Nadie puede decir que mientras Venezuela ha estado en agonía bajo la crueldad de Gómez y de sus cómplices, nosotros hemos sido indiferentes a su gran dolor; y por eso, mañana cuando la patria pregunte con voz de sanción, quiénes fueron los que hicieron por ella cuando estaba sangrante y crucificada, nosotros diremos: ¡Presentes! Hablando por nosotros y por nuestros muertos ilustres, los compañeros desaparecidos. Ésa será siempre mi gran satisfacción de patriota, y con ella voy de nuevo a la sublime atracción que me impone mi pasión por el cumplimiento del deber: el Campamento revolucionario; las fronteras de la patria adonde vamos para pasarlas armados contra el tirano, porque allí existen el honor y la dignidad revolucionarias.

Los abraza su compañero y amigo.

E. Arévalo Cedeño

En San Pedro Alejandrino
Pedro Elías Aristeguieta
Por E. Arévalo Cedeño

Vivió corto, y sus años fueron promesas de esperanzas y anhelos de liberación para nuestra Venezuela, que, sangrante y crucificada, soporta las crueldades de Juan Vicente Gómez y la indiferencia calculada, dijéramos, de todos los gobiernos de nuestra raza, que parecen complacerse en la destrucción de nuestra nacionalidad; como si tuvieran el deseo de vernos desaparecer por el delito quizás de haber dado al más grande de los hombres de América en el destino grande que le ha cabido a nuestro pueblo de respaldar el idealismo con la acción.

Aristeguieta no era militar; no había jamás empuñado un fusil para ir a ocupar puesto de soldado bajo el tricolor glorioso que rompió la noche negra de nuestra esclavitud colonial, y que Miranda, el Precursor, levantó en alto para anunciar, como un bautista del evangelio de la democracia, el advenimiento del nuevo Mesías, del Simón Macabeo de la América, que ya venía a desplazar cadenas y a sacar los esclavos de sus ergástulas para que respiraran los aires purísimos de la libertad. Aristeguieta era el tipo perfecto del guerrero cívico que tanta falta nos hace y nos hará en la nueva Venezuela. Pero quiso ser soldado para luchar por la libertad, como había luchado con su pluma y su dinamismo espiritual, y pereció en su primer intento, cayendo con valor, muriendo como bueno, para así merecer la gratitud de la patria que lo consideraba en la falange sin mácula de su reconstrucción perfecta.

En sus *Memorias* publicadas en México, dice contra mí cosas hijas de la incomprensión. El hombre vive de rectificaciones, y si él hubiera vivido más, hubiera rectificado, como hombre honrado que era, y como muchos han tenido que hacerlo ante mi labor patriótica de diecisiete años, de frente ante el tirano, sin jamás molestar mi duro cabezal de campaña con alucinaciones presidenciales, atacando muy cerca de Maracay, la guarida de la fiera y sus cachorros, pueblo maldito donde debería ponerse una inscripción de

fuego que dijera: "Mercado de honras. Morada de asesinos. Ergástula de esclavos y viles".

Pedro Elías Aristeguieta como Delgado Chalbaud, Zuloaga Blanco y demás sacrificados en las jornadas de Cumaná, pasaron a ocupar puestos preferentes en nuestro largo, digno y doliente martirologio. Como también Rojas, Lozada, Díaz, Monterola, el león del Orinoco y muchos más que murieron ahora a mi lado, en mi sexto intento por la libertad de nuestro país. Y no digo el nombre propio de estos valientes porque acá siempre serían anónimos, ignoradas sus proezas; pero, allá en nuestras fronteras, entre los camaradas bravos y nobles, allá en las márgenes del Arauca, del Meta y del Orinoco, en nuestras pampas queridas y libres, que nos inyectan la libertad en el corazón, y en donde sobre nuestros caballos, soñamos "a la rebelde sombra de las palmas y bajo el cielo azul, claro y abierto", que las cobija, allá donde cada uno es legión, al nombrarlos por su apellido, ya saben que se nombra el héroe de diecisiete años de lucha, que jamás traicionó el ideal, que vivió para la libertad y que supo caer muerto, con la cara hacia Dios, maldiciendo a los tiranos de Venezuela. Dios mío, ya son cientos, quizás mil…

¡Muertos ilustres! Todos tenéis nuestra veneración profunda, como héroes que sois de nuestra causa santa y justa. Nadie podrá molestaros en vuestro sueño de gloria y mucho menos los egoístas perseguidores de cadáveres con sus plumas de infamia, porque haremos que la moral revolucionaria promulgue una ley que prohíba que los perros entren a los lugares sagrados; y sagrado, sacratísimo, es el pedazo de tierra que cubre vuestros restos de valientes patriotas. Para hablar de vosotros, todos los sacrificados por Juan Vicente Gómez, el sargentón imbécil y feroz que mancha la civilización y mata nuestra juventud cerrándole la Universidad y enviándola a las carreteras —juventud en quien Venezuela tiene sus verdaderas esperanzas— debemos levantar los ojos al cielo y pronunciar estas dos palabras de poesía exquisita, que oímos en el prefacio de la misa, como la sublime advertencia de que se acerca la realización del más santo de todos los misterios, el misterio de la

Santa Eucaristía: "¡*Sursum Sorda*! Sí, elevemos nuestros corazones, recordemos con amor y respeto a nuestros ilustres victimados por la tiranía de Gómez y unamos nuestros esfuerzos, para que surja la nueva Venezuela, grande y feliz, como la quiso nuestro magno Libertador, cuyo santuario visito en este momento, lleno de reconocimiento, tocando con mis manos la humilde silla donde pasara sus últimos días y pidiendo no permita por más tiempo que Gómez continúe asesinando a nuestros hermanos.

En el libro que me ha presentado el guardián de este santuario, he dejado escritas estas palabras: "Padre Libertador: que al cumplirse el centenario de tu bien llorada muerte, veamos a nuestra querida Venezuela libre para siempre de tiranos y verdugos". El guardián del santuario toma el voluminoso libro en donde hay escritos millares de pensamientos al Libertador, me mira con respeto como respetando mi dolor y yo salgo del santuario, nervioso, adolorido, pero diciendo mentalmente "que el espíritu de Bolívar me ilumine y me dé fuerzas en mi séptima comparecencia armada contra la barbarie hecha poder".

E. Arévalo Cedeño

Quinta de San Pedro Alejandrino, Santa Marta. Agosto 10 de 1930

Carta Abierta

Al Doctor Pedro Manuel Arcaya, Ministro de Juan Vicente Gómez.

Washington, D. C.

Señor Doctor:

Es cosa bastante desagradable para un buen hombre honrado y digno como yo, que ha consagrado su vida a la lucha contra la barbarie y el crimen existente en Venezuela, buscando el triunfo de la civilización, de la libertad y de la justicia, el tener que dirigirse a un representante de la tiranía de mi país, más aún cuando ese representante, al igual de todos los hombres responsables de los grandes crímenes cometidos por Gómez, por un mandato imperativo de la vindicta pública que asistirá en sus actos a la nueva Venezuela, habrá de comparecer mañana en el banquillo de los acusados, rindiendo cuentas ante la justicia y la ley, de sus complicidades con el régimen de sangre y exterminio, que desde hace veintisiete años ha sembrado el terror y la desolación en la patria de Bolívar.

Hasta tanto ese momento grandioso de la sanción venezolana llega, pueden ustedes continuar en la infeliz tarea de producir libros de infamias, de cinismo y de escandalosa desvergüenza, como el que acaba usted de publicar, contando con la impunidad del mañana, sin pensar que la nueva Venezuela lleva escrita en su bandera de combate, que yo he empuñado siete veces contra la tiranía, esta inscripción que encierra el poema de la ofrenda que los patriotas hacemos a nuestro Libertador: "República o muerte. Reacción firme y sin miedo contra nuestro funesto pasado. Sanción para los culpables enemigos de la patria".

Debo renunciar a la repulsión que me causa el dirigirme a usted y ocuparme de escribirle esta carta, no porque usted se ocupa de mí en su libro, puesto que nada dice que pueda afectar mi reputación y buen nombre de patriota, desde luego que nada malo puede decirse de un hombre que no tiene complicidad con el pasado vergonzoso de Venezuela, y que siendo digno por influencia atávica, ha consumido

hogar, haberes, juventud y tranquilidad, para combatir la tiranía de Gómez hasta tanto no haya cesado el dolor del hogar venezolano y hagamos la patria que soñó y quiso Bolívar.

Le escribo esta carta porque usted se ocupa del eminente José Vasconcelos, cumbre de nuestras Américas, cometiendo usted un irrespeto intolerable, desde luego que los hombres de la talla de Vasconcelos, jamás pueden ser atacados por aquellos que han cometido el suicidio de su honor y de la dignidad. San Agustín nos enseña que: "La verdad es lo que es", y Sócrates, que: "Si la verdad produce el escándalo, que se diga la verdad aunque haya el escándalo."

En su libro, que ya en las postrimerías de la tiranía de Gómez acaba usted de producir, y que es un insulto al dolor venezolano y a la memoria de más de diez mil compatriotas asesinados por Gómez en las cárceles sombrías de la tiranía, en nuestras pampas y montañas, en nuestros infelices vecindarios reducidos a cenizas, por donde yo he pasado más de una vez en mis siete movimientos armados contra el tirano, con el corazón lleno de tristezas, pero jurando no descansar en mi empeño libertario, hasta tanto no cese la tiranía y vuelva la felicidad a nuestros hogares, y que es una bofetada lanzada a la faz del mundo civilizado, desde luego que ese régimen de sangre y exterminio ha cometido durante veintisiete años de dominación, todos los crímenes que castigan los códigos de las naciones civilizadas del globo. En ese libro, repito, hace usted mención de una entrevista que tuve yo en París con mi amigo el ilustre licenciado Vasconcelos, la cual copia usted mutilada en la revista *La Antorcha* que redacta en París y en Madrid este prohombre de la ciencia y de la política, con el solo fin de darse usted el lujo de hacer interesante en algo su libro con ocuparse de Vasconcelos, para ocuparse de mí y de extremar su incondicionalismo hacia su jefe el tirano Gómez, quien dentro de poco desaparecerá del escenario del mundo, dejando como negro y espantoso balance de su cruel dominación: una Venezuela en ruinas, diez mil compatriotas asesinados, una corrupción inveterada, una nacionalidad en descomposición, una anarquía pavorosa entre ustedes por el disfrute de la herencia del bárbaro, asesino y ladrón, anarquía que inundará más y más el país en sangre y un

pueblo expoliado, humillado y analfabeta, y el triste espectáculo ante el mundo de un país atrasado, sin tomar en cuenta ese mundo, que la causa de toda esa desgracia ha sido ese corrillo de aduladores y cortesanos, que miserables, malos venezolanos, sostuvieron, adularon y ayudaron en sus crímenes a Gómez celebrando así la apoteosis del crimen, del robo y de la inconsciencia, sabiendo muy bien, que cuando los tiranos levantan la mano lo que dejan es el caos y la destrucción.

Es cierto que el licenciado Vasconcelos me dijo en París lo que escribe en su revista y que usted copia mutilado, pues usted no podía permitir que aparecieran en esa copia todas las bellas frases que el gran mexicano dedica a mi nombre y a mi labor de liberación patria, que me honran demasiado, pues su jefe el tirano Gómez, jamás hubiera tolerado semejante atentado, y usted hubiera perdido la posición que desde hace veintisiete años ocupa al lado del imbécil sargentón que ha sido para Venezuela "una gran calamidad nacional", como un día notablemente me dijera un santo y sabio prelado católico de Centroamérica.

Y me honran esas frases demasiado, porque cuando hombres como Vasconcelos, Jacinto López, Pocaterra, Palacios, Velasco Aragón, Vargas Vila, Byrne, Ugarteche, Belaunde, Tejera, Nieto Caballero y muchas otras plumas ilustres y virtuosas de Venezuela y de nuestras Américas, me hacen el honor de juzgar mi labor de patriota, siento un estímulo tan grande, que deseo volar al campamento de nuevo a empuñar el fusil redentor, que sólo empuñamos los que sabemos morir desinteresadamente por la causa de la libertad, por la felicidad de la patria y por la redención de pueblos.

El licenciado Vasconcelos, respaldado por una profunda y hermosa honradez de patriota, sabe juzgar con la acidez de su verbo de sanción de los asesinos de México, que con Calles inundaron de sangre la gloriosa nación azteca, así como yo juzgo a Gómez y a todos los que lo acompañan en su tarea de destrucción y de horrores, es decir señalándolos ante las sociedades honradas como los asesinos de Venezuela y reclamando incansablemente para todos, mañana, la sanción que ha de imponerles los tribunales de justicia de Venezuela,

en nombre de la vindicta pública ofendida y de la severidad que respalda a la ley en sus decisiones inexorables.

Pero Vasconcelos hace semejante relato para aprovechar un momento más en su incansable lucha contra la pasada tiranía de Calles, señalando a los asesinos del régimen pavoroso de México, a quienes yo supe condenar también, porque yo no soy vegetariano en casa y carnívoro en la casa del vecino. La expresión del licenciado es para estigmatizar a los culpables, y como una advertencia a los asesinos de México para el mañana de la sanción, hecha con la misma buena fe patriótica con que yo y todos los patriotas venezolanos advertimos a los servidores del tirano Gómez, que sus crímenes jamás quedarán impunes. Así hablamos siempre los hombres honrados, mientras que los servidores de tiranos, así como envenenan las bocas de sus hijos con el pan manchado con la sangre del crimen, aplauden de manera insolente los asesinatos y robos del amo.

No crea que esta carta se la escribo para refutar su libro: no puedo ocuparme de una tarea indigna de mi personalidad; ya tendrá usted entre sus colegas de Venezuela quienes se ocupen de tarea tan honrosa y digna de ellos; esta carta se la escribo para protestar contra la impudicia de usted al referirse a hombres de la talla moral de Vasconcelos, contra su falta de patriotismo al insultar la patria más y más con esa producción llena de mentiras y de insultos a Venezuela sangrante y crucificada, y para anunciarle que muy pronto Venezuela será libre, que al régimen de terror sucederá la patria venezolana libre y feliz y que la sanción caerá sobre la cabeza de los que durante veintisiete años se han reído de las desgracias que incansablemente han causado a Venezuela, que han insultado la patria en el exterior, que han matado, robado, deshonrado hogares e incendiado, creyendo en la impunidad del mañana, en la impunidad de siempre y satisfechos de vivir como el cerdo de la hechicera Cisteres: revolcándose en el cieno de su propio deshonor y desvergüenza.

E. Arévalo Cedeño
Nueva York, 28 de octubre de 1935

Carta Abierta

Habana, 18 de setiembre de 1925
Sr. B. Suárez, Presidente de la Unión Obrera Venezolana:
Brooklyn, N. Y.

Es ahora que me llega la importante circular de usted de fecha 31 de mayo del año en curso, que contesto con verdadero interés.

Ya la Unión Obrera Venezolana conoce muy bien mi manera de pensar con respecto a esa importante asociación, pues en mi carta del 8 de agosto ppdo., que tuvo a bien publicar *Obreros Libres*, importante órgano periodístico de ella, expongo, de manera sincera, mis ideas, con respecto a la importante labor de ustedes que mucho bien hará en el mañana a nuestra infortunada patria.

La Unión Obrera Venezolana puede contar con mi apoyo y crean ustedes que ese apoyo lo prestaré como patriota, como buen venezolano; nunca buscando como correspondencia, que ustedes me ayuden en alguna pretensión, que, para beneficio de mi persona se agite en mi interior en deseos de llevar dirección política en mi país. Todos mis compatriotas conocen mi labor; ella va sólo encaminada a la salvación de Venezuela, sin aspirar nada para mí, sin querer nada para mí, porque estoy más que convencido de que la ambición, esa epidemia maldita y contagiosa de nuestra patria, es la que ha acabado con la obra de nuestros libertadores; nos han ofrecido como coronación a la obra de los malos venezolanos, el sangriento y vergonzoso espectáculo de Juan Vicente Gómez con su bárbara dinastía de hijos bastardos y asesinos, sentados insultantes sobre el augusto solio de Bolívar.

La época de la ignominia pasará como una pesadilla larguísima y horrorosa, en la cual los dignos, los patriotas, hemos apurado la copa de todas las amarguras, viendo la corrupción y el cinismo de los malos venezolanos que están con el tirano y los que se vinieron para el exterior a título de caudillos a medrar de la revolución de la manera más cínica; y entonces, cuando esa época pase, para no repetirse más, pues los buenos lo evitaremos con la sanción y

nuestras energías, entonces toca a ustedes fortalecerse más y más para formar una barrera fortísima contra el caudillismo, contra el militarismo, contra las adulaciones, contra los ambiciosos y a favor de la educación de nuestro pueblo, de nuestras clases obreras, que viven en la más espantosa oscuridad, de nuestros infelices indígenas, que hoy sufren más que cuando la conquista de España; y en fin, a favor de la república que ahora vamos a crear.

En este camino de salvación nacional me encontrarán ustedes siempre de pie, dispuesto a ayudarlos, sin ceder un ápice de mis ideales para buscar posición para mi persona, que no necesito, que no quiero, que no he ambicionado jamás, pues sólo deseo y busco la libertad de mi patria.

De ustedes amigo y compatriota,

E. Arévalo Cedeño

ÍNDICE

Dedicatoria 7

Prólogo 9

Imagen de Arévalo Cedeño: un hombre honesto 21

El libro de mis luchas 31

Introducción 33

Capítulo I
La infancia y la juventud de mi vida. — Mis años de trabajo como hijo de las pampas venezolanas 35

Capítulo II
19 de mayo de 1914. — Mi primera protesta armada contra la tiranía 49

Capítulo III
29 de abril de 1915. — Mi segunda protesta armada contra la tiranía 83

Capítulo IV
La obra destructora de la oposición y el egoísmo de los hombres componentes de ella. — La vida miserable de los asilados. — Años de 1916, 1917, 1918 y 1919 115

Capítulo V
Mi campaña sobre Río Negro. — Liberación del Territorio Federal Amazonas. — Captura de Tomás Funes. — Mi campaña sobre Caicara, Cabruta y Apure. — Combate de Las Cenizas, Guasdualito. — Retirada hacia el bajo Meta 133

Capítulo VI
Mi cuarta invasión contra la tiranía.
—Combates de Santa María de Ipire, Guasdualito,
Lezama, Sabaneta de Turén, Acarigua y Elorza.
—Recorrida por los estados Apure, Guárico,
Anzoátegui, Miranda, Cojedes, Portuguesa y
Zamora.—En las cercanías de Maracay y Caracas 183

Capítulo VII
De nuevo en el destierro.—Lo que fue la
revolución en el interior del país.
—Lo que fue la revolución en el exterior.
—La labor infame de los diplomáticos y
cónsules del tirano Gómez en el exterior.
—Años de 1922 y 1923 211

Capítulo VIII
Mi quinta invasión contra la tiranía.
—Combate de San Fernando de Atabapo y
toma de aquella plaza.—Colombia permite
a las tropas de Gómez pasar por su territorio
para atacarnos en San Fernando.—Protestas
en Colombia contra semejante atentado.—Combate
del Casiquiare.—Mi retirada por el Brasil
y mi protesta ante el Congreso de Colombia.
—Otra vez el destierro 243

Capítulo IX
Mi protesta ante el Congreso de Colombia.
—Otra vez en Nueva York.—Tres veces en
Europa en un año.—Buscando ayuda en
Europa, México, Cuba, Martinica,
Santo Domingo,Costa Rica, Panamá y Trinidad.
—La oposición no existía.
—Años de 1925, 1926, 1927 y 1928.

—De nuevo a las fronteras de Arauca a empuñar el fusil redentor 269

Capítulo X
Mi sexta invasión contra la tiranía. —Persecución de las autoridades colombianas. —Nuestra penosa organización en el bajo Meta. —Bajada por el Orinoco y entrada por la boca de Manapire. —Recorrida por los estados Apure, Guárico y Anzoátegui. —Mi propósito para libertar a los estudiantes que morían en la carretera de Palenque. —Cinco presidentes de estado sobre nosotros. —Derrotado en La Panchita. —Huyendo en las montañas cinco meses. —Travesía de sesenta y cinco días desde el oriente de la República, con una brújula, hasta la frontera de Arauca. —Salvado y en el destierro de nuevo 297

Capítulo XI
Desde Arauca a Cartagena. —Salida para Trinidad. —Las autoridades inglesas no permiten mi desembarco en aquella isla y me obligan a trasbordarme a un vapor francés para seguir a Martinica. —Las autoridades francesas impiden mi desembarco en Fort de France, pero al fin mediante fianza permiten mi entrada a la isla. —En la República Dominicana. —Ayuda conseguida para volver a la frontera. —Viaje a Panamá. —En avión a Buenaventura. —Desde Bogotá por el camino de siempre a las fronteras de Arauca. —Años de 1930 y 1931 327

Capítulo XII
Mi séptima invasión contra la tiranía. —Asalto de La Ceiba sobre las tropas del Presidente de Apure. —Combate en Mata de Agua. —Combate en El Porvenir. —Combate en El Viento. —Combate en Urañón, río Capanaparo, con el vapor *Amparo* y derrota de este vapor. —Combate de El Caribe sobre el río Arauca, con el vapor *Arauca* en donde fuimos destruidos. —Travesía de dos días a pie por las pampas inundadas de Arauca. —Otra vez en el asilo 339

Capítulo XIII
De Arauca a Barranquilla. —En Costa Rica. —En el Perú buscando para invadir. —Sánchez Cerro, americanista, protector de Venezuela. —Ecuador, Colombia. —Solicitando colaboración para invadir. —Contestaciones negativas y cartas alentadoras. —Sánchez Cerro herido de muerte. —Crimen del comunismo. —Notable carta de Sánchez Cerro y órdenes de su Gobierno. —En Santa Marta, visitando a San Pedro Alejandrino, la histórica quinta donde murió Bolívar 353

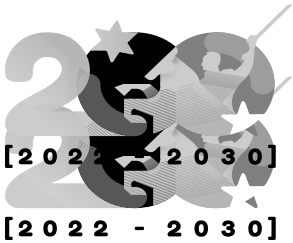
Capítulo XIV
Jamaica. —Canadá. —Vuelta a Jamaica. —Haití y Santo Domingo. —Preso en Santo Domingo. —La tiranía de Rafael Leonidas Trujillo Molina. —Vuelta al Perú. —Asesinato de Sánchez Cerro. —Fracaso y vuelta a Jamaica. —Martinica y todas las Antillas. —La persecución de los Gobiernos ingleses y franceses. —Pensando invadir por la costa de oriente y fracaso de esta expedición. —Solicitud para invadir y contestación desalentadora.

—Detenido por la Inmigración en Puerto Rico.
—En Nueva York.—¡Muerte del tirano Gómez!
—Cablegrama del general Eleazar López Contreras,
Presidente Constitucional de la República 385

Broche de acero 411

Documentos 417

¡Viva Arévalo Cedeño! El libro de mis luchas
Digital
en la imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, República Bolivariana deVenezuela,
en el mes de julio de 2024



¡Viva Arévalo Cedeño! El libro de mis luchas

En la obra, el general relata las angustias, desafíos, penurias y glorias que le tocó vivir a principios del siglo xx. El valor de esta autobiografía reside en el rescate de un tiempo histórico donde se narran las hazañas que habría realizado un grupo de hombres libres, conscientes de la necesidad de tener un país con valores cívicos. Este valioso testimonio reseña quién fue el militar que más resistencia hizo a Gómez y quién autorizó fusilar, en consejo de guerra, al famoso asesino Funes, jefe del Territorio Federal Amazonas en tiempos de Gómez. A través de una prosa sencilla y emotiva, el general guariqueño delega a la posteridad un sublime ejemplo de desprendimiento, buscando avivar los ideales independentistas que se necesitan para defender la integridad de la nación, cuando los personajes caudillescos y egoístas pretendan someter la dignidad de este pueblo.

EMILIO ARÉVALO CEDEÑO (Guárico, 1882-1965).
Héroe llanero que dio su vida por completo para oponerse a la tiranía de Juan Vicente Gómez. Su destacada acción revolucionaria ha quedado remarcada en la historia, ya que las operaciones guerrilleras y la resistencia suya contra el dictador rindieron valerosos triunfos. El centauro Arévalo Cedeño y sus "hombres rudos" en tiempos difíciles supieron retirarse gallardamente –cuando la ocasión no les fue favorable–, batallando en todo momento; en la mayoría de los casos en desventaja numérica y con un parque inferior al de un enemigo que, por casi treinta años, no pudo apagar el espíritu bolivariano de esos hombres resueltos a ser libres y no esclavos. Con las múltiples incurciones que realizó en el territorio venezolano –siete en total– buscaba el despertar del pueblo de Bolívar de esa somnolencia profunda que, con persecuciones permanentes y castigos despiadados, permitieron a Gómez y a sus siervos mantenerse en el poder por 27 años.

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

200 BATALLA NAVAL DEL LAGO DE MARACAIBO

2 [2022 - 2030]